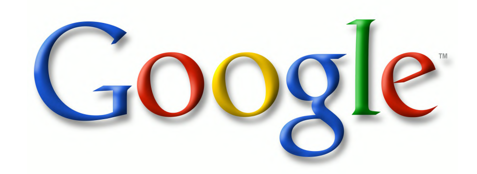








HISTORIA

DE LA

GUERRA DE AMERICA

ENTRE CHILE, PERU Y BOLIVIA

POR

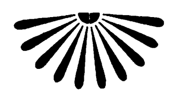
Don TOMAS CAIVANO

VERSION CASTELLANA

DE

Don ARTURO DE BALLESTEROS Y CONTIN

DOCTOR EN FILOSOFIA Y LETRAS



IQUIQUE

LIBRERIA ITALIANA

BAGHETTI HERMANOS

Calle Viasen 165-67

1904

A LA VENERANDA MEMORIA

DE

GERARDO Y LUISA CAIVANO

SU HIJO

PREFACIO

Bolivia fué la causa principal ó, por lo menos, el pretexto de la guerra del Pacífico; pero su acción poco ó nada se dejó sentir en los campos de batalla, no obstante las solemnes promesas que hizo cuando, al principiar el conflicto, vió invalido por sorpresa su territorio de Atacama, y pidió, á título de aliada, el socorro y la protección del Perú.

Después de la memorable jornada del «Alto de la Alianza» en la que Bolivia tomó parte con una pequeña división de tres mil hombres, sus destrozados batallones regresaron con presteza á la patria, para no salir más de ella, y la guerra, reducida antes de aquella acción de armas, al territorio del Perú, quedó por completo á cargo de este país que, aunque en medio de sus reveses, no recibió jamás el menos auxilio de la República aliada, viéndose obligado á á luchar solo contra el enemigo común hasta la terminación del conflicto internacional.

A aquella batalla, que debió sellar la alianza y hacerla efectiva, siguieron otras dos, más sangrientas

aún: las de « San Juan » y « Miraflores. » cuyo éxito desgraciado motivó la rendición de Lima; y, como consecuencia de estos desastres, sobrevino la agonía del Perú, tan lenta como cruel.

La nación peruana se retorcía entonces con fiereza, pugnando por libertarse del férreo yugo á que quedó sujeta; pero en cerca de tres años que duró el cautiverio de la capital, Bolivia no hizo nada para ayudarla en su noble propósito de poner termino á la ominosa ocupación extrangera.

Empero, en medio de su desgracia, el Perú supo conservar por mucho tiempo su último baluarte: Arequipa; tal vez sin darse cuenta de que así servía los intereses bolivianos más que los propios, como era en efecto.

Arequipa guardaba las puertas de Bolivia, era el puesto avanzado é inexpugnable de ésta, y aún así, como si los acontecimientos que se desarrollaban le fueran indiferentes, extraños por completo, esa nación no se hizo representar por un solo soldado ni en los campos ni en las ciudades; más aún, no supo ó no quiso prestar siquiera su apoyo moral al Perú.

Una conducta tan inesperada como extraña, ya respecto á la lealtad que observar debía con el aliado arrastrado á la guerra y abandonado en ella, ya respecto de sus propios intereses, que estaban por completo á merced de un enemigo que no daba muestra alguna de benignidad para los vencidos, precisaba un estudio serio, detenido, cuidadoso, para llegar á descubrir las causas qne la producían, por récónditas que fueran: más no era fácil emprender tal labor.

De los asuntos de Bolivia poco se conoce en las demás naciones: más allá de los confines de este país sólo se percibe un eco vago, débil, confuso, lleno de dudas, de exageraciones que hacen imposible distinguir claramente la verdad.

Para evitar, no sólo el peligro sin aún la sospecha de ser inducidos á error, por falsas apariencias ó por informaciones inexactas, no hallamos otro medio más expedito que pasar las fronteras bolivianas; recoger en la misma fuente datos verídicos, dignos de fé; conocer y estudiar de cerca hombres, cosas y cuanto pudiera ser útil para la labor que nos habíamos impuesto; y así lo hicimos, arrostrando, con valerosa resignación, las molestias y los peligros del largo y penoso viaje.

No nos fué muy difícil alcanzar nuestro objeto; pero llegamos á convencernos de que nunca hubiéramos acertado á explicarnos la conducta observadas por Bolivia en la guerra del Pacífico, sin conocer personal y anticipadamente la manera de ser de dicho país en el cuádruple orden físico, social, económico y político. encadenado con la rigidez de la suprema ley que subordina los efectos á las causas.

Roma, Enero de 1886.

TOMÁS CAIVANO.



HISTORIA
DE LA
GUERRA DE AMERICA
ENTRE CHILE, PERU Y BOLIVIA

POR TOMAS CAIVANO

I

Extorciones chilenas y negociaciones para la paz.

RESUMEN—Chile se apodera de las rentas y de las fuentes de riquezas del Perú. — Ordena levantar contribuciones de guerra en las ciudades y tierras del inefenso litoral peruano. — Documentos que refieren la especie y cantitad del botin. — Relación de los objetos contenidos en cajas enviadas á Chile. — Contribuciones pagadas en dinero. — Hechos de Moquegua. — Los Estados Unidos ofrece su mediación. — Los Plenipotenrios se reunen á bordo del *Lackwana*. — Condiciones que Chile presenta para la paz. — Conferencias. — Chile no acepta la propuesta del arbitrage. — El Perú declara inacéptable las exigencias de Chile.

Como anteriormente en Antofagasta, Cobija, Iquique, Pisagua y otros puntos, los chilenos abrieron en su beneficio el puerto y la aduana de Arica, inmediatamente después de la ocupación.

Sin embargo, parece que las pingues entradas de todas estas aduanas, parte bolivianas y parte peruanas, unidas á las aún más considerables del guano y del salitre de Tarapacá, no se encontraron ficientes para satisfacer los deseos ó las necesides de Chile; el cual halló la manera de autar su tesoro á expensas de las desventuradas aciones peruanas, que vivían lejos del teatro

de la guerra. Excepto en la Capital y en Arequipa, en todo el resto del Perú no había ni siquiera sombra de fuerza armada. Absolutamente indefenso, salvo solamente aquellos dos puntos, el Perú se presentaba como fácil presa, aún para el más miserable puñado de aventureros que tuviese la idea de hacer una correría por sus ricos territorios.

Se decidió, de consiguiente, que una pequeña división del ejército chileno, viajando sin descanso por mar y por tierra á lo largo del extenso litoral peruano, sin internarse demasiado, se dedicase á imponer y recaudar gruesas contribuciones de guerra, en todas las poblaciones y ricas haciendas que encontrase sobre su camino (1).

Esta división, á la que fué dado el nombre de *División de aperaciones del Norte,* recorrió efectivamente todos los puntos más importantes del litoral peruano desde Arica á Paita, dejando únicamente de hacerse ver en aquellos pocos puntos donde hubiera podido encontrar sesistencia. Y puesto que su único objeto, á lo menos conocido, era el de levantar grandes contribuciones sobre los iner-

(1) « Trajo (Chile) la devastación y la ruina á los departamentos indefenses de nuestro litoral del Norte, destruyendo en un instante monumentos de inapreciable valor, levantados por la moderna industria.... Nada ha sido bastante á detener la mano de nuestros desaforados enemigos: ni lo indefenso de las poblaciones, ni la inocencia de las victimas, ni el pudor de las mujeres, ni la debilidad de la infancia, ni la veneración de la ansianidad, ni el valor infortunado, ni las convulsiones de la agonía, ni el sagrado carácter de la neutralídad, ni el más sagrado aùn de las ambulancias, en cuyo recinto han sido asesinados sin piedad nuestros heridos; en suma ningún respecto divino ni humano, incluso el de la propla honra, ha sido poderoso para volver à Chile en la actual guerra al seno la civilización.... »

CIRCULAR, 5 de Noviembre de 1880, del Ministro de Relaciones teriores del Perú á los Agentes diplomáticos del Perú en el trangero.

mes habitantes del Perú, empleó frecuentemente las más crueles amenazas, que el terror que ya rodeaba al nombre chileno hacía todavía mucho más poderosas, para obligar las infelices poblaciones al pago impuesto, que no siempre pudieron efectuar. Las más de las veces se debió suplir á la falta de metálico con las pequeñas alhajas arrancadas de las orejas y de los dedos de las mujeres, y con todo género de valores que poseían; y cuando todo faltaba, fué necesario asistir á la destrucción de las propiedades urbanas como rurales, sea de los edificios para uso de habitación, sea de aquèllos destinados á oficinas y establecimientos industriales, siendo norma de la división merodeadora destruír cuanto encontraba, por un valor doble por lo menos, de la contribución ó tributo no satisfecho.

Para que puedan en algún modo comprender nuestros lectores la especie de botín recogido en esta correría por el ejercito chileno, copiamos aquí algunos documentos en propósito, que los periódicos chilenos, como cosa sumamente digna y honrosa, con toda pompa publicarón, y que nosotros tomamos del periódico *La Patria* de Lima, N.° 2.916 que los reprodujo (1).

(1) «....A la cabeza de 400 hombres penetró *(Lynch)* hasta las haciendas del *Puente* y de *Palo Seco,* magnificas propiedas de cañas de azúcar y de fabricación de este producto.... Lynch impuso sobre estas propiedades una contribución de 100,000 pesos, dando al administrador de ellas 3 día de tiempo para procurarse el dinero.... Expirado el término fijado por Lynch para el pago de la primera contribución, recibió del administrador que era uno de los hijos [...]prietario, una carta rehusando.... El mismo día 13 de Se[...]e respondió: Vista vuestra carta, he dado ya las órdenes ne[...]s para se proceda á la destrucción de las propiedades de [...] padre.... La órden de destruccion fué inexorablemente eje[...] La trupa retiró una cantidad considerable de azúcar, arroz

«Comandancia en Jefe de la *División de operaciones del Norte*. Vapor *Itata* en Mollendo, Octubre 27 de 1880.—Con esta fecha he decretado lo siguiente: Debiendo darse prolija cuenta al supremo Gobierno de los resultados alcanzados por la expedición que me ha cabido el honor de mandar.—Decreto: Nómbrase una comisión compuesta... para que dicha comisión forme un inventario circunstanciado de las especies y dineros que se han embarcado en los trasportes *Itata y Copiapó*, como producto de los requerimientos y contribuciones que se han impuesto á las poblaciones y haciendas recorridas por las fuerzas de la división...—PATRICIO LYNCH.»

«Relación del contenido de los cajones con objetos tomados al enemigo, de que se ha hecho cargo el *contador* del trasporte nacional *Itata*.

«Cajón número 1, contiene:

1.° una cagita forrada y sellada con 84 decágramos oro chafalonía con piedras de diversos colores; dos quilógramos setenta y ocho decágramos oro chafalonía;

2.° una cagita igualmente cerrada con seis relojes de oro y de plata, 43 decágramos alhajas diversas de oro, ciento setenta y nueve anillos de oro, con un peso bruto de ochenta y tres decágramos: entre ellos seis con brillantes, veintitres con diamantas y once con piedras diversas; dos quilógramos cincuenta y seis decágramos cadenas de oro;

---

y otros géneros, é inmediatamente hizo saltar la fábrica con pólvora de cañon y dinamita».

BARROS-ARANA, *Historia de la Guerra del Pacífico*, segunda parte pág. 77 á 80. Edición en francés.

3.° un atado con cuatro quilógramos treinta y siete decágramoe oro trabajado;

4.° una bolsita con ochenta y dos decágramos peso bruto de joyas de oro con perlas, diamantes, etc., cinco relojes de oro y cinco de plata, tres diamantes para cortar vidrio, un huevo de madera encerrando algunas piedras preciosas, cuyo valor se ignora, una cagita de oro conteniendo piedrecitas de valor igualmente desconocido:

5.° una cagita forrada y sellada con cincuenta gramos varios perlas finas;

6.° otra cagita con sesenta y dos y medio gramos varias perlas finas;

7.° un paquete con un terno camafeo en oro para señora, un terno camafeo y rubíes en oro para hombre. Todo el anterior contenido fué entregado en la ciudad de Chiclayo al señor Comandante en Jefe, por el Jefe y oficiales del regimiento.

« Cajón número 2, contiene: veintiun quilógramos cincuenta decágramos plata chafalonía, parte tomada por oficiales del regimiento Buin 1.° de línea, y parte por ayudantes del Comandante en Jefe, de su orden, en la ciudad de Chiclayo.

Cajón número 3, contiene: 4034 pesos 60 centavos en moneda sellada de Chile y del Perú.

Cajón número 4, contiene: 3,391 pesos 90 centavos en moneda de Chile, Perú y Bolivia.

Cajón número 5, contiene: cuatro quilógramos treinta y siete decágramos plata chafalonía de la ciudad de Monsfú, entregada por el sub-teniente de granaderos á caballo....

Cajón número 6, contiene: 3,262 pesos en moneda sellada del Perú y Bolivia.

Cajón número 7, contiene: treinta y ocho quilógramos veintiun decágramos plata chafalonía, entregada en la ciudad de San Pedro por el ayudante....

Cajón número 8, contiene: mil setecientos noventa y cuatro pesos cincuenta centavos en moneda sellada de plata, una tortera de plata piña con veintidos marcos seis onzas, treinta marcos seis onzas de plata chafalonía.

Además de los cajones se entregaron al contador del *Itata* ocho barras de plata con un peso total de 917 marcos tres onzas y media.

Vapor *Itata* en la mar. Octubre 30 de 1880, *Daniel Carrasco Albano,* Secretario general.—V.° B.° *Lynch.* »

« Contribuciones pagadas en dinero—libras esterlinas: Ferrocarril de Eten 3,250; Hacienda Cayalti 1,000; Molino de Pacasmayo 550; Pueblo de Chepen 100; Puerto de Pacasmayo 100; Ciudad de San Pedro 1,000; Ferrocarril de Pacasmayo 4,000 Haciendas Laredo y Panache 1,000; id. Chiquitoy 1,000; id. Chiclin 1,000, id. Chicamita 1,000; id Pampas 1,000; id. Facalá 1,000; id. Tulape 1,000 id. San Antonio 1,000; id. Lache y Santa Ana 1,000 id. Mócan 1,500; id. Santa Clara y Licape 1,000 id. Trapichito 500; id. Arriba 500; id. Gazñape 500 id. Farías Tutuman 500; id. Bazán 500; id. Viñita 500; id. La Viña 500; id. Santa Elena y Carmelo 500; id. Nazareno 110; id. Salamanca 110; id. Santo Domingo 110; id. Ciudad de Trujillo 3,000; Hacienda Monocucho 110; id. Macollope 110;—Total, libras esterlinas 29,050.—Plata: Ciudad de Chilayo, pesos 1923; Hacienda Combo 500; Pueblo de Ascope 4000

Ciudad de Lambayeque 4,000; Ciudad de Ferreñafe 1,000.—Total, pesos 11,423 (1).»

¡Baste esto á dar una idea, así del botin hecho, como del terror que debía inspirar el ejército que lo recogía!...

Diseminados como se hallaban los extrangeros, por razones de comercio, sobre todo el territorio peruano, es inútil observar que de tales vejaciones fueron ellos víctimas también, allí donde se encontraron, del mismo modo que los peruanos; y no faltan sobre este particular, justas reclamaciones presentadas á sus Goviernos respectivos por ciudadanos italianos y de otras nacionalidades (2).

---

(1) «Como producto financiero de la expedición, y como productos de las contribuciones de guerra, se obtuvieron 29,050 libras esterlinas, 11,428 pesos en dinero, 5,000 pesos en papel-moneda del Perú, un poco de oro y de plata en barra, un cargamento considerable de mercancías y de productos de aquellas provincias, entre los que figuraban más de 2,500 sacos de azúcar, 600 de arroz, y muchas balas de algodón y de tabaco».

BARROS-ARANA, *Obra citada*, pág. 95.

(2) En el parte oficial que la autoridad municipal de Moquegna dirigía á las autoridades superiores el 18 de Octubre 1880, sobre los hechos consumados en Moquegna por las fuerzas chilenas, se lee: «El Comandante impuso sobre este pueblo la contribución de 100,009 en moneda chilena de buena ley, pagaderos en plata sellada ó labrada, alhajas, pasta metálicas, y además 50 reses, 20 quintales de arroz, 30 de harina, 10 de azúcar y 5 de café, ó su valor en dinero al precio de plaza, dentro del término fatal de veintecuatro horas para la de dinero, y de cuarenta y ocho horas para la de víveres.... El Jefe chileno redujó á 600,000 soles el impuesto en metálico, sin alterar el de víveres, ni los plazos designados, y concluyó amenazando al pueblo con el uso de la fuerza, sin responder de las consecuencias que sobreviniesen, si no se pagaba el impuesto. Algunos vecinos que se hallaban en la puerta, aseguraron que el jefe chileno al separarse de la reunión dijo, que si no se pagaba la contribución entregaba el pueblo á la tropa; y debo exponer también que la colonia italiana que solicitó varias veces, de palabra y por escrito, garantía para sus personas é intereses como neutrales, no la consiguió.... Cumplidas las 24 horas, ocuparon en esto las fuerzas chilenas esta población, y muchas señoras se presentaron ante el jefe á pedir la disminución del crecido impuesto

El mismo Barros-Arana, á quien no podía ocultarse completamente la fealdad de hestos hechos, sa esfuerza no poco en su *Historia de la Guerra del Pacífico,* para atenuar su gravedad, en buscar excusas y pretextos que los justifiquen. Pero, aún contando las cosas á su manera, algo sucio escapa y aparece siempre de cuando en cuando: y las excusas y pretextos alegados por él, son además completamente ineficaces para satisfacer sus deseos. «La facultad que se arroga el Jefe de un ejército de ocupación, dice *Barros-Arana,* de imponer contribuciones de guerra á los habitantes de un territorio invalido, y de exigir el pago con toda la severidad posible en caso de resistencia, está autorizada por el derecho internacional moderno.»

---

y prórroga para cubrirlo, ó que se le señalase un lugar de asilo para poner á salvo sus personas y onor, lo que no consiguieron, á pesar de las súplicas que emplearon y lágrimas que vertieron. Las fuerzas chilenas se llevaron inmediatamente los 27,420 soles 50 centavos, en plata sellada, labrada, y alhajas que se habian reunido é intimó su jefe qué si al día siguiente no se completaba el impuesto, realizaría su amenaza como si nada habiese dado. El mismo procedimiento se observó en las días posteriores, siendo de advertir que á las 11 a. m. del dia 10, la fuerza chilena se distribuyó en la población é izo un registro minucioso de todas las casas, inclusive la de los italianos, haciendo abrir y abriendo hasta los baules que en ellas se encontraban, y sacaban revólveres, escopetas, reses, carneros, llamas y un crecido número de caballos, mulas y borricos y otros muchos animales que encontraron.... De la manera indicada y cooperando las colonias italiana y china con más de 4,000 soles, según se me ha asegurado, por haber estado convencidas del peligro que también corrian, llegó á cubrirse la contribuciòn hasta la cantidad de 62,788 soles 90 centavos, como lo manifiesta la liquidación y recibos que en copia acompaño.... Sin embargo de haber asegurado varias veces el jefe chileno, que satisfecha la contribución, garantizaba que las fuerzas de su mando se retirarían en orden, sin causar daño á las personas ni á las propiedades, al desocupar el valle han incendiado la habitación de un pobre arrendatario Robles, la bodega de las haciendas de P. Flores, B. Vargas de Zavala, D. Barrios y G. Zapata, fuera de los licores que han derramado y extraído de varias bodegas rompiendo las puertas, y de las sementeras que han destruido en muchas fincas durante la ocupación....»

Pero, sin olvidar que este principio no es tan absoluto, como pretendería el escritor chileno, y que tiene también ciertos límites más allá de los cuales los pueblos civilizado se abstienen de llegar, preguntamos: ¿era quizás por necesidad ó simple razón de guerra, por lo menos, que la división Lynch invadía aquellas provincias del Perú? En aquellas provincias no había ejércitos enemigos que combatir, no había que llevar á cabo y no fué consumada ninguna operación de guerra, propiamente dicha; distantes varios centenares de millas del teatro de la guerra, no puede ni siquiera alegarse que los soldados chilenos entrasen en ellas como ensanche de la zona que ocupaban militarmente: allí fueron ex profeso, y por mar, lo que implica designio y premeditación; y no las invadieron, ni para apoderarse de ellas á título de conquista, ni para ocuparlas por un tiempo más ó menos largo durante el curso de la guerra. Sin encontrar jamás resistencia alguna, ni siquiera la más insignificante, allí entraron como se entra en una casa abierta; y no permanecieron en ellas, más que el tiempo materialmente necesario para recorrerlas á toda prisa, y recoger diligentemente contribuciones y tributos de todo género. Estos tributos y estas contribuciones no fueron de consiguiente efecto, sino causa de la invasión; y decimos de la *invasión*, no ya de la *ocupación*, porque no puede llamarse tal el tránsito á paso de lobo, ó correría de una fuerza armada sobre los indefensos territorios del enemigo. De aqui proviene que, aún admitiendo en su rigor el poco civil y humanitario principio cado por el historiador chileno, no bastaría poco, no ya á justificar, pero ni siquiera á ex-

cusar ó simplemente atenuar las enormidades cometidas por el ejército de su país. Y si luego se considera que estos tributos y estas contribuciones fueron en su mayor parte recogidos en géneros, azúcar, arróz, tabaco, algodón, y en miserables alhajas de uso, que el terror arrancára de los dedos y de las orejas de las mugeres; y que sin beneficio para nadie se destruyeron, como ni siquiera los unos hubieran hecho, grandiosos y colosales laboratorios industriales, no se puede á menos de reconocer, que el recuerdo de estos hechos quedará siempre en la conciencia de los pueblos civilizados, á indeleble deshonra y vergüenza de quien fué su autor.

Mientras el ejército chileno se dedicaba á tan lucrativa como vituperable correría sobre las indefensas tierras del desventurado Perú, los Estados Unidos de la América del Norte ofrecían su mediación á los Gobiernos de las tres Repúblicas beligerantes, para llegar á una paz justa y ecua, que pusiera término á tanto derramamiento de sangre y á tanta ruina.

Después de largas prácticas y quisquillas, sobre el modo y lugar donde deberían celebrarse las conferencias entre los Plenipotenciarios de las tres potencias beligerantes y de la Gran República mediadora, fué finalmente establecido que tendrían lugar á bordo del buque americano *Lackawana*, en el modo y forma que aparece de los relativos *Protocolos* de las mismas, de los cuales copiamos los párrafos más esenciales:

«A bordo de la corbeta norte-americana *Lackawana*, en la bahía de Arica, á los 22 días del mes

de Octubre del año de 1880, reunidos los Plenipotenciarios, á saber:

Por la República del Perú los Excmos. señores Antonio Arenas y Aurelio García y García.—Por la República de Bolivia los Excelentísimos señores Mariano Baptista y J. Crisostomo Carrillo.—Por la República de Chile lo Excmos. Eulogio Altamirano, Eusebio Lillo y el Coronel don José Francisco Vergara, Secretario de Estado en los departamentos Guerra y Marina. En presencia de los Excmos. Representantes de la República de Estados Unidos de Norte América señor Thomas O. Osborn, acreditado cerca del Gobierno de Chile, señor Isaac P. Christiancy, acreditado cerca del Gobierno de Perú, y el General Carlos Adams, acreditado cerca del Gobierno de Bolivia.

El Ex.cmo señor Osborn, decano de los Ministros norte americanos, expuso.... Concluyó con las siguientes palabras. « Os ruego señores, os suplio que trabajeis con anhelo para conseguir la paz, y espero, en nombre de mi Gobierno, que vuestras esfuerzos os conducirán á ese resultado ».

El Ex.cmo señor Altamirano expuso entónces.... Viniendo á la grave cuestión del momento, manifestó que las circunstancias imponían como deber indeclinable el de procurar un desenlace inmediato, que buscando el procedimiento más adecuado para alcanzar este fin, había creído necesario agrupar en una minuta las proposiciones que, según sus instrucciones, debían formar la base del tratado, á fin de que considerándolas en conjunto pudieran los Ex.cmos Representantes del Perú y Bolivia indicar si podrían abrirse las discusiones sobre esas bases ».

« MINUTA de las condiciones esenciales que Chile exije para llegar á la paz, presentada por los Plenipotenciarios chilenos á los Plenipotenciarios peruanos y bolivianos, en la conferencia celebrada á bordo del buque americano *Lackawana* á 22 de Octubre de 1880:

Primera—Cesión á Chile de los territorios del Perú y Bolivia que se extienden al Sur de la quebrada de Camarones, y al Oeste de la línea que en la Cordillera de los Andes separa al Perú y Bolivia, hasta la quebrada de Chacarilla, y al Oeste también de una línea que desde punto se prolongaría hasta tocar con la frontera argentina, pasando por el centro del lago de Ascotán.

Segunda—Pago a Chile por el Perú y Bolivia, solidariamente, de la suma de veinte millones de pesos, de los cuales cuatro millones serán cubiertos al contado.

Tercera—Devolución de las propiedas de que han sido despojados las empresas y ciudadanos chilenos en el Perú y Bolivia.

Cuarta—Devolución del transporte *Rimac.*

Quinta—Abrogación del tratado secreto celebrado entre al Perú y Bolivia el año 1873, dejando al mismo tiempo sin efecto ni valor alguno las gestiones practicadas para procurar una Confederación entre ambas naciones (1).

Sexta—Retención por parte de Chile, de los territorios de Moquegua, Pacna y Arica, que ocupan las armas chilenas, hasta tanto se haya dado cum-

(1) Siempre la misma política de 1837. ¿Con cuál derecho, excepto el de una ultrajante prepotencia, puede una Nación prohibir que otras Naciones independientes se confederen entre ellas, y se unan con tratados de alianza?

plimiento á las obligaciones á que se refieren las condiciones anteriores.

Sétima—Obligación de parte del Perú de no artillar el puerto de Arica cuando la sea entregado, ni en ningún tiempo, y compromiso de que en lo sucesivo será puerto exclusivamente comercial.

Segunda conferencia de 25 de Octubre:

« Expresa el Ex.cmo, señor Arenas, que en cuanto á las bases presentadas por el Ex.cmo Plenipotenciario de Chile, le han causado penosa imprexion, porque cierran las puertas á toda discusión razonada y tranquila; que la primera de ellas, especialmente es un obstáculo tan insuperable en el camino de las negociaciones pacíficas, que equivale á una intimación para no pasar adelante; que Chile ha obtenido ventajas en la presente guerra, ocupando militarmente, á consecuencia de ellas, algunos territorios del Perú y Bolivia, sobre los cuales jamás alegó derecho de su parte, pero que habiéndolos ocupado después de varias combates, hoy cree haberse convertido en dueño de ellos, y que su ocupación militar es un título de dominio; que tal doctrina fué ciertamente sostenida en otros tiempos y en lejanas regiones, pero en la America Española no ha sido invocada, desde la independencia hasta el dia, por haberla considerado incompatible con las bases tutelares de las instituciones republicanas, porque caducó bajo la acción poderosa del actual sistema político, y porque es peligrosa en sumo grado para todas las Repúblicas sud-americanas.... Que por esto cree que, dadas las actuales condiciones de los beligerantes, una paz que tuviese por base la desmembración territorial y el rinacimiento del caduco derecho de conquista,

sería una paz imposible; que aunque los Plenipotenciarios peruanos la aceptaran y la ratificase su Gobierno, lo que no es permitido suponer, el sentimiento nacional la rechazaría, y la continuación de la guerra sería inevitable; que si se insiste en la primera base, presentándola como condición indeclinable para llegar á un arreglo, la esperanza de la paz debe perderse por completo....»

«El Ex.cmo señor Altamirano expone:... Aceptando la guerra como una necesidad dolorosa, Chile se lanzó á ella sin pensar en los sacrificio que le imponía, y por defender su derecho y el onor de su bandera ha sacrificado á sus mejores hijos y gastando sín tasa sus tesoros.... En esta situación su Gobierno ha aceptado con sinceridad la idea de poner término á la guerra, siempre que sea posible llegar á una paz sólida, reparadora de los sacrificios hechos, y que permita á Chile volver tranquilo al trabajo que es su vida. Su Gobierno cree que para dar á la paz estas condiciones, es indispensable avanzar la línea de frontera. Así procura compensar en parte los grandes sacrificios que el país ha hecho, y asegurar la paz del porvenir.

Esta exigencia es para el Gobierno de Chile, para el país y para los Plenipotenciarios que hablan en este momento en su nombre, indeclinable, porque es justa. Los territorios que extienden al Sur de Camarones deben en su totalidad su desarrollo y su progreso actuales al trabajo chileno y al capital chileno. El desierto había sido fecundizado con el sudor de los hombres de trabajo, antes de ser regado con la sangre de sus héroes. Retirar de Camarones la bandera y el poder de Chile, sería un abandono cobarde de militares de ciudadanos

y renovar, reagravándola, la antigua é insostenible situación.... (1).

«El Excmo. señor Baptista dijo: «Las declaraciones categóricas del Excm: señor Altamirano parecen cerrar el camino á la discusión. Los Plenipotenciarios de Bolivia nos hallamos en perfecta conformidad con las explícitas declaraciones del Excm. señor Arenas, sobre el punto fundamental de adquisición de territorios, llámesele avance, cesión, compensación ó conquista; y así pensamos inspirándonos en el orígen y desenvolvimiento de la vida política de nuestra América.... No fijemos en las fronteras de sus Repúblicas, poderes suspicaces y celosos que se estén espiando recíprocamente, absorviendo para sus ejércitos y sus armadas aumentadas incesantemente, la savia de los pueblos.... Vencidos y vencedores sufriríamos igualmente con un estado anormal, que deja para los unos el sordo trabajo del desquite y para los otros el trabajo esterilizador y costoso de impedirlo.... Declaro francamente, que deben reconocerse y

(1) Sabemos ya cuanto haya de verdad en esto.

Descubiertos los grandes depósitos de salitre en la provincia peruana de Tarapacá, el Perù abrió generosamente las puertas de su rico territorio á todos aquellos que buscaban en el trabajo una fuente dn bienestar y de prosperidad, sin establecer diferencias entre nacionales y extrangeros. Al mismo tiempo que otros muchos extrangeros, acudieron allí una multitud de chilenos, á los cuales la pobreza y la falta de trabajo condenaba á las más duras privaciones en su paìs; y hemos visto ya en otra parte, cuales y cuan grandes beneficios produjo á todo Chile. Y hé aquí que este hecho que hubiera podido y debido servir á infundir en los chilenos la más sincera gratitud hacía el Perú, fué por el contrario invocado por Chile como argumento para arrancar al Perú su rico territorio, y apoderarse de él. Esta curiosa pretensión de Chile, imitida por los oficiales labios de uno de sus Plenipotenciarios en tan grave y solemne ocasión, no puede más que darnos una prueba más de la profunda perturbación del sentido moral, á que la violencia de las pasiones ha arrastrado *ciertos ánimos* en aquel pais.

aceptarse los efectos naturales del éxito. En el curso de esta campaña corren las ventajas de parte de Chile. Tomaríamos nuestras resoluciones en la série y en el sentido de los acontecimientos bélicos ya consumados. Posea como prenda pretoria el territorio adquirido, y búsquense medios equitativos que satisfagan con los productos fiscales de ese mismo territorio las obligaciones que pudieran imputársenos.

« El Excm. señor Altamirano expone:.... Es bien triste, dice al concluír, tener que resistir á llamamientos como los que acaban de hacernos los Excmos. señores Arenas y Baptista, pero si el adelanto de la frontera es un obstáculo insuperable para la paz, Chile no puede, no debe levantar ese obstáculo (1).

El Excmo. señor García y García, dice:.... No le es posible tampoco pasar por alto uno de los fundamentos que el Excmo. señor Altamirano alega, como título singular, para el dominio que Chile pretende obtener sobre los territorios de Tarapacá. Recuerda, que el Excmo. Plenipotenciario de Chile sostuvo, que siendo chilena la totalidad de la poblacion de esa provincia, así como fueron chilenos los capitales y brazos que formaron sus industrias, es á ellos á quienes corresponde su posición territorial. Prescinde S. E. de la extensión de *totalidad* que el Excmo. señor Altamirano ha dado á sus palabras, porque siendo totalmente contraria á los hechos, no cree que pretenda sos-

(1) Chile había querido y hecho la guerra con el propósito deliberado de conquistar los territorios de Atacama y Tarapacá; y ciertamente, no podía consentir à retirarse de la guerra sin la conquista deseada.

tenerla ni que haya abrigado esa intención; no silenciaré, sin embargo, la expresión de natural sorpresa que le ha causado oír tan extraño razonamiento á una persona, cuya ilustración y elevada talla política la hacen una figura americana.... Agrega, que aplaude la rectitud de miras en que, como no podía dejar de suceder, abunda el Excmo. señor Baptista, pero juzgando indispensable dar á esas ideas una forma, por decirlo así, tangible, que lleve á los hombres desapasionados que contemplan á estas Repúblicas, el convencimiento de nuestra buena fé, que satisfaga el decoro común y acalle las exageraciones que surgen en los respectivos países, propone:—que todos los puntos de esas diferencias, á que el Excmo. señor Baptista ha hecho alusión y que se precisaran en discusiones posteriores, sean sometidas al fallo arbitral é inapelable del Gobierno de los Estados Unidos de la América del Norte, pues á ese gran papel lo llaman su alta moralidad, su posición en el Continente, y el espíritu de concordia que revela por igual á favor de todos los países beligerantes aquí representados.

«El Excmo. señor Vergara expone:.... Solo se ocupará de la proposición de arbitraje que presenta al debate el Excmo. señor García y García, para declarar perentoriamente, en nombre de su Gobierno y de sus Colegas, que no la acepta en ninguna forma.... Chile busca una paz estable, que consulte sus intereses presentes y futuros, que esté á la medida de los elementos y poder con que cuenta para obtenerla, de los trabajos ejecutados y de las fundadas aspiraciones nacionales. Esa paz la negociará directamente con sus adversarios,

cuando éstos acepten las condiciones que estima necesarias á su seguridad, y no hay motivo ninguno que lo obligara á entregar á otras manos, por muy honorables y seguras que sean, la decisión de sus destinos. Por estas rayones declara que rechaza el arbitraje propuesto (1).

«El Excmo. señor Carrillo, dice:.... La proposición de mi Excmo. colega el señor Baptista ha sido expresada como opinión particular: de mi parte la apoyo y la renuevo en esta forma: *Statu quo* del territorio ocupado por las fuerzas de Chile, hasta la decisión del Tribunal arbitral propuesto, sobre todos los desacuerdos.... Al concluír estas palabras creo oportuno manifestar, que cuando se ofreció en Bolivia la respetable mediación del Excmo. Gobierno de EE. UU. de América, mi Gobierno y la opinión nacional se persuadieron de que la paz era un hecho, porque esa mediación estaba acompañada de otra palabra—el arbitraje, que significa justicia y honra para todos, sin humillación de nadie.

«Al Excmo. señor Osborn le parece oportuno, así como á sus colegas, hacer constar aquí que el Gobierno de los Estados Unidos no busca los medios de hacerse árbitro es esta cuestión. El cumplimiente extricto de los deberes inherentes á tal cargo le ocasionaría mucho trabajo y molestia; y aunque no duda que su Gobierno consentiría en

(1) No puede ocultarse la acerba dureza de estas palabras. Sin calcular la ofensa que directamente hacia á los Estados Unidos, rechazando con tanta aspereza la propuesta de arbitraje, las palabras del Plenipotenciario chileno pueden traducirse así: tengo la fuerza conmigo, y pretendo y quiero aprovechar todas las ventajas que la fuerza pueda darme, sin permitir que nadie se mezcle en mis asuntos.

asumir el cargo, en caso de que fuese debidamente ofrecido, sin embargo, conviene se entienda distintamente que sus Representantes no solicitan tal preferencia.

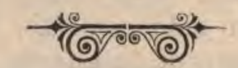
«El Excmo. señor Altamirano expone:.... Que piensa como S. E. (Carrillo), tratándose de levantar el arbitraje á medio único y obligatorio para dirimir diferencias entre naciones; pero si en el caso actual fuera aceptado por los Plenipotenciarios de Chile, serián justamente acusados y justamente condenados en su país como reos de abandono de deberes, y casi de traición á los más claros derechos é intereses de su patria.

Tercera Conferencia del 27 de Octubre. «Los Excmos. Plenipotenciarios del Perú declaran, en respuesta, que insistiendo Chile en la subsistencia de la primera condición, y no habiendo aceptado el arbitraje propuesto por ellos, no les era lícito seguir en el exámen de las otras bases; que todas las puertas les han sido cerradas, haciendo necesaria la continuación de la guerra; y que la responsabilidad de sus consecuencias no pesará sobre el Perú, que ha indicado un medio decoroso de llegar á la paz. (Los de Bolivia dicen lo mismo).

«El Excmo. señor Osborn declara, que él y sus colegas lamentan profundamente que la conferencia no haya dado los resultados pacíficos y conciliatorios que se tuvieron en vista, y juzga que la misma impresión causará en el Gobierno y pueblo de los Estados Unidos cuando allí se tenga noticia de que la amistosa mediación de los Estados Unidos ha sido infructuosa. Con lo qué declaró cerrada la conferencia, en fé de lo cual firmaron....»

Sería ocioso todo comentario de nuestra parte.

Las exigencias tan clara y duramente manifestadas por los Plenipotenciarios chilenos, de no aceptar ninguna discusión, que no comenzara con la cesión á Chile de los desiertos de Atacama y Tarapacá, son la más segura y evidente prueba de cuanto hemos dicho al hablar de las causas de la guerra. Chile había pensado hacer, y hacía únicamente y simplemente una guerra de conquista: y puesto que la suerte de los acontecimientos se había decidido en su favor persistía más que nunca en sus primitivos propósitos.



II.

Batalla de San Juan y destrucción de Chorrillos.

RESUMEN.—Chile se aprovecha cada vez más de la debilidad del Perú. — Abortadas las conferencias para la paz, se dirige contra Lima. — Desembarco de *Pisco.* — Tentatívos de bombardeo del Callao. — Pérdida del *Loa,* de la *Covadonha* y de la *Fresia.* — Bolivia, de hecho, no participa más á la guerra. — El Dictador Piérola: la ambición y la vanidad lo arrastran á nuevos errores. — Los oficiales, abandonando sus rencillas de partido, desean únicamente batirse con el enemigo. — Piérola desconfía de todos: estropea el ejército, desarma la guardia nacional y crea el ejército de reserva, los oficiales *temporales* y el *Batallón depósito.* — El nuevo ejército fué una simple aglomeración de gente armada. — Piérola quiso ser el General en Jefe, deseaba una victoria exclusivamente suya. — Espera al enemigo á las puertas de Lima. — Fortifica San Cristóbal y San Bartolomé. — Contraría el sentimiento público que quería nuevas fuerzas navales. — *Su plan.* — El pueblo peruano estaba malcontento: porque toleró á Piérola. — El desembarco de Pisco indicaba que se atacaría á Lima por la parte de *Lurín.* — Tabiada y valle de Lurín. — Líneas de defensa. — Los reductos. — Las *minas automáticas.* — Los clérigos y el *Vicario Castrense.* — Desembarco de *Curayaco.* — El ejército chileno puede ser deshecho en Lurín. — Como dispuso Piérola las tropas. — Observaciones y consejos de los Generales, no escuchados. — Los *Asilos* y la *Guardia Urbana.* — Disposición del ejército chileno y ataque del 13 de Enero de 1881. — Valerosa resistencia del ala derecha: Iglesias es hecho prisionero. — La reserva: un batallón hecho trizas. — El ala izquierda no tomó parte en el combate. — La mala colocación del ejército y la incapacidad de Piérola fueron causa de la derrota. — Su des-

liento durante la batalla. — Los fugitivos peruanos se dirigen á Miraflores. — Los chilenos en *Chorrillos*. — Saqueo, debastación é incendio. — Orgía, borrachera y sangre. — Los Jefes no pusieron freno alguno á los excesos de los soldados. — La destrucción de Chorrillos no es debida solamente al desenfreno de la soldadesca: parece premeditada y consentida. — Nota diplomática y su respuesta. — ¿Porqué no ardieron los *ranchos* de los allegados á los chilenos?. — Saqueo é incendios en el *Barranco*. — Ni en Chorrillos ni en el Barranco se respetó á los extrangeros neutrales. — Daños sufridos por la colonia italiana. — Atrocidades chilenas: asesinato de 13 italianos. — ¿Qué hizo el Gobierno italiano?. — La escasez de los buques italianos fué argumento de escarnio y osadia por parte de los chilenos. — La fábula del *Batallón italiano*. — Pérdidas de Chile y del Perú en la batalla de *San Juan*. — Porque los chilenos se obstinaron en llamar *Batalla de Chorrillos*, á un modesto hecho de armas en la estación del ferrocarril.

Aún antes de llegar á Tacna y Arica, se encontraba entre los proyectos de Chile el de adelantarse diligentemente contra la capital del Perú. A esto le impulsaban el antiguo ódio, que se había convertido en signo de patriotismo y artículo de fé nacional, y la necesidad de destruír á un enemigo que se abrigaba la seguridad de habérselo hecho irreconciliable, o por lo menos, de quebrantarlo hasta reducirlo por largos años á la más absoluta impotencia: y ésto, se comprende muy fácilmente con el doble objelo de no tener que temerlo más tarde, y de poderle sin contraste dictar su ley, para obligarlo á confirmar con un tratado de paz la conquista del desierto de Tarapacá.

Su escuadra había establecido el bloqueo del Callao desde el 8 de Abril de 1880; y comenzando desde los primeros días de Junio, emprendió con todas sus fuerzas á aumentar su ejército, y á solicitar todos los demás preparativos necesarios. Los hechos le habían demostrado, que no se había engañado, cuando, contando sobre la accidental debi-

lidad en que se encontraba el Perú el año anterior, lo arrastró contra su voluntad, á una guerra en la cual el otro ni siquiera pensaba. Los hechos le habían probado también, que por motivo del mal estado siempre creciente de las condiciones interiores de aquél país, su debilidad primitiva, en lugar de disminuír, había ido siempre aumentando; y todo le aconsejaba aprovecharse cuanto pudiese, y lo más pronto posible, de tan favorable ocasión, antes que un probable cambio de semejante estado de cosas, lo obligase á quedarse á mitad de camino, y quizás á retroceder hasta su país sin las esperadas ganancias.

Los preliminares de las conferencias para la paz, y las conferencias mismas que, sabía perfectamente, no podían satisfacer sus aspiraciones, no habían paralizado ní detenidido un solo momento sus preparativos, ni sus actos de hostilidad contra las indefensas poblaciones enemigas, que oprimía bajo el pesó de enormos contribuciones; y tan luego como aquellas se cerraron, como hemos dicho, sin ningún resultado práctico, se dedicó solícitamente á operar contra la antigua Reina del Pacífico.

Efectivamente, una primera división del ejército chileno que debía operar contra Lima desembarcó el 19 de Noviembre en la bahía de Paracas, próxima al pequeño puerto de Pisco, que había sido dejado sín guarnición por el enemigo, en unión de todo lo restante de su extenso litoral, excepto el Callao. A esta primera división de 8,500 hombres, siguió pocos días despues otra de 3,400; y el 22 del síguiente Diciembre desembarcaban finalmente todas las demás, también sin encontrar ni la *menor resistencia*, en la abandonad playa de Cu-

rayaco. Todas estas fuerzas, formában un total de 26,500 hombres con 80 cañones y 8 ametralladoras, que Chíle dirigía contra la capital peruana (1).

Desde Mayo hasta Diciembre, los blindados chilenos que bloqueaban el puerto del Callao, intentaron varias veces bombardear la ciudad y el fuerte, pero colocándose siempre en la bahía á muchísima distancia de éste, sus tentativas resultaron siempre infructuosas, sin producir jamás daño alguno al enemigo. Por el contrario, la escuadra chilena perdía en Setiembre el trasporte armado *Loa* que los peruanos hicierion saltar por medio de un torpedo.

Otro buque chileno, la corbeta *Covadonga,* que bloquéaba el puerto de *Chancay*, se hizo también añicos en el mismo mes de Setiembre, bajo la acción de otro torpedo lanzado por los peruanos.

Finalmente, el 6 de Diciembre tenía lugar en la rada del Callao un combate singular entre la barca torpedera chilena, *Fresia*, y otra peruana de igual naturaleza. Dicho combate tuvo lugar á igual distancia de las fortificaciones del Callao y de la escuadra chilena, que no tomaron parte alguna, y acabó con la pérdida del torpedero chileno, echado á pique por el peruano.

Veamos ahora lo que hiciese en este intérvalo el Dictador peruano, y como se preparase á la lucha que el enemigo venía á empeñar bajo los muros de la Capital.

De la República aliada, Bolivia, á causa de la cual

(1) Véase Barros-Arana, *Obra cit.,* parte segunda, pág. 141.—Como chileno y como historiador semi-oficial de su país, B. Arana *debía conocer* exactamente el verdadero contingente de estas fuerzas.

por lo menos aparentemente, fué arrastrado el Perú á la guerra, no hay que hablar: después de la batalla del *Alto de la alianza* en las cercanías de Tacna, en la cual, como sabemos, concurrió con un reducidísimo cuerpo de tropas, se retiró completamente de la lucha. Se encerró detrás de sus inaccesibles montañas, donde seguramente nadie la iría á buscar, y olvidó amigos y enemigos, y la guerra misma, como si nada la interesara.

Como hemos dicho en otra ocasión, el blanco de todas las miras de Piérola era la idea de imponerse definitivamente al país, y de asegurar quizás para siempre en sus manos las riendas del supremo poder del Estado, eñ tal momento, y por tan malos medios arrebatados (1). Desconfiando de todo y de todos, excepto de la propia ambición y

---

(1) Para probar cuán cierta sea esta aserción, concurre también el siguiente decreto de 22 de Marzo 1880:

«Nicolas de Piérola... Considerando 1.° *Que mientras la República se dá las instituciones que definitivamente han de rejirla,* y pudiendo ocurrir que por diversas causas me halle impedido temporal ó absolutamente para atender á la administración del gobierno del Estado, es indispensable proveer á tal situación; 2.° .... Decreto: Art. 1. Si á causa de las exigencias de la guerra actual, ó por cualquier otro motivo, me hallase temporalmente impedido, se encargará del Poder Ejecutivo nacional, y con esta denominación, el ciudadano que yo designare...»

Se note que el Perú tenía ya desde más de 60 años atrás sus instituciones republicanas, suspendidas transitoriamente por el Dictador; y que no era el caso de deberse dar las instituciones definitivas de que habla Piérola, puesto que ya existían. De consiguiente era él, quien pensaba modificar tales instituciones, que se habrian hecho incompatibles con su dictadura, en el sólo caso en que ésta debiese ser no ya transitoria, como era, sino estable y duradera. Y se note también que este decreto, dado no para un caso del momento, sino en previsión del porvenir, y para los casos que posiblemente pudieran sobrevenir, era en otros términos una especie de ley general con la cual, confirmando para siempre su dictadura, se daba la facultád de nombrar el sucesor. Por lo menos así fué interpretado *en el Perú.*

de la propia incapacidad, comenzó desde el primer momento á alejar de la dirección de los asuntos públicos y de todas las administraciones del Estado, que en su mayor parte deshizo y rehizo á su manera, á todos aquellos que no eran, o que suponía no fuesen partidarios suyos. Quiso tener un partido político todo suyo de su creación y con sus ideas; y ya sabemos de dónde y cómo lo tomara, y con cuáles medios procuró grangearse su afecto.

Deseó, como hemos visto, é indirectamente contribuyó á la derrota de Tacna, únicamente porque temía encontrar en el Contra-Almirante Montero y en el ejército que éste mandaba, fuerzas morales y materiales que más tarde pudiesen obrar contra él. Derrotado Montero, y reducidos sus glorioros restos de su ejército á disperarse, ó incorporarse por fracciones al de Arequipa, que permaneció inútil lejos del teatro de la guerra, Piérola se sintió más libre. Pero quedaba todavía, de la vida anterior de la República, el ejército que había en Lima y en el Callao cuando él inició la revuelta que lo llevó á la dictadura; quedaba igualmente la númerosa oficialidad peruana, casi toda llamada al servicio activo; y todo esto era todavía para el Dictador, molesto y enojoso.

Sin embargo, una fracción de este ejército, la más pequeña, es cierto, había sido precisamente la que pronunciándose en su favor, fué el primer instrumento de la revuelta; y la otra, si bien no por afecto á él, sino por la grave situación en que se hallaha el país, no solamente se había abstenido de combatirlo, sino que lo había además aceptado *de buena fé*, como Jefe del Estado, declárandose

con la mayor buena fé dispuesta á combatir à sus órdenes contra el enemigo extrangero. Por consiguiente este ejército, lo mismo que sus oficiales, no podían ni debían inspirarle desconfianza al Dictador.

Después de las desastrosas consecuencias de los hechos de San Francisco, y más todavía después de la batalla de Tacna, los numerosos oficiales peruanos, en activo servicio ó no (cuyos vicios revolucionarios y partidarios, causas de todos los demás, hemos con alguna extensión discutido y puesto en evidencia anteriormente), cambiando completamente de idea, no se hallaban animados desde el primero al último, más que de un sólo y sincero sentimiento: el de batirse contra los chilenos, y dar al país espléndidos y provechosos días de gloria. Llenos de tan nobles y generosos sentimientos, habían depuesto todos sus antiguos odios y rencores, toda rencilla política y toda aspiración de ambición personal. Ellos no aspiraban más que al triunfo del Perú en la terrible lucha contra Chile; estaban sinceramente resueltos á batirse, á sacrificarse por la patria en peligro, bajo cualquier bandera estuviesen llamados á hacerlo, como lo probaron plenamente con muchos y repetidos hechos: y eran, de consiguiente, una fuerza de la cual era preciso y necesario aprovecharse.

Pero á despecho de todo esto, el inquieto ánimo del Dictador desconfiaba siempre, y nada era suficiente para tranquilizarlo. Desconfiaba de todo lo que tenía raíces en la anterior vida política de la República; desconfiaba de todos aquellos en los cuales, con razón ó sin ella, creía ver un futuro candidato á la primera Magistratura del Estado,

desconfiaba de cualquiera no fuese exclusivamente suyo y hechura suya. Y nada más que para obedecer á sus tímidas sospechas, privó al país, y por consiguiente á si mismo, de casi todos sus mejores elementos de fuerza.

Disolvió la mayor parte de los cuerpos ó batallones de Lima y del Callao, para depurarlos á su manera y mezclarlos entre ellos mismos ó con nueva gente no sospechosa. Disolvió la antigua guardia nacional, compuesta de voluntarios ya ejercitados en el manejo de las armas, en unión á sus oficiales á los cuales estaban acostumbrados ya á obedecer, para crear en su lugar un ejército de reserva en el cual se hallaban obligados á incorporarse todos los ciudadanos capaces de llevar las armas, y que sin embargo llegó escasamente á 6000 hombres. Disolvió y abolió la vieja escuela militar para la formación de cabos y sargentos, que tan buenos resultados había dado siempre. Y promulgando una nueva ley, con la cual se daba la facultad de nombrar á su capricho, desde Subteniente á Coronel, oficiales así llamados *temporales* y *provisorios*, fueran ó no militares, tomó y creó del seno de todas las clases sociales, principalmente de las más ínfimas, una larga fila de oficiales de ocasión y del momento, que todo conocían menos la milicia, y los colocó al mando del ejército activo y del de reserva.

En cambio los antiguos oficiales del ejército y de la guardia nacional, salvo raras excepciones, parte fueron mandadas á sus casas, y parte reunidos, para tenerlos siempre inactivos bajo su vigilancia, en un monstruoso batallón de oficiales, llamado *Batallón Depósito*, cuya principal misión

era la de estar encerrados en el cuartel; de modo que para poder prestar sus servicios al país, la mayor parte de ellos se vieron obligados á aceptar puestos y oficios inferiores á su grado, ó á batirse como sinples soldados. Como ejemplo, baste decir, que el Contra-Almirante Montero y el General Buendía, pudieron á duras penas obtener el puesto de ayudantes del Dictador en las terribles jornadas de *San Juan* y *Miraflores,* mientras otro General se batía con el fusil á la mano como el más obscuro soldado.

Por consiguiente el Dictador, en vez de recoger y utilizar todas las fuerzas del país, sólo se dedicó á dispersarlas y á dejarlas forzadamente ociosas á un lado, para sustituirlas con un gran aparato de fuerzas efímeras, buenas únicamente para engañar á sí mismo y á la ciega credulidad del vulgo ignorante.

A pesar de los numerosos contingentes de tropas, que con grande y rumoroso aparato se habían hecho venir de los más remotos puntos de la República, para dar prueba de energía y actividad, el ejército activo de Lima y del Callao contaba en Diciembre de 1880, solamente algunos miles de hombres más que en Diciembre de 1879, ó sea de 19000 hombres poco más ó menos; sin contar que, en vez de ejército, se podía llamársele apenas simple *aglomeración* de gente armada. Las pretendidas reformas del Dictador, que en los primeros meses de gobierno lo redujeron de más de una tercera parte, desecharon casi todos los antiguos soldados y las así llamadas *clases,* es decir cabos y sargentos que, como todos saben, son la base principal de un buen ejército; y la gente nueva con la cual

llenaba estos huecos, no era nada adaptada á las urgentes necesidades del momento. Indíginas, es decir *indios* recogidos en las más miseras y remotas poblaciones agrícolas del país, los últimamente llegados no hablaban y no comprendían más que el dialecto nativo, ó sea la *quechua*, y de consiguiente, antes de aprender el manejo de las armas y todo lo que constituye la escuela militar del soldado, era necesario qae aprendiesen á comprender y á hablar el idioma nacional (1): y tratándose de gente por si misma muy ignorante, de la cual se pretendía que aprendiese semejantes cosas por la sola práctica, sin someterla á ninguna anseñanza especial, eran necesarios para esto solamente muchos y muchos meses.

La mitad; ó poco menos, del ejército de Piérola en Diciembre de 1880, era de consiguiente compuesta de gente que no había todavía aprendido á comprender, ó por lo menos muy difícilmente, el idioma nacional; y que por esto mismo, poco ó nada podía conocer del manejo de las armas, y de todas las demás cosas necesarias á un soldado, aún de los más mediocres. Y si á todo esto se añade que, excepto pocos oficiales buenos y expertos de los ya existentes, los demás eran todos oficiales de creación reciente, que poco ó nada conocían del arte militar, se comprenderá fácilmente con cuánta razón decíamos antes, que el ejército levantado y dispuesto por Piérola, más bien que tal, podía ape-

---

(1) El *quechua*, que era el idioma del antiguo imperio peruano de los *Incas*, cuando tuvo lugar la conquista española, es todavía la única lengua de los indiginas que habitan las regiones más interiores de la República.

nas llamarse una simple aglomeración de gente armada.

Sin embargo, aún así como era, los hechos probaron más tarde que este ejército hubiera sido más que capaz, en unión al de reserva, de rechazar al enemigo, si nuevos errores del Dictador, provenientes siempre de las mismas causas, no hubiesen venido antes y durante la acción, á condenarlo estúpidamente á la derrota.

Entre las muchas necedades que la ambiciòn y la vanidad dictaban á Piérola, se encontraba la de no permitir que otro, fuera de él, obtuviese una victoria sobre los chilenos. Decir que no trabajase á so manera para obtenerla, no sería exacto. Esta victoria la deseaba y la quería con todas sus fuerzas: pero con la condición de que fuese toda ella obra suya y merito suyo, para levantarse gigante sobre todos sus conciudadanos, e imponerse irremoviblemente al país con la aureola que debía necesariamente rodearle como su único salvador. Confiando excesivamente en sus propios talentos militares y de todo género, como es natural á la ignorancia ambiciosas, él se creía de buena fé capaz de arrancar la victoria al enemigo: estaba plenamente seguro de vencer, y de hacer todo bien, y mejor que cualquier otro. Era un alucinado; y nació de todo esto en él, la firme resolución de querer ser él mismo—que nunca fué militar—el supremo y único director de la guerra, y el General en Jefe de sus ejércitos.

Contra semejante resolución surgia sin embargo una gran dificultad: para ponerse á la cabeza del ejército y mandar personalmente las batallas contra los chilenos, era necesario abandonar la Capital, y

con ésta, aquella suprema y despótica dirección de los asuntos públicos, á la cual sacrificaba todas sus demás ideas, y que lo tenía tan altanero y lleno de sí mismo. Pero esto no entraba en modo alguno en sus planes: dejar, aunque fuese por un sólo instante de mandar en todo y á todos, permitir que otros dividiesen con él la esperada y segura corona del triunfo, eran cosas que no podían ni siquiera pasarle por la imaginación.

Estaba seguro de la victoria, y no queria que una parte del mérito de ella, por pequeña que fuese recayera en otro que no fuera él mismo. Tenía sed de mando, y sed quizás aún mayor de hacer pompa y alarde de sí mismo y de su poder, en aquella Capital donde se encontraban todos sus verdaderos ó supuestos enemigos, trotando y galopando por las calles de la ciudad con sus enormes botas de montar y su casco prusiano, á la cabeza de una brillante y numerosa escolta de ayudantes y guardias: y á ninguna de estas cosas quería renunciar.

Para conciliar todas estas exigencias de su ambición y de su vanidad, no se ofrecía más que un solo medio: el de esperar al enemigo à las puertas mismas de la Capital, para poderse encontrar contemporáneamente tanto á la cabeza del ejército, como en el Palacio de Gobierno; y fué esto precisamente lo que decidió hacer. Como primera medida, en vista de esto, malgastó inútilmente tiempo, dinero y cañones en las fortificaciones de los cerros de *San Cristóbal* y de *San Bartolomé,* que situados, principalmente el primero, en puntos por los cuales no era en modo alguno posible esperar que se aventurase el enemigo, á poco ó nada podían ser utiles.

Esta manía de Piérola, de querer reservar para sí toda la gloria de derrotar á los chilenos, no fué en modo alguno nueva, ó de los últimos momentos. La tenía desde el primer día en que asumió la Dictadura, y dió de ella la prueba más evidente, cuando, contrariando la universal expectativa, manifestó que no veía la necesidad de comprar buques blindados, y que habría vencido y derrotado al enemigo sin recurrir á nuevos combates sobre el mar.

Frescos todavía los recuerdos de las gloriosas proezas del *Huáscar,* convencido todos de que el Perú hubiera encontrado su salvación en dos ó tres buques blindados, no se vivía, de un extremo á otro de la República, más que con la esperanza de su próxima adquisición. Preparadas ya las sumas necesarias, numerosos emisarios recorrían Europa y los Estados Unidos, en busca de buques que poder comprar ó hacer construír: el mismo ex-Presidente Prado había salido de Lima con este objeto, como escribió desde Guayaquil; y creemos no equivocarnos en los más mínimo, asegurando que una de las principales razones por las cuales el públlco de Lima y del Callao se decidió a aceptar la dictadura de Piérola, fué precisamente la esperanza de que valiéndose éste del concurso de la importante casa comercial, á él sumamente afecta, con la cual negoció el guano quando fué Ministro le hubiera sido más fácil efectuar dicha adquisición.

La universal axpectativa de los peruanos era, pues, la de ver llegar de un momento á otro los blindados en cuestión; y figúrense los lectores cuál sería el general estupor, ó por mejor decir, la

amargura con la cuál se vino á saber que el Dictador renunciaba á la adquisición de dichos buques, y que estaba decidido á continuar la guerra sin ellos. Muchos le rodearon entónces exorthando para que cambiase de idea: pero él, entreabiendo sus labios con una ligera y desdeñosa sonrisa, respondía enigmaticamente: *tengo mi plan.*

Posteriormente, por las publicaciones hechos por los chilenos de una gran parte de la correpondencia de Piérola, se ha conocido que le hubiera sido muy fácil adquirir uno ó dos buenos buques blindados, si bubiese querido: es más, si es verdad cuanto se dice, rehusó varias veces las ofertas que le fueron hechas en propósito, disponiendo para otros usos de los fondos que se encontraban en Europa con este objeto (1). Y hoy todos saben ya que el famoso plan de Piérola no consistía más que en su idea fija de no permitir que otros fuera de él obtuviesen ventaja alguna sobre los chilenos, y adquiriesen de este modo algún derecho al aprecio y á la consideraciónes de sus conciudadanos.

Si Piérola hubíese podido mandar personalmente un buque de guerra—no decimos si hubiese sabido porque él reconocía capacidad para todo—y conservar al mismo tiempo el supremo poder del Estado, haciendo de su buque la capital de la Republica, es fuera de duda que hubiese trabajado con todas sus fuerzas para adquirir uno ó más acora-

(1) Del *Manifiesto á la Naciòn* del ex-Ministro de Hacienda, *Quimpar,* se deduce que cuando Piérola asumia la Dictadura, se encontraban depositadas en diferentes casas de comercio en Europa, con el objeto de comprar dichos buques y los demás obietos de guerra necesarios, 312,900 libras esterlinas; y á la par se deduce, que dicha suma fué gastada por Piérola de otro modo, con poco ó ningún provecho del pais.

zados. Pero esto era imposible; y él antes de exponerse á deber asistir un día á los triunfos de otro, se privó de los buques, y condenó al país á la inacción, dejando que sus indefensas costas fuesen incontrastable presa de la audáz y siempre creciente invasión enemiga.

Todo debía ceder ante las absurdes exigencias de la ambición y de la vanidad del Dictador; y fueron éstos los principales fautores de las fáciles victorias de Chile, desde Tarapacá en adelante; como otras causas no muy diferentes, provenientes siempre de hechos estraños á Chile, habían sido las que únicamente le favorecieron hasta entónces.

Excepto el vulgo, fácil siempre á dejarse engañar por las aparencias, y más que todo iluso por las *resmas* de papel moneda que abundantemente repartía el Dictador, el público sensato de Lima y del Callao veía con bastante claridad dibujarse en el horizonte, desde los primeros meses de la dictadura, el profundo abismo en el cual los errores de Piérola iban precipitando poco á poco el país. Pero ¿qué hacer? Para impedir que aquel completara su necia obra de ruina y desolación, no había màs que un solo medio: el de arrojarlo del solio dictatorial con una revolución; y sin embargo la misma gravedad de la situación aconsejaba imperiosamente huir de ella.

La consiguiente guerra civil no hubiera dado más resultados, que los de abrir aún más solícitamente al enemigo las puertas de la capital. Más valía pues tener la suerte bajo la bandera del Dictador, prestándole con completa abnegación todo su apoyo, y buscando de este modo reparar, si era posible, todos sus repetidos y graves errores.

El rencoroso Dictador únicamente permitía á sus supuestos rivales y enemigos, á la flor y nata de la población de la Capital y del resto de la República, que lucháran contro los chilenos con el fusil en la mano. Y todos ellos—magistrador, generales, marinos, abogados, estudientes, ricos proprietarios, grandes comerciantes, etc. etc.—se resignaron patrióticamente á exponer su pechos á las balas enemigas, como simples y obscuros soldados del ejército de reserva.

Era casi más seguro, por la especial posición topográfica de Lima, que el ejército chileno intentaría acercarse á ella y embestirla por la parte de Lurín; y si alguna duda podía abrigarse sobre este particular, desapareció completamente el 19 de Noviembre con el desembarco en Pisco de la primera división del ejército invasor. Esta priméra división de 8.500 hombres y la segunda de 3,400 que la siguió pocos días después, no se hubiesen procurado ciertamente la molestia de desembarcar en Pisco con todo su enorme material de guerra, para luego reembarcarse, é ir sucesivamente á desembarcar en otra parte. Si habían desembarcado allí y no en otra parte, era porque pensaban adelantarse por aquella parte contra la Capital peruana; á lo que es necesario añadir, que era éste precisamente el lado más favorable, por no decir unico, para operar contra aquella.

De consiguiente, á partir desde fines de Noviembre por lo menos, ere ya seguro que el enemigo se adelantería por la parte de Lurín, vasta extensión de terreno árido y arenoso, especie de desierto que comenzando á breve distancia de la ca

pital, en las corcanías de Chorrillos, se extiende varias leguas al Sur, y que está dividido en dos partes desiguales por un riachiuelo, que bajando de los Andes se desagua en el Océano, dando vida en su curso á una estrecha faja de tierra llamada *valle de Lurín*.—Esta es la única corriente de agua que existe en toda aquella grande zona arenosa, la cual, como hemos dicho, se halla dividida en dos partes; una de escaso número de millas en dirección á Lima, y que toma el nombre especial de *tablada* de Lurín, y la otra mucho más grande al Sur, hacía Cañete y Pisco, por donde habría debido y amenazaba adelantarse el ejército chileno.

Todo pues aconsejaba, que el ejército peruano hubiese establecido su primera línea de defensa, sobre el borde mismo de la tablada que domina el valle y río de Lurín; posición bastante fuerte por sí misma, casi inexpugnabile, y que además domina el solo curso de agua de aquella región; de manera que parece colocada allí casi exprofeso para cortar el camino á un ejército invasor. Esto se hallaba en la conciencia de todo peruano, y no podía no hallarse también en la del Dictador (1); sin embargo éste, abandonando completamente aquellas fuertes y estratégicas posiciones, donde todas las ventajas hubieron sido para su ejército, empleó toda su aparente actividad en disponer y fortificar dos lineas de defensa, una á menos de tres leguas de la Capital, entre *Villa* y *Monterrico*

(1) Desde Diciembre de 1879 la prensa de Lima solicitaba de todos modos al Gobierno, a fin de que establecierse en Lurín una línea de defensa.—Véase: el periódico El Comercio de Lima, del 12 de Diciembre de 1879.

Chico, en una extensión de más de doce kilómetros, y la otra entre *Miraflores* y *Vasquez* en el de *Ate,* casi á las mismas puertuas de Lima.

Pero ignorante de las cosas militares, y sordo siempre á los consejos de los que la conocían, no hizo, aún en ésto, más que acumular errores sobre errores. Además de la enorme extensión de sus líneas de defensa, relativamente al escaso número de fuerzas que debían sostenerlas, las fortificaciones mismas ideadas por él, y ejecutadas solamente á medias, eran el mayor absurdo que se puede imaginar. Estas famosas fortificaciones, tan rumorosamente decantadas por él y por sus partidarios, como más tarde las decantaron también á su vez los chilenos, para ensalzar estrepitosamente su victoria, debían consistir en anchas zanjas pomposamente llamadas *reductos,* protegidas por barricadas de piedra y murallas de sacos llenos de tierra. Pero ni siquiera esto, se supo llevar a cabo; y en los días de la batalla únicamente había unos cuantos anchos canales aislados, con algunos miserables terraplenes, que no seguían sistema alguno de unión entre ellos. Nosotros que lo vimos algunos meses después, comprendimos difícilmente como pudiese ocurrir á humana mente dar el nombre de fortificaciones á semejantes miserias: y cuando más tarde leimos en los periódicos chilenos y en la *Historia de la Guerra del Pacífico* del chilenos Barros-Arana, las pomposas descripciones que, para ensalzar la acción de sus vencedores ejércitos, hicieron de aquellas supuestas fortificaciones, nuestra admiración por la poderosa fuerza *inventiva* de los escritores chilenos fué ver-

daderamente *colosal.* Al escuchar Barros-Arana (1), nuestras fortificaciones del *Cuadrilátero* serían simples juguetes en comparación á las que el Dictador peruano preparó en San Juan y Miraflores, y que en el espacio de un relámpago los *heróicos* soldados chilenos vencieron y conquistaron. ¡Afortunadamente están muy lejos de nuestra vieja Europa!

Otro sistema de fortificaciones, sobre el cual contaba grandemente Piérola, y por el cual quizás se prometía principalmente la victoria, consistía en una especie de *sembrado* de las así llamadas *minas automáticas;* es decir de bombas explosivas enterradas en los sitios por los cuales se creía que debiese pasar el ejército enemigo, y que debían estallar al simple choque con el pié de un soldado.

Con esto, Piérola se hallaba seguro de la victoria: y esperaba sereno y tranquilo el día de la batalla, el cual, como era natural, vino à probarle lo errado de todos sus cálculos. Mientras no hicieron algún daño, ó apenas insignificante, á los chilenos, las famosas minas autómaticas sirvieron únicamente á asustar al ejercito peruano, que, informado de su existencia, no sabía sin embargo con seguridad donde se encontrasen.

Otra de las medidas del Dictador para asegurarse la victoria, fué la de infectar el ejército con una falange de frailes y clérigos, que bajo los ordenes de un *Vicario Castrense* ó Capellán mayor, que llevaba ufano el distintivo de los generales (2),

(1) Véase: *Obra cit.*, segunda parte, pag. 162 y siguientes.

(2) «Lima, Agosto 21 de 1880.—Siendo conveniente que el Vicario General de los ejércitos de la República se distinga, por su vestuario, de los simples capellanes, y sea reconocido á prima vista donde

andaban predicande los soldados que para ganarse el cielo había que creer en Dio y en Pierola, y que pleando valerosamente contra los chilenos obtendría como premio el de morir sobre el campo de batallas, á fuer de buenos y fielos cristianos, Estos *desaforados*, pues este es el nombre que les conviene, llegaron á confesar y absolver á los soldados por compañias y batallones, en el momento de la batalla, en voz alta y chillona, para que la muerte no les surprendiese en pecado. Como era natural, esto no podía menos que enervar y acobardar á los soldados, especialmente los reclutas, en un momento en que, por el contrario, necesitaban pelar á todo su valor, y á toda la energía de que eran capaces.

Los antes citados planes estratégicos del Dictador, no podían dejar de encontrar una desaprobación general. y varias voces se alzaron úuanimemente para indicar que la primera linea de defensa, llamada de *San Juan,* fuese trasportada á las fuertes posiciones de Lurín. Ma él, que por las razones arriba expuestas, no quería alejar de la Capital el teatro de la guerra permaneció firme en su propósito; así como también persistió en sus ideas, cuando se supo que el grueso del éjer-

---

quiera que se presente, para que no halle dificultad en el ejercicio de sus funciones.... se dispone que el expresado Vicario use el siguiente uniforme: Sombrero redondo, según modelo, con borlas azules celestes; sotana negra cerrada con ojales y botonadura del mismo color que las borlas del sombrero; cuello y bocamanga del General de Brigada; una cruz de plata a manera de pectoral, pendiente de un cordon de seda del mencionado color azul; esclavina negra con botonadura y ojales azules, etc., etc.... (Siguen la rúbrica del Dictador y la firma del Ministro).

Hé aquí una prueba de la seriedad del Dictador Piérola, y de la miserable manera en la cual malgastaba su tiempo, cuando tenia *tanto que* hacer para sacar al país de su tristísima situación.

cito chileno desembarcada dificilmente en el casi impracticable seno de *Curayaco*, y que varios de los más expertos Generales y Coroneles peruanos le aconsej·ban, que tomara la ofensiva y ataque resueltamente al enemigo. Encontrándose éste á pocas millas de San Juan, luchando sériamente con las penosas operaciones del desembarco que duró varios días consecutivos (1), el ejército peruano, el cual hubiera podido echársele encima en pocas horas, con una celeridad que no hubiera dado tiempo á tomar ninguna medida, lo habría seguramente destrozado. Esto hubíese sido, sin duda alguna, de gran importancia en los destinos futuros de la guerra.

Gracias, pues, á la imperícia y obstinación del Dictador peruano, el grueso ejército chileno desembarcò tranquilamente en Curayaco, en la playa de Lurin, como en su casa, sin encontrar ni siquiera la más levo resistencia, mientras que, tomando en consideración las muchas é imponentes dificultades topográficas dei sitio, habrían bastado algunas compañıas de soldados para rechazarlo. Y debido siempre á las mismas causas, encontró silenciosas y desiertas aquellas posiciones de Lurin con su agua, que hubiera debido conquistar á costa

(1) «Como se efectuó el desembarque *(á Curayaco)* no puedo decirlo á U. porque no lo presencié; pero los datos que he recogido de muchas personas, manifiestan claramente que el desórden fué completo.... Yo llegué á Curayaco el 28 en la tarde, y aún quedaban tropas á bordo.» (Como se sabe el desembarco comenzó el 22).
CARTA POLITICA de Manuel José Vicuña, á don Adolfo Ibañez, pag. 87—30 Abril de 1881.
Vicuña era agregado al Estado Mayor chileno, y dirigía la provisión de pan para el ejército. Por consiguiente podía y debía esta bien informado de las cosas del ejército chileno; y como fuent no sospechosa para este último, recurriremos con frecoencia, par algunos *datos fehacientes* á su importatísima *Carta potítica*.

de mucha sangre, si quería pasar adelante, y que talvez le hubiera impedido para siempre el paso á la Capital del Pacífico (1).

No obstante, aún entónces el Dictador peruano hubiese tenido tiempo para remediar, al menos en parte, sus costantes errores. El ejército chileno, el cual, antes de dirigirse contra al enemigo, sentía la necesidad de reorganizarse, para prepararse á la lucha, acudió directamente al valle de Lurin y se acampó, sin discernimiento alguno, sobre las angostas orillas del arroyo, o sea sin ocupar y defender convenientemente la cresta de la *tabláda* que dominaba su campamento, de manera que habría bastado que el ejército peruano, el cual se encontraba apenas á siete millas de distancia, lo hubiese sorprendido allí, en el curso de una noche oscura, ó bien protegido por la constante niebla matutina que es compañera asidua de aquellos lugares, para desbaratarlo y talvez destruírlo completamente (2).

(1) Lo que más temian los chilenos. era precisamente que el ejército peruano procurase defender y privarlos de la única corriente de aguas de Lurin.

« Indecibles son las agitaciones y zozobras que experimentamos todos los que nos quedamos en Pisco, esperando de momento á momento la noticia del desembarque, con sus combates, dificultades ó facilidades, y las posiciones que ocuparon nuestras tropas, al frente quizás de numeroso enemigo que defendiera el agua en Lurin, tratando de cortarnos todo recurso. »—Carta Politica, etc., pag. 82.

(2) « Por el norte, el rio *(de Lurin)* forma una gran barranca, en cuya cima empiesa la pampa ó tablada de Lurin. La barranca está cortada á pique solo en algunos puntos, siendo uno de ellos el lugar por donde cruza el puente, que nace en la ribera sur del rio, y subiendo como un plano inclinado vá á descansar sobre la pampa misma. Al este del puente hay varios sitios por donde descender de la pampa al rio, con gran facilidad, sin poder hacer lo mismo del rio á la pampa. La cosa consiste simplemente en algunos morros de arena que se levantan de la pampa á orillas de la barranca,

Pero no, el capricho del Dictador, el cual no faltó quien le aconsejara lo que debía hacer, debía favorecer hasta los errores estratégicos del enemigo; el cual pudo así permanecer tranquilo hasta la noche del 12 de Enero, en los bordes mismos de aquel abismo donde su propia impericia lo había conducido.

Todo debía favorecer, y favoreció de hecho á Chile, en esta larga y desastrosa guerra.

Obrando siempre de *motu propio*, el Dictador se limitó á precipitar los trabajos de las fortificaciones que, como hemos dicho, quedaron incompletos, de las dos líneas de defensa escogidas por él; y posteriormente, á arrojar sobre éstas sus ejércitos, de la manera que á él pareció más conveniente para esperar y rechazar al enemigo: antes sin embargo y con la mayor solemnidad, hizo bendecir por el Vicario castrense, á la par que el inútil fuerte de San Cristóbal, la aún más inútil espada que él mismo debía usar en las próximas batallas (1).

Dejando todo el ejército de reserva—6000 hom·

---

dejando caer en el pedregal del río sus faldas de arena que permiten rodar facilmente, y no ascender del mismo modo.... Si se les hubiera ocurrido una noche cualquiera á los peruanos ir por la pampa, y amanecer con su linea formada en toda la ceja de la barranca, habríamos tenido laberinto y medio, siendo fucilados á mansalva. Desde la ceja estaban dominados todos los campamentos, repartidos en pequeños potreros y sin fácil salida en un momento dado, tante para formar línea de defensa como de ataque, siendo ésta casi imposible.... Como única precaución para ponerse á cubierto de sorpresas, se habían avanzado dos brigadas al otro lado del puente; pero tan distantes una de otra, que por el centro, bien habria podido pasar el ejèrcito de Jerjes, sin ser visto ni sentido por ninguna de las dos. »

Carta Politica de Manuel J. Vicuña, pag. 100.

(1) Esta ceremonia de la bendición de la espada de Piérola y del fuerte, que fué bautizado con el nombre de *fortaleza Piérola*, tuvo lugar con la más *solemne pompa* el 9 de Diciembre.

bres—en defensa de la segunda línea de Miraflores, y 3,000 hombres del ejército activo en el fuerte del Callao, distribuyó todo el resto de éste, ó sea 16,000 hombres en todo, sobre la primera línea de San Juan, del modo siguiente. un cuerpo de 4000 hombres formaba el ala izquierda en *Monterrico-Chico;* un segundo de 4,500 ocupaba el centro en las pequeñas colinas *San Juan;* otro aún de 4,500 sostenía el ala derecha en *Villa* y en las faldas de los cerros que hacen de estribo al *Morro Solar*; y finalmente, un último cuerpo de 3,000 infantes, destinado á formar la reserva, fué colocado en el cuartel y alrededores de Chorrillos, á retaguardia del ala derecha.

El Perú, país lleno de recursos, podía y quería prepararse mucho mejor; y ciertamente, si se hubiese encontrado á la cabeza de su gobierno un hombre, siquiera medianamente dotado de buen sentido, si sus destinos no hubiesen fatalmente caído en manos de un alucinado, hubiera opuesto un dique más que insuperable á la audaz invasión de un enemigo bajo todos conceptos inferior, quien se aprovechaba de sus desgracias para irlo á desafiar y vencer bajo los muros mismos de su Capital.

Bien quel Dictador no los eschuchase jamás, y que lo tuviese siempre alejados, ó relegados en el secundario è inútil puesto de ayudantes, no pocos de los Generales y Coroneles de nota se presentaron, esta vez más, ante él, para hacerle comprender los graves e sustanciales errores de su plan de defensa.

Junto con otras muchas cosas, le hacían notar principalmente la longitud desproporcionada de la

línea de defensa, de más de *doce kilómetros*; y de aquí, la suma inconveniencia de tener tan diseminados los cuatro pequeños cuerpos del ejército, y á tal distancia el uno del otro, que le sería imposible ayudarse eficazmente en caso de necesidad; caso tanto más grave y probable, cuanto que se sabía que el enemigo disponía de fuerzas muy superiores, y que podía facilmente dirigirse en gran número sobre uno ó dos de ellos, y destrozarlos necesaria y facilmente antes de que pudiese recibir socorro alguno. Le hacían observar a la vez, que acantonado como se hallaba en el cuartel de Chorrillos, en la extremidad de la larga línea de defensa, el pequeño cuerpo de reserva se vería necesariamente condenado á convertirse en simple expectador de la lucha: esto es, en la imposibilidad de dirigirse en el momento oportuno hacía aquel punto de la línea donde más fuese necesario, á causa de la gran distancia que lo separaba de ella, y por consiguiente al dejarlo en tal posición, se disminuían sin ningún provecho las ya escasas fuerzas de que se podia disponer; y así tantas y tantas otras cosas no menos graves é importantes.

Pero todo era inútil. El Dictador no escuchaba consejos, creía saber más que todos los demás juntos, y se limitaba á contestar á todos con su cesáreo dicho: *yo tengo mi plan*; dicho con el cual quería aludir á su gran perícia militar y á sus famosos sistemas de fortificaciones, el de las *minas automáticas* principalmente y que en realidad no revelaba sino su ineptitud y su fátua credulidad en aquella victoria, imposible ya, gracias á sus constantes errores.

En vista de lo expuesto, todos, excepto el Dic-

tador y sus más íntimos partidarios los cuales eran otros tantos alucinados como él, preveían más ó menos segura la derrota del ejércitto peruano. Y bien conocidos como eran generalmente los excesos cometidos por el ejército chileno en los países ocupados por él, cada uno pensaba con terror á la no lejana eventualidad de que Lima cayese en sus manos. Todos buscaban un refugio donde ponerse en salvo en aquella ora tremenda: quien mandaba su familla en las provincias del interior, quien solicitaba un puesto para cuando llegase el caso, en una de las naves de guerra neutrales que se encontraban en los aguas del *Callao*, quien se dirigía á cualquiera de los muchos extrangeros residentes en Lima, para encontrar un abrigo en su casa. Peró el hecho es, que después de los terribles hechos de *Tacna*, ni aún los extrangeros mismos se consideraban seguros en sus propias casas á pesar de su neutralidad y de estar éstas protegidas por banderas y placas con los colores nacionales, que cada uno de ellos había recibido de las Legaciones de sus respectivos países.

Por consiguiente, muchos extrangeros se alejaron con sus familias de Lima; y aquéllos que no pudieron seguir un ejemplo tan prudente, formaron Comités, los cuales, de concierto con los Representantes de sus Naciones, alquilaron grandes casas que pusieron baja la especial proteccion de las Legaciones, y las destinaron á lugares de *asilo*, para todos los individuos de la misma colonia.

Otra de las meditas tomadas por los extrangeros, de acuerdo con las autoridades de Lima, fué la creaciòn de un *Guardia Urbana*, para mantener el buon orden en la Capital y tutelar la vida y los

intereses de ellos mismos y de los nacionales, contra las insidias de los rateros y malechores; medida que había hecho indispensable la absoluta falta de toda fuerza armada en la ciudad, habiendo salido en su totalidad, ejército y fuerza do policía, *celadores*, á acamparse en las líneas de San Juan y Miraflores. En Lima, casi todas las Colonias extrangeras habían organizado desde años atras, cada una separadamente, una ó más compañias de Bomberos. que prestaron siempre grandes servicios á toda la ciudad, acudiendo con solicitud á apagar los incendios do que se manifestase; y precisamente entre estas diversas compañias de Bomberos se organizó, bien y prontamente, un cuerpo de Guardia Urbana, bajo cuya tutela, mientras existió, la ciudad permaneció siempre segura y tranquila.

El ejército peruano, pues, hallándose colocado en la manera antes referida, recibió en la mañana del 13 de Enero 1881 el chaque de las fuerzas enemigas. Inferior á éstas por lo menos de un tercio, compuesto en gran parte de gente novicia en el manejo de las armas, y esparcido como estaba sobre una immensa linea, para cubrir la cual se necesitaba un ejército mucho más numeroso, se encontraba anticipadamente condenado á una segura derrota; y esto fué el único premio que debía y podio coronar la obra disolvente del Dictador peruano.

El ejército chileno se avanzó dividido en cuatro divisiones. Una de 8,000 hombres estaba destinada á atacar el ala derecha de los peruanos, mientra que otra dos, fuertes de 7,000 hombres la una y de 6,000 la otra, debían dirigirse con-

tra el centro, asaltando á la vez, la primavera de frente y la segunda de flanco. Una ultima división de 3,000 hombres servía de reserva; y estaba en las disposiciones del General en Jefe, que las tres divisionnes destinadas al ataque se encontrasen á una misma hora en sus puestos, á las 5 de la mañana del 13 de Enero, y que rompiesen contemporáneamente su fuego sobre el enemigo. Los enfermos, el personal de la ambulancia y aquellos especialmente dedicados al servicio de los trasportes y bagajes, víveres etc. etc., no están comprendidos en estas cifras.

Rompiendo cada una su marcha del cuartel general según la distancia que tenía que recorrer, para encontrarse á la hora convenida en el lugar designado, solo abedeció á la consigna la division que debía operar sobre el ala derecha de los peruanos; y á la hora determinada, á las 5 de la mañana, inició el ataque. Peró dejémosla allí, que ya tendremos tiempo de volver á ella.

Las otras dos que debían operar de acuerdo contra el centro, llegaron un poco más tarde: la de 7,000 hombres un poco antes, y la de 6,000 poco después de la seis. No obstante fueron las primeras á conseguir su objeto, y la razon no es muy difícil de encontrarse: eran 13,000 contra 4,500! El valiente Coronel Cáceres quien mandaba las posiciones peruanas, lamentaba ante todo que un buen tercio al menos de su pequeña división, era gente totalmente novicia en el arte de la guerra, pues ni siquiera la voz del mando comprendía bien; y veia con dolor que, si nó llegaba á tiempo un indispensable refuerzo, no sabría como contenerla dentro de sus filas, una vez que hubiesen caido

bajo la granizada de las balas enemigas, los poco soldados verdaderos que tenía á sus órdenes. Efectivamente, después de una hora y media de combate, no le quedaba más que la turba novicia de reclutas: ésta, como era de esperarse, se puso pronto en fuga; y encontrando en el camino la división del ala izquierda que venía demasiado tarde, por fracciones, á su socorro, á causa del largo y desigual camino que sus esparcidos batallones tuvieron que recorrer, la envolvió irrisistiblemente en su fuga, sin permitirle que disparase un solo tiro.

Son apenas las 18 de la mañana, y la batalla está concluída. No obstante, se oye aún triste y siniestro el fragor de la guerra: es el ala derecha que comenzó á batirse una hora antes que las otras, á las cinco, y que está aún firme en su puesto, perdiendo y recuperando alternatibamente sus propias posiciones, sin seder jamás definitivamente. Lynch é Iglesias, el Comandante chileno y el peruano, se baten con igual denuedo, casi con igual valor: pero la gloria no será igual, la gloria será del vencido. Este no tiene sino 4,500 hombres que oponer á los 8,000 de su adversario, ya convertidos en 11,000 con el refuerzo del cuerpo chileno de reserva; y sin embargo está sereno y tranquilo, está seguro de la victoria: son casi todos viejos soldados los que tiene á sus órdenes, y sabe que con éstos difícilmente se pierde. Pero vedlo detenerse un momento... ¿Qué sucede? Ve venir á lo lejos gruesas columnos de soldados, y por un momento está en duda de si sean amigos ó enemigos: ah! la cruel verdad no tarda en manifestarse; son enemigos; son las divisiones chilenas vencedoras *del centro*; que se dirigen contra

él en socorro de la división Lynch (1). Dirigiendo su mirada por todas partes, no vé ninguna fuerza acudir en su ayuda: solo descubre en lontananza al Dictador, que cabalga hacia el mar; y lo hace alcanzar al instante por un ayudante suyo, para pedirle un inmediato socorro.

¡Inútil tentativa! El ayudante vuelve, y le comunica que el Dictador, atontado, le hace saber que todo está perdido, y que vale más retirarse.—*¡Pues bien! yo no me retiraré,* esclama el valeroso Iglesias, *yo lucharé mientras pueda.*—Y lucha como valiente contra todo el ejército chileno, que ya ha tenido el tiempo de reunirse á la división Lynch. Lucha retrocediendo con sus diezmadas fuerzas hasta la cumbre del *Morro sular;* y una vez allí, lucha siempre sin tregua ni reposo hasta las dos de la tarde, á cuya hora, rodeado por todas partes por el ejército enemigo, cae prisionero junto con todo su Estado Mayor y con todos los soldados que le quedan. No son más que 1880; los otros 2700 han muerto batiéndose durante nueve horas contra todo el ejército chileno, es decir contra más de 20 mil hombres! Iglesias, vencido, prisioniero, fué el héroe de la jornada.

El cuerpo de reserva colocado por Piérola en el cuartel y en los alrededores de Chorrilios no entró en batalla. Tenía la consigna de no moverse

(1) «A las once del día màs ó menos se recibió un parte de Lynch diciendo que no podía avanzar, porque su tropa estaba diezmada, rendida de cansancio, y que le mandaran refuerzo para continuar el ataque.»

CARTA POLITICA del chileno M. J. Vicuña, pag. 111.

Hay que advertir que Lynch había recibido ya algunas horas antes el refuerzo de la división de reserva, como se dice en la misma *Carta política*, en la pag. 106, y como se deduce del parte oficial del General en Jefe del ejército chileno.

sin orden de la Superioridad; y la única orden que recibió, después de la derrota del centro, fué la de retirarse á Miraflores. Informado ya de la derrota del centro, el Jefe de dicho cuerpo, Coronel Suarez, responde que sería más oportuno acudir en socorro dal ala derecha, y pide la modificacion de la orden en este sentido. No: se le comunica por segunda vez la orden de retroceder—unica disposicion emanada del mando en Jefe del Dictador durante toda la batalla—¡y necesario le es obeceder! Solo un pequeño batallón de este cuerpo se avanza de *motu propio*, á despecho de la orden contraria, en socorro del ala derecha que valerosamente se bate aún: pero apenas salido de Chorillos se encuentra con la gruesa división chilena vencedora en San Juan, la que, flanqueando el Morro Solar á la espalda de Chorillos se dirije contra aquella misma ala derecha, á cuyo auxilio acudía el, y queda hecho trizas. Tan sólo escaparon á la destruccion géneral de dicho batallón, unos cuantos soldados que durante la derrota, ó retirada, consiguieron refugiarse en la estación del ferrocaril, situada en las puertas de Chorillos, en donde intentaron hacer resistencia á la ola impetuosa del enemigo, y en donde rodeados por todas partes, en breve tiempo fueron hechos prisionieros.

Hemos dicho ya que el otro cuerpo de 4000 hombres, que formaba el ala izquierda entre San Juan y Monterrico Chico, tampoco tomó parte en la lucha. Cuando se pudo apercibir que se había quedado lado, y que el enemigo se aglomeraba contra otras posiciones de la línea de defensa, decidió por sí, á falta de órdenes del Jefe Superior, de rer en ayuda del centro. Pero diseminado como

se encontraba en una larga zona, y animado del deseo de llegar pronto en auxilio del centro, del cual lo separaba una gran distancia, no se recogió en un solo cuerpo para marchar unido y compacto contra el enemigo: suponía que su línea de defensa estuviese aún libre, y que no tendría que entrar en acción sino cuando estuviese ya incorporado á la división del centro en las posiciones de San Juan; y se dirigió allí por fracciones, en el orden en que se encontraba en sus extensas de San Juan estaban ya en poder del enemigo, quien, habiendo desalojado de allí al resto de la división peruana que las defendía, se adelantaba muy numeroso en su persecución. La división del ala izquierda se encontró pues, por pequeñas fracciones, con toda esta gran multitud de gente, entre amigos y enemigos, que corría hacia ella: y no siendo posible que cada una de estas fracciones, separadamente, resistiese á un choque tan fuerte y violento, fueron todas ellas envueltas y arrolladas, á medida que el encuentro tenía lugar, en la confusa carrera de vencidos y vencedores, sin que les fuese posible oponer resisteecia alguna ni disparar siquiera un solo tiro.

De los 16000 hombres que formaban ejército peruano, sólo entraron en acción los 90000 del centro y del ala derecha; de los cuales, por cierto, no se podía esperar que resistiesen invenciblemente el choque de 24000 chilenos, que marchaban contra ellos en filas fuertes y compactas (1). Esto se debió

(1) Por ambas partes, Chile y Perú, se ha buscado siempre en sus diversas relaciones, aumentar enormemente las fuerzas del adversario: sin embargo, nosotros, guiados por noticias de las más *ciertas y seguras*, podemos garantizar la exactitud de las cifras que *hemos asignado* á los ejércitos efectivos.

principalmente, tanto á la mala colocación que había sido dada al ejército peruano, como á la manifiesta y completa incapacidad del Dictador, en el momento de la lucha. Creía que para ser él General en Jefe y supremo director de una batalla, bastara simplemente querer, y se engañó. Visto por el resultado la insignificante nulidad de sus fortificaciones; y visto que el enemigo pasaba ileso por encima ó á un lado de sus famosas *minas automáticas,* desaparecieron todas sus iluciones y perdió toda la ciega confianza que tenía en sí mismo. Tal vez un momento de lucidez le hizo entrever entónces toda la enormidad de sus errores á la par que su gran responsabilidad ante su desgraciada patria, tan estúpidamente sacrificada por él; y saboreó tal vez, un largo y terrible momento de congoja y de remordimiento que lo postró. Incapaz de tomar medida alguna, se paseaba taciturno y abatido detrás de la agitada línea de batalla, entre San Juan y Villa, sin jamás recordar ni siquiera que era el General en Jefe de su ejército, y sin jamás pensar en dar una orden cualquiera La derrota de la división del centro, vino á sacudirlo violentamente de su letargo: pensó que todo estaba perdido, y tomó solícitamente el camino de la playa, para volver á Lima. En este momento y en este estado de ánimo encontró al ayudante que le pedía los refuerzos para la división de Iglesias; y le contestó lo que él pensaba, es decir, que todo éstaba perdido; y continuo su camino. Después, la vista del cuerpo de reserva que estaba más allá de Chorrillos, dió otro giro á sus ideas: se recordó que le quedaba aún la segunda línea de defensa de Miraflores; y recobrando su

antigua confianza, dijo á sí mismo: *si hoy he perdido en San Juan, venceré mañana en Miraflores;* y pensó conservar para la segunda batalla, la división de reserva que tenía delante de sí. De aquí la orden mandada á Suarez, después rigurosamente repetida, de replegarse sobre Miraflores.

A las *once* de la mañana, todo había concluído en la llanura entre Monterrico Chico y Chorrillos. Los derrotados fugitivos de San Juan estaban ya detrás de la segunda línea de Miraflores, en unión de los del ala izquierda y de los de la división de reserva que el Dictador hacia mover en retirada: la lucha se había localizado sobre la alta cumbre del *Morro Solar,* donde sola y únicamente seguía aún. Chorrillos estaba desierto: ya no había allí un solo soldado peruano; no había nadie; casi todos sus habitantes habían huido. Solo quedaban algunos extrangeros ageno á la lucha, neutrales, que poseían en Chorrillos sus establecimientos comerciales, y que, temerosos, se refugiaban, quienes en sus casas, quienes en la playa del mar: sabían que los chilenos ocuparían de un momento á otro la ciudad, terminada que fuese sobre el Morro la insostenible resistencia de Iglesias; y recordando los tristes acontecimientos de Tacna y Arica, tenían miedo: pero no querían no podían abandonar completamente sus casas de comercio, aquellas propiedades que representaban el fruto de tantos años de trabajo, de economías y privaciones; y permanecían allí, fiados en la esperanza de que los chilenos sabían respetar su carácter de extrangeros neutrales.

A las *dos* de la tarde, como hemos dicho, todo había concluido también en el *Morro,* Iglesias ha-

bía caído prisionero en unión á los escasos restos de su división; y menos de media hora después, las primeras columnas de las tropas chilenas, que á paso acelerado descendían por las áridas faldas del Morro, invadían las desiertas calles de Chorrillos, mientras otras ocupaban el cuartel situado á poca distancia, que ya desde algunas horas antes había abandonado la división de reserva del ejército peruano. A las *dos y media*, el General en Jefe, Baquedano, y el Ministro de la guerra, Vergara, que representaba al Gobierno chileno, se hallaban también en Chorrillos, admirando estáticos en unión de sus ayudantes y secuaces, los hermosos palacios (*ranchos*), que con sus elegantes terrazas morescas, y sus floridos jardincillos cerrados por macizas verjas de hierro dorado, daban al conjunto aquel aire fantástico, encantador, grandioso, del cual tanto habían oido hablar en Chile, y que tan fielmente anunciaba la decantada riqueza de los ajuares y de todas las elegantes superfluidades de las habitaciones. La naturaleza y el arte rivalizaban en belleza y magnificencia á los atónitos ojos de la numerosa comitiva, que marchaba dueña y señora de aquella inmensa *alhambra* de la aristocracia peruana; que sentía hervir en su corazón todas las pasiones de la patria lejana, contra los odiados poseedores de tanta delicia; que sentía saltar en su ánimo toda alegría del afortunado vencedor, que había conseguido finalmente plantar su férreo pié sobre el trémulo cuello del odiado hermano y rival. Pero el tiempo urgía: la hora de la vengadora cólera estaba próxima: y antes que aquella sonara, era necessario reposarse del cansancio y de las fatigas del día.

La numerosa cabalgada de los conquistadores se separó hacia las *tres;* y mientras el General en Jefe buscaba un poco de reposo, en unión al Ministro y al ex-Plenipotenciario Godoy, en el *rancho* de un pariente de las distinguida esposa éste (peruana), otros invadieron el del ex-Comandante de la *Unión*, García y García.

Breve fué sin embargo su reposo, grandes llamas y gruesas nubes de humo les advirtieron bien pronto, que la venganza chilena comenzaba y que era hora de dejar libre el campo á sus terribles ministros (1).

A las 5 el Ministros de la Guerra abandonó Chorrillos, mientras el General en Jefe pasaba á ocupar el gran palacio de Pezet, de donde lo desalojaron nuevamente las llamas á las 10 de la noche, viéndose obligado de este modo á pasar la noche en el cuartel, convertido en hospital.

Desde cerca de las 5 de la tarde, todo Chorrillos se había convertido en horrendo teatro de rapiña,

---

(1) « Ya no había enemigos que combatir.... Era necesario solazarse, tener momentos de espansión y de descanso, antes de volver de nuevo á sufrir las rígidas prescripciones de la disciplina y al fatigoso servicio de la campaña.... El ejército de Chile se había cubierto otra vez de *inmarcesible gloria* (!); era muy justo pues celebrar dignamente tan grato acontecimiento. Parece que este fué también el espíritu que animó al General en Jefe; pues en lugar de hacer tocar reunión à los innumerables y desordenados grupos de soldados de distintos cuerpos que andaban diseminados por la población, se dió largona, tanto á los que estaban en la ciudad, como à los que seguían penetrando en ella, y se llevó la imprudencia y el descuido hasta el estremo de no ordenarles dejar las armas en sus cuarteles ó campamentos. Las consecuencias, como era natural, fueron fatales. La mayor parte de las casas de Chorrillos, verdaderas mansiones de placer y de recreo, poseían abundosas y bien surtidas despensas. Los despachos de donde se *había sacado el petróleo y el aguarraz,* contenían también centenares de botellas de toda clase de licores.... Luego principió el reparto.... »
EL MERCURIO, periódico de Valparaíso, del 22 de Marzo 1881.—*Relación de su corresponsal en la campaña.*

de orgía, de sangre y ruinas: una verdadera caldera del infierno.

Grandes y pequeñas bandas de soldados armados y en desorden, se diseminaron en un momento por toda la pequeña ciudad. Mientras unos corrían á las *pulperías,* á las tiendas y á los almacenes, otros hacían saltar á tiros las cerraduras de las puertas y entrando en las casas las recorrían rápidamente de arriba abajo; si encontraban alguno, lo mataban; y si el aspecto general de las abitaciones era pobre y mezquino daban fuego y se iban (1). Si por el contrario anunciaba riquezas y opulencia, las cosas cambiaban de aspecto: escudriñando en todos los rincones, registrando todos los muebles, poniendo todo en horrendo desorden, se apoderaban de todos los pequeños objetos preciosos, y de las más ricas telas que encontraban, haciendo cada uno á toda prisa su respectivo paquete. En seguida á la dispensa y á las bodegas; y cargados los soldados de comestibles, de vinos y de licores, acorrían todos á los dorados salones, dondę comenzaba inmediatamente la más infernal barahunda que se pueda imaginar. Quien echado en los sillones ó en los muebles divanes del más fino damarco, quien sentado ó extendido sobre las aterciopeladas alfombras de Persia; se comía, se bebía, se cantaba, mientras

(1) Testigos oculares nos refirieron que, para incendiar, los soldados chilenos empleaban ciertas bombas de pequeñas dimensiones, de materiales inflamables, de las cuales se hallaban provistos; y que lanzadas con fuerza estallaban produciendo instantàneamente al incendio. Si fuese verdaderamente así, esto serviría a probar una vez más, como diremos más adelante que el incendio de Chorrillos fué cosa largamente estudiada y preparada; porque sulamente de este modo podía explicarse como sucediera que los soldados chilenos se encontrasen provistos de semejantes bombas, que no podían servir para ningún *otro uso.*

otros se divertían en tocar á locas las teclas de los pianos, en romper los cuadros, en destrozar los muebles, en dar fuego en uno ó más extremos de la casa, para que tuviese tiempo de crecer y tomar incremento, mientras ellos estaban en los salones haciéndo su infernal jarana. Entretanto los vinos generosos, y los licores escogidos de los cuales las ricas bodegas estaban bien provistas, producían su efecto; y crecía la orgía y el *bacanal*. El soldado chileno, el *roto*, al cual no frenaba ya la disciplina militar, daba cada vez más rienda suelta á su estúpida brutalidad y á la ferocidad de su caráter; y comenzaban las disputas, las querellas, las riñas: de aquí mano al *corvo* ó al fusil; y á degollarse, á matarse entre ellos, hasta que las primeras llamas del incendio, penetrando en los salones, no los echase de allí (1). Los muertos, los heridos, aquellos cuya embriaguez era completa, eran presa de las llamas, mientras los otros salían á continuar su disputa en las calles, donde se oían numerosos disparos como en una batalla, ó á forzar nuevas puertas y á comenzar de nuevo en otras casas.

Y esto duró sin interrupción toda la tarde, toda la noche, y toda la primera mitad del día siguiente: desde las 5 de la tarde del 13, hasta el medio dia del 14, hora en la cual el desbandado ejército fué llamado á las filas; y á comenzar de la cual, sin cesar jamás completamente durante varios días consecutivos, la nefanda obra de destrucción fué

(1) El corresponsal en la campaña del periódico El Mercurio de Valparaiso, hace ascender de *trescientos á cuatrocientos*, el número de soldados chilenos que se mataron entre ellos en Chorrillos, en la noche del 13 de Enero, entre el furor del saqueo y de la orgía. Véase: El Mercurio del 22 de Marzo 1881.

continuada solamente por simples grupos más ó menos numerosos de soldados desbandados, hasta que en Chorrillos y en sus alrededores ho quedó piedra sobre piedra.

Y todo esto á la vista del General en Jefe, del Ministro de la Guerra, y de todos los jefes y oficiales superiores é inferiores del ejército chileno (1). Estos se hallaban allí, quien dentro, quien á las puertas de Chorillos, viendo y escuchando todo, y no haciendo jamás nada para llamar al orden á sus soldados; y sí al medio día del 14 se ocuparon en recorger los desorganizados batallones, fué solamente por temor de una sorpresa del enemigo y

---

(1) A las dos y media de la tarde cruzábamos las calles de la elegente y bonita villa de Chorrillos.... Esperábamos al Ministro de la Guerra; no tardó en llegar. Apénas había pasado una hora, cuando empezamos á notar un gran desórden: rotura de puertas, saqueos de tiendas y algunas casas ardiendo ya.... Era el principio de un gravísimo mal, cuyas consecuencias podían parar en una catástrofe nacional. Fácil, muy fácil babría sido contenerlo al principio. Sin embargo, ni el General en Jefe, ni los Generales de división, ni los Comandantes de brigada tomaban ninguna medida.... El desórden de Chorrillos había llegado al máximum del desborde y de la desmoralización. El saqueo y la borrachera, el incendio y la sangre, formaban los cuadros de aquel horrible drama. »

CARTA POLITICA del chileno Manuel J. Vicuña, pag. 117 y siguientes,

« La noche iba cerrando, las calles de Chorrillos, alumbradas por el fulgor de cien incendios, semejaban un fantástico cuadro de escenas del infierno.... De pronto resonaron algunos tiros: eran des soldados chilenos que disputaban entre si.... El siniestro resplandor de los incendios alumbraba solo las repugnantes escenas de orgía y de esterminio.... Al siguiente día continuaron los desórdenes.... Pero el General en Jefe no tomaba ninguna determinación séria con el fin de que cesaran aquellos repugnantes desórdenes. Parecía que dejaba marchar las cosas, y permitir que en la noche del 14 se repitieran las escenas de la del 13. El Ministro de la Guerra le indicó entonces que sería conveniente reorganizar el ejército á fin de marchar inmediatamente sobre Lima, y que era necesario recojer por cualquier medio aquella gente desbandada. »

EL MERCURIO, periódico de Valparaiso, del 22 de Marzo 1881.— *Relaciòn de su corresponsal.*

para prepararse á la nueva batalla del día seguiente, no para poner un freno á los bárbaros excesos del ejercito, no para hacer cesar el saqueo y la destrucción, que, como hemos dicho, continuaron á ser ejecutados sin interrupción por pequeños pelotones de soldadas, así llamados dispersos, sin que jamás se les impidiera hacerlo, aún que ésto sucediese á la vista de un oficial superior, aún de los demás renombre, que pasaba por allí por casualidad, y cuya protección era en vano invocada por las pobres víctimas de tanta infamia: hecho del cual se tuvieron no pocos ejemplos en el pequeño pueblo del Barranco.

Si faltasen otras pruebas, bastaría esto solo para demostrar que la destrucción de Chorrillos y sus alrededores, el saqueo y el fuego aplicados de una manera tan ámplia, no fueron en modo alguno efecto de simples excesos de una soldatesca ébria é indisciplinada.

Adémas, basta saber que nada justificaba ni aún siquiero el más ligero acto de violencia, contra una villa que el ejército chileno ocupó sin resistencia, cuando ya había terminado la batalla librada en sus cercanías, y que encontró completamente desierta, á excepción de algunos extrangeros, neutrales en la guerra, y de algún raro habitante á quien había faltado el tiempo para escapar: basta recordar los ódios y las rivalidades chilenas contra la aristocracia peruana, y la invidia que la demora favorita de está que exitara siempre en Chile; cosas todas de las cuales nos ocuparemo en el capítulo tercero; y finalmente basta dar oído, por poco que sea, á la voz pública que pretende, que el saqueo de Chorrillos y de Lima hubiese

sido ofrecido al soldado chileno como premio de sus esfuerzos, desde cuando comenzara la guerra en 1879, para que no se haga nada difícil sospechar que Chorrillos fué saqueado y destruído voluntaria y premeditadamente, y porque así y no de otro modo se quiso (1).

Para probar además cuam digna de ser escuchada sea esta voz, baste decir que llamó sériamente la atención del Cuerpo Diplomático extrangero residente en Lima; y hasta tal punto, de hacer que su Decano, aún antes de la batalla de *San Juan* y de los hechos de *Chorrillos*, la hicese objeto de una comunicación especial al General en Jefe del ejército chileno acampado en Lurín, como se desprende de la Nota respuesta, que con fecha 6 de Enero recibió dicho señor Decano del mencionado General en Jefe, y que dice así: «Señor Ministro: He recidibo en este momento la Nota de V. E. fecha 1.° del corriente, en la cual me pregunta si, dado el caso que la ciudad de Lima no oponga resistencia á las fuerzas que de mi dependen, sería mi intención ocuparla solamente con las fuerzas escogidas; y añade que, en el caso contrario, ó sea el de la resistencia, V. E. y sus estimables colegas del Cuerpo Diplomático condenan el saqueo, y desean les sean confiadas las medidas

(1) «Me dicen, queá todos los que iban á darle cuenta (al *Geneneral en Jefe chileno*) de la manera como estaba creciendo el desórden (*en Chorrillos*) les contestaba con mucha indiferencia, y encogiéndose de hombros: ¿qué puedo hacer yó?

CARTA POLITICA citada, pag. 119.

La respuesta del General en Jefe chileno, Baquedano, que sabemos que es un caballero y no de mal corazón, ¿no quería quizás hacer alusión á órdenes superiores, que lo colocában en la imposibilidad de impedir los desórdenes, el saqueo y el incendio de Chorrillos?

de seguridad de las cuales mis tropas se descuídáran. En respuesta á esta comunicación, me basta únicamente declarar á V. E. que la opinión de mi Gobierno y la mía, fueron claramente determinadas en mi Nota del 30 de Diciembre último. V. E. comprenderá que las declamaciones apasionadas de la prensa de ambos países belijerantes no pueden ser asunto de discusión oficial. En su consecuencia deve permitirme que no haga caso de la alusión que encuentro en la Nota de V. E., sobre *la instigación al saqueo que cree haber encontrado en la prensa de mi país.* Además, V. E. puede hallarse seguro de que mi firme propósito es el de humanizar la guerra y economizar á los privados males no necesarios, de acuerdo con el progreso de la civilación del siglo. Pero mis promesas deben limitarse á ésto únicamente, porque las medidas ulteriores que adoptaré dependen de circustancias que no puedo preveer. (Firmado Baquedano). »

Nosotros conocimos Chorrillos en otros tiempos y allí pasamos varios veranos; lo visitamos algunos meses despues de los hechos que hemos narrado, y no encontramos más que escombros, en modo tal de no poder reconocer ni siquiera las áreas de las calles y de la casa misma donde vivimos en otra época. Vimos sin embargo á derecha è izquierda, en medio de tantas ruinas, algunos raros *ranchos* perfectamente conservados, á los cuales no se hizo daño alguno. Sorprendidos por ésto procuramos saber como había sucedido; y se nos contestó, que aquellos raros *ranchos* pertenecían á personas unidas por parentesco ó amistad con algunos altos personajes chilenos; y que gracias á ésto fueron respetados. Esto pues quiere

decir, que el soldado no procedió á ciegas en su obra de destrucción; que hubo una mente que dirigió su brazo, y ésto sería también una nueva y no insignificante prueba de cuanto dejamos dicho.

Más arriba hemos hecho también mención de los daños del Barranco; y es útil decir algo sobre el particular. En el Barranco, pequeño y delicioso pluebecillo de recreo situado entre Chorrillos y Miraflores, separado de las líneas de defensa establecidas por el Dictador, y poblado en más de dos terceras parte por extrangeros completamente neutrales en la fratricida lucha de las tres Repúblicas se estaba seguro de encontrarse á cubierto de toda directa contingencia de guerra.

Peró hé aquí que en la tarde del 13 aparecen allí algunos grupos de soldados chilenos, venidos expresamente desde Chorrillos en busca de botin y de casas que incendiar. Sus habitantes se sobrecogen de terror; y la mayor parte huyen precipitadamente hacia Lima. Otros por el contrario se encierran atemorizados y temblorozos en sus casas y tiendas, que cubre una bandera estrangera amiga de Chile; casas y tiendas que no quieren, que no pueden abandonar, por que allí se encuentra todo cuanto poseen; é ¡infelices! sufren en aquellas, largo y desgarrador tormento de indescriptible asiedad y amargura.

En medio al espiritu de mil desórdenes, oyen llamar á sus puertas: son oficiales; abren inmediatamente, los reciben colmándolos de agasajos, s obsequian con vinos y licores, con cuanto de ejor se encuentra en sus casas; é invocando sus otección, les suplican que los salven, en unión sus fortunas, del furor de la terrible soldadesca.

Después partiendo aquellos, vienen otros, y luego otros, que reciben y agasajan siempre del mismo modo, sin dejar de dirigir á todos las mismas súplicas y los mismos ruegos. Pero los avinados soldados que están afuera se enfurecen cada vez más, y ya alguno comienza á acercarse á sus propiedades, á desquiciar alguna puerta; y cada vez más aterrrorizados, llaman ellos mismos á algún otro oficial que ven pasar por las calles, invocando su ayuda y proteccion.

Todo es inútil: tranquilizados un momento por la voz de algunos de aquellos oficiales, que le aseguran que nada habrán de sufrir, vuelven á las agonías del terror un momento más tarde, oyendo las polabras de algún otro que les responde no saber que hacer para protegerlos, *porque las instrucciones recibidas mandan poner toda à sangre y fuego, Chorrillos, Barranco, Miraflores y Lima* (1).

Otro por el contrario cree consolarlos con las palabras: *Nosotros quemamos, y el Perú pagarà* (2). Y agitados siempre por la continua alternativa del terror y de la esperanza, pasaron ellos la orrible noche del 13 y luego todo el día y noche del 14, contemplando el saqueo y el incendio de las casas vecinas, hasta que no quedando en pié más que las suyas, fué necesario huír adonde pudieron, para no encontrarse envueltos en los horrores del saqueo y del incendio de ellas, que no tardó mucho en verificarse (3).

(1) Palabras tomadas de las reclamaciones de algunos ciudadanos italianos por los daños sufridos en el Barranco, y que hemos oido referir tambié personalmente á alguno de ellos.

(2) Idem.

(3) A nuestro estimable amigo y literato señor Conde Carlo Carenzi-Galesi,, que se encontraba en el Barranco y que sufrió pérdidas no insignificantes, le hemos oido de todos estos hechos de la más interesante y verídica de las relaciones

Como hemos dicho, los habitantes del Barranco eran en su mayor parte extrangeros; y extrangeras eran la mayor parte de las propiedas ó *ranchos*, de aquel en tiempo risueño pueblecillo, que los soldados chilenos saquearon é incendiaron.— Muchas propiedades extrangeras había también en Chorrillos, y ninguna de ellas escapó á la rapaz mano del saqueo, y á la ira destructora de los chilenos.

Como es sabido, entre las varias colonias europeas que residen en la hospitalaria tierra del Perú, la italiana es una de las más ricas y numerosas; y de consiguiente, la mayor parte quizás de las muchas propiedas extrangeras saqueadas y destruídas por la soldadesca chilena, pertenecían á nuestros connacionales, á pacíficos é inofensivos italianos que, neutrales en la guerra, únicamente buscaron y buscan siempre las fuentes del propio bienestar, como toda la colonia italiana en el Perú y como todos los hijos de Italia en el extrangero, doquieran que se encuentren, en el más honrado y constante trabajo.

Las pérdidas sufridas por nuestros compatriotas en Chorrillos y el Barranco, asciende á muchos millones de francos; muchos de ellos perdieron cuanto poseían; todo el producto de largos y penosos años de trabajo; alguno entre éstos, que, después de una vida empleada en la más constante é inteligente laboriosidad, había llegado á ser no solamente bien acomodado, sino rico, debió recurrir más tarde á las más modestas ocupaciones para pedir al trabajo su sustento y el de su familia. Y no se nos diga que esto es vana retórica, no: es pura y sencillamente la verdad; y si

viniese el caso, podríamos citar nombres y aducir pruebas.

No es esto lo peor. Entre tanta pobre gente asesinada en Chorrillos y en el Barranco, á sangre fría ó en los vapores de la borrachera, se encuentran no pocos extrangeros, la mayor parte de los cuales eran italianos: y aquí, al considerar la criminal manera con que les fué quitada la vida á aquellos infelices, el hombre, el historiador, el italiano, no puede sofocar un grito de indignación, que espontáneamente se prorrumpe contra los incalificables autores de tanta iniquidad.

El inglés Mac-Lean, viejo médico octogenario fué bárbaramente asesinado en su propio lecho, y en la misma residencia del Ministro de su Nación, donde descansaba seguro bajo la égida del pabebellón británico, que flotaba sobre el techo de la casa, y que sin embargo fué impotente para protegerlo.

Tres italianos, un francés y un portugués, cogidos á la orilla del mar el 13 de Enero y detenidos prisioneros sin saber por qué, fueron inicuamente fusillados en la tarde del 14; mientras otro francés que estaba con ellos compraba á duras penas, y con dinero, su vida que el terror le hizo quitar algunos días después.

El italiano Borgna, hecho prisionero mientras huía hacia Lima, y encerrado en una sala del hospital de Chorrillos, fué muerto de un tiro la mañana del 14, por el mismo soldado que hacía de centinela en su cárcel improvisada.

Los italianos Ogno, Cipollina y Nerini, fueron asesinados en sus mismas *pulperías*, después saqueadas y destruídas.

Otros tres italianos encontraban la muerte en las calles, mientras procuraban ponerse en salvo de tanta ira salvaje y feroz.

El italiano Leonardi de Montecrestese, era muerto á tiros en sus propia habitación, mientras estaba ocupado en socorrer á su pobre exposa, recién parida (1).

Y aquí creemos de nuestro deber preguntar al Gobierno italiano: ¿Que habeis hecho para tutelar las muchas propiedas italianas tan injustamente destruídas?—¿por la sangre italiana tan inicuamente derramada? Aquellas propiedades se hallaban cubiertas por la bandera italiana, que además fué escarnecida é insultada por el soldado chileno, de la manera más soez; aquella sangre fué derramada mientras las pobres víctimas, orgullosas de llamarse italianos, invocaban precisamente la protección de la patria remota y vilipendiada. Repetimos: ¿qué habeis hecho por todo esto?—¿qué habeis hecho, para reparar las muchas ofensas hechas al glorioso pabellón de Italia, que teneis el deber y la fuerza de hacer respetar?

(1) En el periódico El Mercurio de Valparaíso del 18 de Marzo de 1881, encontramos: «Roma y Chorrillos—Por carta recibida de Roma con fecha 26 de Enero, se sabe que en el mismo día 13 de aquel mes, en que tuvo lugar la batalla de Chorrillos (*de San Juan: en Chorrillo no hubo batalla, sino saqueo é incendio, mucho después de concluída la batalla en el Morro*) los chilenos residentes en Roma habian conseguido una audiencia del Sumo Pontífice León XIII, en el Vaticano.... Las señoras chilenas pidieron á S. S. que bendijese al ejército de Chile, y él lo hizo inmediatamente con mucha unción. Es un hecho muy singular, que el Papa estuviera bendiciendo en Roma aquel mismo ejército que en aquel día y en aquella hora combatía á las bases del Morro Solar.»

Y nosotros decimos: el Papa bendecía al ejército chileno, desde silla *infalible* (!) del Vaticano, en el día y momento mismo en que aquel consumaba, con el estrago é incendio de Chorrillos, uno los hechos màs inicuos y atroces que tenga que registrar la historia.

Durante la larga y funesta guerra del Pacífico —funesta principalmente para los intereses extrangeros, que son muchos y graves—la Italia, que posee los buques blindados más poderosos del mundo, no tuvo en aquellos lugares más que tres débiles buques de guerra, los últimos quizás de la marina, e incapaces completamente de dar una muestra visible y patente de la potencia naval italiana: y el *roto* chileno que se precia de hacer el valentón ante el débil, creyó en su crasa ignorancia de las cosas del mundo, que aquellos tres barquichuelos constituyesen por sí solos toda, ó por lo menos la mejor parte de la escuadra italiana; creyó la Italia impotente para proteger el honor de su bandera y la vida y las propiedades de sus hijos; y por esto seguro de la impunidad, despreció la Italia y su bandera, é hizo estragos siempre que pudo en las vidas y en las propiedades italianas.

Después de la batalla de San Juan del 13 de Enero, los corresponsales de los periódicos chilenos, tanto para justificar á su manera el asesinado de los mencionados italianos, cuanto para dar las más gigantescas proporciones á sus victorias, inventaron y refirieron la falsa noticia de que, en unión á los peruanos, había combatido un batallón de más de 700 italianos, y que todos éstos habían sido acuchillados y hechos trizas, sin que escapase uno solo. Esta falsedad produjó en Chile la más salvaje é innoble animosidad contra Italia y los italianos.

En las calles y en las columnas de los periódicos de todo Chile, no se hacía más que divertirse con la narración del supuesto destrozo del batallón

italiano, alegrarse de tan *fausto* acontecimiento, y dirigir contra Italia y los italianos las más cobardes y triviales injurias: esto duró largo tiempo, aún después de que la insulsa fábula de la existencia y del destrozo de supuesto batallón italiano fué desmentida de todos modos, tanto oficial como extra-oficialmente (1).

Para quien conoce el carácter de los chilenos, es indudable que no se hubieran atrevido á hacer y decir cuanto hicieron y dijeron contra Italia y los italianos, si hubiesen comparecido en las aguas del Pacífico un par, no más, de buenos buques italianos. ¡Oh cómo hubieran sido entónces mansos y melifluos!

Como último detalle de la batalla de San Juan, añadiremos que costó á Chile más de 3000 hombres, entre muertos y heridos, sin contar los 300 y más que se mataron entre ellos en las asquerosas orgías de la nefanda noche de la destrucción de Chorrillos.

El Perú por su parte perdió más de 4000 hombres: ¡casi la mitad de los que entraron en acción!

Referiremos también que, con el objeto de excusar ante el mundo los excesos y el incendio de Chorrillos, los chilenos comenzaron á sostener y esparcir á los cuatro vientos, que en Chorrillos

(1) En todo el ejército del Perú no se encontraba más que un solo italiano, que además no tomó parte á ningún combate, porque pertenecía á la guarnición del fuerte del Callao. Y este entró en el ejército no por espontánea determinación, sino porque fué el único medio de escapar á la obstinada persecución que, por una etendida ofensa *á la relijión católica,* le hacía desde varios meses Gobierno dictatorial. Por el contrario, el ejército chileno con- a no pocos extrangeros, principalmente entre los *artilleros,* que ron siempre lo mejor de sus tropas: este es un hecho bastante nocido, tanto en el Perú como en Chile.

encontraron una fuerte resistencia, es más, que hubo allí una verdadera y sangrienta batalla; y no faltan tampoco en los periódicos y en las *Historias* chilenas, las más imaginarias y prolijas descripciones de ella: es decir, que dividieron la acción del 13 de Enero en dos batallas diferentes, que llaman de *San Juan* y de *Chorrillos.* Pero no sin dejar la parte que le corresponde á la natural ampulosidad del carácter chileno, repetimos, que esto se dice principalmente con el fin de buscar un pretexto; camino no nuevo para la gente de aquel país, que sirviese, sino á justificar, á excusar por lo menos la incalificable conducta del ejército chileno. En Chorrillos no hubo resistencia, y mucho menos batalla (1).

La batalla comenzada en las posiciones de *San Juan* y *Villa,* se terminó sobre la cima del *Morro Solar,* en la base de uno de cuyos lados se encuentra Chorrillos; y si exceptuamos el breve encuentro en las cercanías y en la estación del ferrocarril de Chorrillos, entre el batallón peruano de reserva que iba en socorro de Iglesias sobre el *Morro Solar,* y las fuertes divisiones chilenas que se dirigían sobre el *Morro* mismo en ayuda de Lynch, como hemos dicho en otra ocasión, no tuvo lugar ningún otro hecho de armas en aquel día 13. Como recordarán nuestros lectores, un pequeño

(1) Hemos leído y releído varias veces la descripción de la batalla de *San Jaan* y de todas las operaciones del 13 de Enero, que hace el escritor chileno Barros Arana en el Capítulo IX de la segunda parte de su *Historia de la Guerra del Pacífico*; y declaramos francamente, que no hemos encontrado casi nada que nos recuerde los hechos que hablamos; hechos que, estamos convencidos, conocemos perfectamente y los referimos con toda fidelidad. ¡Qué historia tan *orijinal* es aquella!

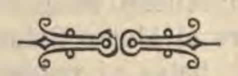
número de soldados de aquel batallón peruano consiguió, en su retirada, refugiarse en la estación del ferrocarril de Chorrillos, donde fuè hecho prisionero; y ciertamente, la insignificante resistencia de algunos minutos hecha desde los muros de la estación, que una ancha calle separaba de las primeras y más próximas casas de Chorrillos, no puede en modo alguno llamarse resistencia de Chorrillos, y mucho menos *batalla.*

No obstante, es precisamente á este modesto episodio de la única batalla del 13, al que ellos dan el nombre y la importancia de una segunda y especial batalla; y no contentos con esto, trasportaron imaginariamente la acción á los muros mismos de Chorrillos, que convierten en terrible y encarnizado combate, mientras las más irrefutables pruebas de hecho y las aseveraciones de numerosos testigos oculares dicen, que fué limitada únicamente á la estación de la vía ferrea que, como hemos dicho, estaba tan separada de la población, ó ciudad, que se podía apenas considerar como su primera casa por aquel lado.

Sea como quiera, este mismo insignificante episodio de la estación del camino de hierro, que á lo más pudo consistir en algunos centenares de tiros, comenzó y acabó antes del medio día: y cuando el ejército chileno ocupó Chorrillos al fin de la batalla sobre el Morro Solar, después de las 2 de la tarde, no había ni vestigios de soldados peruanos, exceptuando los prisionieros. Los únicos soldados que se encontrasen por allí desde el medio día, eran del mismo ejército chileno; es decir, aquellos que después del episodio de la estación del ferrocarril, prefirieron hacer correrías por Cho-

rrillos y sus aldrededores, más bien que irse á batir sobre el Morro Solar; y finalmente está plenamente prohado por las relaciones chilenas, que á las 2 de la tarde del 13 todo combate había terminado, y que solamente desde las 4 á las 5, es decir más de dos horas después, comenzó el saqueo y el incendio de Chorrillos. No digamos nada del Barranco, donde la presencia del ejercito chileno era absolutamente injustificable, y donde se dirigieron únicamente, y exprofeso, las bandas de los saqúeadores y de los incendiaros.

Finalmente basta advertir que la destrucción de Chorrillos y del Barranco, comenzada, y en su mayor parte ejecutada en la noche del 13 al 14 de Enero, no fué complatada sino después de muchos y de muchos días, cuando apenas quedaba el recuerdo de las pasadas batallas. Testigos oculares nos informaron de que el *malecòn* de Chorrillos, elegante paseo en forma de terraza sobre el mar, fué distruído en los primeros dias de Febrero, y que durante aquellas mismos días también fueron quemadas las últimas casas de aquella, poco antes, tan hermosa y elegante ciudad.



III

Batalla de Miraflores y rendición de Lima.

RESUMEN.—Segunda línea de defensa. — Las trincheras: distribución del ejército peruano. — Oportunidad de una revancha que el Dictador no supo aprovechar. — El General chileno envia un parlamentario para tratar la paz. — El terror en Lima: los habitantes huyen á los *Asilos* ó á Ancón. — El Cuerpo Diplomático de Lima pide garantías para los neutrales. — Tregua y su improvisado rompimiento. — ¿De quién fué la culpa? — Consideraciones que inducen á conocer la verdad. — Batalla. — Los chilenos son rechazados dos veces. — Derrota de los peruanos. — Los batallones de reserva. — Atolondramiento é incapacidad del Dictador. — Deja la mayor parte de las fuerzas peruanas sin entrar en acción: ordena á estas que se dispersen. — Abandonando todo se retira á las montañas. — En el campo chileno se pensaba en nuevas batallas. — Pánico temor de los habitantes de Lima. — El Cuerpo Diplomático se interpone nuevamente: Respuesta del General chileno. — Voces de amenazas hechas por el Cuerpo Diplomático. — El Cuerpo Diplomático salva Lima. — Acta de rendición. — Desórdenes de Lima contra los chinos. — Entrada de los chilenos en Lima. — Conclusión.

Ocurrida la derrota de San Juan, el 13, quedaba todavía, á una legua de la Capital peruana, la segunda línea impropiamente dicha forficada, cuya defensa estaba encomendada al pequeño ejército de reserva, fuerte de 6000 hombres.

Era esta una larga línea curva de *once á doce* kilómetros que comenzando cerca del mar y pasando por encima de Miraflores, iba á concluír más allá de la hacienda de Vasquez, en el *Valle de Ate;* y sus fortificaciones, que quedaron en su mayor parte incompletas, como hemos indicado en otra ocasión, consistían en un escaso número de cañones colocados sobre las colinas sin obra alguna de defensa, y en cinco así llamados *reductos,* que en realidad eran únicamente mezquinas trincheras, ó zanjas, con insuficientes defensas de tierra delante.

Estas cinco trincheras sin embargo, parte simplemente de las muchas que debía haber y que no se tuvo el tiempo de construír, se encontraban todas en un lado, ó sea del centro de la línea hasta su extrema derecha, sobre el mar; y para suplir á su falta desde el centro á la extrema izquierda, el Dictador había dispuesto sobre este lado de la extensa línea, la mayor parte de las fuerzas destinadas á toda ella; así es que de los 18 escasos batallones de reserva, *once* fueron distribuidos sobre el espacio falto de trincheras del ala izquierda, y *siete* en las trincheras del ala derecha.

Dispuesto así aún antes de la batalla de San Juan, el ejércilo de reserva fué dejado después como se encontraba: la única inovación que se hizo, fué la de agregarle dos batallones de línea de la guarnición del Callao y los restos del ejército activo derrotado en San Juan. Dichos restos hubieran podido formar por si solos un cuerpo de 9 á 10,000 hombres; pero el Dictador que, á la par que quería hacer todo por sí mismo, acababa siempre con hacer poco y mal, dejó que una buena

parte de estos soldados se dispersase libremente en la cercana Capital. Comprendido el cuerpo que debía servir de reserva el 13 y que, exceptuando un solo batallón, no entró en acción, reunió escasamente 5 á 6,000 hombres, que reunidos á los dos batallones llegados del Callao, colocó parte en los espacios libres de 800 metros cada uno, que quedaba entre una trinchera y otra, y parte en el ala izquierda desprovista de trincheras.

Durante la funesta noche del 13 y la primera mitad del día 14 se presentaba sin embargo al Dictador, sin que él supiera aprovecharla, la más oportuna ocasión de reparar, en gran parte por lo menos, sus tantos y tan funestos errores.

A poco más de una legua de él y de sus cuartel general ardía Chorrillos, ardía el Barrancho; y allí entre las columnas de humo y de llamas, y en los alrededores de aquellas dos poblaciones, se agitaban en completo desorden los soldados chilenos, unos dedicados al saqueo, otros al incendio y otros á disputar y matarse entre ellos, casi todos, quien al principio, quien al fin de asquerosa y bárbara orgía, vacilantes y portrados por efecto de los licores, del cansancio, del sueño y de la exaltación de pasiones más desordenadas.

Bastaban pocos millares de hombres para derrotar aquella horda borracha y embrutecida: bastaba que Piérola la hubiese sorprendida en aquellos momentos, con la mitad solamente de sus tropas, que estaban allí á dos pasos, y todo el ejército chileno hubiera sido en breve tiempo derrotado y disperso. Esto precisamente temían de un momento á otro en el campo chileno, los pocos que habían conservado con la propia dignidad de hombres toda la

lucidez de su razón; y cuanto los preocupara no hay que decirlo (1).

Sin embargo Piérola. persistiendo siempre en su famoso plan de mantenerse e la extricta defensiva, nada hizo. ¿Quizás no se oyó cerca de él alguna que aconsejase dicha empresa? Todo lo contrario: se dijo y se habló muchísimo de eso, y no faltaron Generales y Coroneles que instasen ardientemente para que se les encomendase dicha empresa, declarándose seguros y responsables del éxito. La prueba de esto la encontraremos en los mismos periódicos y escritos chilenos.

El único cuidado del Gobierno dictatorial era por el contrario, el de hacer circular en Lima, la más absurdas noticias sobre los acontecimientos del día, para hacer creer espléndida la victoria, la sangrienta derrota de San Juan.

La mañana del 14, el General en Jefe del ejército chileno, sea para aprovecharse de la victoria del día antes y poner término ventajosamente á la guerra, sin exponerse á los riesgos de nuevas batallas bajos los muros de Lima, sea para encontrar nuevos pretextos en caso de negativa, á los excesos de la soldadesca, ó sea finalmente para procurarse algunas noticias sobre la decantadas fortificaciones enemigas de la línea de Miraflores, envió un parlamentario al Dictador peruano, con el fin de invi-

(1) « Recuerdo que con el Ministro de la Guerra haciamos esta reflexión: como nos iría esta noche (del 13 al 14) si los peruanos con un poco de astucia vinieran á atacarnos en número de *cuatro mil hombres*, solo de *cuatro mil*. Todo esto se lo llevaba el diablo, me decía et Ministro, y la obra de Chile, con su tremenda campaña y sus *innumerables victorias*, se perdería miserablemente en una hora.

CARTA POLITICA de Manuel J. Vicuña, pag. 124.

tarlo á negociaciones de paz. Pero habiendo éste último respondido con altanería, que había escuchado gustoso los enviados chilenos que, investidos de plenos poderes se hubiese presentado á él en su propio campo para tratar la paz, aquél comenzó á recoger y á reorganizar su ejército, para empeñar la segunda batalla dicha de Miraflores.

Sin embargo en Lima, vista la insuficiencia demostrada por el Dictador el día antes, y conocidos los excesos cometidos por la soldatesca chilena en Chorrillos y en el Barranco, el resplandor de cuyos incendios era visible desde lo alto de las azoteas, creció immensamente el terror. Las familias de los extrangeros corrieron en tropel á las Legaciones y á los Consulados de sus respectivas Naciones, y á los *Asilos* preparados de antemano; y en unión á ellas acorrieron también en mayor número, temblorosas y aterrorizadas, las mugeres peruanas, á quienes no se les ocultaba la mísers suerte que les hubiera tocado, en el terrible momento en que cayese la Capital en poder del enemigo. Pero los Asilos, las Legaciones, los Consuladoz y las mysmas casas de los Ministros y Cónsules extrangeros no podían contener tanta gente; ya no había puesto para nadie: las habitaciones, los patios, las escaleras, todo, todo estaba lleno de gente, mugeres principalmente; y la multitud que aumentaba siempre á las puertas, tomó una nueva dirección, la de *Ancón*, puesto con varios días de anticipación bajo la protecció especial del Cuerpo Diplomatico extrangero, donde ya se habían refugiado en los días anteriores los más timidos y los más prudientes, y hacia donde salían continuamente largos trenes de postrados viejos, de mugeres, de niños.

Pero, tampoco en los trenes había puestos para

todos: la locomotora se dispone á partir ya, y sin embargo mil brazos, mil voces se alzan á la vez para rogar que esperase todavía un momento mas, para invocar un sitio donde meterse, aún que fuese en los estribos de los wagones. Las hermosas mugeres, las jóvenes encantadoras, son las más timidas, las que más interés muestran en salir, en alejarse del futuro teatro de las *araucanas* orgías; y dirigiéndose á los encanecidos viejos que descubren á las ventanillas: «Eh! les gritan, vosotros sois hombres y no teneis que temer más que por vuestras vidas; nosotros somos mugeres, somos bellas, y á nosotros nos amenaza el deshonor, la verguenza: por caridad, ceded nos vuestros puestos.... »—« Ah si, responden tristemente los apostrofados, teneis razón, vosotras teneis más que perder, sois mugeres y sois bellas, ¡desventuradas!.... » ¡Y bajan de los wagones, para que aquellas ocupen sus puestos!

La desolación en Lima era suma, infinita; el Cuerpo Diplomático extrangero, que abia permanecido inactivo ante el horrendo espectáculo de Chorrillos y del Barranco, fué conmodivo por tanta desventura, por la congoja de cinquenta mil mugeres que temblaban por su honor. Comprendió finalmente que una gran responsabilidad pesaba sobre él, y que tenía el deber, de frente á la humanidad y á sus Naciones respectivas, de salvar Lima del furor del ejército chileno; a quella Lima donde había tantos intereses y tantas existencias de extrangeros neutrales à la guerra, y donde de peruanos no se veían más que mugeres, viejos y niños.

Habiéndose reunido el Cuerpo Diplomático—á propuesta del Ministro de Italia, como resulta de

algún documento oficial—deliberó: 1.° ofrecer sus buenos oficios al Dictador del Perú y al General en Jefe del ejército chileno, para promover un armisticio durante el cual se pudiese llegar á un tratado de paz; 2.° en el caso en que sus buenos oficior para la paz fuesen infructuosos, hacer todo lo posible para salvar Lima, á fin de garantizar las vidas y las haciendas de los numerosos neutrales. Inmediatamente y acompañada de los Comandantes de las escuadras extrangeras que se encontraban en las aguas del Callao y de Chorrillos (inglesa, francesa é italiana) una Diputación de dicho Cuerpo Diplomático se trasladaba sucesivamente á ver al Dictador peruano y al General chileno, y luego de este á aquel, en sus respectivos campamentos, desplegando mucha energía y actividad.

Una vez á la presencia del General en Jefe del ejército chileno, Baquedano, dicha Diputación principió por pedirles las garantías necesarias para los numeros extrangeros residentes en Lima, y de consiguiente para Lima misma donde estos tenían sus propiedades. Las palabrar textuales con las cuales el Ministro de Italia informaba á su Gobierno de este hecho, dicen: «Convencidos de que aún en el caso que el ejercito chileno hubiese entrado en Lima sin conbatir, y solamente en la inmediata embriaguez del triunfo, esta Capital hubiera sido víctima de gravísimos excesos, los Ministros de Francia y de Inglaterra declararon explícita y abiertamente, que ellos y sus Colegas tenían de su Gobiernos respectivos, instrucciones de proveer á la salvación los neutrales *con todos los medios de que pusen disponer*. Estas formales declaraciones ingeron al General Baquedano á prometer que, en

el caso de que sus tropas resultaran victoriosas en Miraflores, la entrada en Lima séria aplazada (1).» Hablando después, de los buenos oficios ofrecidos por el Cuerpo Diplomático, la citada Diputación obtuvo que Baquedano concediese al enemigo una *tregua* que debía acabar á la media noche del 15, durante la cual se tratarían las condiciones de un armisticio, y si era posible, de la paz. Escuchó las condiciones que el General chileno dictaba, tanto para la conclusión del armisticio como para la de la paz; y después de haberlas referido al Dictador peruano, y sabido de éste que aceptaba la *tregua* concedida por Baquedano, volvió a Lima, para ponerse de acuerdo con sus colegas. Todas estas prácticas sucedían en la noche del 14 y en la primera mitad del 15, á cuya media noche espiraba la tregua.

Urgía el tiempo. De consiguiente, oída la relación, de la Diputación y sabido que Piérola se manifestaba dispuesto á tratar sobre las condiciones del armisticio propuestas por el adversario, como también á negociar la paz, el Cuerpo Diplomático decidió trasladarse en su totalidad cerca del Dictador, á Miraflores, para volver después con la respuesta de este al campo chileno, y terminar la obra tan bien iniciada de sus buenos oficios.

A las *dos* y *cuarto* de la tarde el Cuerpo Diplomático llegaba al cuartel general del ejército peruano, y se hacía anunciar al Dictador, el cual, encontrándose almorzando con varios Jefes de su ejército y con los Comandantes de las escuadras extrangeras, de los cuales se había hecho preceder

(1) Nota del 28 de Enero 1881.

ıo Cuerpo Diplomático, salió inmediatamente á
birlo. Pero mientras los Diplomáticos y el Dic-
ır cambiaban entre ellos los saludos de cos-
bre, fueron repentinamente sorprendidos por
estrepitoso fuego de artillería y mosquetería,
tenía todo el aspecto y era en realidad el prin-
ı de una batalla; de la que luego tomó el
bre de Miraflores.

ırprendidos todos al improviso por este ines-
do principio de la batalla, mientras se vivía
.ros bajo la fé de la *pactada tregua*, que debía
.r hasta la media noche de aquel día, nació en
:to una gran cónfusión; y premurosamente
ado por sus ayudantes y por los Jefes del
:ito que almorzaban con él, el Dictador, diri-
lo de prisa un saludo general al Cuerpo Di-
ıático, corrió á su caballo y despareció con
ıllos.

ıro el fragor de la batalla continuaba cada vez
vivo é intenso: los proyectiles de los ametra-
ıres y de los cañones describían en todos sen-
ı numerosas y terribles parábolas; y los Di-
ıáticos que se habían quedado solos, confusos
ılondrados, en la casa que antes ocupaba el
ıdor, se vieron en grave é iminente peligro.
necesariamente huír de allí; y sin caballos,
ıingún medio de locomócion, emprendieron á
ıl camino de Lima, bajo una lluvia de balas,
silbaban alrededor de ellos en todas direc-
ıs. Ciertamente fué aquel un triste desenlace
u misión, y de una naturaleza á la cual la
ımacia está poco acostumbrada!

fícil sería precisar claramente y con seguridad
uien fuese la culpa del improviso rompimiento

de la tregua, si del Perú ó de Chile. Mientras los peruanos sostenien que los primeros á romper el fuego fueron los chilenos, éstos dicen lo mismo de sus adversarios. Referimos los hechos como son.

En su parte oficial sobre la batalla de Miraflores, el General en Jefe del ejército chileno, después de haber hablado de la *tregua* concedida por él en las primeras horas de la mañana del 15 dice: « Aunque merced á este pacto *(la tregua)* podía disponer del día entero para dar colocación á mis tropas, quise verificar esa operación como *si la balalla no estuviera aplazada*. La tercera división que accampó el 14 al Sur del Barranco con orden de tender su línea en la madrugada del 15 al Norte del mismo pueblo y muy cerca de las posiciones enemigas, principió a colocarse á las 8 de la mañana. A *las dos* de la tarde se encontraban en su puesto todos los cuerpos que la componian, con excepción del regimiento *Aconcagua*, que iba llegando, y del batallón *Bulnes* que se encontraba de servicio en Chorrillos. A las *once* principié á recorrer el campo, *después de dar á la primera división la orden de colocarse á la derecha de la tercera*. Mientras praticaba aquel reconocimiento, pude ver que reinaba gran actividad en el campamento de los enemigos: sus batallones se movían en todos sentidos, llegaban de Lima trenes con tropa: todo, en una palabra, anunciaba que allá se preparaban para un próximo combate (1). Los jefes de los cuerpos, que habían re

(1) Exceptuado los pocos soldados de guardia del arsenal de *Sant Catalina*, en Lima no quedaba una sola compañia de tropa, desd cuando en Diciembre salió Piérola con los dos asi llamados ejér citos, el activo y el de reserva, á ocupar las dos líneas de defens

cibido la orden de no hacer fuego, me hacían preguntar si no sería conveniente ya impedir aquellas manobrias. El Comandante General de artillería, teniendo sus cañones abocados á los caminos por donde llegaban gruesas columnas de infantería, me prometía despedazarlas en un istante si le permitía hacer fuego. El permiso, como era natural, le fué negado, y todo lo que permití hacer, en previsión de cualquiera eventualidad, fué repetir mis órdenes para que las tropas que venían de Chorrillos apresuraran su marcha. Siguiendo mi reconocimiento, acompañado del Jefe del Estado Mayor General y de nuestros respectivos ayudantes, me adelanté al frente de nuestra línea y hasta *muy cerca de la enemiga. Cuando hube estudiado el campo como lo deseaba,* me puse en marcha para regresar. Inmediatamente se hizo sobre nosotros, y á *cortísima distancia*, por tropas emboscadas, una descarga cerrada de fusilería. Y como si ésta hubiese sido una señal convenida, toda la línea rompió sus fuegos....»

Entre otras muchas cosas, resulta de este párráfo de la relación del Generalísimo chileno:

1.° Que después de haber concedido *la tregua,*

---

de *San Juan* y de *Miraflores*. A la par qué las tropas, salió también de Lima toda la fuerza de policía, Celadores; de manera que para no dejar la ciudad à merced de los ladrones y malhechores, el servicio de la policía fué prestado por la Guardia Urbana, organizada con este objeto entre las compañías de bomberos de las colonias extrangeras. Por consiguiente, era absolutamente imposible que el 15 llegasen *trenes* con tropas, como dice Baquedano.

«El Alcade de Lima, al cual fué confiada una especie de dictadura, provee el mantenimiento del orden público por medio de las compañías de bomberos voluntarios extrangeros, única fuerza existente en esta capital.» Nota del 2 de Enero 1881, del Ministro de Italia en Lima al Ministro de Relaciones Exteriores de Italia.

dispuso su ejército en línea de batalla como si ésta no hubiese sido aplazada, y fuese inminente;

2.° Que á las dos de la tarde, la tercera división de su ejército, menos una pequeña fracción, se encontraba ya en su puesto en línea de batalla;

3.° Que á las *once* de la mañana había dado también la orden de colocación á la primera división; la cual, por la próxima que se hallaba, no podía á menos de haber ejecutado ésta orden antes de las *dos* de la tarde, tres horas después;

4.° Que al ejecutar un reconocimiento en su campo se aproximó hasta *muy cerca* de las líneas enemigas, y que *cuando hubo estudiado el campo, como deseaba,* comenzó á retroceder, sucediendo entónces que se le hiciera por parte del enemigo una descarga de fusilería.

En la Nota que con fecha del 20 de Enero dirigía al Decano del Cuerpo Diplomático en Lima, el Secretario General del Dictador, se lee: « A pesar de tan solemne compromiso *(la tregua)*, la escuadrá chilena, desde las primeras horas del 15 se formó en línea de ataque, en número de 14 buques, frente á Miraflores, y el ejército por su lado avanzó en línea de batalla sobre nuestro frente, estrechando la distancia hasta mil ochocientos metros (1), situando convenientemente su artillería, y tomando

(1) Por noticias recogidas sobre el terreno, por distinguidos caballeros peruanos que formaban parte del ejército de reserva, sabemos por el contrario que una parte del ejército chileno avanzó durante la tregua hasta 700 metros escasos de las trincheras peruanas, donde tomó sus posiciones detrás de los muchos muros divisorios, ó tapiás, de que está llena aquella zona; al mismo tiempo que 500 metros más atrás, ó sea á 1200 de las trincheras, colocaba tranquilamente su artillería; así es que cuando

ventajosamente posiciones que no podría haber logrado sin grandes sacrificios.

De estos aprestos y movimientos, que eran una falta á lo estipulado, recibía repetidos partes S. E. el Jefe Supremo, á presencia de los señores Almirantes de las flotas Británica y Francesa y del Jefe de la estación Italiana *(que como se sabe, habían precedido al Cuerpo Diplomático)*: pero como esos partes concurrían con la reunión en los salones de la casa residencia del Jefe Supremo, en Miraflores, de todos los miembros del Cuerpo Diplomático, fué imposible á la lealtad del Jefe Supremo el admitir que, bajo tan excepcionales circunstancias se pretendiera consumar un acto de perfidia, que es dudoso encuentre semejantes, aún entre las tribus semi-salvajes del Africa ó de la Araucanía. Mientras tantos así sucedió: recibiendo como primer anuncio, tanto S. E. como los señores Almirantes y Comandantes, que en ese momento estaban en su compañía, las nutridas descargas que arrojaron simultáneamente el ejercito y escuadra chilena sobre nuestra ala derecha, dándose principio á la batalla del Sábado, 15: de cuyo orígen aleve han sido testigos, con inminente peligro de sus vidas, V. E., sus honorables colegas, y los señores Almirantes y Comandantes nombrados, así como

comenzó la batalla se encontró ya en posiciones favorables que sin la tregua le hubieran sido duramente contrastadas, y que solamente hubiera podido conquistar como primer resultado de una victoria. Las mencionadas noticias sobre las distancias, exactamente medidas más tarde después de la batalla, son ciertamente más seguras que las del mismo Dictador, quien no vió más aquellos lugares después de las batallas, y que mientras los chilenos tomaban sus posiciones iba almorzando cómodamente en su provisorio alojamiento de [Mi]raflores.

también los oficiales de las armadas de Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña é Italia, agregados á nuestra Estado Mayor (1).

Para completar la relación de estos hechos que exprofeso hemos querido sacar de las fuentes oficiales de ambos beligerantes, recurriremos finalmente á una tercera voz oficial, completamente extraña y neutral en la lucha del Pacífico, y por todos conceptos cierta é inatacable: á la del Cuerpo Consular Diplomático que dice: « A nuestra llegada *(de todos los señores Diplomáticos á la casa habitada por el Dictador peruano en Miraflores)* á las 2 ¼ de la tarde del 15, el señor de Piérola comía tranquilamente con varios jefes de su ejército. Advertido de la presencia de todo el Cuerpo Diplomatico en su casa, salió del comedor á recibirnos y en el momento mismo en que cambiabámos totodavia de pié, el primer saludo, estalló un fuego general y nutrido en la línea de los ejércitos y en los buques de la escuadra chilena, siendo nosotros acribillados por el diluvio de balas, bombas y granadas que venían del ejército y de los buques de Chile al lugar en que nos encontrábamos, á retaguardia de la línea peruana. Con tan grave é inesperado motivo, el señor Piérola, que vió instantáneamente comprometida la batalla, sin tiempo ni aún para concluír el comenzado saludo al Cuerpo Diplomático, se dirigiò rápidamente á su ejército: y nosotros poseídos del asombro y de la indignación

(1) Tanto al Estado Mayor del ejército peruano, como al del ejército chileno, se encontraban agregados desde varios días antes algunos oficiales extrangeros pertenecientes á las dotaciones de los buques extrangeros que habia en el Pacífico, es decir de la Gran Bretaña, de Francia, de Italia y de Estados Unidos.

que es fácil imaginar, nos volvimos á Lima á pié bajo la lluvia de balas del primer momento, que sufrimos sin interrupción durante cerca de dos horas consecutivas (1).»

Determinar con toda exactitud quien disparara realmente el primer tiro de fusil ó cañonazo, y como sucediese esto, sería empresa asáz difícil, por no decir imposible; porque, repetimos, Chile y el Perú se atribuyen reciprocamente el uno al otro la felonía de tamaña deslealtad; y porque como simple dato de hé que se de desarrolló después que el ejército chileno había tomado sus posiciones frente al enemigo, y cuando los dos ejércitos podían hacer fuego el uno contra el otro del puesto donde se encontraban, sin moverse, solo los testigos oculares que son ellos mismos, podrían dar tal certidumbre.

Sin embargo, sometiendo á minucioso y detallado exámen los hechos plenamente comprobados, que resultan de los mencionados párrafos de documentos oficiales, no será difícil al lector emitir sobre todo esto un juicio casi cierto y seguro.

Por nuestra parte, y solamente para hacer más fácil semejante examen, preguntaremos: el hecho confesado por el mismo General chileno, de haber movido y dispuesto su ejército en línea de batalla durante la tregua ¿no era ya por si mismo una infracción á la tregua pactada? abusando de esta para tomar posiciones que sin ella no hubiera podido ocupar sin combate (2). ¿Se puede suponer

(1) Nota, fecha 26 de Enero 1881, del Ministro de San Salvador en Lima al Ministro de Relaciones Exteriores de su Gobierno.

(2) En el mencionado parte del General chileno se dice también que la tregua pactada no prohibía á los ejércitos beligerantes moverse y tomar su posición de batalla como quisieran: pero ni esto está probado, ni parece posible; porque en tal caso la tregua hu-

que el ejército peruano que soportó pacientemente que el enemigo se desplegase tranquilamente en batalla en su presencia, haciendo movimientos que lo perjudicaban, y que él podía impedir, esperase que estos movimientos fuesen ultimados para romper la tregua, sin provecho alguno, es decir cuando ya el daño había sucedido y nada habría tenido que ganar acelerando el rompimiento de las hostilidades? ¿Se puede suponer que Piérola, el hombre que no quizo jamás tomar la ofensiva cuando podía y debía hacerlo, cuando era casi cierto que le habría producido la victoria, la tomase más tarde en el solo momento en el cual, además de que era un delito, no podía prometerle ventaja alguna? ¿Se puede suponer que un General cualquiera, aunque sea un Piérola, disponga y ejecute la violación de una tregua, permaneciendo tranquilamente á comer con sus ayudantes y con los Jefes de los cuerpos de su ejército? ¿Cómo se explica que los primeros proyectiles, al romperse la tregua fuesen á caer a retaguardia de las líneas peruanas, donde se encontraba el Cuerpo Diplomático? ¿Cómo se explica que la escuadra chilena comenzase sus fuegos contemporáneamente al ejército de tierra, mientras que por efecto de la tregua no debía encontrarse en modo alguno preparada á ésto? ¿Como se explica que dicha escuadra se dispuso en línea de combate precisamente en las primeras horas del

---

biera servido únicamente para dar al ejército agresor, ó sea al chileno, la oportunidad de tomar sin resistencia las posiciones ofensivas que le eran necesarias; puesto que el del Perú que estaba á la efensiva en posiciones escogidas y preparados de antemano, no enía, como no tuvo ninguna nueva posición que tomar. En tal caso, a concesión de la tregua hubiera sido manifiestamente capciosa y ada más que un simple lazo tendide à los peruanos.

15, día en el cual no debía haber batalla? Todo el Cuerpo Diplomático finalmente, estaba allí para atestiguar que el Dictador peruano deseaba y quería concluír un verdadero armisticio, y la misma paz (1): lo que probaría quanto estaba en sus intereses el mantener aquella pequeña tregua de 20 horas, durante la cual dicho Cuerpo Diplomático debía aprovechar con este objeto ia benéfica obra de sus buenos oficios. Y mientras estos excluiría hasta la sospecha de que Piérola pudiese pensar en romper la tregua ¿quien ignora que Chile, agresor siempre durante toda la guerra, excepto en San Francisco, ansiaba más que nada llegar á Lima, por el doble objeto de aniquilar al Perú, é imponerle con la fuerza un despojador tratado de paz que, sabía, que no hubiera firmado nunca en otras condiciones (2).

---

(1) «Trasladada que se hubo á Miraflores la Delegación *(del Cuerpo Diplomático)* se presentió á S. E. el señor Piérola, el cual aceptó la tregua convenida, y pareció dispuesto á ceder el Callao *(única condición impuesta por Baquedano para concluír un verdadero armisticio)* y á entrar en negociaciones de paz.»

NOTA del Ministro del Italia en Lima, fecha 28 de Enero de 1881, al Ministro de Relaciones Exteriores de su Nación.

(2) Como confirmación de cuanto dice el Autor sobre el rompimiento de la tregua, y precisamente sobre la verdadera y única interpretación que puede y debe darse á los movimientos ejecutados durante la misma, por el ejército chileno, viene muy aprópositо un documentos de los más autorizados que la causalidad nos ha puesto entre manos, cuya importancia es tal, que nos hace separarnos por primera y única vez de la reserva que, en noestra cualidad de traductor hemos guardado siempre en una obra de tan palpitante intéres. Este documento que como verá el lector, es de fecha posterior á la de la presente Historia—prueba también lo acertado que anduvo el señor Caivano, en sus razonamientos y deducciones.

«ARMISTICIO DE MIRAFLORES—Los infrascritos, Ministros del Salvador, de Francia y de Inglaterra, habiendo sido debidamente autorizadas para ofrecer á los beligerantes los buenos oficios del Cuerpo Diplomático.

«Considerando que en la relación del General Baquedano, no se

que el ejército peruano que soportó pacientemente que el enemigo se desplegase tranquilamente en batalla en su presencia, haciendo movimientos que lo perjudicaban, y que él podía impedir, esperase que estos movimientos fuesen ultimados para romper la tregua, sin provecho alguno, es decir cuando ya el daño había sucedido y nada habría tenido que ganar acelerando el rompimiento de las hostilidades? ¿Se puede suponer que Piérola, el hombre que no quiso jamás tomar la ofensiva cuando podía y debía hacerlo, cuando era casi cierto que le habría producido la victoria, la tomase más tarde en el solo momento en el cual, además de que era un delito, no podía prometerle ventaja alguna? ¿Se puede suponer que un General cualquiera, aunque sea un Piérola, disponga y ejecute la violación de una tregua, permaneciendo tranquilamente á comer con sus ayudantes y con los Jefes de los cuerpos de su ejército? ¿Cómo se explica que los primeros proyectiles, al romperse la tregua, fuesen á caer a retaguardia de las líneas peruanas, donde se encontraba el Cuerpo Diplomático? ¿Cómo se explica que la escuadra chilena comenzara sus fuegos contemporáneamente al ejército... mientras que por efecto de la tregua... contrarse en modo alguno preparada... se explica que dicha escuadra... de combate precisamente en la...

...biera servido únicamente para dar... llano, la oportunidad de tomar sin... que le eran necesarias; puesto... defensiva en posiciones escogi... tenía, como no tuvo ninguna... la concesión de la tregua hu... nada más que un simple la...

A las dos y media de la tarde, por consiguiente, rota la tregua, comenzó la batalla; la cual manteniéndose indecisa basta las cuatro, momento desde el cual se pronunció manifiestamente contra Chile, hasta las 5 y minutos, terminó cerca de las 6 con la repentina y completa victoria de este último.

Como hemos dicho varias veces, la línea de defensa de los peruanos se extendía más de *once* kilómetros, desde el mar á Vasquez. Pero ciertamente no se podía esperar que los Generales chilenos, siguiendo el descabellado plan de Piérola, desparramasen como él sus fuerzas en una línea tan larga, para atacarla contemporáneamente en todos sus puntos.

Profundo conocedor como era del carácter del soldado chileno, que solamente sabe hacerse fuerte

establecen los hechos principalmente como tuvieron lugar en la mañana del 15 de Enero, durante nuestra entrevista con los Jefes del ejército chileno.

«Considerando además que la publicacion de dicha relación, tiende á dar una idea falsa sobre el carácter de nuestra misión, y de las medidas que establecimos.

«Declaramos: 1° Que la conferencia tuvo lugar á petición del señor Piérola, para saber cuales serían las bases de la paz;—2° Que habiéndosenos hecho conocer éstas en vía confidencial, y comunicadas que no fueron otras condiciones previas para cualquiera negociación, pedimos la suspensión de las hostilidades, á fin de que el Jefe Supremo tuviese tiempo de deliberar;—3° Que el armisticio duraría hasta las 12 de la noche de aquel mismo día;—4° Que insistiendo los chilenos en llevar adelante un movimiento comenzado consentimos: pero con la expresa condición aceptada por ellos, que aquel movimiento no se efectuaría más allá de la *gran guardia de su ejército, es decir*, precisamente como se encontraba en aquel momento.—En fé de lo que, y para que conste la verdad, hemos firmado este proceso verbal.

«Lima 27 Abril 1882. (Firmado) J. de T. Pinto, Ministro Plenipotenciario de San Salvador. (Firmado) D. de Vorges, Ministro de la República francesa. (Firmado) Spemcer St. John, Ministro de S. M. Britànica».

Del periódico El Canal de Panama, del 14 de Junio de 1882.—(Nota del Traductor).

y atrevido cuando se encuentra en grandes y compactas masas, el General Baquedano concentró todas sus fuerzas en un solo punto; y para aprovecharse de la poderosa cooperación de la escuadra, dirigió su ataque únicamente contra el ala derecha de los peruanos que terminando casi sobre el mar, podía ser y fué eficazmente acribillada por los cañones de grueso calibre de aquella.

Limitado el ataque, y de consiguiente la batalla, á un extremo de la larga línea de los peruanos hubiera sido en extremo fácil á éstos concentrar sus desparramados batallones del centro y del ala izquierda, tanto para efectuar un movimiento de conversión contra el enemigo, atacándolo de flanco cuanto y muy principalmente para reforzar los escasos batallones del ala derecha, que se encontraban solos combatiendo contra todas las fuerzas reunidas del adversario. Pero aquí, como en *San Juan*, además de la mala disposición de las fuerzas, debía principalmente hacerse sentir la falta de mando, de una mente que supiese dirigir la acción y aprovecharse de todos los recursos disponibles. Aquí, como en San Juan, el Dictador peruano que pretendía hacer de General en Jefe, iba siempre adelante y atrás sin comprender nada y sin dar orden alguna, excepto una que no podía ser más torpe y fatal, de la cual hablaremos á su debido tiempo: así es que los pocos batatallones del ala derecha debieron batirse solos, desde el principio al fin, *once* de la reserva y la mitad de los de línea, permanecían y permanecieron hasta el fin inactivos en sus puestos, adonde nadie fué á buscarlos y donde á nada sirvieron.

Cerca de 3000 hombres del ejército activo, los

que se encontraban en los intérvalos de las cinco trincheras del ala derecha, y cerca de 2500 del ejército de reserva que ocupaban estas mismas trincheras, fueron los únicos que se batieron, y de consiguiente los únicos que sostuvieron el choque de todo el ejército chileno ó sea de 16 á 17000 hombres (1) ensoberbecidos todavía por la victoria de dos días antes, y que además se hallaban secundados admirablemente por la numerosa y fuerte artillería de la escuadra.

Sin embargo la gruesa división chilena, mandada por el valeroso Coronel Lagos, que fué la primera á lanzarse el ataque había sido ya rechazada una primera vez á las 4, con numerosas bajas; y luego una segunda vez un poco más tarde, en unión á la división Lynch que había acudido en su ayuda. Y si en aquellos momentos, durante la larga hora trascurrida entre las 4 y las 5, los batallones peruanos de refresco que estaban inactivos en las posiciones del centro y de la izquierda, hubiesen emprendido un movimiento ofensivo cualquiera contra ellos, es indudable que, completada la desorganización de aquellas dos divisiones, y envuelta en ella también la división de reserva que guardaba los flancos, la derrota del ejército chileno hubiera sido inevitable, completa.

Si en vez de Piérola, que nunca fué militar en su vida, se hubiese hallado á la cabeza del ejército peruano el Contra-Almirante Montero, al cual roía interiormente la rabia de su impotencia en el inútil

(1) El resto del ejército chileno quedaba, parte á guardar los prisioneros del dia 13 en el cuartel de Chorrillos, y parte todavía entre Chorrillos y el Barranco, como continuación de las bacanales del 13 y 14, no tomando por consiguiente parte en la batalla.

puesto de ayudante, ó cualquier otro General ó Coronel de los muchos que se hallaban condenados á la inacción por el Dictador, ó si por lo menos hubiese éste escuchado uno solo de sus consejos evidentemente, el sol hubiera iluminado en su ocaso una espléndida victoria de las armas peruanas. Pero no; Piérola que para reservarse completa la gloria del triunfo, quería acudir á todo y mandar directamente á todos y todo, hasta el punto de dejar los batallones del ejército activo, que recíprocamente se mezclaban entre ellos, sin sujetarse á ninguna otra unidad de mando fuera de la suya caminaba atolondrado en medio á las lluvias de balas, sin ver nada, sin escuchar nada, y sin mandar nada.

A las 5, las divisiones chilenas, que protegidas y contenidas en su fuga por la división de reserva pudieron regularmente reorganizarse, volvieron una tercera vez al asalto en unión de aquella: y cuando quizás estaban próximas á retroceder una tercera vez todavía, cuando hacía ya rato que los oficiales podían solamente obtener que sus soldados avanzasen, empujándolos con la punta de sus espadas (1), tres de los cuatro batallones peruanos del ejército activo, que defendían los intervalos de una trinchera á otra, disminuyeron repentinamente su fuego, para luego volver las espaldas después de pocos minutos y desbandarse como locos. ¿Por que? Habiendo comenzado desde algún tiempo á hacerse sentir la necesidad de nuevas municiones,

(1) Hecho que hemos oido referir à no pocos chilenos, y que se deduce además (para quien conozca la peculiar táctica y disciplina del ejército chileno) del pequeño trozo de la relación chilena del periódico la Actualidad, que copiamos más adelante.

á algunos no se llegó á tiempo à llevárselas, y á otros se la llevaron inservibles, cambiando las de *peabody* con las de los *remington* ó *chassepots* (1) y viceversa. Las primeras compañías que encontraron sin cartuchos ó con cartuchos que no eran para sus fusiles, retrocedieron inmediatamente; y las otras, que estaban cansadas ya de un continuado combate de cerca de tre horas sin recibir jamás ni el más ligero refuerzo, creyeron que aquellas huían, y ganadas por el contagio siguieron el ejemplo.

Desde aquel momento, no quedaron fronte al enemigo, que naturalmente cobraba valor y atrevimiento, más que un batallon del ejército activo, el de Marina y los escasos batallones de reserva que defendían las trincheras; las cuales, distantes 800 metros la una de la otra sobre terrenos llenos de sinuosidades y de innumerables paredes divisioras de propiedades ó tapias, que no se tuvo la previsión de demolir á tiempo, y detras de las cuales se escondía facilmente el enemigo, mal podían sostenerse mutuamente, par impedir que el enemigo las tomase por los flancos ó por la espalda.

Sin embargo, aún habiéndose quedado solos estos escasos batallones de reserva que en un principio contaban 2500 plazas, y que la metralla de la escuadra y los repetidos asaltos del enemigo habían reducido casi de una tercera parte, defen-

(1) El ejército del Perú estaba armado con fusiles de tres diversos sistemas, Peabody, Remington y Chassepot. Origen de esto era el no hallarse suficientemente armado el Perú al iniciarse la guerra, para la cual no estaba preparado; así es que se halló obligado á aceptar sin poder elegir, los fusiles que pudieron ser comprados con toda solicitud en Europa y en los Estados Unidos por los diversos agentes enviados con este objeto.

dieran valerosamente sus posiciones cerca de una hora más, durante la cual tuvieron que luchar contra todo el ejército chileno reunido en un supremo y último esfuerzo; hasta que forzado por éste el paso, entre una trinchera y otra, y atacados por la espalda, toda resistencia era imposible, y debieron batirse en retirada.

Estos batallones, en los cuales combatía la parte más electa de la población de la Capital, dieron prueba, durante más de 3 horas de la más denodada resistencia, de abnegación y valor no común principalmente los de la segunda y tercera trinchera, donde, por su posición sobre la via ferrea y sobre la carretera, se desarrolló la acción más importante de la batalla: de estos batallones formaban la inmensa mayoría, abogados, magistrados grandes proprietarios, banqueros, ex-ministros, ex-diputados, ex-senadores, etc., etc. El primero y el segundo Comandante del batallón N. 6 que defendiá la tercera trinchera, Narciso Colina y Natalio Sárchez, ex-diputado, morían valerosamente en sus puestos; y si el destino perdonaba la vida al distinguido abogado y ex-Vice Presidente de la Cámara de Diputados, Ramón Ribeyro, que mandaba el batallón N. 2 al cual estaba confiada la segunda trinchera no le evitaba sin embargo el dolor de ver caer á su lado, uno despuós de otro, sus amigos más queridos, los más distinguidos personajes de Lima y de la República, que militaban á sus órdenes. La abnegación con la cúal todos estos hombres generosos sacrificaron su vida en aras de la patria, fué la mejor respuesta que podían dar á la desconfiada y ambiciosa ceguedad del Dictador y su patria, cuya ruina comenzada por la ineptitud

de su antecesor concluyera éste, conservará de ellos eterna y afectuosa memoria.

Piérola, hemos dicho antes, no dió más que una sola orden durante toda la batalla, á los menos que se sepa. y esta orden única consistió en mandar á los *once* batallones de la reserva á las fuerzas de línea del ala izquierda, que no habían tomado parte alguna en la batalla, que se dipersasen y volviese cada uno á sus respectivas casas.

Y es de advertir que esta orden fué dada precisamente entre las 5 y 5 y cuarto, cuando los batallones de las trincheras, que habían quedado solos, oponían todavía la más tenaz resistencia al enemigo, y cuando éste, desesperando de tomar las trincheras, cuyo incesante fuego lo habia rechazado dos veces, bastaba que hubiese visto aparecer el más ligero refuerzo de tropas de refresco á los peruanos, para abandonar el campo y retroceder: á esto lo hubiera impulsado también lo avanzado de la hora, y el temor de que la noche lo sorprendiera combatiendo sobre un terreno que no conocía, y que se suponía todo lleno de *minas*. Sobre estas cosas, generalmente conocidas, hemos sido plenamente informados por personas dignas de todo crédito (1).

---

(1) «A las 4 y 30 de la tarde, nuestra derecha se sintió bastante apurada. No se temió su derrota, pero se creía que la noche pondria fin al combate sin obtener victoria sobre el enemigo. Los nuestros habian casi agotado sus municiones, y esto introdujo en parte un desorden en nuestras filas, llegando á traducirse en una defección alarmante.... En el campo de batalla, nuestros mayores Jefes y el General Maturana *(Jefe del Estado Mayor chileno)* entre ellos, hacían todo género de esfuerzos para reorganizar las tropas, perturbadas por el agotamiento de municiones y defeccionadas en mucha parte, á pesar de que las municiones empezaban ya a llegar; y fué sin duda entónces, cuando muchos de ellos cayeron heridos ó muertos, al desplegar toda la actividad que les era posible. Los

El Dictador por el contrario, al cual su propia impericia y su propio atolondramiento hicieron creer que todo estaba perdido ya, una vez dada á las fuerzas del ala izquierda la orden de dejar las armas y retirarse á sus casas, abandonó el campo de batalla con un reducido número de secuaces; y sin ni siquiera entrar en Lima, tomó el camino de las montañas del Interior de la República.

La conducta de Piérola en aquel momento, sería inexplicable, sin admitir en él una gran perturbación mental, á menos que no se le considerara, como á juzgar por los precedentes nos parecería más exacto, tan desprovisto de toda capacidad, hasta colocarlo por debajo de las más vulgares inteligencias.

Aún admitiendo que el Dictador juzgase irremisiblemente perdida la batalla, ¿porqué ordenaba la dispersción y disolución de los batallones del ala izquierda? ¿Porqué se privaba voluntariamente de aquellas fuerzas de 6 á 7,000 hombres bien armados que, unidos á los 1,500 ó 2,000 de la guarnición del Callao, y á todos los dispersos que era fácil recoger en Lima, podían todavía presentar su última resistencia al enemigo, para obligarlo, sino á otra cosa, á una capitulación? ¿Porqué no los conducía consigo á aquellas montañas entre las cuales se fué casi solo, para salvar por lo menos sus armas?

oficiales secundaron con heroico entusiasmo la obra de sus superiores, y de esa manera, en pocos momentos, la lucha recobró todo su brío primitivo, reforzada de nuestra parte con el auxilio de los cuerpos de la reserva.»

La Actualidad del 12 de Febrero de 1881, periódico órgano del ejército chileno en Lima.—*Relacción de la batalla de Miraflores.*

Quitando de esta relación la parte que corresponde á la acostumbrada fanfarronería chilena, queda la desnuda verdad de los hechos, como nosotros la hemos referidos.

Que el enemigo entrase en Lima inmediatamente, de noche, no era ni siquiera de sospecharse: el hecho de encontrarse aquella bajo los fuegos de los fuertes de *San Cristóbal* y de *San Bartolomé*, el temor asáz justificado de un último esfuerzo de resistencia á sus puertas, y los muchos peligros á los cuales podía dar lugar el simple hecho de entrar de noche en una ciudad enemiga de ciento cincuenta mil habitantes, eran más que suficientes para hacer que los chilenos no diesen un solo paso adelante, hasta el alba del día siguiente por lo menos. Piérola tenía por consiguiente toda la noche á su disposición, para resolver lo que debía hacerse, y tomar las medidas oportunas: toda una noche durante la cual hubiera podido, sino otra cosa, recoger por lo menos la parte más importante de los archivos de los Ministerios, que para eterno desdoro y vergüenza dejó en poder del vencedor, así como también la gran cantidad de armas y municiones que encerraba el arsenal de Santa Catalina, y lcs varios millares de soldados dispersos del ejército activo que vagaban por Lima, esperando quien se tomase la molestia de pensar en ellos, de reorganizarlos en batallones y hacer algo de sus personas (1). Del ejército activo solamente reuniendo los dispersos, los batallones del Callao y los que quedaron sin batirse en el ala izquierda en Vasquez, hubiera podido formar un ejército de ocho á nueve mil hombres, con los cuales, si no

(1) Nos consta por las muchas informaciones obtenidas, que durante la noche dal 15 al 16, las plazas y las calles principales de Lima estaban literalmente llenas de soldados, la mayor parte armados, que hacian grande algazara pidiendo ser conducidos contra el enemigo.

ueria hacer otra cosa, hubiera podido tomar el ó el camino de las montañas, después de haber hecho salir por el ferro-carril de la *Oroya*, que era su mismo, camino, archivos, armas, municiones y todo lo demás que quisiera. Con aquel primer núcleo de fuerzas y con los materiales de guerra sacados del arsenal, aún después del abandono de Lima, no habria faltado medio á Piérola, ó mejor, á algún otro más capaz que él, de hacer respetar los interes y la dignidad de su país, y obtener del enemigo condiciones de paz menos tiránicas y crueles de las que le fueron ofrecidas por éste, cuando vió que sus pocas bayonetas podían dictar la ley sin contraste alguno. Pero de esto hablaremos mejor y más prolijamente on la segunda parte de este trabajo.

La batalla de Miraflores, hemos dicho, terminó hacia las 6 de la tarde, al principiar el crepúsculo vespertino. Pero el ejército vencedor ignoraba cuanto habia pasado en el campo enemigo: sabía que la mayor parte de las fuerzas peruanas no habían tomado parte en la batalla, porque no las habían visto venir contra sí, desde sus no molestadas posiciones del ala izquierda; pero ignorando cumpletamente, ni pudiendo tampoco imaginarse la extraña orden de dispersón de aquellas, dada por el Dictador peruano, supuso que dichas fuerzas pensaran disputarle la entrada de la Capital á las puertas y en los muros de la misma.

En el campo chileno estaban todos, quien más quien menos convencidos, que era necesario combatir todavía, que Lima no se rendiría sin intentar antes un último y supremo esfuerzo de resistencia á sus puertas (1); y las palabras que más abajo

(1) «La noche sobrevino luego de terminada la acción, y no pudo

reproducimos, nos dirán lo que pensase sobre este particular el mismo Ministro de la Guerra de Chile que, como se sabe, acompañaba al ejército: «La noche del 15, después de la victoria de Miraflores: el Ministro de la Guerra me decía: Ninguna operación habría más importante y oportuna, que reorganizar esta noche misma una división y atacar Lima á la madrugada, sorprendiéndola en medio de la confusión y espanto que debe haberles producido la derrota de esta tarde: pero es imposible hacerlo, por el estado en que se encuentra el ejército.... Nos veremos forzados á ponerle sitio, y esperar que se rinda por si sola (1).

Pero entre tanto que en el campo chileno se pensaba en nuevas batallas, en largos y penosos asedios y en quien sabe cuantas cosas más, para apoderarse de Lima, esta desventurada ciudad se ecoñtraba por el contrario sobrecogida del más desesperado terror.

Conocida que fué la intempestiva fuga del Dictador, y la dispersión de las únicas fuerzas que hubieran podido oponer todavía una ultima resistencia al enemigo, que acampaba á una legua escasa de la capital, todos temieron que éste entrase en ella de un momento á otro, para repetir en proporciones, mucho mayores las horribles escenas de Chorrillos y del Barranco. Miraflores ardía ya; ardían tambien los encendidos restos de Chor-

---

saberse si el enemigo deshecho había recalado á Lima, ni sí habría que ir todavia en su demanda al día siguiente, contra sus postreras fortificaciones.... ¿Pensaría el enemigo en presentar nueva resistencia en su rincon postrero, en Lima? Esta era la cuestión que preocupaba á todos.»

La Actualidad del 12 Febrero de 1881, periódico órgano del ejército chileno en Lima.

(1) Carta Politica del chileno M. José Vicuña, pag. 147 y 148.

rillos y del Barranco; y no hay que admirarse si al mismo tiempo ardían de terror las imaginaciones de los abandonados habitantes de la Capital. Por las calles, en los asilos de los extrangeros, en las Legaciones y Consulados, y en las mismas residencias de los Ministrós y de los Cónsules, todas llenas de gente, de arriba abajo, no se oían más que llantos, sollozos suspiros. Recordando el atentado cometido en Tacna contra la Agencia Consular de Italia, y el de dos días antes contra la habitación del Ministro inglés en Chorrillos, ni siquiera la bandera neutral afrecía seguro en ninguna parte. Todos huían de sus casas; todos hubieran querido huír de Lima, y nadie sabía adonde ni como huír. Ninguno pensaba á la propriedad que abandonaba, á los bienes que serían saqueados y perdidos: no se temía más que por la vida, por el honor de las mujeres... y había razón para ello!

La ardiente imaginación presentaba la temida llegada de los chilenos como imminente, como sucedida ya, á todo lejano rumor que se oía: el terror, la desesperación de los ánimos era infinita. A las encantadoras limeñas, enloquecidas por el terror, les parecía sentir ya sus delicadas carnes profanadas por el brutal abrazo del soldado ébrio de vino y de lujuria; y mas de una vez fué necesario detener su brazo, para impedirles atentar á su vida ó á su belleza, que preferían destruir ellas mismas, más bien que dajarlais expuestas á tanta ignominia!

El Cuerpo Diplomático se puso entónces otra vez en movimento, Creyó que quizás no había hecho bastante, para salvar á Lima de los temidos excesos de la *soldatesca* chilena; y envió aquella

misma tarde dos emisarios á Baquedano— un oficial de la esquadra inglesa y otro de la italiana— para pedirle, á nombre y de parte del Cuerpo Diplomatico, una entrevista encaminada á impedir la ruina de la ciudad. El oficial italiano, Conde Roych, volvió dentro de la misma noche con una primera respuesta verbal, anunciando quel el día siguiente sería traida por su compañero en la comision, la esperada respuesta del General en Jefe del ejercito chileno. Y el día seguiente, 16, llegaba á Lima el otro oficial, el inglés Carey-Brenton, con una nota del General Baquedano para el Decano del Cuerpo Diplomático; nota en la cual, tomando como pretexto la deslealtad atribuida á los peruanos, del rompimiento de la tregua. Baquedano concluía comunicando su resolución de: « bombardear desde *manaña mismo* la ciudad de Lima, si lo cree oportuno, hasta obtener su rendición incondicional.» Esta nota llevaba la fecha de las *once* de la noche del 15 de Enero.

Antes de tomar ninguna determinación, el Cuerpo Diplomático puso dicha nota en conocimiento del Alcalde de Lima, única autoridad peruana alli existente, que quiso á su vez participarla al Consejo Municipal que convocó premurosamente. Y puesto que Lima, abandonada por el Dictador que tenia en sus manos asumido todo el poder, y sin ejército, no se hallaba en la posibilidad de oponer ni siquiera la más ligera resistencia, el Consejo Municipal deliberó la rendición y autorizó al Alcalc Rufino Torrico, para entenderse sobre el particul con el General en Jefe del ejército chileno.

Pero, ¿bastaba que Lima no hubiese sido tomada por la fuerza, bastaba su rendición incondicional, para salvarla de la iras y de los excesos de la soldatesca chilena? Para responder á esta pregunta, ahí estaban vivos todavia los incendios de Chorrillos, del Barranco, de Miraflores, y un poco más lejos los tristes recuerdos de Tacna y de Arica.

Pero estaba también allí el Cuerpo Diplomático extrangero, que todo junto tenia á sus órdenes en las aguas del Callao y de Miraflores, al lado de la escuadra chilena, otra propia asaz más fuerte y numerosa— es decir las escuadras reunidas de Inglaterra, Francia, Italia, etc., etc., las dos primeras de las cuales tenían grandes y poderosos buques blindados;—y este, como hemos visto, había ya declarado á Baquedano en la mañana del día anterior, antes de la batalla, que estaba resuelto á *emplear todos los medios de que podia disponer, para salvar los intereses y las vidas de los neutrales residentes en Lima,* y que por consiguiente Lima misma.

En su consequencia, el Alcalde de Lima fué acompañado al campo chileno por los mismos Ministros extrangeros que formaban la Diputación Diplomática de la víspera, la cual era á su vez acompañado, como entónces, por los Comandantes de las escuadras extrangeras.

El General en Jefe del ejército chileno quiso que la ciudad se rindiese *á discreción,* y el Alcade de Lima, que no habria sabido como sostener una negativa, consintió.

Correspondia entónces á la Diputación Diplomá-

tica tomar la palabra; y los Ministros de Inglaterra y Francia exigerion en nombre de todo el Cuerpo Diplomático que ellos representaban, y como garantía de los derechos de los neutrales residentes en Lima, *que no se hiciera daño alguno ni ofensa á la ciudad.* No tenemos entre manos, y quizás no existirá documento alguno oficial, que refiera genuinamente estas negociaciones: peró era voz casi pública en Lima, cuando nosotros estuvimos allí en Julio de 1881, y nos fué confirmado por personas que podían saberlo, cuanto sigue, que á los mencionados Diplómaticos les fué en un principio respondido, que aunque se haría todo género de esfuerzos para frenar el ejército, era casi imposible preveer é impedir los *pequeños desórdenes* de las bandas de soldados dispersos, que nunca faltan: que á esto respondió á su vez aquel de los Comandantes de las escuadras extrangeras que hacía de Jefe de todas ellas reunidas, que en el caso en que los soldados chilenos comenzaran á renovar en Lima los excesos de Chorrillos y del Barranco, *la escuadra extrangera rompería inmediatamente el fuego contra la de Chile;* y que solamente después de esta formal y franca amenaza, se obtuviera la completa seguridad de que el ejército chileno entraría en Lima en buen orden, sin cometer el más ligero exceso. Como es natural, sin garantizar semejante noticia, nosotros la referimos como es, como una simple voz corrida en el público, del cual la recogimos sin titubear, por los muchos visos de verdad que nos pareció descubrir en ella, y porque se halla admirablemente de acuerdo con las muy significativas palabras, con las cuales *el Ministro* de Italia en Lima concluía la nota ofi-

cial en la que informaba á su Gobierno de tales hechos; y que dice así: « Resulta de esta sucinta relación, que la salvación de esta Capital se debe *unicamente* á la interposiciòn del Cuerpo Diplomático (1) ». Con al fin de dar al Alcalde el tiempo necesario para desarmar los restos del disperso ejército peruano que vagaban por la Capital, y preparar la entrega del arsenal y de los fuertos de San Cristóbal y San Bartolomé, fué decidido que la primeras tropas chilenas ocuparían Lima en la tarde del siguiente día 17. Y después de esto fué escrita y firmada la relativa acta de rendición, que reproducimos en toda su integridad:

« En el cuartel general del ejercito chileno en Chorrillos, se presentaron el 16 de Enero de 1881, á las dos de la tarde: el señor Don Rufino Torrico alcalde municipal de Lima: S. E. el señor de Vorges Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Francia; S. E. el señor Spencer St. John, Ministro residente de Su Magestad Británica; el señor Stierling, Almirante británico; el señor Petit-Thouars Almirante francés; y el señor Labrano, Comandante de las fuerzas navales italianas. El señor Torrico hizo presente que el vecindario de Lima, convencido de la inutilidad de la resistencia de la plaza, le havia comisionado para entenderse con el señor General en Jefe del ejército chileno, respecto de su entrega. El señor General Baquedano manifestó que dicha entrega debía ser incondicional en el plazo de 24 horas pedido por el señor Torrico, para desarmar las fuerzas que aún quedaban organizadas. Agregó que la ciudad sería ocupada

(1) Nota del 28 de *Enero de 1881*.

por fuerzas escogidas, para conservar el orden.—(Firmado)—Manuel Baquedano—R. Torrico—E. de Vorges—J. F. Vergara (Ministro de la Guerra de Chile)—B. du Petit-Thouars—Spencer St. Jhon—Altamirano (Agente diplomático chileno)—G. Labrano—J. H. Stierling—M. R. Lira, Secretario. »

La rendición de Lima era una necesidad, y fué su salvación. Fué sin embargo poco grata á las grandes bandas del deshecho ejército peruano, que como hemos dicho, habían pasado toda la noche precedente embarazando las plazas y las calles principales de la ciudad, esperando algun Jefe que se tomase la molestia de reorganizarlas y llevarlas contra el enemigo: y mientras éstas vagaban furibundas por las calles, manifestando su malcontento por la acordada capitulación, llegaron á Lima más de 1500 soldados armados de la guarnición del Callao, malcontentos también por la ocurrida capitulación, y con el propósito de oponerse á su ejecución: marchaban éstos á la orden del Prefecto del Callao, el cual había salido exprofeso de allí, después de haber hecho destruír las baterías de la plaza y los buques pontones de guerra peruanos que se encontraban en el puerto, para que no cayesen en poder del enemigo.

Pero una verdadera y provechosa resistencia contra el ejército chileno no era ya posible, con tan pocas fuerzas; y en consecuencia, el oponerse á la ejecución de la capitulación, no hubiera sido más que una lastimosa locura. En los encendidos y furiosos ánimos de todos aquellos soldados en desorden y sin Jefes, los que se encontraban en Lima y los llegados del Callao que inmediatamente se mezclaron entre ellos, se hizo entónces camino

una nueva y terrible idea. Puesto que no podemos intentar nada contra los chilenos, dijeron, castiguemos y venguémonos de sus amigos, los chinos, por los cuales han sido tan favorecidos contra nosotros.

Y aquí, para mejor inteligencia de nuestros lectores es necesario dar un paso atrás, y referir un hecho que por su escasa importancia habíamos descuidado. Hace ya largos años que el Perú se halla literalmente invadido por una gran colonia de chinos, hechos venir exprofeso del Celeste Imperio para dedicarlos principalmente al trabajo de los campos, al servicio de las importantes haciendas de caña de azúcar y demás. Estos chinos, sugetos por largo tiempo á una especie de *trata* poco diferente de los negros, venían de su país con contrata irrescindible de locación de obra por *ocho* años; y puesto que espirado este plazo quedaban libres de hacer de sí mismos lo que quisieran, preferían casi siempre entónces abandonar las haciendas, para correr á Lima y á las demás ciudades peruanas, donde se dedicaban á servicios domésticos ó á pequeñas industrias libres.

De consiguiente, mientras las ciudades y especialmente Lima se llenaban de chinos libres, muchos de los cuales habían llegado á hacerse ricos con el tiempo, principalmente con la venta de objetos de su país, las haciendas estaban sempre llenas de chinos recién llegados, hasta dos ó trescientos cada una, que deseosos de unirse á sus compatriotas libres en la ciudades, vivían allí de mal grado; y era necesario obligarlos con la fuerza. Muchos de estos chinos, durante la guerra, intentaron escapar á sus contradas, y de consiguiente

al trabajo de las haciendas, refugiándose en el ejército chileno al cual sirvieron de gran ayuda: mientras unos le hácian de espía, otros se ocupaban de las tareas del rancho, del trasporte de los equipajes, y lo que es más, de la conducción de las municiones en las batallas; asi es que ganaron la adversión y odio de los soldodos peruanos, contra los cuales tanto se fatigaban (1).

No hay par consiguiente que asombrarse, si en aquellos momentos de suprema confusión y esaltación, los soldados peruanos, abandonados á sí mismos, recordasen las grandes fechorías de los chinos, y pensasen en vengarse feroz y cruelmente sobre sus hermanos y como sucede fácilmente en todas las reuniones tumultuosas de gente del pueplo, apenas se manifestó semejante idea por uno ó mas, corrío y se generalizó immediatamente: pocos minutos después, toda aquella turba de soldados despechados y furiosos se dirigía al barrio de la ciudad que ocupaban los chinos, para hacer grandes estragos en ellos y en sus propriedades; y caían apenas las primesas sombras de la noche del 16, cuando comenzaron á oírse repetidos disparos de fusil, y á verse aparecer por el aire gruesas columnas de humo, á las cuales hizo bien pronto triste cortejo la siniestras luz de los incendios.

¡Eran los disparos que se hacían contra los chi-

(1) «El comandante Lynch había salido de Pisco el 13 de Diciembre á la cabeza de 5000 hombres (parte de las dos divisiones desembarcadas alli en Noviembre).... acogió en sus filas *(en el camino)* todos los trabajadores chinos que se levantaron contra sus opresores.... el 25 de Diciembre llegó á Curacayo,.., llevaba consigo 200 bueyes, algún caballo, 600 asnos y más de *mil chinos*, que prestaron los más grandes servicios durante el resto de la campaña.»

BARROS-ARANA, *Historia de la Guerra del Pacífico*, segunda parte, *pág. 140 y 141.*—Edición en francés.

nos; eran las habitaciones y los almacenes de los chinos que ardían! No paró aquí el desorden. Alrededor y en medio á los soldados, se agitaba la más baja pleve de la Capital, que haciéndose atrevida por la conviccion de la impunidad, procuraba sacar todo el partido posible de semejante coyuntura, uniendo al incendio el robo, el saqueo. ¡Fué aquella, una noche asáz triste y angustiosa para las desventurada ciudad!

Los incendios se multiplicaban, el desorden amenazaba extenderse aún fuera del barrio chino á todas aquellas calles donde se encontrase una sola casa, un solo almacen de chinos; y no había autoridad, no había fuerza pública que pudiese poner freno á tanto exceso.

La Guardia Urbana que, como sabemos, había sido organizada en Diciembre para mantener el orden público en Lima, no existía ya: había sido disuelta per el Dictador algunos días antes, porque una noche había puesto la mano sobre uno de sus *favoritos,* sorprendido por aquella en un estado poco conveniente para una persona de alta posición.

Pero las Bombas extrangeras, primero la italiana y luego la inglesa y la francesa, no se hicieron esperar largo tiempo. Desafiando todo peligro, corrieron velozmente adonde más tremendo ardían el bullicio y el incendio, á cumplir con abnegación su benéfica y generosa misión. Rechazados varias veces á tiros, por los desalmados que habían promovido los incendios y que no querían que se apagasen, los valerosos Bomberos italianos, franceses é ingleses, todos unidos y acordes en su santa obra, no retrocedieron jamas, ni siquiera cuando

alguno de ellos cayó muerto ó herido. Armados solamente con sus hachas, lucharon toda la noche contra los incendios y los incendiarios; y cuando á la madrugada recibieron del Alcalde algunas pocas armas de fuego, no fué para ellos más que cuestión de un momento el hacer volver la calma y el ordan más completo en la angustiada ciudad. Mientras algunos se ocupaban en apagar los incendios, otros se pusieron á perseguir á los soldados y á la canalla, que prontamente desarmaron y dispersaron. ¡Honor á ellos! En aquella ocasion, como siempre, los Bomberos italianos, franceses é ingleses, con su celo y con su valor honraron sumamente á si mismo y á sus paises (1).

(1) De la relación que el Comandante de la Bomba italiana, G. Varese, enviaba al Ministro de Italia en Lima, el 30 de Enero 1881, sacamos los siguientes datos:

La Compañia italiana de Bomberos Roma prestó servicio de Guardia Urbana por 19 días, en Diciembre y Enero.—Suministró una guardia competentes á los tres *Asilos* abiertos en Lima para las familias italianas.—Cuando llegaron á Lima los heridos de San Juan, en la noche del 13 de Enero 1881, acorrió con 33 camillas preparadas por el Comité italiano para trasportarlos á los Hospitales.—Durante tres días suministró los alimentos (reunidos antes por colectas) á los heridos que llenaban dichos Hospitales.—La noche del 16, cuando los soldados irritados y la plebe furiosa devastaban é incendiaban el barrio chino, se hace camino en medio á los facinerosos que la acribillaban á tiros, dispone sus bombas para domar los incendios, en unión á las bombas inglesa y francesa; y trabaja activamente toda la noche, arrojando agua y aislando el fuego; acribillada por las balas de los revoltosos, no mira al peligro, corre de un incendio á otro, trasporta las máquinas adonde es mayor la necesidad: tiene brazos, tiene socorros para todos.—Cuando en las primeras horas del 17, las Autoridades de Lima dieron armas para restablecer el orden, bastaron 30 hombres de la Compañia italtana, para que en unión á los bomberos franceses é ingleses dispersasen prontamente la canalla; y en breve tiempo los incendiarios y los furibundos fueron desarmados.—Recupera el mismo día los objetos robados, y los restituye á sus propietarios.—Durante tres días consecutivos está siempre en movimiento para extinguir las llamas que volvian á aparecer en varias direcciones.—En medio á acciones tan brillantes, murió Giuseppe Garriva de un balazo en la cabeza—fueron heridos Buccicardi y Lavaggi.

¡Gloria y prez á vosotros, oh generosos, que supiste desempeñar tantas y tan nobles acciones!

A ruegos del Alcalde de Lima, algunos Oficiales de los buques de guerra italianos é ingleses hicieron desocupar en la mañana del 15 los fuertes de San Cristóbal y de San Bartolomé, así como también el Arsenal de Santa Catalina, para cumplir con los pactos de la capitulación; y à las 4 de la tarde, una división de tropas excogidas del ejército chileno entraba silenciosa y en perfecto orden en Lima.

Entraba con todo el respetuoso recogimiento con el cual se entra en un Campo Santo: ¡y en efecto, la espléndida y risueña Reyna del Pacífico presentaba en aquellos momentos toda la triste majestad de un Cementerio! Ni un sólo peruano, ni una sóla peruana por las calles, donde sólo se veía alguno que otro extrangero más ó menos curioso; ni una sola tienda, ni una sola puerta, ni una sóla ventana abierta ni una mirada curiosa á travez de las celosías... nada.

¡Todo era silencio, todo respiraba tristeza y desolación!

Una mirada atrás.

Chile estaba preparado muy de antemano, como en acecho, para coger en un momento oportuno al Perú, al amigo, al hermano, que entre las discordias domésticas se olvidaba de sí mismo: llegado que fué este momento, arroja resueltamente la máscara, lo arrastra violentamente sobre los campos de batalla, lucha unido y compacto con todas sus fuerzas, se aprovecha de los errores, y de las desgracias interiores de aquel para derrotarlo; y pisoteando todo derecho de justicia y de humanidad, lo oprime, lo destroza, lo insulta, y se hace señor y déspota en su casa.

El Perú, mientras inerme se debatía penosamente entre la triple crisis, económica, social y política, se encuentra envuelto de improviso en una guerra surgida por Bolivia, en la cual ésta, principiando por perjudicarle, acaba por abandonarlo; y lucha dos años para defender su honor y su amenazada integridad nacional. Pero más por el enemigo agresor, es roído y derrotado por los inveterados hábitos de su larga vida revolucionaria; y sus gobernantes que, elevados por las revoluciones del día ó de la víspera, no son en modo alguno la expresión de la voluntad y de la mente del país, no saben ó no quieren aprovechar todos los recursos de los cuales éste es capáz, y lo arrastran fatalmente de error en error, no á la derrota, sino al suicidio.

Chile hizo cuanto podía y sabía para vencer: si hubiese debido hacer un esfuerzo más, aún el más insignificante, se habría encontrado impotente para hacerlo, y hubiese quedado humillado y vencido.

Si los gobernantes del Perú hubiesen cometido un sólo error menos, si hubiesen sabido emplear en la guerra nada más que las dos terceras partes de las fuerzas de su país, el Perú habría indudablemente obtenido la victoria; y no podemos dispensarnos de repetir una verdad que indicamos en otra ocasión: no fué Chile quien venció al Perú; el Perú cayó por sí mismo á los piés de un enemigo ansioso de sus despojos.



IV

RESUMEN—La Cordillera de los Andes. — Topografía de Bolivia. Altura de las principales ciudades sobre el nivel del mar. — ¡Diríase un país colocado en la región de los cirrus! — Variedad excepcional del clima y de los productos agrícolas. — El monte Illimani y su famosa especialidad. — Riquezas metalúrgicas. — El famoso cerro Potosi. — El « soroche. » — Minas: su apogeo durante el coloniaje; su decadencia posterior. — Ingenios. — Falta de caminos. — El vapor Yavarí. — El gran lago Titicaca. Ferrocarril entre Mollendo y Puno. — Senderos. — Sistema de locomoción. — Medios de trasporte para las necesidades comerciales. — Estación de las lluvias y sus efectos. — Vestigios de la antigua civilización y de habitantes remotos, de los que no se tiene noticia alguna. — Ruinas del Tiahuanaco. — Monumentos de Camataqui. — Las Chulpas.

La gran cadena de montañas que, bajo el nombre de Cordillera de los Andes, se eleva como un gigante desde el itsmo de Panamá hasta el estrecho de Magallanes, formando aparentemente la espina dorsal de la América del Sud, y corriendo á lo largo de esta parte del continente, ya en grandes agrupaciones de montañas elevadisímas y colosales, ya extendiéndose en ramales laterales más ó menos largos; se bifurca, á la altura del para- , 14°, en dos cadenas completamente separadas.)espuès de correr aisladas estas dos cadenas s de siete grados, tornan poco á poco á reu-

nirse de nuevo en un solo y único sistema, entre los paralelos 21° y 22°, para formar el llamado Macizo de los Andes, ó sea una extensisima région, elevada y peñascosa, en la que no se vé generalmente más que escaso césped y una incommensurable cantitad de cactus gigantescos, que, á medida que se eleva el nivel del terreno, van cubriéndose gradualmente de una larga y graciosa barba de color blanco ó rosado.

En este meravilloso anillo de los Andes, en el que parece que la naturaleza se hubiese ingeniado la mejor manera de dar la prueba más completa de su potencia, se encuentra el famoso lago Titicata, al que siguen la vasta altiplanicie de Oruro y la aglomeración más caprichosa de altísimos montes con cimas siempre cubiertas de nieve, entre los que se yerguen magestuosos el Illampu, el Illimani, el Sajama y muchos otros tan elevados como éstos.

Justamente allá, en la altiplanicie de Oruro, á los pies del Illampu y del Illimani, y entre las quebradas y valles de todo aquel grandioso apiñamiento de montañas del sistema andino, zona principal de la Republica de Bolivia, es preciso buscar las ciudades más importantes y la parte mayor de su escasa población.

La capital oficial de Bolivia es Sucre ó Chuquisaca, situada á 3.023 metros sobre el nivel del mar.

La Paz, residencia habitual del gobierno, y, por tanto, capital efectiva de la República, se halla en el fondo de una quebrada casi circular, excavada por las aguas del riachuelo Chuquiyapu en un faja de la altiplanicie de Oruro, á 3,639 metros d altura.

Potosí, la ciudad boliviana más antigua y famosa, la más poblada de America un día, tiene una elevación de 3,790 metros. ¡Podría decirse que este país se halla colocado en la región de los cirrus!

Gracias á esta circunstancia, sin embargo, Bolivia, la gran región interandina que durante el régimen colonial de España formó parte, bajo los nombres de Alto Perú y de Distrito de Charcas, de los Virreinatos del Perú y de Buenos Aires, y que antes de la conquista española perteneció al gran imperio de los incas, con una pobláción suficiente y laboriosa, podría ser un verdadero mundo en pequeño, ya que colocada como se encuentra bajo el trópico Capricornio, sus exceptionales condiciones topográficas hacen que goce, según la mayor ó menor elevación de las diversas localidades,—desde los valles más profundos hasta la alta linea de las nieves perpetuas,—de todos los climas y de todas las producciones del globo terrestre.

Tal variedad de climas y de temperaturas, á las que corresponden otras tantas variedades de productos agrícolas que, como hemos manifestado ya, son consecuencia directa de la mayor ó menor elevación de las diversas localidades ó zonas de terreno, ha hecho nacer en el lenguaje vulgar la necesidad de nombres especiales, destinados á indicar dichas zonas; nombres en su mayor parte intraducibles, y que, no abstante es indispensable conocer, como: Yunga, Valle, Cabecera de Valle, Puna y Puna Brava.

Llámase Yunga á la zona que se eleva desde el nivel del mar hasta los 1,600 metros, en la que se cultivan: café, coca, cacao, vainilla y, en general, todos los productos de las regiones tropicoles.

Valle, es la zona comprendida entre los 1600 y los 2500 metros de elevación sobre el nivel del mar, y que produce, con abundancia desconocida por completo en el viejo continente: trigo, maiz, legumbres y toda clase de frutos europeos.

Cabecera de Valle, es la zona situada entre los 2500 y 3000 metros, en la que los granos, el maiz y las hortalizas europeas solo dan productos muy escasos.

Puna, es la zona fría comprendida entre los 3000 y 3600 metros, cuyos principales productos son: varias especies de papas, escasa cantitad de cebada y alguna claces de gramineas, propias para el ganado ovino,

Puna Brava, es la zona más frígida aún, que se eleva desde los 3600 metros hasta la región de las nievas perpétuas, que principia desde los 4860 metros. En esta zona viven la vicuña, la alpaca, la chinchilla, el cóndor, y solo se producen varias especies de valeriana y achicoria, á la vez que la yareta, combustible bastante fuerte y muy usado en el país.

Estas cinco zonas, con sus respectivas variedades de climas y producciones, no tienen una linea divisoria general: ya están separadas, con exclusión más ó menos absoluta de todas las demás, ó yá se encuentran reunidas en una misma región, según que se descienda á los valles ó se ascienda á las montañas, apenas á la distancia de algunos centenares de metros: dándose casos de hallarlas progressivamente superpuestas en las laderas de un mismo monte, espectáculo en realidad sorprendente y maravilloso y que talvez solo el Illimani ofrezca al mundo.

En la base de este coloso de los Andes, que tiene una circumferencia de más de 150 kilómetros, se hallan el café, el banano, el ananás y toda la encantadora y orgullosa flora tropical, la cual, á su vez, cede el puesto á la vegetación propia del valle, la que también cambia á medida que sigue la ascensión, en las de cabecera de valle, puna y puna brava, confinando la última faja de yareta con la primera línea de aquel blanco manto de nieve del que jamás se despoja la altísima cumbre, que se eleva unos 7,321 metros sobre el nivel del mar.

Además, sobre su escarpada superficie, el Illimani encierra en sus flancos grandes minas auríferas (1), y el espectáculo grandioso que ofrece con sus altos picachos cubiertos de nieve, con sus matices y cambiantes de luz, siempre nuevos, por efectos de los rayos del sol, es verdaderamente admirable.

Para el viajero que, solitario y taciturno, atraviesa la monótona altiplanicie de Oruro, de Sicasica á La Paz, la vista del Illimani es un verdadero acontecimiento, y aunque se sienta cansado y deseoso de llegar al término de la fatigosa jornada, la primara vez que se ofrece á su vista aquel espectáculo, no puede menos que detener su cabalgadura y permanecer mucho tiempo, contemplándolo, atónito y emocionado.

El territorio de Bolivia, comprende pues, tres regiones de naturaleza y condiciones completamente

(1) La prueba mejor de este aserto, aparte de otras muchas recoas posteriormente, se tuvo el año de 1861 por la caída accidental un fragmento de uno de sus altos picos, rodado hasta el valle inferior, del que se extrageron grandes cantidades de oro purísimo.

distintas entre sí: la primera, que es también la más poblada, relativamente, la componen la Puna y la Puna Brava; la segunda, las cinco zonas reunidas, y la tercera, que es la más grande y despoblada y en su mayor parte todavía inexplorada y habitada solo por tribus salvajes valle y yunga.

Pero más por las producciones agrícolas, ignoradas en su mayor parte hasta ahora, no solamente en el exterior sino aún en el interior de una á otra región, el territorio de Bolivia ha sido muy célebre, desde los tiempos más remotos de la America, por sus inmensas riquezas metalúrgicas.

Hacer una minuciosa clasificación de las diversas localidades que contienen minas de metales preciosos, sería tarea interminable, que conduciría al fin á la convinción de que no hay monte en Bolivia en que no existan minas ricas de oro, de plata, de cobre, de estaño, de plomo, de bismuto, etc. etc.

Desde La Paz hasta el extremo Sur de la republica, á lo largo de la extensa altiplanicie de Oruro y del inmenso corte de montañas rocallosas que forman el departamento de Potosí y parte de los de Chuquisaca y Tarija, se puede asegurar, sin exageración alguna, que la plata, ante todo, y después el oro y el cobre—sin hablar de otros metales infériores—son el principal elemento de aquella gran región, como si la naturaleza hubiera querido compensar la inclemencia del clima y la esterelidad del suelo con las incalculables riquezas minerales depositadas en las entrañas, en las laderas y en las cimas de las innumerables montañas.

Los Incas, que como se sabe, tenían grande a-

precio por el oro y la plata, de los que se servían para adornar sus templos, jardines y palacios, fueron los primeros,—que se sepa á lo menos,— que disfrutaron de las riquezas minerales de la actual Bolivia; y según la narración del historiador Herrera, el mineral de Porco, hoy provincia del departamento de Potosí, fué el más abundante que poseyeron y precisamente aquel de donde extrajeron la mayor parte de la extraordinaria cantitad de plata que adornaba el gran templo del Sol.

La fama de estas ricas minas y de otras muchas inferiores, fué la única causa que decidió á los conquistadores á internarse tanto en el Alto Perú, á pesar de la excesiva rigidez del clima, del horroroso aspecto que ofrecían los lugares desprovistos por completo de vegetación,—del soroche, enfermedad producida por la excesiva rarefacción del aire, que dificulta la respiración, acompañada de prostración física y moral de fuerzas y de un malestar general que en algunos casos se agrava hasta los espasmos de la muerte y produce la muerte misma; y en tanto que los compañeros de Pizarro y de Almagro explotaban el antiguo mineral de Porco, la casualidad trajo, en 1,544, el descubrimiento de la primera mina del famoso Cerro de Potosí, que ha producido ya tantos millones de pesos y que producirá todavía muchos más (1).

(1) He aquí come narra la tradición del descubrimiento de la primera mina en la región de Potosí: El indígena Huallca, al servicio del español Villarroel establecido en Porco, yendo en busca de una llama fugitiva, la alcana al caer la noche, sobre el cerro de Potosí. Imposibilitado, por ser tarde, para retroceder, amarró la llama á un césped de paja brava y se tendió en el suelo para pasar allí la noche. *Por la mañana*, cuando fué á soltar la llama, ésta,

Apenas fué descubierta la primera mina, en Potosí, se vino en conocimiento de que numerosas vetas serpenteaban en todo el interior y la superficie del cerro. Atraída por esta noticia mucha gente, é iniciados con solicitud los trabajos en varios puntos, en Diciembre de 1545, se colocaron en la misma base del rico monte, los primeros cimientos de la ciudad de Potosí, la que, viviendo así exclusivamente de la industria de las minas ubicadas en la altura, siguió la suerte y vicisitudes de ésta.

Para indicar el alto grado de fortuna que alcanzaron las minas y la ciudad, basta recordar aquí que durante los dos siglos y medio transcurridos desde el descubrimiento hasta el año 1800, dieron las minas un producto de más de mil quinientos millones de pesos, y que la ciudad de Potosí, como se sabe por el censo de 1611, contaba en dicha época con más de ciento sesenta mil habitantes.

Suerte igual ó mayor que la de Potosí cupo también, durante la dominación española á las grandes minas argentíferas de Lipez, Oruro, Porco, Chichas, Poopó, Sicasica y otras muchas que sería largo enumerar, á las que deben agregarse las no pocas de oro, esparcidas aquí y allá, junto á las de plata, con las cuales rivalizaron á menudo por la abundancia de productos.

Pero á principios del presente siglo, y por muchas causas, entre ellas la guerra de la Indepen-

dando un salto, hundió el cesped, y el indígena vió con sorpresa, en el agujero que quedó, cierta cosa blanca y reluciente que pronto reconoció que era plata pura. Huallca reveló en secreto su descubrimiento al indígena Huanca, quien á su vez habló de él á Villarroel; y éste, aprovechando una revelación tan preciosa, se dirijó con presteza al Potosí, llevando una buena escolta de operarios para explotar el rico mineral.

dencia, de 1809 á 1820, y las continuas luchas intestinas surjidas desde el primer momento en que Bolivia se erigió en República independiente, la industria metalúrgica, fué decayendo hasta estos tiempo, en los que parece que hubiera comenzado para ella una nueva era de esplendor.

El renombrado cerro Potosí llamado «Sumac Orcho», (MONTE BELLO) por los indígenas anteriores á la conquista, se yergue majestuoso é imponente hasta los 4758 metros sobre el nivel del mar, presentando, de cualquier lado se contemple, un espectáculo tan interesante y admirable que sobrepasaría á todas las más poéticas descripciones que se pretendiera hacer de él. Para concebir toda su encantadora belleza, es preciso verlo; y cuanto más se le vé, mayor es la admiración que su contemplación produce.

Su forma es la de un gran cono, esbelto y elegante, que apoya su amplio lomo en la altiplanicie de Tabaco ñuño que comenzado allí, se interna muchas leguas al Sur. Después se extiende graciosamente hácia el Norte, en una larga y mórbida falda, en cuya base se encuentra la ciudad de Potosí. Visto de aquí, como de cualquier otra parte, el gran cono se presenta, de su parte media hácia arriba, completamente esmaltado de los más variados colores: rojo, amarillo, verde, plomo, etc., con infinitas puntas negras diseminadas por todas partes, y que no son otra cosa que las bocas de innumerables minas, ante cada una de las cuales yacen grandes cantitades de desmontes, de donde proviene aquella extraña mezcla de colores que aumenta la *belleza natural* del cerro y que le impone

ese sello pintoresco y fantástico que tanto atrae y seduce.

Descendiendo de la árida cumbre de la altiplanicie de Tabco-ñuño, donde el aneroide marca 4305 metros de elevación, se llega á la ciudad de Potosí, cuya altura media es de 3970 metros, después de haber descrito un arco de 50 kilómetros en torno de la falda oeste del monte.

La primera impressión que la ciudad produce es muy grata, merced á sus techos rojos, de tejas, como una ciudad europea; ¡más cuán distinto es el espectáculo que se ofrece hoy á la vista, de aquel que admiraba el pajasero del siglo pasado, colocado en el mismo lugar que nosotros!

En lugas del alegre bullicio de la gente activa y trabajadora que éste veía deslizarse encima de su cabeza, ante las mil bocaminas del cerro, que se encontraban en mayor ó menor estado de afortunada explotación, sólo se encuentra hoy muda soledad, apenas interrumpida aquí y allá por algún raro operario de las pocas minas en actual laboreo; y mientras aquel miraba á sus pies una grande y bullíciosa ciudad, de la que se alzaba hasta sus oidos, con rumor distinto, el alegre eco de centenares de ingenios, de los que salían todas las tardes verdaderos montecillos de luciente plata piña, ahora solamente se distingue una pequeña y languideciente ciudad de diecisiete á dieciocho mil habitantes, rodeada de casas ruinosas que recuerdan á los séres que va no existen.

De más de tres mil minas, que un día dieron resultados profícuos y que semejaban verdaderas colmenas humanas, apenas si hoy se hallan en actividad veinticinco á treinta.

En Lipez, vasta región de la que, sin hiperbole, podría decirse que el subsuelo es un inmenso trozo del cuarzo argentífero muy rico, en el que en un tiempo eran explotados, con éxito magnifico, cerca de ochocientas minas, casi todas florecientes ahora solo se ven tres ó cuatro.

Oruro, que hasta fines del siglo pasado era la ciudad más rica de América, que contaba setenta mil habitantes y que tenía en explotación mil doscientas veintiséis minas de plata y doscientas de oro, se halla reducido á una población de siete mil habitantes, que no laboran en la actualidad sino catorce ó quince minas.

Cálculos que juzgamos exactos señalan en Bolivia más de diez mil minas abandonadas, no por exhaustas ó empobrecidas, sino por causas bien distintas. Entre estas pueden enumerarse, como principales: la poca ó ninguna seguridad para éstos, provenientes del estado anárquico de la República hasta 1880, y la indolencia de la mayor parte de los habitantes.

Durante nuestra viaje á través de Bolivia, tuvimos ocasión de observar que en la mayor parte de los ingenios mineros,— sino en todos,—inclusive los de Potosí, se empleaba el sistema primitivo introducido por los españoles durante la conquista, sin innovación ó modificación alguna; sistema lento, costoso, imperfecto, que hace desperdiciar mucha parte de plata y que solo permite el laboreo de los metales excesivamente ricos.

Entre los muchos ingenios que visitamos, solo encontramos dos en los que había sido substituido el antiguo sistema con aparatos modernos incomparablemente superiores á los empleados hasta

entonces: uno del italiano Dante Abelli, en Machamarca, donde él mismo hizo la instalacion, y otro de los señores Blondel, cerca de Oruro,—cuya primera prueba presenciamos,—está destinado, á la vez que otros dos del sistema antiguo, al beneficio de los metales que se extraen de la célebre mina Atocha, de propriedad de los mismos señores, situada en la pintoresca roca sobre cuya base se levanta la ciudad de Oruro (1), y que es una de las más ricas que se hallan actualmente en explotacion en Bolivia.

Entonces supimos, tanto por el señor Abelli como por los señores Pretot y Vargas, copropietarios y socios de la gran empresa Blondel, que el valor de los aparatos adquiridos por ellos en Europa y en los Estados Unidos de Norte América había sido más que duplicado con los gastos de transporte, ocasionados por la falta de caminos de hierro y carretones, circunstancias que impide que los demás ingenios de las mimas en explotación introduzcan las mejoras que podrían asegurarle ventajas y rendimientos pingues.

Ya que de caminos hablamos, necesario es decir que Bolivia,—país esencialmente mediterráneo, y más hoy que Chile le ha arrebatado la estrecha faja de costa que tenío sobre el Pacífico, — carece por completo de ellos, tanto en el interior de su extenso territorio como para buscas salida hacia el mar, ó, lo que es lo mismo, para ponerse en comunicación con el resto del mundo civilizado; falta que dificulta, que tal vez haga imposible el progreso de dicha nación.

(1) Se nos ha asegurado que en los ingenios de las grandes minas de Huanchaca y Colquechaca se ha introducido muchas reformas.

Para bajar al mar, Bolivia no tiene sino cuatro rutas: la primera, por el territorio de Atacama,—hoy en poder de Chile,—para llegar á los puertos de Cobija ó Antofagasta; la segunda; por Tarija, para atravezar gran parte de la Repùblica Argentina, y llegar, despuès de un larguísimo trayecto, á Rosario de Santa Fé, sobre el rio Paraná; la tercera y la cuarta, atraversando el territorio del Perú, hacia Arica ó Mollendo.

Todas estas vías, exceptuando la de Mollendo, son incómódas, difíciles y peligrosas, y practicables, sólo com mucho trabajo, para las bestias de carga, en razón de cruzas las ásperas gargantas de los Andes, sin más vestigio de caminos que los senderos hechos por el tránsito contínuo de las acémilas.

La ruta de Mollendo, al contrario, no puede ser mejor, gracias á los esfuerzos verdaderamente titánicos hechos por el Perú, país, superando toda clase de obstáculos, creídos casi invensibles, ha llevado la locomoción á vapor con todos sus beneficos resultados, hasta dentro de los confines de Bolivia. El primer paso dado por el Perú en este sentido se remonta al año 1869, cuando, no obstante la absoluta falta de caminos que pudiesen merecer tal nombre entre Mollendo y la orilla peruana del lago Titicaca, mas állá de los Andes hizo trasportar á él un gracioso vaporcito de hierro el Yavarí expresamente construído para este objeto en los astilleros ingleses. Dividido en pequeñas secciones, fueron éstas trasportadas á distancias y alturas enormes, á lomo de mula; y una vez que se encontraron reunidas todas de nuevo, sabe Dios con cuántas fatigas, en la lejana playa del Titicaca el

elegante Yavarí fué reconstruído y lanzado en sus frías aguas, bajo la dirección del experto capitan de la marina de guerra del Perú don Rómulo Espinar quien por vez primera lo condujo de Puno á Chililaya, de la orilla peruana á la boliviana.

Al Yavarí, sobre el cual cruzamos el lago con un hermoso claro de luna la noche del 5 al 6 de Diciembre de 1883, se unió más tarde otro vapor igual, y ambos no han dejado nunca de hacer un regular servicio de cabotaje entre las orillas de los dos países que baña el Titicaca.

Y aquí antes de pasar adelante, conviene decir que este lago gran recipiente interior cuyas aguas ondean á 3823 metros sobre el nivel del mar, entre los altos picos nevados de los Andes, que forman en torno suyo una espléndida y soberbia corona, se estiende en su mayor parte en territorio peruano y el resto en el de Bolivia. Su largo es de 117 millas marinas, y su ancho, de 32, con una profundidad maxima de 382 m., y está dividido por el estrecho de Tiquina, cuya longitud es de cerca de dos millas y su ancho de 700 metros escasos en la parte más estrecha, en dos partes muy desiguales.

El aspecto general del lago es el de un pequeño mar cuyos tempestuosos furores imita con frecuencia: y para que la ilusión sea completa posée, además, muchas islas, la mayor de las cuales, que tiene su mismo nombre, es célebre, por el grandioso templo del Sol, erigido allí por los Incas, por la tradición que la hizo patria de Manco Capac y de Mama Occllo, fundadores de la dinastía de los Incas y gran Imperio peruano.

Formado por la afluencia de muchos ríos que descienden de las altas cimas de la cordillera cer-

cana, el Titicaca no tiene más que un canal de salida, el gran rio Desaguadero que después de un trayecto de cerca 400 kilómetros penetra en el lago boliviano Pampa Aullagas. El cual aunque recibe continuamente una cantidad tan crecida de agua, sin que se vea salir de él ni siquiera una gota por ninguna parte, nunca eleva su nivel propio lo que hace suponer que se escurre por algun canal subterráneo que está en comunicación directa con el océano: tal vez si por aquel que pasa, subterraneamente tambien por el desierto peruano de Tarapacá, en la cercanía de Dolores, como ya dijmos en la primera parte de esta obra.

Después de haberse ocupado en la navegabilidad del Titicaca, el Perú daba cumplimiento, algunos años más tarde, al árduo y maravilloso ferrocarril entre Mollendo y Puno, que partiendo del océano se lanza cual sierpe gigantesca, por entre las inhospitalarias montañas andinas, ora desarrolándose en atrevidas espirales que enlazan entre sí un grupo completo de grandes y pequeños montes; ora trepando con vertiginoso zig-zag por encima de los escarpados flancos de peñascos casi inacesibles, ó bien alargándose audazmente por las alturas de hileras interrumpidas de montañas, alcanza y transmonta la gran cadena de los Andes entre Viscocaya y Crucero Alto, á 4490 metros sobre el nivel del mar para descender á replegarse después, sobre el muelle de Puno, en las limpidas aguas del Titicaca recorriendo un trayecto de 522 kilómetros.

Esta es por lo tanto la única via de un pueblo civilizado y de los progresos del siglo, que tiene Bolivia para llegar hasta el mar; pero ella solo principia en uno de los confines extremos de su

inmenso territorio, y desgraciadamente hay tanta dificultad para viajar en el interior del país, no solamente de una á otra de sus lejanas fronteras, ó de una á otra de sus principales ciudades sino para dirijrse de sus confines al mar, excepto por la antedicha vía de Mollendo la cual es, por esta circunstancia provechosa, y aún podemos decir providencial solo para los habitantes y el comercio de la pequeña zona limitrofe al lago Titicaca, ó sea para los departamentos de Oruro y de La Paz (1).

Se cuenta que un Ministro de los Estados Unidos respondió á la pregunta del Presidente de la República que deseaba saber porque camino había llegado á la capital del Estado « Sucre. »

—Por ninguno....—respondió el diplomático.

Ya había dicho la verdad, porque, tomando la palabra camino en su verdadera acepción, no hay uno sólo en Bolivia, si se exceptúan algunos pequeños trechos cercanos á las grandes ciudades.

Los únicos caminos que allí existen son, como queda dicho, los senderos trazados por los animales, senderos apenas perceptibles muchas veces á la simple vista, según la naturaleza del suelo ó el mayor ó menor tráfico, y ya podrá comprenderse lo que ellos serán en un país tan quebrado y montuoso como Bolivia; en el que es necesario subir y bajar constantemente entre los 1200 y los 4300 metros sobre el nivel del mar.

Aún en las llanuras como en la altiplanicie de Oruro, en la que bastarían un pequeño puente ó el más ligero trabajo de terraplenación en determinados trechos para dejar expeditos caminos ca-

(1) Téngase en cuenta que este libro se escribió en 1886.

rreteros de primera clase, todo está abandonado, esperando sin duda, que esta última labor sea realizada por la acción lenta de la naturaleza y de su auxiliar poderoso, el casco de los animales.

Por lo general, en Bolivia solo se conoce dos sistemas de locomoción á pié y á caballo ó mula; y el comercio tampoco tiene otro medio de transporte que el de acémilas, ya bestias mulares, ya llamas, animales estos últimos que parecen gigantescas cabras de cuello larguísimo y de aspecto noble y mesurado muy aptos para pequeñas cargas, aunque caminan con demasiada lentitud. El ferrocarril es allí desconocido del todo, siendo el más cercano el que llega á Puno en el Perú (1). Y cuando á la locomoción por medio de carruajes, excepción hecha de la relativamente corta distancia que media entre La Paz y Chililaya (65 km.) en donde desde 1876 hay establecido un regular servicio de omnibus que está en conección con los vapores que zarpan de Puno; es un lujo que en muy contados lugares pueden darse los bolivianos.

Estos, por los demás, se hallan tan habituados á los largos y fatigosos viajes á caballo ó mula—sin los que no podrían salir de la ciudad ó de la aldea natal, que no pueden comprender ni creen justas las dolorosas lamentaciones de los raros viajeros europeos que, á falta de otros, se ven obligados á sufrir la tortura de tales medios de locomoción.

A lo largo de los 1080 km. del llamado camino

(1) En la actualidad hay un ferrocarril que parte de Antofagasta (ocupado por Chile) y llega hasta Oruro.—N. del T.

que corre desde la Raya de Quiaca hasta el puerto de Chililaya, sobre el Titicaca, ó sea desde los confines con la Argentina hasta los del Perú, en la parte más estrecha y también más poblada de Bolivia, pasando por Tupiza, Potosí, Oruro y La Paz no encontramos sino un puente, el de Yocalla construído durante la dominación española, á 60 km. de Potosí, en el fondo de un valle angosto y profundo, en donde el Picolmayo, aunque poco distante del lugar de su nacimiento es bastante grande y tumultuoso.

Ahora bien, si tales caminos son poco menos que impracticables durante el buen tiempo ya es presumible en lo qué se convertirán durante la estación de las lluvias que principiando en los primeros días de Noviembre, se prolongan generalmente hasta mediados de Marzo. En esta época los innumerables ríos y torrentes se hacen invadeables quedando los viajeros estacionados en el lugar donde se encuentran, de manera que durante cuatro largos meses el comercio se encuentra casi del todo paralizado, suspendiéndose las transaciones.

Sin embargo el territorio de la actual República de Bolivia, si no en su totalidad por lo menos en su mayor parte, no es completamente extraño á las luces de la civilización, como podría suponerse por la falta anotada de un cómodo y verdadero sistema de viabilidad, de cualqaiera clase que fuese; cuyas principales causas es necesario buscar en las largas distancias, que no guardan relación con el escaso número de habitantes ni con las condiciones sociales y políticas especiales de éstos.

Para tener una idea de la civilización boliviana,

basta echar una ojeada sobre los restos, todavía visibles en algunas partes, de los antiguos monumentos y de las obras de arte anteriores á los Incas, que revelan una civilización sino superior, por cierto no inferior á la de éstos último, y cuyos autores son completamente ignorados.

Lo restos de los antiguos monumentos se encuentran especialmente en dos puntos distintos y lejanos entre sí, unos en las cercanías del lago Titicaca y del río Desaguadero, y otros, en el valle de Camataqui, hoy departamento de Chuquisaca, mucho más allá de la extremidad de la altiplanicie de Oruro.

Los primeros conocidos bajo el nombre de Ruinas de Tiahuanacu, además de una altísima y extensa plataforma de tierra levantada sobre sólidas bases de piedra, dejan adivinar grandes y colosales construcciones arquitectónicas completamente distintas de las de los Incas, y son notabilísimas por la calidad del material empleado, generalmente enormes bloques de piedra tallada, de cuyas canteras no se encuentran vestigios en las cercanías y debieron ser transportados desde muy lejos no se sabe como (1). En muchos lugares se vé aún restos bastantes bien conservados de grandes templos con fachadas de más de 300 pies de largo, gigantescas estátuas, esbeltos y elevados pórticos y un gran número de edificios de distinto género algunos de ellos todos cubiertos de grabados y bajo relieves de una ejecución completamente primitiva, entre

(1) Cosa análoga sucede con otras ruinas de monumentos incaicos situados en territorios del Perú.—N. del T.

los cuales sobresalen constantemente las imágines del sol y del cóndor que le sirve de mensajero.

Sin embargo el aspecto general del conjunto de estas ruinas induce á creer que pertenezcan no á una ciudad destruída sino á una construcción abandonada en el curso del trabajo.

Los monumentos de Camataqui son de distinta naturaleza.

Ante todo es muy notable una doble y gigantezca calzada que se extiende más de 30 kilómetros de una à otra extremidad del estrecho valle, sobre las dos orillas del caudaloso río San Juan, que lo divide por mitad. Esta calzada ha sido construída según un sistema que podría llamarse ciclópeo perfeccionado de grandes masas talladas en línea recta y unidas entre sí sin ningún cemento y se conserva todavía en perfecto estado. Las dos fertilísimas fajas de terreno que la sostienen por ambos lados y á las que defiende de las inundaciones del río, proveen actualmente de cereales á todo el pais circunvecino.

Vienen, después, los restos de dos grandes construcciones, la más importante de las cuales tiene todo el aspecto de una fortaleza, y un bellísimo acueducto de cerca de 20 kilómetros de largo hecho con piedra tallada y pulida.

Encuéntrase además, á cada paso en toda la altiplanicie de Oruro, torrecillas llamadas Chullpas, de dos á tres metros de diámetro, cerrados con bóvedas y construídas de adobes de mucho mejor calidad que los que se manufacturan en el día.—Son tumbas antiguas como claramente lo manifiestan las momias que se descubren en ellas, á la

vez que amuletos é idolos de distintos metales, de los remotos habitantes de aquel país anteriores á la conquista de los Incas, y de los que nada se sabe. Las chullpas se remontan á muchos siglos atrás, y sin embargo, las que no han sido dañadas por la mano del hombre, se conservan en un estado tan perfecto que traicionan absolutamente el secreto de su antiguedad.



V

RESUMEN.—Población de Bolivia.—Su distribución en el vasto territorio de la república. — Su espíritu de provincialismo. — Falta de homogeneidad entre las diversas razas que la componen — Raza indígena. — Sus deplorables condiciones durante e régimen colonial. — Ineficacia de las providencias dictadas en su favor por el rey de España. — Su odio contra los blancos y mestizos.—Sus numerosas sublevaciones y espíritu que la animaba. — Con la proclamaciòn de la república no mejoró. — Su estado actual de abyección y embrutecimiento.—Su división en las grandes familias: Keshua y Aymará. — No toma parte alguna en la vida social y política del país. — Blancos y mestizos. — Su manera de ser especial. — Señales de su civilización é influencia que han ejércido sobre ella la estructura topográfica del país, la vecindad y el ejemplo de los indios. — Estado económico. — Instrucción pública. — Caracter boliviano. — Su nota distintiva.

Los dos últimos censos de la población boliviana bastante imperfectos, fueron levantados los años del 1846 y 1854. Posteriormente se han hecho sólo cuadros estadísticos especiales é incompletos, ya de un departamento, ya de una provincia.

Del conjunto de todos estos datos, y teniendo en cuenta los errores generalmente reconocidos puede calcularse, si no con seguridad plena de exactitud, por lo menos con la de una gran aproximación, que la república de Bolivia cuenta actualmente con

una población de cerca de 1.500,000 habitantes dividida en tres razas diversas: blanca, mestizia é india ó aborigene, cuya proporción, más ó menos, es esta: blancos 14 por ciento, ó sea 210,000; mestizos, 26 por ciento, ò sea, 390,000; indios, 60 por ciento, ó sea, cerca de 900,000.

Además, se encuentreran en las lejanas y en su mayor parte inexploradas regiones del Chaco y del Beni, varias tribus de indios bárbaros, que tienen costumbres é idoiomas distintos, que viven en estado nómade y selvaje, cuyo número se calcula en más de 700,000 y por lo general son incluídos indebidamente en el cómputo general de la población, con la que nada tiene de común. De allí, que con frecuencia se dé á Bolivia una cifra errónea y arbitraria, haciéndola llegar hasta dos y medio millones de habitantes.

Estos, ya lo hemos dicho, no pasan de un millón quinientos mil, diseminados en un immenso territorio que sólo tiene 9 ciudades, capitales de departamento, 319 aldeas y 10728 caseríos y alquerias.

Hay que observar aquí, que no obstante de este fraccionamiento de la problación en tantos centros pequeños y de la reconcentración, relativamente grande de la misma en la región montuosa del país: departamentos de la Paz, Oruro, Cochabamba, Sucre y Potosí, ocupados por siete octavas partes del número total de habitantes, las distancias entre las ciudades y entre estas y las aldeas y los caserios son tan grandes, tan penosos para recorrerlos, como indicado queda, por falta de caminos, que hacen muy lentas y difíciles sus recíprocas y necesarias relaciones (1).

---

(1) *El censo* de 1846 daba una cifra exagerada de la población de

De esta dificultad para las mutas y estrechas relaciones entre los habitantes de los diferentas departamentos, ha nacido y se ha desarollado un espíritu fuerte y pronunciado de provincialismo, que llega hasta el extremo de que los vicinos de una de estas divisiones territoriales sea considerada como completamente extraña en otra, tanto ó más que si se hallase en país distinto al suyo (1).

Empero una de las mayores plagas que pesan sobre Bolivia y que más se opone á su progreso, es la falta de homogeneidad en los elementos que forman so población; plaga común,—con la diferencia del más al menos,—á todos los países de América, á consecuencia de la mezcla ó cruzamiento de la raza indígena con las demás que se han sucedido desde al descubrimiento de Colón.

De las tres razas que concurren á la formación de la población boliviana, la más numerosa, como ya ha podido versa, en la indígena. Esta, á su vez, se divide en dos grandes ramas: la Keshua y la Aymará, y necesario es que principiemos hablando de dicha raza, para conocer el papel que representa en la economía general de la república,

En la primera parte de este libro hemos hablado de la durísima condición que los conquistadores españoles impusieron en el Perú á los súbditos del sojuzgado imperio incaico; más en las

---

Bolivia: 1,378,895 habitantes, de los que sólo 195,000 vivían en los departamentos de Cobija, Tarija, Santa Cruz y Beni, cuya área es más de dos veces mayor que la de los otros cinco departamentos, como puede verse por el siguiente cálculo: área de los cuatro primeros departamentos, 22,361 leguas cuadradas; área de los departamentos de La Paz, Oruro, Cochabamba, Potosí y Sucre, 7,229 leguas cuadradas.

(1) Este acentuado provincionalismo ha sido una de las causas principales *de la triunfante revolución* federal de 1898.—N. del T.

apartadas regiones del Alto Perú ó charcas, la condición de los indígenas fué mil veces peor. Tratados como esclavos y obligados como tales á los servicios más viles y rudos, como el de bestias de carga y trabajos, forzosos en el fondo de las minas, donde morían á millares, los indígenas concibieron una aversión muy grande contra sus verdugos y contra toda la raza blanca, representada por éstos, aversión que poco á poco fué creciendo hasta convertirse en odio ciego y profundo; y mientras los más sufridos ó pusilámines soportaban en silencio la triste suerte que el destino les había deparado, hasta exhalar el último suspiro, los otros, —y eran en el mayor número,— buscaban su libertad y su salvación apelando á la fuga, yendo á refugiarse en los lejanos bosques ó en las inaccesibles crestas de los Andes.

El iba en aumento día á día la raza indígena desaparecía como por encanto, y los conquistadores, que no podían pasar sin los inapreciables servicios de ella, tomaron en consideración el asunto y se propusieron buscar el remedio. Más aún que los mismos conquistadores, la corte de España se preocupó de mejorar la condición de la raza indígena, pues bien comprendía que á la destrucción ó alejamento de ésta tenía que venir la despoblación y el empobrecimiento de sus ricas colonias. Entonces fué cuando principió la expedición de las llamadas Leyes de reducciones, encaminadas á atraer á los indígenas, garantizándoles,— la supresión de los maltratos y de tantos otros actos reprobados de que eran victimas.

Carlos V expidió la primera real cédula, en tal sentido, el año de 1551. En ella ordenaba el mo-

narca que los indígenas fueran obligados á reunirse en aldeas ó comunidades, para que, siendo tratados con la mayor bondad, aprendiesen á vivir como hombres civilidados y los misterios de la fé cristiana.

Pocos años después se creyó más expedito para atraer á los indígenas, el medio de halagarlos, favoreciendo sus tendencias y sus interesas materiales, y Felipe II dictó las reales cédulas de 1559 y 1560: 1.° que los indígenas reducidos, ó sea los reunidos en comunidades, fueran regidos y gobernados por sus antiguos caciques y curacas ó los legítimos descendientes de estos, los que, á su vez dependenrían de las autoridades coloniales y harían cumplir sus mandatos; 2.° que se restituyese á los indígenas reducidos los terrenos que poseían antes de la conquista, bajo las formas y condiciones vigentes en aquella época es decir, restableciendo el comunismo que los Incas adoptaron para la propriedad del pueblo.

Estas benévolas disposiciones produjeron el efecto apetecido. Halagados con ellas los indígenas, y, más aún, con la idea consoladora de tornar al terreno nativo y de hallarse bajo la dependencia inmediata de sus señores naturales, por los cuales conserban siempre un afectuoso respeto, que tenía todos los caracteres de una veneración religiosa, se apresuraron á volver á sus antiguas moradas; y de esta manera surgieron las comunidades, ó sea las agrupaciones, más ó menos grandes, de indígenas, bajo el gobierno de caciques y en una extensión de terreno que pertenecía á todos los congregados, terreno que se repartían, por frac-

ciones, cada año ó en períodos más largos de tiempo.

Pero si bien el nuevo régimen satisfizo en parte las aspiraciones de los indígenas, poco ó nada mejoró la condición de éstos; y talvez se empeoró, pues so pretexto de la recaudación del tributo y demás impuestos que estaban obligados á pagar y de la prestación de servicios personales,—reducidos algo pero no abolidos del todo,—aquellos desgraciados continuaron siendo víctimas de vejaciones y exacciones, tanto en sus personas como en sus intereses, es decir, en los escasos productos de los terrenos que cultivaban. Sus mismos caciques, investidos aparentemente por el gobierno colonial de un poder y de una autoridad que no ejercían en realidad sino en esfera muy secundaria en la parte ecónomica y administrativa, eran impotentes para defenderlos contra los españoles, y apenas si servían haciendo valer su influencia moral, para mantenerlos unidos y obligarlos, hasta cierto punto, á soportar, con la resignación posible, los continuos vejámenes de que eran objeto.

Las pretensiones, las injurias y las arbitrariedades de todo género de los españoles, de los criollos y de los mestizos contra los indígenas fueron creciendo, y llegaron á tal extremo, que la corte de España, con el deseo de ponerles coto y de asegurar alguna tranquilidad á estos desventurados juzgó necesario prohibir á los españoles y mestizos que vivieran en las aldeas de los indígenas, aún cuando en ellas tuvieran propiedades, y á los pasajeros comerciantes y á todo aquel que

no fuese indio, que permanecieran más de tres días en dichas aldeas ó comunidades (1).

Estas disposiciones no mejoraron, sin embargo, la condición de la raza indígena; los abusos continuaron, y al fin produjeron el alejamiento completo de ésta de los individuos de las razas blanca y mestiza, con los que no conservó otras relaciones que las de las sujeción odiosa que le imponía su condición de raza conquistadora.

Fué así, como nació, entre razas destinadas á unirse estrechamente, para formar una sola familia, un solo pueblo, compacto, igual, la separación de ellos, tan marcada, tan decisiva, que alcanzó todos los caracteres de una verdadera división de castas.

Encontrándose con los blancos y mestizos únicamente en los momentos en que con más fuerza debían sentir el peso de la dominación de éstos; es decir, cuando tenían que pagar los impuestos y que prestar sus servicios profesionales,—concluídos los cuales, regrasaban sin tardanza á sus aldeas,—el odio que desde el primer momento concibieron contra los conquistadores y sus descendientes, se hizo más tenaz, más grande é irreconciliable en el ánimo de los indígenas, y se extendió á todo lo que provenía de ellos, á todo lo que de algún modo á ellos se refería: á sus costumbres, religión, artes, idioma, vestidos: en una palabra á todo lo que podía recordarles la civilación que se les quería imponer de tan mala manera. Insensibles, por otra parte, á las comodidades, à la alegría,

(1) Leyes 21, 22, 23 y 24, tomo III, libro IV de las famosas Leyendas indias.

al bienestar de la vida civilizada,—que nunca conocieron y que sin tratar de conocer odiaron, así como todo lo que recordaba al invisible HUIRACOCHA (Espuma del mar), nombre que también dieron á los españoles,—hasta el trabajo aborrecieron, ya que su producto era exclusivamente aprovechado por sus enemigos.

En el aislamiento de sus escondidas aldeas se obstinaron en conservar sus propias costumbres, su primitivo idioma y todo su modo de ser especial, hasta en las más minuciosas é insignificantes particularidades; y no alimentándose sus espiritus más que con el odio á sus opresores y el deseo de romper el yugo de éstos, se habituaron á una hipócrita, mentida resignación, simulando bondad y buena fé que estaban muy lejos de poseer, para erguirse después terribles y feroces el día de la venganza, como lo probaron muchas veces con innumerables rebeliones.

Todas estas sublevaciones, organizadas siempre con el mayor sigilo y sin que el más leve incidente diese indicio alguno de ellas antes de estallar, nunca tuvieron otro objecto que el exterminio de la raza blanca.

Principiando por la sublevación de Catari Chaqui, en las faldas de Potosí, el año 1549, fué aquel el carácter distintivo de toda la larga serie que se cerró el año 1780, con la imponente y monstruosa revuelta capitaneada por el cacique Túpac Amaru en la que tomó parte toda la raza indígena que habitaba el Alto e Bajo Perú y que puso por un momento en grave peligro la dominación española (1).

(1) *En esta última revuelta que fué general, de la raza indígena,*

Cuando sobrevino la guerra de la independencia, los indígenas permanecieron tranquillos é indiferentes á élla. No tomaron parte en pró ni en contra, y esto se explica facilmente; el odio que tenían á los primeros conquistadores españoles se hizo extensivo, con el tiempo,—á causa de los atropellos y ultrajes de que hemos hablado, á toda la raza blanca, en general, y á la mestiza, descendientes de ésta y su natural aliada.

Si se hubiera iniciado una guerra de exterminio contra estas dos razas, los indígenas se habían levantado como un solo hombre para sostenerla; pero comprendiendo que solo se trataba de una contienda entre el partido monárquico español y los patriotas que aspiraban á la independencia,—contienda en la que el triunfo debía ser siempre para los blancos de cualquier bando, sus enemigos —poco les importaba que los vencedores fueran estos o aquellos, y se mantuvieron neutrales por decirlo así.

Más si los indígenas, en su ciego odio contro la raza blanca, no sabían o no podían comprender las ventajas de la libertad, de la destrucción del yugo extrangero, correspondía al gobierno patrio, una vez establecida la república, darles pruebas fehacientes de estas mismas ventajas, haciéndolos participar, lo mismo qué á los blancos y mestizos de los beneficios de la recién conquistada libertad é independencia, peró no sucedió así.

---

cuyo principal campo de acción era el virreynato del Perú, cien mil indios asediaron la ciudad de La Paz, que fué incendiada y destruída casi en sus dos terceras partes y que en los diarios y continuos combates con los sitiadores perdió más de la cuarta parte de sus habitantes. Este asedio duró 109 dias, y á pesas del valor desplegado por los vencidos y por las tropas allí encerradas, sólo fué levantado á la llegada de las fuerzas mandadas del virreynato de Buenos Ayres.

Uno de los primeros y más importantes problemas para la naciente república era el de la raza indígena que, en razón de su número, constituía el elemento más importante de la escasa población. La labor más importante, pues, y á la que el nuevo gobierno debió dedicar atención preferente, debió hacer levantar á dicha raza del estado de embrutecimiento moral y material en que había sido sumida durante el largo período de la dominación extrangera, y elevarla desde la degradación abyecta y servil á la dignidad de que dan á los hombres las instituciones libres y la civilización.

Preciso era hacer del indígena, hasta entónces bárbaro, recalcitrantes á todo principio legal y enemigo de las demás razas, como le habían vuelto los españoles, un ciudadano libre y útil á sí mismo y á la república, así como abolir, ante todo, las ignominias del tributo y del servicio personal forzoso, que colocaban á aquel en condición politica y social inferior á la de los demás ciudadanos. También era necesario conceder á los indíginas la real y absoluta propiedad de los pequeños pedazos de terreno de que se hallaban en ilusoria posesión ya que ésta duraba un año ó más—según la costumbre establecida,—para después abandonarla y tomar el terreno que en el nuevo reparto se les señalaba. Esta ilusoria posesión sujetaba á los indígenas al terruño y al viciado círculo de lo comunidad en que nacian, y á la vez que les negaba todas las ventajas y todos los derechos de la verdadera propiedad les privaba de todo medio de mejoramiento moral y material. Era indispensable, por último, destruír hasta las huellas de aquellas absurdas comunidades, sistema que tanto contri-

buyó á embrutecer á esa raza, y á tornarla en otra de ilotas condición en que se conserva aún.

Nada de esto se hizo sin embargo.

Apenas proclamada la república, el inmortal Bolívar que fué el primer presidente y que tuvo poder omnímodo, pensó en ello, y á la vez que abolía el tributo y todos los demás gravámenes que pesaban sobre la raza indígena, sustituyéndolos con un impuesto único: e de capitación que debía ser pagado indistintamente por todos los bolivianos, concedida á los mismos indígenas el pleno derecho de propiedad del terreno de que se hallaban en posesión; pero estas disposiciones no fueron cumplidas.

Desde entonces, aunque todos los congresos y todos los gobiernos que se han sucedido en Bolivia se ocupasen á veces de dichas cuestiones expidiendo leyes y decretos, que eran revocados ó dejados en suspenso poco despues, la condición de la raza indígena no mejoró en nada.

Por esto, el indio, tan laborioso, patriota, relativamente civilizado del antiguo imperio incaico, que á raiz de la proclamación de la república fué declarado sarcásticamente libre é independiente, de hecho permaneció entonces y permanece ahora mismo en estado de barbarie y es enemigo de toda civilización y de la sociedad en que vive como lo era durante el régimen colonial de España.

Pero aún hay algo peor: el indio ó indígena,—como se lo quiera llamar,—que no sabe y no quiere aprender el idioma que hablan las razas blanca y mestiza: el castellano, y que, aún cuando, por casualidad lo *aprende, finje* no conocerlo, perma-

nece excluído, no solo del ejercicio de cualquier cargo público, sino hasta del servicio militar (1).

Esto es todo lo que se ha hecho en su favor, cuando, por el contrario, todo aconsejaba la adopción de las medidas necesarias para educarlo en mejor medio ó ambiente, para excitar y desarrollar sus buenos sentimientos, para instruirle y para ponerle poco á poco en relaciones cada vez más íntimas, con las otras razas, obligándole de este modo, con el ejemplo y con el diario y contínuo contacto con éstas, á despojarse lentamente de la rudeza de su carácter y de sus costumbres, y disponiéndole para acoger más tarde, sin repugnancia, las enseñanzas y los beneficios de la civilización.

Todo ha concurrido y concurre todavía aún á mantener, pues al indio en su inveterada barbarie, no siendo una de las menos importantes causas, la ignorancia y el egoismo de aquellos que más directamente estarían llamados á educarle y civilizarle.

Los llamados curas de indios, ó sea párrocos de los pueblos y del campo, en los que no tenian que luchar con la gran brusquedad de los indígenas para aceptar ideas y costumbres ajenas, pudiendo, por esta circunstancia atraerlos fácilmente á su iglesia, han doblegado la fé y el culto católicos á todas las más absurdas y corrompidas exigencias de la fé y del culto paganos,—antes en uso en aquellas comarcas,—cuando se adoraba el sol como á Dios y al Inca se creía su hijo primogénito y su

(1) Esta última aseveración no es del todo exacta: en Bolivia y en el Perú, se busca precisamente á los indígenas,—y aún se les recluta,—para que sirvan en el ejército; si bien es cierto que rara *vez llegan* á oficiales.—N. del T.

representante sobre la tierra, y de la extraña mezcla de ambas religiones ha nacido una monstruosidad de creencias y de prácticas religiosas que horrizan.

Debido á todas estas causas el indígenas fué siempre y es ahora mismo un verdadero bárbaro con residencia fija. Hábituado á la más espantosa miseria, sin exigencias ni necesidades costosas, sin aspiraciones que la dignifiquen, ignorante de todo, rústico y grosero en todas sus costumbres, incapaz de apreciar las obras y los beneficios de la civilización, de que huye con horror, rehacio á todo mejoramiento y á todo lo que sale de los estrechos límites de su barbarie, sin otro deseo que el de satisfacer un día su indomable odio contra los blancos y mestizos, con el exterminio de éstos; no se siente llamado ni tiene inclinación para nada; ni á los placeres que no conoce; ni al trabajo, que en nada mejoraría su condición puesto que el producto de éste, satisfechas sus limitadísimas necesidades y pagados los impuestos al estado y á la iglesia, no sabría en que emplearlo.

Para comprender hasta donde llega la desoladora miseria del indígena, miseria á la que se ha ido habituando poco á poco de tal manera que ha llegado á connaturalizarse y goza y se complace con ella, como podría hacerlo el sibarita más feliz en medio de el fausto y la opulencia de los suntuosos palacios, es preciso entrar un momento en su mezquina cabaña de adobes con techo de paja y de tierra, y estudiarle de cerca.

Abierta la tosca puerta, por lo general, de duelas de cactus ó de maderas bastante mal unidas entre sí, se descubre, en medio de la habitácion,

un uniforme fogón, consistente en cinco ó sei piedras movibles á voluntad, el que, con un par de ollas, un jarro cualquiera para el agua ó la chicha, unas pocas escudillas de hierro ó de madera, y dos ó tres amplios asientos de adobes apoyados á la pared, constituyen todo su mobiliario. Los grandes y duros asientos de tierra amasada, sobre los que se ve algun pellejo de oveja, de llama ó de alpaca, ordinariamente del todo gastado y sin pelo, forman los lechos (1), sobre los cuales, según su capacidad, duerme toda la familia, sin más colchón que el pellejo,—cuando se encuentra allí,—sin sábanas y sin otras frazadas que los ponchos de los hombres y la sayas de la mujeres, cuando se las quitan.

Sus vestidos son siempre iguales: los mismos que usaban los indígenas antes de la conquista española, y siempre, también, de la misma grosera tela, tejida por las indias sobre el suelo desnudo, con la simple ayuda de dos bastoncillos de madera, una astilla de hueso y cuatro estacas; y no son renovados sino cuando se caen á pedazos.

A la ténua llama del informe fogón hierve una olla, en la que se ven juntos, sin condimento alguno, un poco de trigo ó de maiz machacado, con algunas papas y chuño. Este nauseabundo potaje

---

(1) Estos lechos son también los únicos que se encuentran en las casas de posta, en todos los caminos de Bolivia (ya hemos dicho lo que son éstos); lechos que por otra parte, son usados también por los blancos y los mestizos de la última clase social. Y ésto no debe maravillar, desde que aún entre las clases acomodadas á menudo no se encuentra más cama que un sencillo telar de madera con correas de cuero. Ese fué el único lecho que pudimos conseguir en la primera hospedería de Potosi, y preferimos, ocupar nuestro lecho de campaña, como en las casa. de posta ó bajo la tienda en *los despoblados.*

y un poco de tostado, es decir maís ó habas tostadas, constituyen el alimento diario del indígena; alimento que se convierte en un verdadero festín cuando puede ser acompañado con un poco de chicha ó de aguardiente, bebidas que, por lo general solo se usan en las grandes festividades religiosas ó con motivo de las siembras en los campos, solemnidades que se tornan siempre en inmundas y torpes bacanales que duran ocho ó diez días.

Habituados á tanta miseria, por una larga y hereditaria costumbre, los indígenas la aceptan y soportan como natural sin que su mente pueda concebir jamás la idea de salir de ella, así no les costara otro esfuerzo que el empleo de los mismos medios de que están en posesión. De este hecho hay muchas é incontestables pruebas.

Aunque no trabajan sino lo estrictamente indispensable para procurar satisfacer sus muy limitadas necesitades y para el pago de los impuestos del estado y de la iglesia, á menudo obtienen alguna utilidad mayor, y no obstante, nunca se permiten el lujo de emplear este sobrante en el mejoramento de su propria condición. Al contrario, guardan y custodian con avaricia sus pequeños y escondidos tesoros, sin hacer uso de ellos para nada que pudiera serles útil ó provechoso.

Como viven sobre un suelo abundantísimo en metales preciosos, que frecuentemente se encuentran segregados de todo cuerpo extraño, muchos de ellos conocen ricos depósitos naturales de pepitas ó granos de oro puro conocimiento que en el mayor numero de casos ha sido trasmitido de padres á hijos, desde hace muchos siglos, y, sin embargo, *pudiendo* ser millonarios, arrastran siem-

pre una mísera existencia sin aprovechar de los tesoros conocidos que por orgullo de raza ó por odio á los blancos se esfuerzan en ocultar á los ojos de éstos.

Extremadamente celosos del oro y de la plata de sus montañas, aunque no las usan, como queda expuesto, anhelarían que nunca la más pequeña partícula de dichos metales cayese en manos de un blanco ó de un mestizo. Por esto consideran como el mayor de los delitos, la revelación, á quien quiera que no pertenezca á su misma raza, el secreto de alguna mina (1). No bullendo, por otra parte, ninguna idea luminosa en su ofuscado cerebro, dejando en quietud absoluta al pensamiento, siendo indiferentes á todo otro sentimiento que no sea el de su odio profundo hacia lar otras razar que esperan que un día desaparezca para siempre de su suelo, pasan la vida, en la espectación de esta suprema felicidad, en un estado de continua é indolente apatía, masticando lentamente la indispensable coca, trabajando lo menos posible, y evitando,

(1) Las tradiciones concernientes á la primera rebelión de los indígenas contra la dominación ibérica, en 1549, están de acuerdo en referir que cuando los españoles capitaneados por Villarroel, obtuvieron la primera victoria é intimaron la rendición á los rebeldes, éstos impusieron, como única condición, para someterse, que les fuera entregado, para castigarle como traidor, el indio Huanca, que cuatro años antes había revelado al mismo Villaroel, entónces ocupado en explotar la mina de Posco, el secreto que le había confiado Guallca, del descubrimiento casual de las ricas minas de Potosí; condición que no fué aceptada en el campo español, y que originó la continuación de la lucha y la destrucción de gran parte de la raza indígena. Numerosos son también los recuerdos que se conservan de jóvenes indias que, casadas con blancos ó mestizos y conociendo por tradición de familia el secreto de alguna rica mina, se negaron obstinadamente á revelarlo á sus maridos, aunque éstos emplearan los ruegos ó las amenazas, así como las pocas veces en que, habiéndolo revelado, fueron sacrificadas por la *pretendida justicia* vengadora de los indígenas.

en cuanto les es dado, el trato con los blancos ó mestizos.

Como manifestamos más arriba, la raza indígena tampoco puede alabarse de formar un pueblo único, compacto y unido. Se subdivide en dos grandes ramas ó familias: la Keshua y la Aymará, que tienen un orígen completamente distinto, aunque al arribo de Pizarro á las costas del Pacífico formaban parte ambos del Imperio de los Incas. En tanto que los keshuas constituían la población que podemos llamar incaica ó nacional, los aymaras, por el contrario, formaban una gran tribu enemiga mucho tiempo de los incas, hasta que, vencida y subyugada por estos, fué incorporada al Imperio.

Pero la fusión entre los dos pueblos no fué real, ni durante ni después de la caída del imperio incaico; y asta hoy viven completamente separados, si no enemigos y rivales, conservando cada uno su proprio idioma (1), sus propios vestidos, y sus propias costumbres, que revelan en el aymará una indole mucho más triste y feroz que la del keshua, que es, relativamente, dócil y benigna. Keshuas y aymarás solo tienen de común el estado de barbarie en que yacen y el odio contra los blancos y

(1) Nosotros que por las causas indicadas en el Prefacio, atravesamos Bolivia, desde sus confines con la Argentina hasta sus límites con el Perú, nunca pudimos obtener de los indígenas una contestación en castellano, y para entendernos con ellos nos vimos obligados á viajar acompañados de dos interpretes: uno instruido en el idioma keshua, y otro, en el aymará.— Los bolivianos, ya blancos, ya mestizos, cualesquiera que sea la clase social á que pertenezcan, procuran aprender ambos idiomas, para sus relaciones necesarias con los indios; y cuando no poseen sino uno de éstos, como generalmente sucede, (aprendido de la infancia, á la vez que el castellano, es decir, el que hablan los indígenas de su comarca nativa), tienen precisión de hacer uso de un intérprete cada vez que necesitan tratar con los que hablan el otro idioma.

mestizos, odio que los encuentra y encontrará siempre unidos en el momento de la lucha.

Los primeros habitan la región, que principiando en los confines de la República Argentina, ó, mejor dicho en la mitad de la provincia argentina de Jujuy, penetra hasta la cuesta de donde toma su orígen la altiplanicie de Oruro; los segundos se extienden sobre todas estas altiplanicie, desde Ancacato hasta el Titicaca.

Por último repetiremos que la raza indígena,—relativamente tan numerosa, pues que forma algo más de las tres quintas partes de la población boliviana,—completamente extraña á los negocios públicos, á la defensa del estado y á todo lo que podría llamarse vida nacional, no es más que una fuerza inerte que puede volverse enemiga de un momento á otro, tan pronto como pueda darse cuenta de su número y del poder que puede adquirir aunando sus esfuerzos.

Todas estas causas concurren para que la vida nacional solo se desarrolle entre los blancos y mestizos, y para que éstos únicamente, cuando se habla del pueblo boliviano, del verdadero pueblo que se siente ligado por el vínculo de la unidad patria, y que toma parte, á medida de sus fuerzas y de sus aptitudes, en los negocios públicos, puedan tener derecho á tal denominación; y no debe olvidarse que los blancos y los mestizos, en conjunto, apenas alcanzan á formar dos quintas partes de la población nominal de la república.

Los blancos, descendientes todos, en grado más ó menos directo, de los primeros colonos españoles, y entre lo que no es difícil encontrar algunos de los nombres más grandes de la península ibérica,

eran durante la dominación española, los verdaderos señores del país. Dueños de los mejores terrenos cultivables en la región habitada y de las ricas y numerosas minas que se explotaban con el trabajo del indio, vivian en el lujo, en la molicie y en el ocio que sus grandes riquezas le permetían; pero la guerra de la independencia sud-americana,—cuyos primeros iniciadores fueron, y que durante quince años, de 1809 á 1824, convirtió al Alto Perú en un inmenso campo de batalla;—guerra, que por la naturaleza y situación del país en el centro del continente, asumió un carácter mucho más feroz y terrible que en las otras regiones americanas, los despojó de la mayor parte de su bienes.

Perdidos los ingentes rendimientos de las minas, que quedaron en su mayor parte arruinadas por las tropas enemigas ó que fueron inundadas por sus propios dueños, para salvarlas de la rapacidad de aquellos, mientras las restantes eran abandonadas por falta de brazos y de tranquilidad; devoradas en la la larga contienda, todas las economías acumuladas, hasta el punto de privarse de las vajillas de plata, que abundaban en las casas de los magnates; no quedó á los blancos, de toda su antigua opulencia, más que la propiedad de sus tierras, las que, por la falta de brazos y por la disminución de los productos, ya no rindieron sino provechos relativamente mezquinos.

A la proclamación de la república se encontraron pues, los blancos, más ó menos empobrecidos, condición demasiado dura y anómala para seres habituados por largo tiempo al ocio, al lujo y á todas las comodidades de las clases ricas y privilegiadas,

y mientras muchos buscaron en el manejo de los negocio públicos la supremacía, las riquezas y las comodidades de que se veian privados como individuos particulares; los que formaban el menos número, los que rehuyen las luchas consiguientes à las ascensión al poder, en pos de los empleos públicos, en un país desorganizado, y todos los que en tales luchas quedaron temporalmente vencidos, se retrageron viéndose obligados á vivir del escaso producto de sus bienes, secuestrados en las ciudades ó aldeas y limitandos sus necesitades y aspiraciones á los pocos medios de que podían disponer, pero siempre en busca de los medios que les permitieran continuar su antigua vida de holganza y sostener su orgullo de hombres nobles y ricos.

A la vez que los blancos primero rivalizando con éstos y después confundidos todos, salieron con presteza los mestizos a reclamar su parte en el festín, parte que obtuvieron con facilidad en aquellas luchas por el poder y el manejo de la cosa pública, á consencuencia de ser más numerosas y audaces.

Rotas las vallas de raza, blancos y mestizos, tomaron igual puesto en el orden social, sin otras diferencias que las de las fortuna, la audacia, y la capacidad. De allí, que en estudio de las diversas clases sociales ó de ciudadanos, la distinción de razas,—que ahora únicamente se busca en la vida práctica para alimentar la pequeña vanidad y los celos de las familias,—ya no responda á ninguna idea concreta; y que cuando se habla también de razas, al mencionar la blanca tenga que compren-

derse, necesaria é indistintamente á blancos y mestizos.

Estos, que por medio de las revueltas políticas, por el descubrimiento feliz de alguna rica mina ó por cualquiera otra causa de elevación, entre las muchas comunes á todos los pueblos y á todos los hombres, llegaron poco á poco á subir desde su baja esfera hasta la primera condición social, imitaron bien pronto las ocupaciones y la vida de los blancos, con los cuales anhelaban y lograron familiarizarse, llegando á confundirse y á formar con ellos los mismos órdenes sociales: el aristocrático y el medio; siendo de notarse que con excepción de la brusquedad propia de su clase, que se advierte en los mestizos recién llegados al nivel de los blancos, educación, tendencias, carácter, todo corre parejas entre uno y otros, sin excluir siquiera el estado de la fortuna, poco halagueño por regla general.

Establecidas estas premisas, es fácil completar, á grandes rasgos, el bosquejo de la fisonomia moral de las dos antedichas razas.

A distancia inmensa de Europa,—continente que solo muy pocos individuos ó familias pueden alabarse de haber visitado, las más veces sin haber tenido ni el tiempo ni la disposición moral necesarias para conocer y apreciar todas las ventajas y bellezas de su floreciente civilización; lejos de los grandes centros de cultura de la América, los que situados en su mayor parte en las cercanías del mar, describen, en su camino á lo largo de las costas del Atlántico y del Pacífico, una faja más ó menos angosta, con pequeñas prolongaciones hacia el interior del continente, en donde, detenida por

mil dificultades, se desliza con mucho trabajo, privados de los beneficios de la inmigración europea á la que la barrera de la cordillera, la falta de un vasto comercio y la pobreza general tienen alejada; no contándose en todo Bolivia sino algunos centenares de europeos, esparcidos aquí y allá; encerrados y confinados, en medio de las altas montañas de los Andes, entre una rocallosa, áspera y selvática, de donde rara vez sale un ser humano, y á donde rara vez también llega gente desconocida,—aún de la misma república;—incapaces de ilustrarse con buenos y sólidos estudios, por los pocos, anticuados é imperfectos métodos de instrucción de que disponen, bajo la dirección de un profesorado inestable é insuficiente á menudo, inadecuado, crecido y educado en el mismo ambiente, que no sabe aumentar sus escasas luces con las nuevas conquistas de las ciencias; y segregados finalmente, del mundo que los rodea, y del que solo tienen una vaga y confusa idea, su civilización se reciente de la aspereza é inmovilidad de sus montañas, y en vez de progresar rápidamente tomando nuevo y más poderoso impulso merced á la libertad é independencias conquistadas, ha permanecido estacionaria, raquítica como planta crecida á la sombra, á la que nunca un benéfico rayo de sol hubiera infundido nuevo vigor, dándole vida más potente y soberana.

Ciencias, artes, literatura, industrias, costumbres, todo revela y lleva el sello de una civilización estancada y envejecida en los primeros períodos de su desarrollo y que sufre la influencia de la barbarie que en otro tiempo la oprimía y sofocaba.

Por lo general, la instrucción pública, tanto cien-

tífica como literaria, se encuentra allí muy descuidada, y es, por tanto, muy inferior á las necesidades y exigencias de la moderna civilización, aunque sería tal vez difícil encontrar otro país en donde, á partir de 1830, se haya dictado, en beneficio de la instrucción, mayor número de leyes, decretos y reglamentos, que casi nunca han sido cumplidos.

Las causas de este estacionarismo ó atraso en ramo tan importante, son dos:

Primera.—La escasez de recursos del erario nacional, cuyo balance anual ordinario alcanza apenas á dos millones y medio de pesos; y

Segunda.—La manifiesta insuficiencia é inestabilidad de los maestros ó profesores, que son llevados á la cátedra y separados de ella incesantemente, no por razones de mérito ó desmérito, sino por el turbión revolucionario, que siempre agitó al país.

Por lo mismo, si en lo relativo á instrucción las clases superiores dejan mucho que desear, la última carece casi completamente de ella (1).

La influencia que la vecindad y el ejemplo de los indígenas han ejercido y ejercen en la actualidad sobre las otras razas, se manifiesta con bastante evidencia en una mezcla de orgullo, mezquindad y desconfianza que constituye el fondo, la esencia, la nota distintiva del carácter boliviano.

Sea blanco, sea mestizo, rico ó pobre, ilustrado ó no, el individuo de cualquiera de dichas razas

(1) Como una muestra del grado de instrucción á que alcanzan los empleados públicos, que por cierto no son los más ignorantes, basta saber que en las oficinas respectivas se ha colocado grandes cuadros impresos indicando la ortografía de las palabras más comunes en castellano. Nosotros hemos vistos estos cuadros en las prefectura y otras oficinas.

comparte con el indio el orgullo del oro sobre el que camina, sin otra diferencia que la de este último lo desprecia y trata de ocultarlo á todas las miradas, y aquel lo desea, siente su necesidad, pero no se dá al trabajó de extraerlo de las entrañas de la tierra. No extraño por lo mismo que en una conversación que se sostenga sobre el progreso de otros países en las industrias, en las artes ó ciencias, se oiga exclamar con énfasis á cualquiera señalando el Illimani, el Potosí, ú otro cerro mineral.

Allí están nuestras artes, nuestra ciencia, nuestra industria!... En el oro de nuestras montañas!

Y en tanto que este orgullo, que no tiene fundamento, domina, subyuga todas las imaginaciones, en la vida práctica se descubre casi siempre que el boliviano es un hombre mezquino, casi inútil, desconfiado, educado, por una parte, en el odio y la barbarie del indio, y por otra en las contínuas revueltas políticas de su país con todos los peligros y las perfidias de éstas. De ánimo apocado y desconfiado, pero lleno de presunción, acude con facilidad á la astucia y á la intriga, que confunde lastimosamente con los más profundos dictados de la ciencia, con las manifestaciones del saber.

Esto no impide que existan honrosas y laudables excepciones, ánimos nobles y caballerosos, no contaminados con los defectos de la generalidad, que se inspiran en los mejores preceptos de la moderna civilización. Tales excepciones, que no son difíciles de encontrar en todas las clases sociales, se ven con frecuencia entre el bello sexo,—muy superior al hombre en todo el continente americano,—y entre la juventud aún no contaminada ni viciada con el hálito corruptor de las revoluciones.

VI.

RESUMEN.— El general Sucre dá el último golpe á la dominación española en el Alto Perú. — Convoca á una asemblea constituyente. — Malestar social. — La población de Potosi ruega al general Sucre que no se aleje del país con sus tropas para impedir, que estalle la guerra civil. — Elección del Alto Perú en estado independiente. — Sucre es elegido presidente de la república. — Estalla la revolución. — Sucre abandona Bolivia. — Horrorosa anarquía. — Santa Cruz restablece el orden. — Nuevas revoluciones. — Caracteres de los partidos políticos. — Inestabilidad de los gobiernos. — El presidente Belzu en siete años de gobierno sofoca treinticuatro revoluciones. — Trájico fin de los dos grandes partidos: Popular y Conservador. — El presidente Córdova: sus declaraciones. — Dictadura de Linares — Extraña revolución. — El presidente Achá, inaugura la política fusionista. — Lucha encarnizada entre el partido Popular y el Conservador. — Horrorosas escenas de sangre. — El partido conservador es llamado Rojo. — Vuelve á dominar el militarismo. — La historia politíca de Bolivia hasta 1880 resumida en tres periodos. — Resúmen general: guerra civil, despotismo y anarquía. — Origen y causas de tal estado de cosas.

Después de la célebre jornada de Ayacucho, (9 de Diciembre de 1824), en el Perú, último y quizás la más gloriosa de todas la grandes batallas de la independencia sud-americana, el pabellón ibérico, dueño un día de casi todo el continente, solo ondeaba aún en la provincia del Alto Perú, en donde con cuatro mil hombres, manteníase firme todavia

el general Olañeta, sosteniendo los diarios encuentros, jamás decisivos, de una guerra de escaramuzas.

Fuéle, pues, forzoso al vencedor de Ayacucho, general Sucre, transmontar los Andes, con parte del Ejército Libertardor, y bastó su presencia en el Alto Perú, para terminar la independencia de este último pedazo de tierra americana, de la que quince años antes, había brotado la primera chispa del gran incendio que consumió en todo el continente las tres veces secular dominación extrangera.

Seguro de un rápido triunfo sobre las pocas y desorganizadas fuerzas enemigas, el general Sucre apenas llegó á La Paz, (9 de Febrero de 1825), convocó de mutu propio, á una asamblea constituyente, que debía ser elegida por la provincia del Alto Perú, y decidir sobre la suerte futura de ésta, y luego que cayó con Olañeta, en Abril de aquel año, el último estandarte español, ordenó desde Potosí,—donde á la sazón se hallaba,—el retiro de las tropas libertadoras, para que la asamblea próxima á reunirse pudiese funcionar con plena libertad é independencia. Empero, en todo el país se dejaba sentir ya ese grave malestar, que es precursor de las grandes luchas en las naciones, y que pronto habría de repercutir furiosamente sobre el campo vírgen de la política boliviana, que por primera vez se abriá á la pública actividad. Todo hacía temer que á la guerra de la independencia sucedería en breve la guerra civil y la anarquía, por el choque de las ambiciones, de las necesidades y de los malos hábitos adquiridos durante la dominación extrangera y el largo período de luchas armadas entre los mismos conquistadores, si una

fuerza extraña no contenía á tiempo el estallido de tantos elementos de discordia que se mantenían en estado latente en el pueblo; y la ciudad de Potosí, que compulsó tal situación, se levantó en masa, y pidió al héroe de Ayacucho que, por lo menos hasta el momento de la reunión de la asamblea, no se alejase con sus tropas del Alto Perú.

A la vez que la súplica de los potosinos. Sucre recibía, también, una orden análoga del general en jefe del Ejercito Libertador, y la comunicación oficial en el que se le trascribía la ley dada por el Congreso del Perú el 23 de Febrero de aquel mismo año, encargándole del gobierno de la provincia del Alto Perú, hasta el momento en que ésta estableciese un gobierno propio: acatando estas disposiciones. Sucre se quedó en territorio boliviano, y gracias á ello se mantuvo la paz interna, y en el mes de Junio pudo reunirse tranquilamente, en Chuquisaca, la primera asamblea constituyente.

En la constitución de los diversos estados americanos,— como en otra ocasión dijimos,—los pueblos respetaron la demarcacion territorial hecha por España para los diversos gobiernos establecidos por esta nación en el continente, bajo los nombres de Reinos, Virreynatos y Capitanías Generales, y esta práctica, nació, en el Derecho Público Internacional, la conocida fórmula del «uti possidetis» de 1810.

En virtud de éste, la provincia del Alto Perú, que durante la dominación española había formado parte del virreynato del Perú y del de Buenos Aires, podía ser reclamada por cualquiera de las dos repúblicas establecidas sobre las ruinas y en los confines de aquellos Virreynatos. Y es de notarse

que si por entonces hubiese surgido entre las dos repúblicas una contienda para disputarse la ánexión de dicha provincia, á ninguna de ellas habría faltado buenas y válidas razones para sostener el derecho disputado, porque en tanto que la de Buenos Aires tenía en su apoyo el « uti possidetis » de 1810, la otra podía invocar en su favor, á la vez que el principio de la unidad etnológica, la targa anexión de aquella al antiguo virreynato del Perú, que principió con la conquista española y concluyó en 1776, año en que fué separada de él para que se uniera al de Buenos Aires.

Pero las republicas peruana y bonaerense movidas por un noble sentimiento de abnegación dejaron á la provincia del Alto Perú—la primera, por la citada ley de 23 de Febrero de 1825 y la segunda, por ley de 9 de Mayo del mismo año,—en plena libertad para constituirse como nación independiente ó en la forma que mejor le agradara.

En favor de la autonomía de esta provincia militaba, también, el precedente de que, apesar de haber formado parte antiguamente de los virreynatos indicados, siempre tuvo una audiencia propia que, en razón de elevados y diversos intereses, dependía directamente del gobierno central de España; razón por la que en realidad, nunca había tenido una verdadera y completa comunión de intereses ni con la población del Perú ni con la de Buenos Aires.

Previo estudio de los hechos que quedan establecidos, la asamblea constituyente convocada por Sucre proclamó la erección de la antigua provincia del Alto Perú en Estado soberano é indipendiente, constituído bajo el regimen repúblicano y

con el nombre de la República de Bolívar ó Bolivia, en homenaje al gran capitán Simón Bolivar quien encontrándose casualmente entonces en La Paz, fué elegido presidente de la república (leyes de 6 y 11 de Agosto de 1825).

Dadas estas dos leyes y algunas otras de orden muy secundario la asamblea,—envuelta en el tumulto interior de las opiniones discordantes y la amenaza de las muchas pretensiones, y de las necesidades no satisfechas que surgían en torno suyo, prontas á estallar en erupción tempestuosa despues de la partida de Sucre y de Bolívar, llamados á otra parte por los altos deberes que se habían impuesto,—se encontró en la imposilidad de proceder á la organización del nuevo estado, en que todo se hallaba por hacer.

La asamblea, con claro criterio, vió, además que solo un nuevo punto quedó evidenciado.

El convencimiento de que tan pronto como el país hubiese quedado en poder de sí mismo, sería presa de la más espantosa anarquía, y se apresurò á clausurar sus sesiones, habiendo hecho previamente estas dos súplicas á Bolívar; que formulara un proyecto de constitución ó carta fundamental de la República y que interpusiera toda su influencia cerca del gobierno de Colombia, para que éste permitiese al general Sucre gobernar Bolivia, conservando á sus órdenes una división de dos mil hombres del ejército colombiano, para mantener la paz interna.

Satisfechas ambas peticiones por Bolívar, una nueva asamblea aprobó la constitución y eligió Presidente de la República al general Sucre, quien tan modesto como gran capitán y estadista, y aun-

que el estatuto de la nueva nación prescribía que la presidencia fuese vitalicia, la aceptó solo con la condición expresa de ejercerla por dos años, y asumió el mando el 8 de Diciembre de 1826.

No había transcurrido aún el primer año del gobierno de Sucre, cuando principiaron á evidenciarse las ambiciones,—á duras penas contenidas hasta entonces:—de un enjambre de militares deseosos de escalar el poder supremo ó de alcanzar grados que más tarde les facilitasen las posesiones de éste, impedidos y ayudados eficazmente por una multitud de politicastros y descamisados ávidos de notoriedad y anhelantes de cualquiera partecipación en el manejo de la cosa pública.

Buscando pretextos para promover una revuelta manifestaron aquellos que deseaban la reforma de la Constitución, para abolir la presidencia vitalicia, á imitación del Perú y otras repúblicas de América, y el alejamiento del ejército colombiano y del general Sucre, aunqne bien sabían que éste preparaba ya su marcha y que pronto habría de resignar el mando que aceptó por un corto y fijo plazo.

Sofocada la primera revuelta de cuartel, en Diciembre de 1827, estalló otra en Abril de 1828 en la que el general Sucre, fué gravemente herido en un brazo, y trás de ésta una tercera en Mayo del mismo año.

Tres meses más tarde, el heroe de Ayacucho renunciaba la presidencia de la República y abandonó para siempre Bolivia, á la vez que las tropas colombianas.

El mismo congreso que aceptó la dimisión de Sucre, eligió en su reemplazo al general boliviano Santa Cruz, que se hallaba entonces en Chile des-

empeñando una misión diplomática, pero éste no había vuelto, aún á su patria, ni tomado por consiguiente posesión de la presidencia cuando estalló una nueva revolución.

A raíz de ésta, surgió otro congreso que llamó á la presidencia y vice-presidencia de la república á los dos coroneles autores de las dos últimas revueltas: que á mérito de ellas habían sido ascendidos á generales.

No se detuvo allí la onda revolucionaria, apenas hacían cinco días que el general Blanco, el afortunado rebelde de la víspera, se hallaba en ejercicio del poder supremo cuando un nuevo motín de cuartel le derrocó para asesinarle vilmente en el fondo de una prisión.

Después de algunos meses de horrenda anarquía asumió la presidencia el general Santa Cruz. Hombre de ideas levantadas y de carácter férreo; Santa Cruz refrenó la anarquía, contuvo la guerra civil y gobernó dictatorialmente cerca de diez años, ya con el concurso de un congreso complaciente, ya sin él.

Este período, relativamente largo, fué empleado por aquel general, casi de una manera exclusiva en preparar y realizar un vasto proyecto á cuyo servicio puso todas sus fuerzas: la Confederación Perú-boliviana, que logró constituir promoviendo una lucha sangrienta en que envolvió al Perú, y quedó deshecha después de veintisiete meses de guerra civil é internacional.

Aunque todas estas particularidades de la historia de Bolivia no son de absoluta necesidad en el presente trabajo, hemos creído útil no olvidarlas, para que el lector pueda fácilmente darse cuenta del

orígen de esta república y de sus frecuentes movimientos políticos.

La hidra revolucionaria sujeta con tantos esfuerzos por Santa Cruz cerca de diez años, se levantó de nuevo con ímpeto espantoso, al principiar el año de 1839. Desde entonces hasta 1849, la república conmovida por contínuo y azaroso vértigo revolucionario, tuvo uno tras otro, cinco presidentes distintos todo llevados al poder y derribados de él por obra de las revueltas iniciadas en los cuarteles y solícitamente secundadas por los habitantes, sin distinción de razas que ambicionaban un puesto en la administración pública, ú otro mejor que el que tenían, sin preocuparse de conocer ó averiguar las causas, los móviles y los fines del movimiento revolucionario efectuado ó en proyecto.

La formación de los bandos políticos tomando cualquier pretexto, no tenían otro orígen que la ambición ó el interés personal, y el único objeto de las revoluciones no era otro que derribar del poder á los que estaban en él, para ocupar su puesto.

Los nombres de los partidos,—como así pudieran ser llamados, eran personales, derivados de los caudillos á quienes se quería llevar á la presidencias de la república y, cuanto á principios los partidos no invocaban ninguno.

El primer partido político formado sobre bases más ámplias tuvo un orígen tan casual como trágico y espantoso, y por lo mismo no pudo ser perfecta su organización.

Era presidente de la república el general Belzu, que ascendió al poder, el año 1849, por medio de una sangrienta revolución. Dos meses después de

ocupar el solio presidencial, una tras otra y en el transcurso de breves días se rebelaron las guarniciones militares de las ciudades más importantes proclamando á diferentes caudillos: no había unidad de miras en el movimiento revolucionario.

La confusión, el desorden, la anarquía eran generales. Sublevada la guarnición de La Paz, (un batallón), se batían ésta y los escasos amigos del gobierno. Dentro del radio en que este encuentro se libraba, acertó á pasar una mujer del pueblo, la que llevaba en brazos á su hijo, en estado aún de lactancia ésta infeliz fué muerta por un proyectil disparado por los sublevados, y la plebe, que hasta entonces se había mostrado indiferente á la contienda, se amotinó, y, presa de furor súbito, se lanzó en masa contra los rebeldes. Estos respondieron el ataque con una descarga de fusilería, haciendo numerosas víctimas, cuya presencia exasperó más aún á los asaltantes. La lucha fué tremenda. Pero el batallón sublevado, una vez agotadas sus municiones, tuvo que apelar á la fuga. Entonces la plebe, dueña del campo, pensó en vengar las trescientas víctimas que su arrojo le había costado, y saqueó las casas de los promotores de la revuelta y de los adherentes de éstos: la ciudad quedó arruinada casi por completo.

Cuando éstos excesos eran perpetuados, llegó Belzu á La Paz, con la pequeña parte del ejército que hasta entonces le permanecía fiel. Con el auxilio de estas tropas, Belzu pensaba combatir la revuelta, pero la encontró develada, terriblemente castigada por el pueblo, que seguía el saqueo de la ciudad.

Esto no era, sin embargo, más que un sangriento

episodio de la anarquía que reinaba por doquiera, anarquía de que era principal autor el mismo ejército de Belzu, sublevado en todas partes, hasta el extremo de que el mismo presidente ignoraba hasta que punto podría contar con la fidelidad de los dos ó tres batallones que aún le prestaban obediencia.

La situación era dificilísima, y Belzu, dominado por él interés de su propia conservación y por el odio natural contra sus enemigos, no tardó en tomar una resolución, salvadora en su concepto.

En lugar de contener y castigar los bárbaros excesos de la plebe de La Paz, solo tuvo para ésta palabras de aliento y de animación, honrando dichos excesos con el título de justicia popular contra los traidores y contra los aristócratas que desangraban y exaccionaban al pueblo. Belzu pertenecía á éste y se alababa de ello.

¡Esta conducta produjo el efecto que Belzu se prometió!

Pocos días después, la plebe de las demás ciudades importantes,—convertida en auxiliar poderoso del gobierno, por el aliciente del saqueo,—siguió el ejemplo de la de La Paz, y, gracias á su intervención, la revuelta quedó prontamente sofocada, sí en toda la república ; pero sembrando el espanto, el temor en todos los ánimos.

Estos hechos fueron una revelacion y produjeron un nuevo orden de cosas. Como se ha visto, la actitud asumida por la plebe de La Paz tuvo un orígen enteramente casual, y la conducta de Belzu, alentando á esa gente, no fué hija sino de las difíciles circunstancias que él atravesaba, viendo casi perdido su autoridad, y de la falsa educación polí-

tica del país, que, para asegurar el triunfo de una facción, no consideraba malo ningún medio, ni se detenía á averiguar las causas, la naturaleza y los alcances de éste. Pero una vez que quedó demostrado de cuanto era capáz la plebe de toda la república, Belzu comprendió todas las ventajas que de ella podía reportar, manejàndola como fuerza coadyuvante para la estabilidad del gobierno; la dignificó elevándola á la categoría de partido político, y con su apoyo se sostuvo en el poder hasta que se cansó de ejercerlo (1855), venciendo ó sofocando el germen,—durante los siete años que gobernó, y á la sombra de una curiosa tiranía popular,—¡treinticuatro revoluciones!

Por ésto, cuando Belzu bajó del mando, por su propia voluntad, entregándolo al presidente legítimamente elegido por la nación, ofreciéndose el primer caso en la historia de Bolivia de que un jefe del estado no fuese derrocado por una revuelta, pudo decir estas notables palabras en su mensaje al Congreso:

« Las masas populares han hecho sentir su voz y cumplido su parte, sofocando las revoluciones y combatiendo en favor del gobierno constitucional: la aparición de este poder formidable es un hecho social de grandísima importancia. »

Así era en efecto: aquel poder formidable conmovió todo el sistema político de Bolivia, si es que tal nombre puede darse á la manera de elevar y derrocar gobiernos por un procedimiento completamente anárquico.

Las revueltas de cuartel, apoyadas y favorecidas por las pequeñas intrigas de las agrupaciones políticas *personalistas* y por la solícita adhesión de

todos los que andaban á caza de empleos públicos, —hasta entonces únicos árbitros de los destinos del país,—casi desaparecieron viéndose éstos impotentes para vencer la resistencia poderosa de la plebe, que antes era por completo indiferente y pasiva en las luchas políticas; y todo los antiguos y nuevos forjadores de revoluciones tuvieron que hacer causas común entre sí y que refundir todas las pequeñas agrupaciones personalistas, hasta entonces enemigas y rivales, en un gran partido; comprendiendo que esta era la única manera de luchar con ventaja contra la nueva fuerza preponderante de las multitudes.

Este nuevo partido que, según decía, enarbolaba la bandera del orden y de la legalidad en nombre de los principios conservadores, pretendía representar al elemento aristócratico, en oposición al popular ó democrático creado por Belzu; pero en realidad, salvo contadas excepciones, no era sino un confuso amontonamiento de todos los viejos revoltosos y de todo los descontentos postergados por el ex-presidente.

Capitaneado este partido por el doctor Linares, uno de los más activos revolucionarios que ha tenido Bolivia, llegó al poder por medio de una gran revolución,—después de muchas tentativas infructuosas que mantuvieron al país en continua agitación durante nueve años consecutivos,—en Setiembre de 1857, ó sea, durante la presidencia del general Córdova, sucesor de Belzu y continuador desgraciado y torpe de su política.

Las condiciones sociales y políticas de Bolivia, durante esta interminable efervescencia de pasiones y de guerras civiles, habían descendido hasta tal

punto, que el presidente Córdova, en un opúsculo que publicó apenas fué derrocado del poder, con el título de Manifiesto y programa del presidente constitucional de Bolivia á la Nación, no tuvo vergüenza para decir:

« Si Bolivia me acusa de negligencia ó de errores juveniles, confieso que en medio de la general depravación de costumbres, era difícil que la conducta del presidente fuese irreprensible; porque en el centro de un torrente de corrupción, todos son arrebatados por su ímpetu. »

En menos de dos años de gobierno, Córdova tuvo que combatir seis distintas revoluciones, una después de otra; pero tampoco duró mucho la decantada legalidad del partido Conservador ó Setembrista (1), como era llamado generalmente.

El presidente Linares asediado sin descanso por motines revolucionarios, urdidos en gran parte por los mismos partidarios suyos que más habían trabajado por llevarle al poder, pronto desgarró la constitución y asumió la dictadura de la que pretendió valerse para extirpar de raíz el horroroso germen de la guerra civil; dictadura que terminó por convertirse en un inútil y feroz terrorismo; el mal era demasiado grave y profundo para que pudiera ser curado con patíbulos y proscripciones.

El mismo Linares tuvo pronto una triste prueba de ello: otra revolución, de carácter enteramente distinto á las ya conocidas, y por cierto una de las más deshonroras, capitaneada por dos de sus ministros revolucionarios, el general Achá, le reem-

(1) El nombre de septembrista fué tomado por este partido del mes en que ocurrió *la revolución* que lo llevó al poder.

plazó en la presidencia, después de un corto periodo de transición é inauguró una política enteramente nueva en Bolivia: la de oportunismo, que él y el país llamaron fusionista.

Achá, llegado al poder de una manera excepcional, de un salto, por decirlo así, aprovechando de un golpe de mano preparado por otro para sí, y en el que él solo había tenido una participación muy secundaria, no contaba con elemento alguno propio para sostenerse en el mando: ni con el ejército, instrumento ciego de la revuelta contra Linares, y que seguía las aspiraciones del otro ex-ministro, Fernández, jefe verdadero del movimiento, á quien Achá tuvo que conservar á su lado en el gobierno, aunque temía su immensa y deshonrosa ambición: ni con alguno de los partidos que entonces se disputaban la supremacía en el país, partidos que le consideraban como enemigo. (1) El

(1) La revuelta contra Linares, más que otra cosa, fué un episodio teatral. Una mañana, los ministros Fernández y Achá y el comandante militar de la plaza expidieron dos decretos: uno, deponiendo á Linares del mando supremo de la república, acatando la voluntad del ejército, decreto que fué comunicado al dictador; y otro, anunciando la formacion de un triunvirato que asumía el poder hasta que la república eligiese un nuevo mandatario. Los tres revoltosos que así asaltaban la gerencia de los negocios públicos tenían en su favor al ejército, y los ciudadanos, sorprendidos con una revolución tan audaz como inesperada, aceptaron los hechos consumados. El primero en dar el ejemplo fué Linares, quien, anciano y achacoso, tomó el camino del destierro, en el que murió. El verdadero jefe de la pérfida revuelta era Fernández, el ministro favorito, el «alter ego» de Linares. El había preparado con anticipación el movimiento, poniendo varios batallones á órdenes de jefés intimamente ligados á su persona y á su politica con la esperanza de hacerse elegir presidente. Rechazado, empero, unánimemente, por la nación, puso en juego toda su influencia para que la elección recayera en Achá, como sucedió, creyendo derrocar fácilmente á éste con otra revuelta militar, pues el ejército le permanecía fiel. Poco después intentó poner en práctica este diabólico proyecto; pero le resultó fallido.

partido Popular, Demócrata ó de Belzu, le acusaba de la cruda guerra que le había hecho durante la dictadura de Linares; y el Conservador ó Setembrista, le echaba en cara á su vez, haber contribuído á derribar aquella misma dictadura, uno de cuyos más ardorosos campeones había sido.

Achá se encontraba, pues, en una situación, erizada completamente de escollos; sentía la necesidad de crearse una fuerza propia de gobierno, capaz de hacer frente á todos los elementos de desorden que se agitaban en torno suyo; peró también comprendía que no era prudente buscarlos en uno solo de los partido, lanzándose resueltamente en sus brazos, tanto par no tener seguridad completa de su fidelidad, cuanto porque con esta política habría impedido al otro á promoverle la guerra con mayor presteza. Entonces, con astucia que honraría á cualquier político, resolvió gobernar con el concurso de ambos partidos, bajo el pretexto de anular su fusión, pero, en realidad, con el objeto de que los dos le apoyasen, manteniéndose el equilibrio con la misma rivalidad de uno y otro, sin dar preponderancia verdadera á ninguno, desde que Achá no pensaba ni creía en que la fusión fuera práctica, ni hizo nada por alcanzarla en realidad.

Llevados ambos partidos, igualmente por igual, á todas las esferas del poder: al congreso, á lo ministerios, al mando del ejército y á las oficinas públicas indistintamente, bien pronto surgió entre ellos la lucha cruda, encarnizada, feroz. El choque de loz dos partidos era inevitable y el primer fruto de la llamada « política fusionista » de Achá fueron las más horrorosas escenas de san-

gre, sin precedente en Bolivia, á pesar de sus frecuentes convulsiones. La ira partidarista estalló con más furia que munca, y el partido Conservador ó Setembrista, fué llamado Rojo en el congreso par la insaciable sed de sangre que demostró, calificativo que se hizo general en toda la república y que quedó como denominación única de dicho partido que después no fué conocido con otro nombre (1).

El resultado de una situación tan anómala fué que los dos partidos se debilitaron, á la vez que acrecentaban sus mutuos odios, dando paso al militarismo, que por un momento había quedado en segunda línea, para que volviera á adquirir el dominio absoluto de que gozaba antes.

El militarismo pues, tornó al poder, en Diciembre de 1864, mediante otra revuelta militar á favor del general Melgarejo, quien desde soldado raso había llegado á tan alta clase militar, ganando sus grados en las muchas revoluciones en que tomó parte y llevaba consigo todos los vicios del cuartel, á la vez que tenía el más profundo desprecio por las leyes y por cuantos no seguían ciegamente sus extraños caprichos. El gobierno de este hombre no fué más que una dictadura brutal y despótica.

(1) En el mes de Octubre de 1861 mientras el presidente Achá visitaba tranquilamente varios departamentos de la república el coronel Yáñez, comandante militar de La Paz, que antes había sido persiguido por el gobierno de Belzu, pretextando verdaderas ó falsas sospechas de conspiración, puso en la cárcel á cerca de cien ciudadanos pertenecientes al partido Popular, entre los que se contaron muchos coroneles, tres ó cuatro generales y el ex-presidente Córdova, y la noche del 22, sin que Achá supiera nada, los hizo matar miserablemente: á unos en la misma prisión, y á otros, en la plaza principal de la ciudad. Un mes después, también sin conocimiento del presidente, ocurrieron nuevos desórdenes, durante los cuales el coronel Yáñez, y otros más del partido Rojo fueron as esimados. Basta este ejemplo.

A Melgarejo sucedió, siempre por medio de la revolución, otro general, que después fué asesinado por su proprio sobrino, el que dió lugar á un breve período de transición, de 1873 á 1876, y luego se apoderó de la dictadura militar el famoso general Daza, aquel que en 1879, durante la guerra con Chile, operó la tristemente retirada de Camorones, después de la cual fué depuesto de la presidencia de la república.

La historia política de Bolivia, desde la proclamación de la república hasta la caída de Daza, en 1880, se divide, en tres períodos: el primero, desde su erección en estado independiente hasta 1848; el segundo, desde 1848 hasta 1864, y el tercero desde 1864 hasta 1880.

En el primer período, sin contar los pocos meses que gobernaron Bolívar y Sucre, dominó absolutamente el militarismo, turbulento, exigente, ambicioso, guiado por ideas mezquinas, restringidas, personalistas, en el seno de una sociedad ávida de cambios políticos, en los que cada uno esperaba encontrar provecho.

Santa Cruz fué una verdadera excepción: sus grandiosas ideas respecto á la confederación Perú-boliviana, cuyo alcance, tal vez, nadie comprendió, no fueron secundadas por nadie; ni por los mismos partidarios de dicho caudillo, los cuales se batieron cierto tiempo por el triunfo de tales ideas, solamente porque así lo deseaba Santa Cruz, como se hubieran batido en contra, si así lo hubiese querido Santa Cruz.

El sargento, primero é indispensable elemento de las revueltas de cuartel, solo buscaba la ocasión de ganar ascensos y dinero, en tanto que el ofi-

cial subalterno lo subordinaba todo á su afan de llegar á coronel; y tanto uno como otro estaban siempre prontos para tomar parte en cualquiera revuelta en que pudiesen encontrar un puesto y un ascenso, si su proprio interés personal no les aconseja permanecer fieles al gobierno. Pero, en tanto que los sargentos y los oficiales subalternos solo aspiraban á ser coroneles, éstos, y con mayor razón los generales, no tenían otra meta que la presidencia de la república creyendo tener derecho á esta únicamente por sus clases militares. Todos sus esfuerzos, por lo mismo, se concretaban á obtener el mando de un batallón, para sublevarlo, ó á formarse, con el ejército y la muchedumbre de descontentos, un pequeño partido, capaz de promover un movimiento subversivo; seguro como estaban de encontrar favor, amigos y adherentes en todas las clases sociales, que esperaban con anciedad la caída del gobierno,—bueno ó malo,—con la esperanza de encontrar un puesto en la nueva administración.

Pululaban allí los pequeños partidos personalistas, que no invocaban ningún principio, y sin más diferencia entre sí que la de la persona del caudillo ó jefe.

En el segundo período surgieron, ocasionalmente dos grandes facciones políticas, formando una la plebe con la fuerza bruta de las turbas deseosas de botín, y la otra las clases superiores unidas por la necesidad común de conservar la supremacía sobre aquella.

Aglomeraciones informes y desordenadas sin principio, sin ideas fijas, sin directores competentes, se alternaron en el poder por limitado tiempo, du-

rante el cual sostuvieron una lucha doble y desastrosa: entre ambas, recíprocamente, y cada una entre, sí asumiendo, aparentemente, la forma y los caracteres de dos grandes partidos nacionales, progresistas el uno, conservador el otro.

El militarismo permanecía en segunda fila, sirviendo como arma de combate á los grandes partidos, que fueron gradualmente expurgándose y disciplinándose, y los pequeños partidos personalistas principiaron á desaparecer para fundirse en aquellos. En cambio, la lucha continuaba siempre: la guerra civil tomaba caracteres y proporciones cada vez más espantosos, y los dos grandes partidos, debilitados al mismo tiempo, fueron batidos y dejados á retaguardia por la dictadura militar.

En el tercer período, el militarismo volvió a dominar en el país, como al principio, y tanto el partido Popular como el Rojo ó Conservador, reducidos á la impotencia y sin ser tenidos en cuenta para nada, se contentaron con arrastrarse humildes y temerosos á los pies del afortunado caudillo elevado al poder, para alcanzar su protección y obtener de él cualquiera participación en el manejo de la cosa pública, sin dejar por ello de conspirar en secreto contra su protector y de intentar á cada paso una revuelta.

Cualquiera que fuera la agrupación política ó el partido dominante, Bolivia, á partir del momento en que quedó dueña absoluta de sus destinos, ofreció siempre, hasta el año de 1880,—salvo raras excepciones,—el espectáculo de una lucha encarnizada y desleal en los medios elegidos para disputarse el poder, que solo se deseaba y se ejercía con el objeto de satisfacer innobles ambiciones y

mezquinos intereses personalistas. Los sacrosantos principio de orden de justicia, de legalidad, de los verdaderos y bien entendidos intereses nacionales no eran invocados sino como pretextos para la revuelta, siendo olvidados y conculcados tan pronto como se llegaba á la ambicionada meta. Por otra parte, jamás país alguno se dió el lujo de mayor número de constituciones diversas, ninguna de las cuales fué respetada ni obedecida. La guerra civil siempre viva, siempre latente, siempre gigantezca, siempre terrible, oscilaba entre el despotismo y la anarquía.

El pretendiente que aspiraba al poder no se fijaba nunca en los medios; eran buenos si con ellos se alcanzaba el fin, y una vez elevado, sintiéndose inseguro, débil, sin apoyo ni base, el mandatario no tenía otro pensamiento que el de mantenerse en la altura á toda costa. Pero tampoco era el único que así pensaba: este sentimiento egoista dominaba y prevalecía en todos los que le habian ayudado á escalar el solio presidencial. Cada uno quería, á su vez, asaltarlo por cuenta propia, y no alcanzando á esto ó siquiera los medios que le facilitaran su ascensión próxima, se declaraba inmediatamente enemigo encarnizado de aquel. Y no era esta la única dificultad que el mandatario hallaba á su paso; había otra tan grave ó mayor que ella: hacer lugar á los recién venidos, á los colaboradores de segundo orden, que querían rentas y destinos, sin satisfacerse jamás; siendo necesario separar, destituir, expulsar á los que, desempeñando destinos públicos ó teniendo mando en el ejército, habían permanecido fieles al gobierno caído, ó simplemente indiferentes en la lucha y proscribir, y

enviar al destierro á los más temibles, los cuales, dentro ó fuera del país, principiaban á conspirar, secundando los planes del primer pretendiente que quería levantar una vez más, la bandera de la revuelta.

Esta era la eterna historia, que á cada paso se repetía.

El triunfo de un caudillo hoy, no tenía otro epílogo obligado que la irremediable derrota de mañana, á la que contribuían, como factores principales, todos los amigos ó adherentes á la víspera que no habían obtenido un puesto en el ejército ó en la administración pública ó que no alcanzaron el destino que deseaban, mientras los caídos, aquellos que acababan de ser arrojados del gobierno, tomaban el camino del destierro ó eran asesinados miserablemente en las plazas ó en los cuarteles, convertidos desde luego, en prisiones ó en campos de batalla, si no en algo peor.

Hoy uno, mañana otro, seran frecuentes ios cambios de personas como inadecuadas éstas para el desempeño de los cargos públicos. Algo análogo pasaba respecto á los proscriptos: unos iban al ostracismo y otros tornaban de él; y así pasaba también, con el derramamiento de sangre; el país se despoblaba y empobrecía, sin gozar nunca de un corto período de paz, ni, mucho menos, de un gobierno bueno y estable. La república pasaba de la conspiración à la revuelta, y de ésta á aquella, ya entre los horrores del despotismo, ya envuelta en los de la anarquía.

Ya hemos dejado entender que eran dos las causas principales de tal estado de cosas:

Primera:—El malestar económico que devoraba

á todas las clases sociales, después de quince años de lucha cruenta para poner término á la dominación española y levantar sobre sus ruinas, la república de Bolivia; y

Segunda:—El espíritu turbulento y ambicioso de las diferentes facciones militares y de la inmensa falange de politicastros, ávidos de poder y de fortuna, que se disputaban, por medio de la fuerza el predominio del poder, ambición que realizaron tan pronto como se les presentó ocasión oportuna, aún antes de haber sido conquistada definitivamente la autonomía del país (1).

Con este ejemplo, con la agitación constante en que mantuvieron al país y con la extravagantes doctrinas que propagaron para ganarse el favor público, los facciosos desviaron al pueblo del sendero de la paz y del trabajo; único que podía proporcionar el bienestar que todos anhelaban, y lo lanzaron en el camino de las sediciones y de la empleomanía, que había de conducirlo á su ruina.

Impelido ya el país en este camino peligroso,

(1) A este respecto basta recordar: 1. Las instancias hechas por la ciudad de Potosí y por la primera asamblea constituyente para que el general Sucre y el ejército colombiano permanecieran en el país, como garantía de la conservación del orden interno, instancias que confirmó implícitamente la segunda asamblea, al elegir á dicho general presidente de la república, no obstante sus resistencias para aceptar tan elevado y honroso cargo, y 2. Las revueltas promovidas, poco después, contra el mismo Sucre, que, habiendo sido el salvador de Bolivia, el verdadero autor de su erección en estado independiente, y gobernado con solicitud, desinterés é inteligencia, inaugurando una de las más sabias y honradas administraciones políticas, solo obtuvo como galardón la gratitud de sus favorecidos y aquella bala revolucionaria que le rompió el brazo que había empuñado una de las más fuertes y gloriosas espadas durante las guerras de la independencia, y que, con la memorable jornada de Ayacucho, firmó y puso sello eterno á la caída de la dominación española en la América latina.

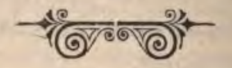
era difícil, si no imposible, detenerlo, y no se detuvo. La sana doctrina social que hace depender el bienestar del pueblo de la bondad del gobierno y de las leyes que rigen en el país, y de la valiosa é inteligente protección á las ciencias, á las artes, á la industria, al comercio, incrementándolos, fomentando y favoreciendo de manera eficaz la libre expansión de sus fuerzas productoras, fué interpretada de manera bien distinta: en el sentido de que el pueblo debía esperarlo todo del gobierno y de las instituciones liberales que habían substituído ya el régimen colonial, como si uno y otros poseyesen la virtud de producir tesoros inagotables para repartirlos por doquiera.

Y mientras corrían tras de esta quimera y esperaban la reforma de las leyes para hacerla práctica, sin fiijarse en que la verdadera riqueza pública y privada no tiene otra fuente que la del trabajo de cada uno y de todos, los ciudadanos abandonan sus campos y sus industrias, para disputarse con las armas y por cuantos medios podían las mezquinas migajas del exhausto erario nacional que en medio de la general estrechez económica y de los frecuentes desórdenes motivados por la guerra civil ó por el despotismo, se hallaba en las condiciones más deplorables.

Tan grave era la situación del tesoro público, que aunque casi siempre se descuidó el servicio de las más urgentes necesidades del estado, el balance de cada año arrojaban un déficit que jamás se pudo salvar. Y la razón era obvia: la única renta saneada del tesoro era el tributo ó contribución personal de vasallaje que los indígenas pagaban durante la época colonial, y que, contra todo

principio de justicia, continuaron pagando después de proclamada la república; escaso y vergonzoso tributo que se arrancaba á aquella gran masa de la población que, como ya se ha visto, vivía en la abyección, casi en la barbarie, extraña á cuanto pasaba á su alrededor y sin tomar parte alguna en el movimiento social y político de su propio país (1).

Como era natural, semejante malestar económico, que al principio fué una de las causas de la guerra civil, bajo el imperio de ésta no disminuyó sino que aumentó, pues apartados del trabajo todos los hombres útiles, por la agitación continua del país y la consiguiente falta de garantías, la industria decayó por completo, agotándose así las principales fuentes de la riqueza nacional; y aumentando el malestar económico, creció el furor de la guerra civil, y ésta y aquel, después del primer choque, se dieron la mano, complementándose por la alternativa de causas y de efectos.



(1) Durante la presidencia del general Campero, á partir de 1880 se hicieron muchas útiles y sabias reformas en el sistema tributario *mejorando* notablemente la condición de la raza indígena.

VII

RESUMEN—El ejército boliviano regresa á la patria después de la derrota del Alto de la Alianza. — El general Campero trata infructuosamente de poner en orden los restos del ejército para la retirada. — El gobierno y el pueblo de Bolivia se ocupan poco de la guerra. — Intrigas de los partidos para la elección de presidente. — Amenaza de guerra civil. — La convención nacional elige al general Campero presidente de la república. — El doctor Arce, elegido primer vice-presidente, asume el mando supremo de la república hasta la llegada de Campero actos de su gobierno. — El general Campero llega á La Paz; después de nueve días de vacilación acepta la presidencia. — La paz interna queda asegurada.

Delineado, á grandes rasgos el aspecto físico, social, económico y político de Bolivia, tiempo es ya de que reanudemos nuestro relato acerca de la guerra entre Chile, Perú y Bolivia, y de que se haga luz respecto á la conducta observada por Bolivia en el curso de dicha guerra, á partir del momento en que los mutilados batallones bolivianos regresaban á la patria, después de la derrota del Alto de la Alianza, hasta la conclusión del pacto de tregua firmado en Santiago en Abril de 1884.

En la primera parte de nuestra historia antes de ocuparnos de las batallas de San Juan y Miraflores y de la consiguiente rendición de Lima, he-

chos que pusieron término al primer periodo de la guerra, escribimos:

« De Bolivia, la república aliada, por cuya causa, á lo menos en apariencia, fué el Perú arrastrado á la guerra, ya no hay que hablar: despuès de la batalla del Alto de la Alianza, cerca de Tacna, en la cual, como se sabe, tomó parte apenas aquel país, con un pequeñisimo cuerpo de tropas, se retiró completamente de la lucha. Encerrada Bolivia tras de sus montañas, segura de que nadie habría de ir buscarla allí, olvidó á amigos y enemigos, y la misma guerra, como si ésta en nada le pudiera interesar. »

¿Tal conducta fué motivada únicamente por verdadero olvido de Bolivia de los deberes que tenía para su aliada y para consigo misma? ¿Fué impotencia? ¿Fué el producto de muchas causas que concurrieron, separadamente ó en conjunto, á las anteriores hipótesis? He aquí lo que trataremos de poner en claro, en el presente volúmen, para proceder en seguida á narrar con mayor facilidad la continuación de la lucha entre Chile y el Perú.

En la memorable jornada del Alto de la Alianza, como ya dijimos en otro lugar, el ejército boliviano se batió valerosamente á la vez que el peruano, rivalizando con este en una lucha encarnizada, cruel, desesperada, para disputar la victoria á un enemigo mucho más numeroso y mejor armado, que debía concluir y concluyó necessariamente por triunfar, pero después de que la mitad, y talvez más, del ejército aliado había sucumbido en el sangriento campo de batalla; pero, pronunciada la derrota, una vez que se apagó el entusiasmo del combate, los restos del ejército boliviano to-

maron en desórden el camino de su país, arrastrando consigo al general Campero presidente provisorio de Bolivia, y general en jefe del ejército aliado, y aún cuando éste se esforzó por restablecer, siquiera en parte, el orden y la disciplina perdidos, solamente logró reunir algunas compañias no completas de soldados, con cuya ayuda se empeñó en moderar,—hasta donde era posible,—los innnumerables excesos de los desbandados y las terribles exigencias de los demás.

Del diario de la 5a. división del ejercito boliviano copiamos:

«26 de Mayo.... El enemigo avanzaba siempre y nuestras forzas, en pleno desórden, descendían por el camino que lleva á Tacna... El general Campero baja paso á paso y casi solo con sus últimos soldados, hasta la plaza de Tacna, en donde quiere reorganizar las fuerzas dispersas; y, no pudiendo conseguirlo, siguió, adelante sin saber si tomaría el camino de Lima ó el de Calama, ó cualquiera otro.»

«27 de Mayo.—A las ocho de la mañana nos dirijimos con el general Campero sobre Yarapalca, en donde pensaba reorganizar la tropa, ya para dar una nueva batalla, ya para evitar que los soldados dispersos entrasen en Bolivia á cometer los excesos que generalmente suelen verse en las retiradas, después de un desastre.»

«29 de Mayo.—Gran descontento en la tropa, la que á cada momento se exasperaba más; todos deseaban con *desperación* regresar á la patria...

Apesar de que fueron tomadas todas las precauciones aconsejadas por la prudencia, se veía el camino sembrado de dispersos que hacían fuego en todas direcciones... Pasamos la noche en medio de la más grande agitación».

«2 de Junio.— La tropa, siempre más cansada y con ambre, parecía en plena revuelta; el fuego que hacían los soldados en todas direcciones era espantoso: parecía otra batalla: los oficiales no eran obedecidos, las balas se cruzaban en todo sentido...»

Cuando el general Campero llegó á La Paz, el diez de Junio, en vez de un ejército tenía á su rededor turbas de desbandados y de soldados sin disciplina, locos por correr á buscar en el hogar descanso para las largas fatigas experimentadas.

Vehamos ahora en que condiciones se encontraba la república en momentos tan graves y solemnes.

Arrojado el general Daza de la presidencia de la república, en los últimos días de Dicembre de 1879, después de la vergonzosa retirada de Camarones, los pueblos eligieron presidente provisorio al general Narciso Campero; y mientras éste se dirigía al teatro de la guerra, para asumir el mando en jefe del ejército aliado, después de haber triunfado en Marzo de un motín de cuartel, que produjo el desbande de una división de más de 1500 hombres alistada por él para conducirla al combate, se reunían los comicios para elegir la asamblea constituyente ó convención nacional (1), la qu

(1) En Bolivia la representación nacional completa, compuesta una ó dos Cámaras, según las diversas constituciones toma ordi

á su vez debía hacer la elección de presidente de la república y dar nuevo rumbo á la organización interna del país, tan gastada y destrozada por la administración Daza, y, casi sin excepción, por todas las que la habían precedido, principiando desde el momento en que el general Sucre abandonó el gobierno del estado el año de 1828.

La labor politica, ó sea los trabajos de los pretendientes á la primera magistratura, habían absorbido por completo la atención del país, tanto de los simples ciudadanos, como de los que tenían la gerencia de la república en ausencia del presidente provisorio; y nadie se ocupaba ya de la guerra ni de las demás necesidades del país, excepción hecha del digno general Flores, quien, luchando contra toda clase de obstáculos y contrariedades, se consagraba con todas sus fuerzas, en los departamentos del sur de la república, de los que era jefe superior político y militar, á formar un pequeño cuerpo de tropas.

Las contiendas políticas partidaristas promovidas por los distintos pretendientes á la gerencia de la república, llegaron hasta el extremo de poner en grave peligro el orden público. Mientras unos intrigaban para ganarse primero el favor de los comicios, y luego el de los representantes á la convención, elegidos por aquellos, otros preparaban motines por todas partes, ya entre las turbas, ya entre las escasas fuerzas militares ó de policía que guarnecían las principales ciudades; y la convención nacional, cuya primera tarea debía ser la dis-

riamente los nombres de Congreso ó Parlamento, y algunas veces los de asamblea ó convención nacional; pero siempre es el mismo poder legislativo.

putada elección presidencial, inauguró sus labores el 25 de Mayo, justamente la víspera de la batalla del Alto de la Alianza bajo la amenaza de una guerra civil, que habría dejado al país por completo á merced del enemigo, que se hallaba por varios lados á las puertas de la república, sin contar ya el invadido territorio de Atacama (1).

Era tanta lá discrepancia de las opiniones respecto del candidato que se hacía preciso elegir ó preferir entre los varios que se habían presentado, y tan grande la preocupación producida por los temidos desórdenes, que aunque en el ánimo de los disputados y de la general espectativa del país se sintiese el deseo de que la convención diera principio, á sus labores con la elección de presidente de la república, cinco días transcurrieron desde la instalación de aquella, sin osarse afrontar la solución de tan arduo problema.

---

(1) «Prefectura del Departamento de Chuquisaca.—Sucre, 24 de Mayo de 1880.—Al señor jefe superior político y militar de los departamentos del Sur.—Señor: Ayer comuniqué á su señoría, de acuerdo con la autoridad militar, la resolución tomada de enviar á este departamento la guarnición de la plaza, en vista de la inminente invasión enemiga hacia Huanchaca. Hoy han sido informadas las autoridades de que se prepara una revolución, tomando por pretexto la formación del censo. . . . .—Esta circunstancia ha decidido á la autoridad militar á desistir del anterior propósito, obligándola á ello el deber de conservar el orden local.—El Prefecto, L. Cabrera.»

«Comandancia superior del Sur.—Potosí, Mayo 27 de 1880.—Al señor prefecto del departamento de Chuquisaca.—S. P.: En este momento recibo la nota del 24 en la cual S. S. manifiesta los motivos que han determinado la suspensión del envio del contingente militar. . . . . Bien sabia yo, al dar aviso de la invasión chilena, que cumplia mi deber sin esperanza alguna de que el peligro pudiera despertar de su letergo á una població en cuyo seno ha germinado la perniciosa semilla lanzada por espíritus perversos, dispuestos á desencadenar el furor de pasiones egoistas y á levantar la mezquina y odiosa bandera del partidarismo. . . . . N. Flores.»

En tal estado de indecisión general llegó el 30 de Mayo, la dolorosa noticia de la derrota del Alto de la Alianza, á la vez que la del regreso del presidente provisorio con los restos del ejército boliviano, y fue entónces cuando la situación tomó un aspecto enteramente distinto.

La inmensidad del desastre y la imminencia del peligro de una proxima invasión enemiga, pues cada cual llegó á forjarse, en su amedrentada y ardorosa fantasía, la idea de que el ejército chileno picaba la retaguardia de los derrotados batallones bolivianos, produjeron en todos los ánimos una saludable, si bien momentánea reacción.

El pensamiento de la guerra y el de los grandes intereses nacionales comprometidos en ella,—olvidados por completo hasta entónces,—invadió súbitamente todos los cerebros: diputados, altos funcionarios, militares y ciudadanos de todas las clases sociales, formaban corrillos en toda la ciudad de La Paz, y repetían, á una voz: que era preciso evitar, á toda costa, la guerra civil; que con tal fin, se hacía indispensable excluir, en la próxima eleccion presidencial, los nombres de todos los pretendientes que hasta entónces se habían presentado y que tal vez trabajaban todavía por ascender á la primera magistratura del estado; y que era necesario, urgente, constituír un gobierno fuerte que pudiera y quisiera consagrarse con toda abnegación á la defensa nacional y á la reconstitución interna del país, llamando al poder á un ciudadano que extraño á los mezquinos manejos é intrigas partidaristas, gozara de la estimación y la confianza de toda la república.

Bajo la impressión reducida por estas ideas y

por los sucesos desarollados, aquel mismo día se reunió la convención nacional, en sesión extraordinaria, permanente y continua, y eligió presidente de la república, en el primer escrutinio y por gran mayoría de votos, al general don Narciso Campero, el mismo que, hacía quatro días apenas, había sostenido valerosamente,—aunque con éxito desgraciado,—el honor de las armas bolivianas, en la desigual batalla del Alto de la Alianza, y que precisamente en tales momentos corría los mayores peligros en la frontera de la república, por contener los desórdenes de una soldatesca fugitiva é indisciplinada.

El general Campero, experto guerrero, bastante versado en la ciencia económica y completamente extraño á las intrigas de partido, de las que lo tuvieron siempre alejado sus hábitos, formados en la vida de Europa, en donde se educó (caso único tal vez en Bolivia hasta estos últimos tiempos) y pasó después largos años; lejos de trabajar para ser elevado á la primera magistratura del estado, había declarado reiteradas veces, que rehusaría dicho honor, en homenaje á los principios republicanos y principalmente al de la alternabilidad del poder.

La elección de este personaje en un momento tan exceptional, fuè acogida, de un extremo á otro de la república, con las más vivas manifestaciones de simpatía, y saludada como la aurora de una nueva era que habría de conjurar, con su sola aparición, los temores y los funestos excesos de la guerra civil.

El diario más acreditado de La Paz, « La Tribuna », dirigido por dos jóvenes de talento: Fed

rico Zuazo y Adolfo Durán, diario desligado entónces de todo vinculo de partido politico, escribía el 31 de Mayo:

« Declaramos que la convención nacional, eligiendo al general Campero presidente de la república, ha salvado al país en el borde del abismo de la anarquía. Si hubiera sido otra la persona llamada á la primera magistratura del estado, quien sabe si, con el enemigo al frente, no habríamos tenido que bañarnos en la sangre de la guerra civil. »

Sin embargo, la tempestad que, sin el incidente del Alto de la Alianza, debió estallar en el seno de la convención nacional, durante la elección de presidente de la república, se presentó, en proporciones infinitamente menores, en la designación del primer vicepresidente. Cada partido quería llevar á este puesto al candidato que pocas horas antes tenía para la presidencia, y se hizo tan difícil la elección, que para poder reunir la mayoría que le diera validez, fué necessario hacer nueve votaciones sucesivas.

Después de tan reñida lucha resultó elegido el doctor Aniceto Arce, y los hechos probaron muy pronto cuán poco feliz habría sido la elección de este como presidente de la república, aspiración real de sus pocos partidarios.

El doctor Arce, hombre de escasa inteligencia y de más escasos estudios y preparación para el manejo de la cosa pública; pero muy rico y opulento, por uno de aquellos golpes de fortuna, tan imprevistos como fáciles *para* los que se dedican á

la industria minera,— había concebido tan alta idea de sí, que llegó a creerse el único ciudadano apto para regir, en aquellos graves momentos, los destinos de su patria, y aún PREDESTINADO para salvarla de los terribles y ya previstos efectos de la guerra con Chile, y para satisfacer las múltiples é imperiosas necesidades de orden interno.

El voto, casi unánime de la convención nacional en favor del general Campero, fué, pues, una herida cruel para su amor propio, herida que se hizo más grande aún cuando vió rudamente combatida su elección de primer vicepresidente, circunstancia que puso en trasparencia su falta de popularidad.

Disimuló, no obstante, su despecho,—cubriéndose con el antifaz de una aparente buena fé habitual, semejante en todo á la de los indígenas,—y se dedicó, desde el primer momento,—á oponer toda clase de obstáculos en el ya escabroso sendero que las circunstancias habían preparado al general Campero; creyendo que así obligaría á éste á dejar la presidencia de la república, ó al país á que le derrocara, recayendo en él, como primer vicepresidente, el ejercicio del poder supremo.

Elegido presidente el general Campero mientras se hallaba en marcha hacia La Paz, el doctor Arce asumió el mando hasta la llegada de aquel, como llamado por la ley, y á mérito de las insinuaciones que en tal sentido le hizo una comisión enviada por la convención nacional; y no obstante de que su gobierno interino de pocos días imponía el deber de abstenerse de la adopción de toda medida que no fuera de carácter muy urgente, dió forma, entre otros, á un acto vituperable, que será su eterna condenación.

Ya hemos dicho que una revuelta de cuartel, ocurrida en Marzo de aquel mismo año, produjo el desbande de una división de más de 1500 hombres que el general Campero, entonces presidente provisorio, había organizado con el objeto de llevarla á Tacna, división que probablemente habría dado la victoria al ejército perú-boliviano en el Alto de la Alianza.

De los autores de esta oprobiosa revuelta, unos estaban procesados y otros simplemente separados del servicio; pero todos yacían bajo el peso de la reprobación general, y no urgía, por ningún motivo, que el gobierno se ocupara de ellos, sino era para procurar su castigo.

Sin embargo, el doctor Arce, aprovechó de los breves instantes de su gobierno interino para llamar de nuevo al servicio activo á gran parte de aquella muchedumbre de revoltosos, llegando hasta conceder ascensos á algunos de ellos y á colocar á otros en el cuerpo de edecanes y ayudantes de gobierno (1), mientras que la pobreza del erario público y la falta de soldados que mandar, obligaban á dejar sin colocación á gran número de jefes y oficiales que se habían mostrado dignos y leales servidores de la patria.

Aún sin tomar en consideración la inmoralidad que este procedimiento entrañaba y las no infundadas sospechas de complicidad que de él podrían deducirse, el doctor Arce introducía así en el ejército y en momentos tan graves para el país, en los que se sentía como nunca la necesidad de alejar todo cuanto pudiese turbar la paz interna é

(1) Veáse « El Deber » de La Paz, número 101.

impedir la acción rápida y segura del gobierno, un elemento perturbador por si mismo, y manifiestamente hostil al general Campero.

Al mismo tiempo, el diario « La Patria », que había sido uno de los más ardientes propagandista y defensores de la candidatura del doctor Arce á la presidencia, trataba de aprovechar de la conocida hidalguía y rigidez de principios del general Campero, para incitarle á no aceptar la presidencia de la república; principiando por manifestar que se dudaba si la aceptaría ó nó; recordando que él había declarado en muchas ócasiones la necesidad de establecer de una vez el principio republicano de la alternabilidad en el poder, y concluyendo por decir que el general Campero, si no quería parecerse á los Daza y á los Melgarejo, se hallaba en el deber imprescindible de mantener su palabra anticipadamente empeñada á este respecto, y que si esto no bastaba para determinarle á no aceptar el cargo, era necesario que tuviese presente que la convención nacional sólo lo había elegido presidente por forma, para animar su espíritu del abatimiento producido por la derrota del Alto de la Alianza y, por lo mismo, con la casi seguridad de que se apresuraría á presentar su renuncia.

Estas insidiosas insinuaciones casi producen el efecto que sus autores,—á cuya cabeza estaba el doctor Arce,—se propusieron. El general Campero que por la firmeza y lealtad de su carácter hacía recordar el tipo del antiguo gentil-hombre español, cuya sangre corre por sus venas, trepidó mucho, á su llegada á La Paz, antes de aceptar el alto cargo que le había sido conferido, y sólo condes-

lió y aceptó,—después de nueve días de vaci-
›n, por los reiterados apremios de la conven-
nacional y de numerosas diputaciones de todas
:lases sociales de La Paz, las que unánime-
te le demostraron que de su aceptación de-
ía el mantenimiento de la paz interna y la
ɔilidad de atender con dignidad á las impe-
ıs necesidades de la guerra con Chile.
›svanecidos así los nuevos temores de la guerra
la paz interna se consolidó á lo menos apa-
əmente, sobre sólidas y seguras bases.



VIII

RESUMEN.—Deplorables condiciones de Bolivia. — Escasos número del ejército. — Falta de armamento. — Pobreza del erario. — El gobierno pide ayuda de armas ó de dinero al Perú.—Demanda un empréstito á Estados Unidos. — Envía agentes secretos á Buenos Aires para adquirir armas. — Disposiciones internas. — Rivalidades é intrigas de los malévolos. — La topografía del terreno dificulta la represión de los motines. — Los materiales de guerra adquiridos en Buenos Aires son detenidos en Jujuy; llegan con mucho retardo á Bolivia.—Se exije la entrega de las armas que se hallan en poder de particulares.—Se forma un pequeño ejército.—Se piensa en operaciones bélicas que quedan sin realización.

En el capítulo precedente hemos manifestado que el general Campero trepidó mucho en aceptar la presidencia de la república, y tenía razón para ello; en Bolivia todo estaba por hacer...: pero faltaban los elementos para realizar la obra.

La necesidad suprema del momento, para continuar la guerra con Chile era la formación de un ejército; pero, para emprenderla, faltaban las armas y lo que es más, los fondos para adquirirlas y un camino para internarlas en el país. Este, pobre y en completa acefalía administrativa y económica, se hallaba en condiciones nada favorables para acudir en ayuda del gobierno.

Del ejército batido en el Alto de la Alianza, solo quedaban en armas algunos informes y diezmados batallones que, contados con los existentes en el sur de la república bajo las órdenes del general Flores, apenas si formaban un total de 1200 ó 1300 hombres; y Bolivia no podía armar á un soldados más, porque en sus parques no tenía ya ni un rifle de reserva.

Del escaso armamento que poseía antes de la guerra y el que, al principio de ésta, le envió el Perú, gran parte se perdió en la célebre dispersión de San Francisco, y el resto en la jornada del Alto de la Alianza.

Muchos de los soldados vueltos á la patria después de aquellos desastres, habían conservado sus armas; pero en lugar de entregarlas al gobierno, como el deber exigía, las guardaron en sus hogares, ya con el objeto de venderlas, ya con el de servirse de ellas en las frecuentes guerras civiles.

A esta carencia absoluta de armas se agregaba, —como ya tuvimos ocasión de observar, la de fondos para adquirirlas en el exterior, ya que en la república era imposible su fabricación, industria completamente desconocida allí.

País envuelto con frecuencia en luchas intestinas, y regido, con más frecuencia aún, por gobiernos inestables é ilegitimos, jamás disfrutó de ese immenso beneficio para las naciones que se llama crédito externo, y mal podía gozar de éste, cuando ni en el interior, entre los ciudadanos lo tenia.

Siempre que recurrió, al crédito interno fué en la forma de empréstitos forzosos, que nunca se cu-
on por completo, realizándose en parte con el
eo de la fuerza, único medio de vencer la re-

sistencia que los particolares oponían para la entrega de fondos, resistencia que muchas veces se tornaba en verdaderos motines ó rebeliones.

Un empréstito de esta clase, por un millón de pesos, se había hecho al principio de la guerra, en los primeros meses del año de 1879. Este empréstito solo fué cubierto en parte muy pequeña, y, aún así, puso en grave peligro, varias veces, el orden público.

Dados estos antecedentes, el único recurso del momento era constituído por los ingresos ordinarios del fisco, cuyo monto jamás excedió de dos millones de pesos, suma que apenas bastaba, en épocas normales, para los gastos más urgentes de la administración pública; pero aún este exiguo ingreso había sido devorado casi del todo con anticipación, á consecuencia de los fuertes gastos extraordinarios que el gobierno se vió obligado hacer en la guerra sostenida hasta entonces.

Este cuadro de ruinas y miserias era completado con las deplorables condiciones en que se hallaba todo el sistema político, económico y administrativo del país, estado tan grave, que la convención nacional se vió en la necesidad de derribar las instituciones existentes, poniendo en vigencia una de las muchas constituciones que Bolivia se había dado antes é introduciendo muchas y muy radicales reformas en el ramo de hacienda.

Nada de ésto desalentó, no obstante, al general Campero, quien, abarcando con juicio sereno, la situación, desplegó la mayor actividad desde la inauguración de su gobierno; mientras por un lado atendía á la organización interna del país, por otro prestaba el más asiduo é inteligente cuidado,—

tanto como era posible,—á las múltiples exigencias de la guerra.

La necesidad más urgente en este orden, como ya se ha visto, era la formación de un numeroso y disciplinado ejército; pero como el principal obstáculo para ello era la falta de armas y de dinero, el primer pensamiento del general Campero fué proveerse de estos dos elementos esencialísimos, ó, mejor dicho, no escatimar medio alguno para conseguirlos.

A fines del mes de Junio, ó sea pocos días después de haber asumido el mando el general Campero, partía de La Paz el doctor Cabrera, con una misión confidencial cerca de los gobiernos del Perú y de Estados Unidos de Norte América. Al primero debía pedir el armamento y las municiones necesarias; y, en caso de que no pudiese acceder á tal demanda, un préstamo de dinero que permitiese adquirir en otra parte dichos elementos de guerra. Terminada esta primera parte de su misión, el doctor Cabrera debía dirigirse á Nueva York, y negociar con el gobierno norte-americano, un empréstito en dinero, así fuese á costa de los mayores sacrificios para Bolivia, ó en armamento, si fracasaban las negociaciones con el Perú para conseguir éste.

Al mismo tiempo que el doctor Cabrera, pocos días después, partían, también de La Paz, otros agentes confidenciales del gobierno. Estos iban á Buenos Aires, con el encargo de adquirir armas y municiones, secretamente y en su propio nombre, como si se tratase de una simple operación mercantil. Si esta misión tenía buen éxito, el parque

adquirido debía ser internado á la república por la frontera argentino boliviana.

Por último, mientras estos agentes llenaban la misión que se les había encargado para el exterior, el gobierno se dedicaba con todas sus fuerzas á la reorganización interna y dictaba órdenes terminantes.

Primero:—para recoger las armas que los soldados desbandados ó dispersos después de los desastres de San Francisco y del Alto de la Alianza habían conservado en su poder ó vendido á otras personas;

Segundo:—para formar y disciplinar nuevos batallones, que debían hallarse listos cuando llegara el armamento que los agentes confidenciales habían ido á negociar en el extrangero; y

Tercero:—para la percepción de las escasas rentas del estado y la realización de un empréstito forzoso de quinientos mil pesos, autorizado por la convención nacional en sustitución del de un millón de pesos decretados en 1879 por el ex-presidente Daza, quien apenas logró percibir menos de la mitad.

Cuando más empeñado se hallaba el gobierno en esta labor, sobrevinieron las negociaciones de paz, promividas y patrocinadas por los Estados Unidos de Norte América, de la que hablamos en la primera parte de nuestra historia, y á las cuales el general Campero prestó toda la atención necesaria sin descuidar la obra de reorganización en que estaba empeñado. Estas negociaciones terminaron de manera desgraciada con las célebres « Conferencias de Arica, » á bordo de la « Lackawana, » cuyo único resultado *práctico* fué poner en evidencia

las exhorbitantes exigencias de Chile y la poca ó ninguna seriedad de la diplomacía de los Estados Unidos.

Pero en tanto que el gobierno consacraba todos sus esfuerzos á la satisfacción de tan urgentes necesidades, el país, lejos de secundar y robustecer su acción, acudiendo en su apoyo con patriótica solicitud, se mostraba retraído, desconfiado, agitándose sordamente en actitud hostil, instigado por ambiciosos vulgares que, bajo el pretexto de anhelar el término de la guerra con la conclusión de un tratado de paz, oponían estudiadas resistencias á aquel que trabajaban activamente, para sembrar la desconfianza y llevar el desaliento á todos los ánimos; sin omitir, siquiera, ni la desmoralización del todavía no reorganizado ejército, haciendo nacer en él la discordia y el descontento, ni los motines y pronunciamientos, que se hicieron frecuentes en diversos lugares de la república (1).

El porta-estandarte,—si así puede llamarse,—de esta triste y antipatriótica labor, era un diario paceño, «La Patria,» que se mostraba infatigable en combatir al gobierno; empleando el lenguaje más

(1) En el Mensaje que el presidente de la república dirigió á la convención nacional en Junio de 1881, se lée: «Conocéis, señores, la condición en que se encontraba nuestro ejército después del desastre del 26 de Mayo del año próximo pasado: poco más de mil hombres esparcidos del norte al sur de la república, en gran parte desprovistos de armas y municiones, y, lo que es peor todavía, faltos de moralidad y verdadera disciplina; incapaces por ésto de emprender una campaña contra el enemigo, y aptos únicamente para llenar de terror y espanto nuestras poblaciones.... Poco tiempo después de la clausura de la convención (Octubre de 1880), comenzó á susurrarse que bien pronto estallaría una revolución. No podía descubrirse al promotor ó caudillo de la revuelta; pero crecía el rumor, y la alarma que tenía en agitación á toda esta población se prolongó rápidamente hasta el sur de la república.... »

acre y violento y en hacer crecer la alarma, la desconfianza, el descontento en la inquieta población.

Educados en la antigua escuela política de Bolivia,—que á los intereses generales del estado anteponía siempre los personales ó políticos de un hombre ó de un partido,—los enemigos del gobierno aparentaban no comprender que sus procedimientos, en época tan grave y solemne constituían un verdadero delito de lesa-patria. El único fin que perseguían era derribar el gobierno que presidía el general Campero, para colocarse en su lugar,—así no fuera sino por un día,—y obcecados por esta ambición, no reparaban en los medios, é iban preparando con indiferencia la ruina completa de la nación.

Ya hemos hecho notar que en un país como Bolivia, cuya organización política,—especialmente por la penuria constante del erario nacional,—es deficiente; cuya escasa población se halla diseminada en un territorio tan immenso como montañoso y accidentado, y cuya falta de caminos hace enormes las distancias y difícil y tardía la comunicación de una á otra ciudad, de una á otra aldea; la acción del gobierno, por activa y enérgica que sea, no logra hacerse sentir fuera de la capital si no es con mucha lentitud y en forma demasiado limitada.

De allí, que sea también muy difícil, aún en tiempos normales, el cumplimiento solícito y exacto de las disposiciones que se dictan, cuando dicho cumplimiento requiere el concurso de toda la nación; y si á esta dificultad se agrega la labor hostil de las facciones subversivas, ó la simple malevolencia de una parte de los habitantes, ya se com-

prenderá la situación gravisima, que llega á crearse para el gobierno.

Y aquí conviene recordar que la impotencia de la autoridad central para desplegar en cualquier momento una acción rapida, enérgica y eficaz en todo el territorio de la república, no fué nunca la menos importante entre tantas otras que contribuyeron siempre á perpetuar la guerra civil y la anarquía en que siempre se ha visto envuelta Bolivia. Estallando la revuelta, ó simplemente iniciado un movimiento subversivo en cualquiera localidad, tiene tiempo para crecer, agigantarse, hacerse formidables, antes de que el gobierno reciba aviso y pueda adoptar las medidas necesarias para ahogarlas en su cuna ó para combatirlas oportunamente, dando así lugar para que un desorden que al principio pudo dominarse con una simple medida de represión, tome un aspecto sério que exija, para ser debelado, gastos y sacrificios de todo orden.

Fácil es calcular, por lo mismo, conocidos ya los antecedentes y lo situación que Bolivia atravesaba en la época que nos ocupa, cuántos obstáculos se crearían y cuántas dificultades se opondrían á la recaudación de fondos, á la recolección de armas y á la creación de un ejercito, asuntos que embarcaban toda la atención del gobierno, por entónces, como que eran la base del plan patriótico que el gobierno quería realizar.

Y no fueron éstas las úniacas contrariedades que el general Campero halló á su paso y que entrabaron su acción en el interior de la república: otras no menos graves,—se presentaron en el exterior.

La doble misión encargada al doctor Cabrera cerca de los gobiernos del Perú y de Estados Uni-

dos, fracasaron por completo: el Perú, estrechado por múltiples necesidades, habiendo agotado casi todos sus recursos disponibles en el sostenimiento de la guerra, y bajo la amenaza,—que no tardó en realizarse,— de una invación enemiga á las puertas de la capital, no se hallaba por cierto en actitud de prestar auxilio á madie: más bien lo necesitaba: y cuanto al gobierno de Estados Unidos le bastó atrincherarse en su condición de potencia neutral, para dar una respuesta negativa.

Sólo los agentes secretos enviados á Buenos Aires daban esperanzas de buen éxito en el desempeño de la misión que tenían á su cargo. Puestos en relación con algunas acreditadas casas comerciales de aquella ciudad, lograron obtener que, con la presteza necesaria, fueran despachados de puertos europeos algunos cañones Krupp, muchos miles de rifles y la competente dotación de municiones para unos y otros.

Pero ésto no bastaba: era necesario buscar la manera de internar á Bolivia aquel armamento; y entónces surgió una nueva y no pequeña dificultad.

Ocupado por el ejército chileno todo el litoral boliviano y parte del peruano,—desde el río Loa hasta Arica;—bloqueado Mollendo, y cerrados los demás puertos del Perú, por la extricta vigilancia de la escuadra de Chile; Bolivia se hallaba en la imposibilidad material de aprovechar para la internación del armamento, de las antiguas vías que le daban alida hacia el Pacifico, únicas que aunque no excentas de peligros, hubieran facilitado algo la operación.

Quedábale, pues, como exclusiva ruta posible, la más larga y difícil: la de Buenos Aires, á tra-

vés de casi todo el territorio argentino. De esta ruta se valieron los agentes bolivianos, á cuya cabeza se hallaba el ardiente patriota y activo é inteligente comerciantes don Francisco Araya; pero, á pesar de las grandes precauciones que se adoptaron para mantener oculto el transporte de los materiales de guerra, disfrazándolos bajo la forma y denominación de mercaderías generales, no pudieron los agentes sustraer el armamento á la suspicacia y actividad del espinionaje chileno, y fué detenido á medio camino, estando áun como puede comprenderse, en territorio de la República Argentina, invocándose los deberes de neutralidad de una nación extraña en la guerra del Pacífico.

En realidad, la República Argentina, que tan celosa se mostró entónces para el cumplimiento de sus deberes de país neutral, si alguna vez los violó prácticamente fué cuando ordenó el sequestro, en Jujui, del armamento indicado que según constaba de los documentos y aparecía en las negociaciones comerciales hechas en Buenos Aires, era transportado por cuenta y riesgo de personas particulares que iban á procurar la realización de una empresa de carácter mercantíl, y no á llevar socorros de esta naturaleza á Bolivia ú operando por cuenta de esta nación beligerante (1).

(1) «El hecho de que un estado neutral suministre ó ayude á suministrar armas ú otros materiales de guerra á una de las naciones beligerantes, constituye una violación de los deberes de neutralidad. Por el contrario, si los particulares, sin tener la intención de socorrer á uno de los dos beligerantes, suministran sus armas ó materiales de guerra, á título de empresa comercial, corren el riesgo de que estos objetos sean confiscados por el adversario, como contrabando de guerra; más los gobiernos neutrales no faltan á sus deberes tolerando el comercio de objetos que son considerados como contrabando de guerra.»—Bluntschell.—C. de Derecho Internacional: art. 765.

A esta doctrina,—aplaudida por los mejores tratadistas de Dere-

Conviene advertir, no obstante, que este secuestro se verificó en virtúd de gestiones hechas por la diplomacia chilena en momentos en que la República Argentina estaba agitada por graves disturbios políticos en las postrimerías del gobierno de Avellaneda, y que fué suspendido, sin dificultad alguna, después de cerca de dos meses,—de ansiedad y agonía para Bolivia;—cuando se instaló definitivamente el gobierno del ilustre y valeroso general Roca.

Salvado el obstáculo de este secuestro, quedaba otro no menos grave: llevar á término el transporte del armamento, operación penosísima, por la larga distancia y por la falta de caminos. Desde Jujui,—donde el material de guerra fué detenido,—hasta Oruro,—el centro militar más importante de Bolivia en toda ocasión,—hay más de mil kilómetros, siguiendo la línea más corta, entre las que pueden ser consideradas como practicables, y que se extiende por lugares escabrosos, en los que parece que la naturaleza hubiera querido acumular, con especial estudio, dificultades de toda clase, que á veces parecen invencibles.

En medio del mayor grupo de montañas, del ver-

---

cho Internacional,—sugetó Inglaterra, como siempre, su conducta durante la guerra franco-prusiana. Idéntica conducta observó,—también en la misma ocasión,—el gobierno de Washington, que, al proclamar su neutralidad, declaró expresamente que los ciudadanos de los Estados Unidos quedaban en plena libertad de negociar, por su cuenta y riesgo, con artículos considerados como contrabando de guerra, á la vez que prohibió, de manera terminante, á los arsenales del estado, la venta de armas á los beligerantes. Por otra parte, el tratado de comercio, vigente hasta 1868, entre la República Argentina y Bolivia, sancionaba el principio de libre tráfico comercial, con declaración expresa de no poderse imponer ninguna prohibición ó restricción, excepto en virtud de disposiciones generales, aplicables á la vez al comercio de todas las demás naciones.

dadero macizo de los Andes,—en donde á los ardientes calores de un sol estival que de día lo calcina todo, sucede, de súbito, al caer de la noche, el frío más intenso de la cordillera: en donde, como soberana, reina la más tétrica soledad, apenas interrumpida à trechos por alguna choza de indígenas, más ó menos bárbaros, que huyen precipidamente á la vista de un viajero, en donde éste debe llevar todo consigo, porque todo también falta para la satisfacción de las necesidades humanas; en donde no hay una brizna de yerba que alegre la vista, excepto en los valles profundos que es preciso dejar á un lado para no aumentar hasta lo infinito las torturas de una peregrinación larguísima y penosa; en donde el mejor camino es un misero sendero, no siempre visible, formado por las pisadas de los pocos animales que por allí aciertan á pasar,—es preciso, para llegar al término definitivo de la jornada,—ó serpentear entre angostos lechos de grandes ríos, pasando y repasando centenares de veces, rápida corriente, ó súbir y bajar, como gamuza, altísimas rocas, en las que muy á menudo basta posar la planta sobre alguna piedra mal colocada ó gastada por el tiempo,—piedra que el menor contacto reduce á fragmentos, para rodar hasta el fondo de espantosos precipicios (1).

El transporte, pues, de cañones, rifles y municiones por aquella ruta, tenía que ser obra paciente y laboriosa de mucho tiempo, y aunque se hizo cuanto fué posible para terminarla pronto, sólo

(1) Nosotros mismos hemos recorrido esta zona, durante el viaje, —tantas veces recordado,—que hicimos de Buenos Aires á La Paz, y hemos tenido, por lo mismo, ocasión de conocer y experimentar las penalidades que hay que pasar y las tristísimas condiciones en que se halla.

egó á concluír en Febrero de 1881, (cuanto Lima, a capital del Perú, está ocupada por el ejercito hileno).

A pesar de los muchos y activos esfuerzos que l gobierno hizo para procurarse algún armamento e fué imposible obtener del exterior un solo cañon, in solo rifle antes de la época citada, y la falta le armas, elemento primero y esencial en la guerra, había condenado á Bolivia á forzada y fatal nacción, precisamente en los momentos en que nás encarnizada era la lucha entre su aliado, el Perú y Chile.

Más si la falta de armas y de un ejército regularmente organizado siquiera impedía á Bolivia tomar parte activa en la guerra, en cambio tenía el deber de aportar á ella el contingente de sus fuerzas, por pobre y pequeño que fuese. Comprendiéndolo así el general Campero, sin descuidar las gestiones que hacía en el exterior para la adquisición de armas, desplegó la mayor actividad,—ya lo dejamos dicho,—en la triple tarea de proveerse de fondos, formar y disciplinar nuevos batallones y recoger los rifles diseminados en todo el territorio, á consecuencia del desbande del ejército después da los desastres antes mencionados, armas que se hallaban en poder de los soldados dispersos ó de quienes á estos las habían comprado.

También hemos dicho ya que muchos y no pequeños obstáculos se opusieron á la realización de los patrióticos planes y proyectos del gobierno, de parte de los malos bolivianos que dando pábulo á sus innobles ambiciones, satisfaciendo sus mezquinas ambiciones personales, no tuvieron vergüenza ni escrúpulos para reagravar la difícil situación en

que se hallaba el país, haciendo papel tristísimo que la historia no olvidará ni dejará de condenar jamás.

No obstante, cuando en Septiembre de 1880 se tuvo noticias vagas,—por rumores que hasta La Paz llegaron,—de que el ejército chileno se preparaba para atacar Arequipa, (hecho que no llegó á realizarse; pues por entonces sólo era una presunción), el general Campero se apresuró á ofrecer al Perú la ayuda de las pocas fuerzas de que podía disponer (1); y cuando en Diciembre del mismo año, se supo que el enemigo se concentraba en el valle de Lurín, para atacar Lima (2), tampoco descuidó estudiar y poner en ejécución, hasta donde lo permitieron los acontecimientos, el único plan de campaña que,—dadas las excepcionales circunstancias de tiempo y de lugar. y en relación con los medios de que era posible disponer,—podía favorecer la causa de la alianza.

Gracias á los perseverantes esfuerzos del gobierno, en Bolivia se había logrado reunir un pequeño ejército de 3500 hombres, excepción hecha de jefes y oficiales, número que correspondía, casi exactamente al de rifles,—no todos útiles,—que fué posible acopiar después de inauditos esfuerzos: pero debe observarse que estas armas, guardadas mucho tiempo en poder de particulares (soldados desban-

(1) El mejor auxilio que en tales momentos podía ofrecer Bolivia,—cualesquiera que fueran sus condiciones,—y á tenor del tratado de alianza, era enviar sus tropas en socorro de Arequipa, sin ofrecimiento ni consulta previos.

(2) Era imposible que en Diciembre de 1880,—salvo del 29 al 31, se conociera en Bolivia la concentración del ejército chileno cerca de Lima, por las dificultades de la comunicación. Se conocería en los primeros días de Enero de 1881, según creemos y los hechos lo prueban.—N. del T.

ados, dispersos ó desertores, y ciudadanos que á stos las habían comprado ó cambiado por otros rtículos), se hallaban, por lo general, en mal esado; que de ellas sólo 1900 tenían ballonetas y lemás accesorios, y que las municiones eran muy scasas.

Casi todos estos rifles eran del sistema Remingon, que se cargan con cartuchos metálicos, cuya fabricación era, y es ahora mismo, desconocida en aquellas altas regiones de los Andes.

Lo que queda dicho es tratándose de fuerzas regulares de infantería; cuanto á caballería, no existía un solo cuerpo; y, por lo que respecta á artillería estaba representada sólo por dos pequeños é inservibles cañones Krupp, que á costa de mil esfuerzos pudieron ser arrastrados hasta Oruro,—á través de los Andes,—después de la batalla del Alto de la Alianza.

Ya se comprende que á un ejército que se hallaba en estas condiciones y á una distancia tan grande del nuevo campo de operaciones escogido por los chilenos, no se podía exigir grandes sacrificios ni brillantes acciones.

En la imposibilidad de conducir á Lima á este ejército, como refuerzo para el del Perú, faltando medios marítimos de trasporte, desde que en el mar dominaba ya, sola y exclusiva, la escuadra chilena; y siendo de más de tres mil kilómetros la distancia por la vía terrestre, aumentada por lo escabroso y difícil del camino, que precisaba varios meses de fatigosa marcha para ser socorrido; no podía ser utilizado sino como fuerza auxiliar, destinada á distraer la atención del enemigo por otros lugares, para obligarle á dividir las fuerzas con-

centradas á las inmediaciones de la capital del Perú.

Así lo previó el experto general Campero, y dispuso que el pequeño ejército que tenía a sus órdenes se dividiera en dos cuerpos uno que operaría sobre Tarapacá, el objetivo principal de Chile al declarar la guerra, y que, por lo mismo, defendería á todo evento esta nación; y otro que, de acuerdo con las tropas de Arequipa, amagaría Tacna, lugar extratégico de suma importancia para el enemigo (1).

Desgraciadamente estos movimientos se operaron con tanta lentitud, ó, más bien dicho, tan tarde, y los acontecimientos principales,— decisivos podríamos decir,— se desarrollaron con tal rapidez,—que en Bolivia no se preveía,—que las noticias de las grandes batallas de San Juan y Miraflores y de la ocupación de Lima por el ejército chileno sorprendieron al ejército boliviano cuando éste se hallaba en marcha hacia los lugares en que debía operar.

El activo y enérgico ministro de guerra de Bolivia, coronel Aguirre, que parte tan principal tuvo, tanto en la reorganisación del ejército como en los movimientos estratégicos que éste operó, en su informe á la convención nacional decía el ano de 1881:

« La noticia de la gran catástrofe de Lima me

---

(1) Para acordar el plan de campaña, que debía seguirse por las tropas peruanas y bolivianas, el 2 de Enero de 1881 salieron de La Paz para Arequipa, el señor Calvo ministro de estado, y el coronel Aramayo, primer ayudante del estado mayor general del ejército boliviano.—N. del A.

Tenemos, no obstante, motivos para creer y asegurar que el plan referido tuvo como iniciador al coronel don José de La Torre, comandante en jefe del ejército del sur, por entonces, quien aún estaba dispuesto á llevar por propia cuenta y sin el auxilio de Bolivia, el amago sobre Tacna.—N. del T.

encontró en la altiplanicie la aurora del 26 de Enero. Después de haber dirigido la marcha del batallón Calama, que iba á unirse á la división de Palazuelos en la Barca de la Jova, regresaba á Viacha, para conducir en persona los batallones Sucre y Loá á la frontera, en donde debían recibir las órdenes oportunas para maniobrar sobre Yarapalca ó sobre Tarata, según quedara decidido de común acuerdo con el comandante en jefe de las fuerzas peruanas de Arequipa» (1).



(1) Basta esta parte del informe del ministro de guerra de Bolivia, para comprobar lo que, como presunción, dijimos en la nota anterior.—*N. del T.*

IX

RESUMEN.—El Perú después de las batallas de San Juan y Miraflores. — Chile pudo poner término intermedio á la guerra, realizando todas sus aspiraciones: no supo aprovechar esta oportunidad favorable y tomó una ruta falsa. — El Perú prepara su último baluarte de resistencia: Arequipa. — La guerra en lugar de concluir, toma una nueva faz. — Chile amenaza invadir Bolivia. — El gobierno boliviano hace esfuerzos para ponerse en actitud de rechazar la invasión. — Los adversarios políticos del gobierno, contrarían su labor: desean que se negocie la paz: causas de esta conducta. — Chile no pensaba invadir Bolivia. — Agentes secretos chilenos proponen al gobierno boliviano negociaciones ilícitas de paz, para que rompa la alianza con el Perú. — Negativa del general Campero. — Los agentes chilenos entran en negociaciones con los adversarios del gobierno boliviano. — Aceptan las propuestas chilenas y toman el nombre de Partido de la paz á todo trance. — Chile no podía tener intención de cumplir dichas propuestas. — Suponiendo que tal intención tuviese, Bolivia habría caído, de hecho, bajo el protectorado chileno. — El partido de la paz hace cada vez más difícil la patriótica labor del gobierno. — Este convoca á la convención nacional.

DESPUÉS de las batallas de San Juan y Miraflores, al Perú,—sin capital y sin gobierno,—solo le quedaban algunos miles de soldados en Arequipa; y si el ejercito chileno, no se hubiera atemorizado con la antigua fama conquistada por dicha ciudad en el largo período de las guerras intestinas y hubiese acudido con presteza á apoderarse de ella,

en vez de saquear innoblemente, como lo hizo, las indefensas ciudades y la campiña de las provincias limitrofes con Lima, la guerra habría acabado necesariamente en pocos días, y tal vez si apagara la última, llama de los vandálicos incendios de Chorrillos, Barranca y Miraflores.

Arequipa, con una guarnición de 2500 hombres á lo sumo, y sin esperanzas de recibir refuerzos ni algún otro socorro del resto de la república, libre todavía de la invasión enemiga en momentos en que los ciudadanos se hallaban aún dolorosamente conmovidos é impresionados por la inesperada catástrofe de Lima; no podía oponer mas que una resistencia muy débil, y habría costado tan poco esfuerzos apoderarse de ella, que ni la pena valían de ser tenidos en cuenta.

Realizada la ocupación de Arequipa, habría venido, como consecuencia la de Puno, ciudad que no tenía guarnición alguna y que está unida á Arequipa y al puerto de Mollendo por el ferrocarril más pintoresco del mundo, siendo de advertir que en este puerto tenía libre, indisputable acceso la escuadra chilena. Ocupadas aquellas dos importantísimas ciudades, desde las cuales el ejército chileno podía fácilmente ensanchar su esfera de acción, tanto hacia las demás provincias interiores del Perú, cuando sobre Bolivia, toda resistencia ulterior por parte de estas dos repúblicas se hacía absolutamente imposible.

Operando Chile así, habría podido imponer rapidamente y con la punta de la espada, á ambas naciones, el escandaloso tratado de paz que tenía proyectado, sin cansar su gente: sin ofrecer al mundo, cerca de tres años, en las provincías peruanas ocu-

padas por su ejército, el triste espectáculo de una dominación que era una monstruosa y prolongada injuria á la civilización, y sin verse en la precision, —para salir de cuidados,—de deslegar todo aquel lujo de bajas intrigas diplomáticas, á que recurrió por tan largo tiempo, con desdoro proprio y de los demás.

Pero Chile, aunque deseaba poner termino á la guerra con el tratado de paz referido, que solo la razón del más fuerte podía imponer á los alidos, antes que aventurarse en nuevas batallas prefirió imponerse por el terror y la tiranía, encarnizándose desapiadadamente en la indefensa problación de Lima y de los lugares cercanos á esta ciudad, que la suerte de la guerra había puesto en su poder. Pronto pudo comprobar, empero, que este plan falaz, que á primera vista parecía que pudiera surtir los deseados efectos, era el menos aparente para ello: Chile había errado el camino.

Mientras que los ciudadanos de Lima, pasado el pánico natural de los primeros momentos, soportaban con heroísmo espartano el yugo del altanero vencedor; los de las provincias del interior se reanimaban, tambien, del abatimiento, del súbito estupor que los sobrecogió apenas se produjo el desastre, y acumulaban en Arequipa, convertida después en capital provisional de la república, nuevos y no despreciables elementos de defensa.

Chile no había sabido aprovechar el momento en que todo le era favorable para destruir hasta los últimos restos de la potencia militar del Perú y este se fortificaba con noble orgullo en sus atrincheramientos últimos, para rechazar con desesperada resistencia el ignomiso tratado de paz, que aquel

país quería imponerle. La guerra, pues, en lugar de concluir con la rendición de Lima, como debió suceder, entraba en una nueva y distinta faz.

Basta por ahora saber que el Perú continuaba en actitud defensiva, y volvamos á la otra república aliada.

Después de las batallas de San Juan y Miraflores, el movimiento estratégico de las tropas bolivianas sobre Tacna y Tarapacá, ya no tenían objeto, pudiendo mas bien convertirse en un peligro verdadero para Bolivia. El poderoso ejército chileno, dueño ya del campo de Lima, en donde no tenía un solo soldado enemigo al frente, había quedado libre por complèto, para moverse en el sentido que más conveniente creyera, y gran parte de él fué rempatriado. Por lo mismo, se hallaba en aptitud de acudir con presteza contra los pocos y mal armados batallones bolivianos que expedicionaban, y después de batirlos, sin esfuerzo alguno, nada le hubiera convenido más que penetrar tras éllos en Bolivia, en donde era seguro que no habría resistencia. Esto era de temerse, porque el curso de los acontecimientos señalaba á Chile la necesidad de apoderarse da Arequipa, para de allí enviar un pequeño ejército sobre la Paz, y por que los diarios chilenos, las pequeñas confidencias de los políticos y la voz pública de dicho país aconsejaban á su gobierno la invasión de Bolivia, sin ocuparse aparentemente de otro asunto.

Colocado en esta situación, el gobierno boliviano se apresuró á llamar á aquella parte de sus tropas que ya se encontraban en marcha hacia Tacna y Tarapacá, con el objeto de prepararse de la mejor manera posible para resistir la temida invasion.

Conociendo que, sorprendido en aquellos momentos su pequeño y mal armado ejército, no se habría encontrado éste en condiciones de afrontar al enemigo en campo abierto, decidió batirse en retirada hasta la más recónditas montañas de la república, para no empeñar una verdadera batalla sino en aquellos últimos baluartes, en los que la posición del ejército invasor tenían necesariamente que ser muy desventajosa. Para asegurar el buen éxito de este plan,—último esfuerzo del patriotismo reducido por el momento á la impotencia,—se consagró con la misma energia que antes, á alistar nuevos batallones, á proveerse de fondos,—siempre escasos,— y á activar el transporte del armamento que sus agentes conducían desde la república Argentina.

Este armamento había sido despachado de Jujuy en el mes de Diciembre de 1880, se hallaba ya en territorio de la república y estaba próximo á Oruro.

Si la anunciada y temida invasión no se realízaba tan pronto como con tanta insistencia se quería hacer creer, el gobierno abrigaba la esperanza de variar de plan, poniendo en ejecución otro que tenía madurado: completar los aprestos que hacía y esperar la invasión á pié firme, sin verse precisado á batirse en retirada, á través de las cimas de la cordillera.

Pero en tanto que el gobierno atendía así á las urgentes necesidades de la defensa del estado, sus antiguos adversarios, ó sea, todos aquellos que desde Junio del año anterior habían intrigado de mil maneras, é intrigaban todavía, para derribar al general Campero de la presidencia de la república, sostenían en público y en privado con insis-

tencia cada vez mayor, que convenía,—como lo había manifestado antes de la rendición de Lima, negociar prontamente la paz con Chile; y no contentos aún debilitando con una propaganda tan antipatriótica el entusiasmo general del país por la continuación de la guerra, empleaban todos los medios ilícitos,—sin excluir las tentativas de revuelta, — para impedir al gobierno precisamente en el momento en que se creía inevitable é imminente la invasión enemiga, que se pusiera en condición de afrontarla y rechazarla.

Y no era sólo el deseo de crear obstáculos y embarazos al gobierno al que impelía á sus adversarios á proceder así; otro sentimiento tan grande ó mayor que el anhelo de derrocar al general Campero les animaba: el temor de que las tropas chilenas, al invadir Bolivia destruyeran las ricas minas de plata de que ellos eran propietarios, como habían hecho en el Perú con muchos ingenios de azúcar.

A estos malos patriotas les asistía la esperanza de que se la invasión se efectuaba, el general Campero viéndose en la imposibilidad de resistirla renunciaría ó abandonaría la presidencia de la república para dejar que otros,—es decir ellos,—hicieran la paz con el enemigo, y llegaban hasta pensar que si el gobierno permanecía firme en su puesto, batiéndose en retirada hacia las provincias del interior como había proyectado, el ejército chileno merced á las simpatías que ellos habían manifestado en favor de la paz y de Chile, y por tanto, « á la ayuda indirecta prestada á éste último » respetaría y protejería de cualquier ataque sus personas y su propiedad.

El diario « La Patria », órgano principal de este partido y el más ardiente sostenedor de la candidatura del doctor Arce á la presidencia de la república, no se cansaba de repetir, todos los días y en todos los tonos: que Bolivia era impotente para sostener la guerra aunque solo se tratara de la defensa; que la incapacidad del gobierno y el profundo desaliento que invadía á todos los ánimos, hacía imposible la continuación del estado bélico, que el país no poseía ni voluntad ni medios para llevar más adelante una lucha imposible... y otras cosas por el estilo.. Y mientras, este diario cumpliendo una consigna antipatriótica y exclusivamente partidarista, llevaba el desaliento y la desconfianza á todos los ciudadanos, revelaba al enemigo las tristes y deplorables condiciones de la república.

En tanto, Chile, á la vez que dejaba decir y creer fácilmente que invadiría Bolivia, de un momento á otro, con un grande é imponente ejército, se hallaba muy lejos de pensar en ella. Si hubiera tenido á su disposición la fácil ruta de Mollendo, Arequipa Puno, no habría dejado de hacerlo; pero no pudiendo valerse de dicha vía, que el Perú dominaba aún, con los últimos restos de su poder militar, no pensó en emprender dicha expedición.

País calculador, frío, egoista, astuto, Chile comprendió sin dificultad que en aquellas condiciones no convenía á sus intereses llevar la guerra á Bolivia por dos razones poderosas.

Primera: porque la prudencia le aconsejaba no alejar demasiado las fuerzas del Perú, teniendo éste aún un centro de resistencia: Arequipa, cuya guarnición hubiera podido sin dificultad pasar de

la defensiva á la ofensiva cuando le viera empeñado seriamente en tal empresa, ya que, dadas las condiciones del territorio boliviano, no era fácil que el ejército que lo invadiera regresara á voluntad á un punto dado; y

Segunda: porque independientemente de los diferentes aspectos que la guerra,—casi terminada con el Perú,—podía tomar aún, la prudencia le aconsejaba no empeñarse en aventuras imprudentes, ni comprometer su ejército en un país tan lejos del mar, cuya invasión le obligaba á trasmontar los Andes, que carecía de provisiones de boca para los soldados, y en muchos lugares de pasto para los animales, y del cual la retirada, dado el caso de un revés, habría sido desastrosa.

La verdadera fuerza de Chile, la que le dió superioridad grande y decisiva sobre los aliados, era su absoluto dominio, por entonces en el mar, dominio que aseguraba provisión constante para su ejército y la retirada de éste en caso necesario. La numerosa flota chilena, consagrada exclusivamente al servicio del ejército que operaba en tierra, proveía á éste, con rapidez y sin esfuerzo, de quanto necesitaba, y de una manera especial del pesado material de guerra que sin tán poderoso auxilio, le hubiera sidó casi imposible transportar. Esto aparte de servir de colaborador eficaz en las batallas, como sucedío en Pisagua, Arica, San Juan y Miraflores, y de ofrecer todas las ventajas de una salida fácil en cualquier evento.

Como se sabe, Chile tenía su ejército listo en Antofagasta para hacer la campaña contra el Perú, aún antes de la declaratoria de guerra y de haber sido rotas las hostilidades, y, no obstante, tuvo en

la inacción á ese ejército, durante siete meses; es, decir, hasta que se hizo dueño del mar, después del combate naval de Angamos. Para convencerse del plan que estudió y puso Chile en ejecución, basta recordar el gran empeño que tuvo siempre de no alejar mucho su ejército de la orilla del mar, en cuyas cercanías, ó por lo menos, en lugares de fácil, rápida y segura comunicaciòn con ella escogió los campos en que debía librar las principales batallas.

Alejar el ejército de la ribera hasta el punto de que no quedara en comunicación fácil y segura con la escuadra, era hacerle perder todas las ventajas, poniéndolo en condiciones iguales al enemigo; y Chile era demasiado sagaz y demasiado prudente para incurrir en tan grave error.

Por otra parte, además de los grandes peligros y de la inmensas fatigas que era preciso vencer, el aprovisonamiento del ejército y el transporte del material de guerra á través de los Andes habría elevado á una cifra muy considerable los gastos de la expedición, y, en cambio de todo esto, ¿que habría pedido Chile á Bolivia? No una gran indemnización de guerra, porque Bolivia no hubiera podido satisfacerla; no una compensación territorial, porque después de Atacama, de que ya se hallaba en posesión y que estaba decidido á no abandonar de ninguna manera, cualquiera otra faja de tierra boliviana no habría tenido para Chile, al menos por el momento, ni el valor ni la importancia de aquella.

Después de las batallas de San Juan y Miraflores y de la consiguiente ocupación de Lima, el general en jefe del ejército de Chile, don Manuel Baque-

dano, de regreso para su patria, declaraba públicamente que la guerra debía considerarse como terminada, y en realidad esto era lo que pensaba Chile.

Vencido el Perú en los campos de batalla y reducido por el momento á la impotencia, hasta el extremo de que no podía oponer otra resistencia que la esencialmente local concentrada en Arequipa, Chile, ya por estar cansado de la larga lucha, ya por el deseo de no comprometer sus grandes éxitos arriesgándose en nuevas aventuras que podían tener mal término, había decidido concluir de manera definitiva las empresas bélicas y limitarse á recoger, por medio de sus ya meditados tratados de paz con el Perú y Bolivia, todas aquellas ventajas que, en su calidad de vencedor, creía tener derecho de exigir.

Si algún obstáculo podía encontrar Chile,—como efectivamente lo halló,—para la realización de este plan, bien sabía que no sería de parte de Bolivia, máxime cuando no ignoraba que si éste país se hubiese negado á aceptar el tratado de paz apetecido, caso de que el Perú lo firmara, era suficiente dejarlo abandonado entre sus picachos de su cordillera, con la seguridad de que no bajaría de ellos á molestarlo ni á rescatar el litoral ocupado.

El Perú era el que todavía daba que pensar á Chile, el Perú que, dedicado exclusivamente á la defensa de su dignidad y de sus derechos osaba aún,—según Chile juzgaba,—rechazar el odioso tratado de paz que quería imponerle: el Perú que devastado y aniquilado como se hallaba era más temible que Bolivia en toda la plenitud de sus fuerzas. De allí que el primero y más incesante cui-

dado de Chile se dirigiera siempre al Perú, para que estrechado por toda partes, acabara por aceptar la paz.

Por lo mismo, Chile no se ocupaba de Bolivia sino en segundo término, en relación con el lugar que ocupaba respecto al Perú; ó sea exclusivamente para aquello en que podía entravar ó favorecer sus miras respecto de esta última nación; toda su acción, pues, respecto de aquella se limitaba á obtener, de cualquier manera, que se retirase de la guerra, rompiendo la alianza con el Perú, para que no sirviese á éste de aliento y de ayuda en la desesperada resistencia que oponía á sus pretensiones de vencedor afortunado é inclemente.

A Chile convenía también que Bolivia, á título de indemnización de guerra, le hiciera cesión de Atacama, legitimando así ante el mundo la conquista efectuada de dicho territorio, pero, seguro como estaba de que el concurso del Perú ó de otro país, nunca Bolivia se atrevería á recobrar su litoral, sentía hacia esta república el más soberano desdén, y no intentaba, por medios lícitos llegar á la consecución de tal fin.

Las noticias que Chile hacía circular de una próxima invasión á Bolivia no tenía otro objeto que ejercer presión sobre ella, por medio del terror, para que se prestara dócilmente á secundar sus planes. Y cuando con más insistencia circulaban tales noticias, esparciendo el pánico por doquiera, buscaba como realizar este propósito, haciendo saber al general Campero, por conducto de agentes hábiles y discretos; que estaba dispuesto á firmar la paz en condiciones ventajosísimas para Bolivia, siempre que las negociaciones se hicieran sin el

concurso del Perú, sin ocuparse de este país para nada, y que como prueba palpable de sus buenas disposiciones, suspendería la proyectada invasión hasta el término definitivo de la negociación, ó sea hasta la conclusión del tratado de paz.

El general Campero, fiel á la alianza con el Perú y con conocimiento perfecto de los verdaderos intereses de su patria, rechazó estas insidiosas proposiciones, alegando que Bolivia estaba pronta á entrar en arreglos para la paz, siempre que Chile tuviese decidida intención de hacerlo de una manera justa y equitativa y con el concurso de la nación aliada, con cuyo conocimiento debían iniciarse y seguirse las negociaciones, única manera de poner término efectivo á la guerra entre las tres repúblicas beligerantes, pero que nunca escucharía proposición ni aceptaría gestión alguna á respecto sin la previa seguridad de que ellas se referían también al Perú.

Chile no se desalentó con esta digna contestación y ordenó á sus agentes secretos que precisaran el pensamiento del gobierno, haciendo al general Campero la siguiente propuesta:

Si Bolivia rompe su alianza con el Perú y aisladamente trata la paz con Chile, éste se compromete:

«Primero:—A no exigir á Bolivia indemnización alguna por los gastos de la guerra;

Segundo:—A cederle; en cambio del litoral de Atacama, las importantes provincias peruanas de Tacna y Arica, y talvez si la de Moquegua;

Tercero:—A construir, por su cuenta, un ferrocarril de quinientas millas de largo, que, partiendo, de Iquique ó de Antofagasta,—territorios que ya consideraba chilenos,—se internaría hasta los más importantes centros comerciales de Bolivia; y

Cuarto:—A firmar un tratado de alianza ofensiva y defensiva, ó defensiva simplemente, á elección de Bolivia, en la que probablemente tomaría parte otra fuerte potencia continental: el Brasil, para que Bolivia no abrigara jamás el temor de las replesalias del Perú.»

Estas promesas «eran verdaderamente tentadoras, como dijo el general Campero, en nota confidencial al ministro de relaciones exteriores de la República Argentina.

La posesión de Tacna y del magnífico puerto de Arica importaba para Bolivia la conquista de la mejor, más fàcil y más rápida salida hacia el mar, vía indispensable para un país que, sin el litoral que Chile le había arrebatado, quedaba encerrado, ahogándose entre los Andes, careciendo de medios para exportar sin dependencia de los vecinos, sus productos naturales, era la adquisición de una vía útil, segura y libre de trabas para su comercio de importación; significaba, en fin,—con el auxilio del ferrocarril proyectado por Chile,—el renacimiento à una vida próspera, social y económicamente.

Bolivia, en realidad, hubiera obtenido, como resultado de una guerra tan desastrosa para las naciones aliadas y en la que ella babía tomado una parte tan insignificante como desgraciada,

mayores y más ventajosos provechos que l
habría podido alcanzar tras de una serie
riosos triunfos: en comparación con estas g
y positivas ventajas, la perdida de Atacama l
carecido de importancia para ella.

Mas para obtener estas ventajas,—que, p
parte, no dejaban de tener graves y muy se
convenientes,—era preciso, ante todo traici
Perú, á la república aliada que se vió envu
una guerra para la que no había hecho p
tivo alguno, sólo por culpa de Bolivia, por
acudido con hidalga presteza en auxilio de
Santiago, cuando Chile le hizo la primera of
¡Era necesario volver cobardamente la esp
aliado generoso y desgraciado, al que basta
clarar su neutralidad en la escandalosa
promovida por Chile, para permanecer extr
asunto, seguro, tranquilo y acopiando ele
de defensa, por lo que resultar pudiera; y
mado, provocado, obligado á la lucha armad
no haber querido abandonar á su aliada á s
pia suerte, sostuvo, soportó,—solo casi sien
todo el peso de la guerra, y no como quier
hasta el sacrificio, hasta verse aniquilado, ex
sin fuerzas, olvidándose hasta de sí mism
complir su caballeroso deber!... ¡Era indispe
en fin, después de haber traicionado al nob
fensor, dejándolo á merced del enemigo, en
tima y tremenda hora, unirse, aliarse y divi
éste los despojos de aquel!...

¡Los grandes beneficios que en nombre d
se ofrecían á Bolivia, serían, pues, el precio
doble é infame traición contra el Perú, co

nobilísimo aliado que todo lo sacrificó en defensa de aquella república!...

Y el general Campero, sin vacilar un momento, sin tener en cuenta otras razones que hubieran podido decidirle á aceptar las tentadoras propuestas respondió á ellas:—¡Nó!... (1).

Pero los agentes chilenos no se creyerón vencidos aún: rechazados por el general Campero, se dirigieron á los adversarios del gobierno que ansiosos de escalar el poder por cualquier medio, esgrimían como arma de partido, la conveniencia y la necesidad de negociar, á todo evento y con rapidez, la paz con Chile.

Estos malos bolivianos vieron, en las propuestas chilenas, además de nuevas armas con que combatir al gobierno, la posibilidad de obtener grandes beneficios personales,—especialmente los jefes, —en su condición de propietarios de las mejores

---

(1) En el mensaje especial que el general Campero dirigió tres y medio años después al congreso boliviano (6 de Agoste de 1884), decía:

« Después de la conferencia de Arica (Octubre de 1880) Chile no ha hecho nada serio, capaz de hacer comprender su intención de arribar á negociaciones decorosas y aceptables con Bolivia, fuera de algunos incidentes poco atendibles, que hacían entrever cierta benevolencia para nosotros y el ánimo de tratarnos con menos rigor del usado con el Perú, haciendo algunas concesiones que en el fondo eran una verdadera tentación y talvez un lazo para desacreditarnos; porque aquella benevolencia y aquellas concesiones estaban subordinadas á condiciones imposibles para nosotros, como la ruptura de nuestra alianza con el Perú, nuestra complicidad en el desembramiento de su territorio para apropiarnos una parte de él, y nuestra alianza con el enemigo común.... Abandonar al Perú en sus supremos momentos de angustia, para ponernos aisladamente de acuerdo amigable con el enemigo común, para cooperar à la mutilación del territorio peruano y para tomar, también una parte de él como arras de nuestra infidelidad, habría sido un delito enorme, sin precedentes en la Historia, que habría manchado para siempre el honor de nuestra bandera... »

y más ricas minas; y las aceptaron inmediatamente y sin reserva alguna, incluyendo en su programa político la necesidad «suprema de llegar á la paz rápidamente, á cualquier precio y de cualquiera manera»... (1).

Este círculo ó agrupación política, para hacer más ostensible el plan que se proponía realizar, tomó entónces de hecho, el nombre,—que bien pronto se hizo conocido en toda la república,—de «Partido de la paz á todo trance» (2).

Bien sabía Chile que al dirigirse á un partido embrionario, que no estaba en el poder, ni mucho menos, no podía llegar á un arreglo definitivo con éste, para formar el anhelado tratado de paz; pero no ignoraba tampoco,—ignorándolo talvez muchos en Bolivia,—que á la cabeza de dicho partido se hallaba el primer vicepresidente de la república, doctor Aniceto Arce,—quien, legalmente se encargaría del poder ejecutivo en el momento en que, por cualquiera circunstancia, el general Campero dejara ó perdiera el alto cargo de que estaba investido.

Chile pues, hacía un doble juego, perseguía un

(1) La Paz, 8 de Abril de 1881. — Al señor B. de Irigoyen, Ministro de Relaciones Exteriores de la República Argentina. — Buenos Aires. — Estimado señor y amigo: La copia anexa está tomada del original. Las bases que contienen son tentadoras; mas habiendo manifestado resueltamente que no quería ver ni escuchar ninguno que tuviese por objeto un acomodo privado entre Chile y Bolivia, el agente chileno se dirije al jefe de los partidarios de la paz á toda costa. Considere S. S. bien las bases propuestas y crea en la buena amistad de su S. S.—N. Campero. «Es conocida la génesis del partido de la paz á toda costa: esta idea no ha nacido en Bolivia sino en Chile, y de allí vino buscando prosélitos entre nosotros...» («La Prensa» de La Paz, 23 de Octubre de 1888).

(2) Así ha sido conocido aún después de ascender al poder y de ajustar el pacto de tregua con Chile, habiendo excluído al Perú de la negociación.—N. del T.

doble fin procediendo así: abrigaba, primero, la esperanza,—no muy infundada,—de que aquel partido llegara al poder, esperanza basada en las reiteradas tentativas de revuelta operadas en diversos lugares de la república; y luego, obtenía la ventaja,—aún dado el caso de que el partido de la paz á todo trance no llegara á formar gobierno, tan pronto como al vecino del sur le convenía,—bastaba la agitación producida por la idea de arribar pronto á la paz, para dividir más aún el país, enervando, haciendo completamente ineficaz la acción del gobierno para la continuación de la guerra. Que Chile no se engañó al poner esta política insidiosa, y de manera especial cuando pensó dividir Bolivia en dos bandos, perfectamente definidos, uno de los cuales había de ser su mejor colaborador, lo comprobaron los hechos realizados en los tres años que trascurrieron hasta que se firmó el pacto de tregua de 1884.

Mas antes de continuar nuestra narración y de envolvernos en la apreciación de los sucesos, precisa hacer dos preguntas, que surjen expontaneamente:

¿Eran sinceras las grandes promesas que en nombre de Chile se hacían á Bolivia?

¿Podía Chile abrigar la intención sincera de dar participación tan grande en los frutos de su victoria á uno de los vencidos, cuya impotencia era tan manifiesta que ya no osaba intentar la más leve resistencia?

Es verdad que á nadie es dado penetrar ó adivinar las intenciones reales de los demás pero juzgando imparcialmente, con criterio desapasionado, todo lo ocurrido *hasta* entónces, los móviles de la

guerra, la manera como ésta se siguió, los medios que se emplearon para obtener el triunfo y los frutos de éste, hay que declarar, de una manera fatal, que Chile no tuvo jamás tales intenciones.

La escandalosa monstruosidad del ensañamiento de Chile contra el Perú, arrebatando á éste una vasta y rica zona de su territorio, para obsequiar una parte de él á la infiel aliada,—como precio de esta misma infidelidad, de la ruptura con el noble país que la había favorecido, de su nueva alianza con el enemigo, faltando á la fé jurada,—no podía tener sino una explicación racional: la de que Chile se consideraba impotente para concluir ventajosamente,—como lo había iniciado,—la guerra contra la alianza Perú-boliviana, y que, por lo mismo, para obtener cuando menos, una parte de los frutos de sus victorias, se veía en la necesidad de « comprar », á un precio muy alto, el favor—deshonroso para ambas,—de la república, causa eficiente del conflicto, y por la cual, fiel á sus tradiciones, el Perú había ido á la guerra.

Esta, repetimos, hubiera sido la única explicación racional y lógica de la conducta de Chile, pero sería caer en un absurdo suponerlo así: el de que Chile, que en 1879, sin vacilar, retaba al Perú y á Bolivia á la guerra, habiendo obtenido triunfo que reducían á la impotencia á estas dos repúblicas, tuviese tanto miedo que se viera obligado á descender á subasta tan triste y vergonzosa.

No debe desconocerse, ni menos olvidarse, que Chile,—para ahorrar nuevas fatigas y evitar los peligros eventuales de una campaña contra Arequipa, ó de una interminable prolongación del estado de cosas creado por las victoria de San Juan y Mira-

flores, ó digámoslo de una vez, para disipar el temor de otras guerras en un porvenir más ó menos lejano,— trataba de separar á Bolivia del Perú. desde el principio de la campaña; pero no creemos que quisiera hacerlo á costa de un sacrificio tan grande, que más tarde podía serle perjudicial, y que, de todas maneras habría ofuscado el brillo de sus victorias, colocándolo, además, en una condición ridícula respecto de Bolivia, tanto como aquel que retando á otro á singular combate, se viera repentinamente sobrecogido de terror, é hiciera por su enemigo lo que éste no se hubiera atrevido á pensar ni á hacer por sí y para si mismo.

—Chile cumplirá sus promesas; arrebatará al Perú, además de Tarapacá, las provincias de Tacna y Arica,—decían en Bolivia los adversarios del gobierno,—« porque necesita colocarnos á la vanguardia de su conquista para tener la convicción de que nuestro país no volverá a combatir jamás al lado del Perú y—contra él; « porque para asegurar la conquista de Tarapacá, le es indispensable tener en los confines de ésta una potencia enemiga del Perú, interesada en impedir á este que recupere todos sus antiguos territorios...

« O, en otros términos: á Chile conviene proceder lealmente con nosotros, para crear un abismo insalvable de odios y rencores, entre el Perú y Bolivia, abismo que haga imposible todo acercamiento posterior entre ambas naciones, para captarse, por cuenta propia, la amistad, la gratitud y las simpatías de los bolivianos y para garantizar la conquista de Tarapacá, poniéndola bajo la salvaguardia y aún bajo la protección de Bolivia, país con el que el Perú tendría que luchar primero, el día que desee *recuperar sus territorios* conquistados. »

Era así como los « partidarios de la paz á todo trance, »—como ellos mismos se llamaban,—pretendiendo cohonestar su antipatriótica conducta, se convertían en agentes é instrumentos de Chile, repitiendo, propalando, creando atmósfera favorable á los propósitos de los verdaderos agentes pagados por el gobierno de la Moneda, y á las razones y promesas que éstos, con suma sagacidad, exponían ó hacían propalar para hacer creer que eran sinceras justificándolas con la verdadera ó supuesta necesidades del país que les pagaba.

Pero los partidarios de la paz que tal propaganda hacían, repitiendo sus razonamientos de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, no se fijaban,—ó no querían fijarse,—en que tales razonamientos, si bien á primera vista eran deslumbradores, examinados con calma, sin la influencia de la pasión partidarista, tenían tanta subsistencia, base tan firme como los maravillosos y fantásticos paisajes que el engañoso espejismo ofrecía diariamente á sus ojos en la árida altiplanicie de Oruro:

Así era en efecto, y vamos á probarlo con una ligera observación.

Para ello conviene tener presente que, aunque las provincias de Tacna y Arica estaban ocupadas por el ejército de Chile, todavía eran peruanas, (como lo son hasta ahora), y aquel país no podía retener para si, ni mucho menos, disponer de dichas provincias mientras el Perú no las cediera por medio de un tratado que regularizara, confirmara su adquisición, ya como cesión voluntaria, ya como conquista efectuada.

Hallándose en tales condiciones Tacna y Arica, Bolivia, aceptando las promesas de los agentes chi-

lenos, tenía forzosamente, que conformarse con ellas, con perfecto conocimiento de que no era fácil que se realizaran.

Separados por estas ilusorias promesas Bolivia y el Perú, creada una división profunda entre los dos países, Chile tenía un auxiliar obligado el primero, y precisaría al segundo á aceptar las condiciones de paz que le impusiera una vez que se viera,—como al fin llegó á verse,—solo en la cruenta lucha contra su poderoso enemigo.

Pero la dificultad principal estribaba en el cumplimiento de las promesas hechas, y Chile no se hallaba en condiciones de llevar á cabo tal propósito, ni aún pudiendo hacerlo, lo hubiera realizado.

Y no le era difícil alegar razones contrarias á dicho cumplimiento.

Las negociaciones en tal sentido habían sido hechas,—como toda negociación poco ó nada honrosa, —con el mayor sigilo, por medio de agentes secretos ó confidenciales, que non dejaban huella alguna de su misión, ni oficial ni particularmente, y cuando se hubiera tratado de hacer cumplir á Chile sus promesas ó, por lo menos, de dejar constancia de ellas, protocolizándolas, tenía una válvula de escape: alegar que sus agentes no habían tenido autorización bastante, que estos no se habían sujetado á sus instrucciones, ó que nunca pensó llegar hasta el estremo en que las negociaciones ó los negociadores se habían colocado.

En tanto, Bolivia, puesta ya en tal situación, hubiera sido hostil al Perú, colocándose, fatalmente, al lado de Chile; ó hubiera cuando menos, abandonado,—como sucedió,—á su antiguo aliado, en el momento *más crítico* de la guerra, dejándolo *luchar solo contra el* adversario común.

No es preciso detenernos más en este punto, como no es indispensable insistir en el argumento de los odios y rencores que la conducta insidiosa de Chile y la condescendencia ó credulidad,—por no llamarla de otro modo,—de Bolivia, habría engendrado, argumento que habría carecido de interés y de fuerza cuando llegara el momento de que Chile cumpliera sus promesas, importando muy poco yá á los diplomáticos y negociadores de dicho país.

Rota por Bolivia la alianza con el Perú, para entenderse aisladamente con el enemigo común, la condenable deslealtad de aquella, hubiera sido causa bastante para un serio rompimiento, hijo del justo rencor peruano, y talvez si se habría resuelto en un «casus belli». De esta manera, si Chile alguna vez,—ya muy tarde,—hubiera pensado al fin ceder Tacna y Arica á Bolivia, después del rompimiento inevitable de ésta república con el Perú, tal cesión tenía inevitablemente que ser supérflua, inútil y á destiempo.

No debe olvidarse, por otra parte, que los mejores deseos y sentimientos,—aún en el caso de que Chile los abrigara,—se debilitan gradualmente con el tiempo en el ánimo de los hombres y de las naciones, hasta desaparecer por completo y darse paso á nuevas y complicadísimas cuestiones, promovidas por intereses materiales, en los que la pasión partidarista y las inmoderadas ambiciones personales tienen un dominio tan grande, absoluto y decisivo que se sobreponen á todo principio, á toda noción moral; llegando, en definitiva, á ser una grande imprudencia confiar en la constancia de un partido determinado, tratándose de los odios

y de las simpatías del momento, Chile, que siempre observó atentamente la vida social y política de sus vecinos, no desconocía el modo de ser de Bolivia, y no ignoraba, por lo mismo que lo que ofrecía hoy podía negarlo mañana.

La Historia de Bolivia, escrita ó por escribir, registraba siempre pruebas irrefutables de cambios súbitos en su dirección política, de odios y simpatías repentinos, y no era, por cierto, la última de dichas pruebas la que suministre, con los hechos que relatamos, el partido de la paz á todo trance, cuyos afiliados olvidaron muy pronto la ofensa que Chile hizo á su patria usurpándole todo el litoral: la santidad del pacto de alianza con el Perú, y la gratitud que todo buen boliviano debía sentir hacia este noble y desventurado país; convirtiéndose en seres aptos para volverse, á la primera insinuación, hecha bajo una promesa insegura, contra el generoso aliado, que todo lo sacrificó por Bolivia (1).

Pero sigamos adelante.

Para Chile ya no era un misterio lo que valían la alianza ó la enemistad de Bolivia: pudo estudiarlo bien en los dos años transcurridos hasta entonces, desde que ocupó Atacama.

La tristemente retirada de Camarones, la dispersión de San Francisco (Noviembre de 1879), el motin y desbande de una división entera del ejército la víspera de su salida para el teatro de la guerra (Marzo de 1880), la insignificante ó ninguna parte que tomó en la guerra misma, hallándose compro-

(1) Bolivia, vista y estudiada de cerca y detenidamente, se presta á comentariós, ya favorables ya adversos, distintos por completo de los que pueden formarse á la distancia, basados en las pocas inexactas noticias que llegan al exterior.

metidos sus más vitales intereses y por último la horrible felonía del partido de la paz á todo trance con el aliado, eran otros tantos testimonios irrecusables contra Bolivia que solo un loco ó un desatentado no podría tener en cuenta al tratar directamente con este país. Por lo mismo, mientras nada garantizaba que Bolivia, en un porvenir más ó menos lejano, pudiera encontrarse nuevamente en los campos de batalla frente á Chile, la alianza de los dos países no podía ofrecer á este último sino una débil esperanza, mucha incertidumbre y no pocos peligros.

Además, constituída como está Bolivia topográfica, económica, social y politicamente, según se ha visto en los primeros capítulos de esta historia, en caso de una invasión,—que no sea de parte del Perú, por Puno, que sería irresistible,—no tiene otra defensa que la más débil, que puede oponer, por la falta de recursos para el invasor, que hay en los grandes arenales del interior y de las cimas de los Andes, defensa tanto menos sería, cuanto puede ser inutilizada, por la poca actividad de los bolivianos y por el acopio y acarreo ordenado de provisiones de parte del enemigo.

Mal podría, pues Bolivia, defender Tacna y Arica contra el vigoroso ataque de una potencia contraria, máxime si ésta fuera el Perú, país que, ya por la ruta del Desaguadero, que otra vez usó, ya por la del Titicaca, con sus vapores armados en guerra y con embarcaciones menores fácilmente transporbles por ferrocarril, no hallaría dificultad para invadir los importantes departamentos bolivianos de La Paz y Oruro cortando toda comunicación con Tacna.

Y no es digna de tomarse en cuenta la afirmación,—alguna vez hecha,—de que las condiciones de Bolivia á este respecto mejorarían notablemente con la posesión de Tacna y Arica. El territorio de estas provincias encajonado, estrechado, encerrado entre el Perú y Chile, se extendería frente al mar como una faja inservible de territorio soldada á la inhospitaria cordillera de los Andes, que deja apenas limitada comunicación, de uno á otro lado, por su único punto accesible: el Tacora; no pudiendo, ya aislada, alcanzar siquiera la poca vitalidad que tiene el resto de la república, para sostenerse exclusivamente con sus propios recursos. (1)

Chile lo comprendía así, y esta creencia está probada con la promesa hecha á Bolivia de una alianza, que equivalía al ofrecimiento de auxilio oportuno y efectivo en caso de un ataque de parte del Perú.

El objeto principal é immediato que Chile se proponía,— como tantas veces hemos dicho,— persiguiendo con tanta insistencia un acuerdo con Bolivia, era separar momentáneamente á esta república del Perú, romper la alianza de ambas, para que, privada la última de toda esperanza de auxilio de la otra, aceptase sin reservas el tratado de paz que quería imponerle á titulo de vencedor. Este fin immediato tenía otro más importante y de carácter permanente: la cesión real, perpetua é incondicional de Tacna y Arica, pues los demás pun-

(1) Algo peor hay aún: la ciudad de Tacna puede ser volada fácilmente por medio de explosivos, y en este caso solo quedaría una inmensa pampa árida sin recurso alguno para quien la poseyera ó invadiera. Este fué el plan del coronel peruano don José de la Torre, antes de la batalla del Campo de la Alianza, y si se hubiera ejecutado, otra hubiera sido la suerte del ejército invasor y la de los dos países aliados.—N. de T.

tos que el tratado de paz abrazaba eran de más facil acuerdo y solución. (1)

Si á estas consideraciones se agrega que el medio más expedito que Chile tenía para garantizar sus nuevas fronteras era extenderlas, precisamente, hasta las de aquellas dos provincias peruanas, cuyas condiciones estratégicas son indiscutibles, tanto respecto del Perú, como de Bolivia, y que con la posesión de ellas Chile adquiría la mejor salida de Bolivia para el Pacífico, colocándose en aptitud para imponerle la ley; puede juzgarse si era lógico, lícito creer que el vencedor pensara en regalar, á título gratuito, á uno de los países vencidos el territorio conquistado al otro, á costa de tantos sacrificios, y cuando no tenía otra mira, al pretender la ruptura de la alianza, que afianzar dicha conquista.

Chile, repetimos jamás tuvo el pensamiento de cumplir las promesas que en su nombre hacían los agentes secretos á Bolivia; y sin detenernos á hablar ahora de los tratados que al fin se celebraron entre las dos naciones, basta para probar nuestro aserto la burla, el escarnio de que fueron objeto los plenipotenciarios bolivianos que tres años después fueron á Santiago á negociar la paz, cuando expusieron su pretensión de discutir la futura suerte de Tacna y Arica.

Pero, aún suponiendo, á despecho de la lógica y de los hechos consumados entonces y después, que

(1) Especialmente la cesión de Tarapacá, departamento riquísimo que despertó la codicia de Chile y fué la causa principal de la guerra, y que el Perú no podía retener ya abandonado como se vió por todas las naciones civilizadas que con su silencio é indiferencia culpables consagraron la conquista.—N. del T.

Chile hubiera procedido de buena fé, entregando á Bolivia las provincias de Tacna y Arica arrebatadas al Perú y construida la prometida vía férrea de la costa á Oruro ú otro departamento más al interior, ¿que habría sucedido? ¿cuál hubiera sido el resultado? Que Bolivia obtuviera tales ventajas materiales; pero que también dejara de ser un país autónomo, independiente.

Y la razón es obvia.

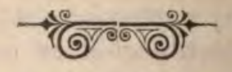
Puesto que Bolivia no podía, sin el auxilio y el socorro de Chile, defender y conservar su mal adquirida posesión de Tacna y Arica contra las protestas, siempre vivas, del Perú, y tal vez si contra la lucha armada á que este último país podía provocarla, aquella tenía fatalmente que estar sugeta, en todo tiempo á todas las exigencias de Chile, por extrañas é injustas que fuesen, pues le bastaba retirarle su protención y cerrarle el paso por su ferrocarril, para hacerle perder en un momento todas las ventajas alcanzedas y dejarla á merced del Perú. Y ya se sabe lo que tal situación significa tratándose de un país como Chile, cuyas tendencias políticas y comerciales de todo tiempo han sido esencialmente absorbentes.

Así, pues, la alianza ofrecida por Chile á Bolivia, y que ésta no hubiera podido rechazar caso de aceptar sus propuestas, no habría constituido, en realidad, sino un simple, verdadero y ominoso protectorado. (1)

(1) Bien estudiado el asunto, solo al Perú hubiera podido convenir entonces ó podrá convenir algún día, buscando su propio provecho, la cesión bajo determinadas condiciones, de Tacna y Arica a Bolivia. Pero los políticos bolivianos,—salvo tan pocas como honrosas escepciones,—están dominados por las pequeñas intrigas de la política interna y demasiado ligados á las mezquinas exigencias

Mas los que en Bolivia se llamaban partidarios de la paz á todo trance, sin reparar en que las halagadoras promesas de Chile no podían ser sinceras, ni detener á considerar que, aùn siéndolo, eran vituperables y dañosas para su patria, seducidos por esperanza de alcanzar las ventajas personales que tenían en mira, hicieron de ellas su credo político; perseveraron en su reprochable tarea de crear, á cada paso, nuevas y mayores dificultades al gobierno, cuya lealtad con el Perú era objeto de burla para ellos, é intentaron, hasta última hora realizar el postrer esfuerzo para arrastrar á Bolivia á entrar en los arreglos ilícitos que Chile proponía.

En medio de este desconcierto general de ideas, aspiraciones y trabajos antipatrióticos, el gobierno hizo un solemne llamamiento al país, convocando á sesiones extraordinarias á la convención nacional.



de ésta para que dediquen algún tiempo, por corto que sea, á los grandes problemas internacionales.—N. del A.

No juzgamos como Caivano: al Perú no puede convenir jamá la cesiòn de aquellas dos provincias ni á Bolivia, ni á Chile, ni nación alguna. Sería entregarse maniatado á merced de cualquier que quisiera invadir por el sur el territorio nacionat.—N. del T.

X

RESUMEN.—El doctor Arce, caudillo del partito de la paz á todo trance, es derrotado. — Revela sus ideas por medio de la prensa. — Observaciones sobre el valor de la tal revelación. — Cómo nació la alianza perú-boliviana, ajustada en 1873. — El partido ROJO abraza la causa del Dr. Arce. — Mensaje del general Campero á la convención nacional respecto á la conducta que debía observarse en el conflicto con Chile. — La convención nacional acepta la política del gobierno. — Amenazas de guerra civil. — Malas condiciones del ejército. — El general Campero abandona temporalmente el poder y concentra y disciplina el ejército en Oruro. — Pobreza del erario nacional. — Reducción del éjército.

Como dejamos dicho, todo hacía creer que el caudillo del inquieto partido á todo trance era el doctor Aniceto Arce, primer vicepresidente de la república. El gobierno, conociéndolo, sentía la nesidad, ya que no de castigarle con todo el rigor de la ley, de alejarle del país en que tan mal empleaba el prestigio y las prerogativas inherentes al alto cargo oficial que ocupaba, y precisamente cuando la preocupación constante del poder ejecutivo era hallar alguna prueba legal de la antipatriótica propaganda del doctor Arce, tan contraria á las conveniencias nacionales, éste, por una ex-

traña casualidad, ofreció, por sí mismo é involuntariamente, la prueba con tanto afán buscada.

El 5 de Marzo de 1881, el doctor Arce escribió desde Sucre, dos cartas enteramente distintas: la primera al doctor Pol, residente en Cochabamba, y la segunda al ministro del interior, que á la sazón se hallaba en La Paz. Un cambio fatal de sobres dió lugar á que la carta dirigida al doctor Pol llegara á manos del ministro, y la de éste fuera recibida por aquél.

El 11 de Marzo, el ministro aludido leía con sorpresa, hallando la prueba que necesitaba, la carta que sigue:

« Sucre, 5 de Marzo de 1881.

« Al señor doctor Pol.

« COCHABAMBA.

« *Estimado amigo :*

« Estamos sin noticias de la guerra: en este correo me faltan hasta las cartas de mis corresponsales de Tacna.

« Nuestra locura nos trajo la guerra y la pérdida del territorio; y todavía, vencidos, extenuados, impotentes, hacemos provocaciones ridículas, para atraernos la ira del enemigo; y además; todavía, alentamos el comunismo.

« *La única tabla de salvación para Bolivia es la « necesidad en que se encuentra Chile de ponerla « á su vanguardia, para asegurar su conquista.*

« Por ésto nuestra conducta debería ser silenciosa, digna y de labor paciente....

« Su afectísimo

« ANICETO ARCE. »

Pocas horas después, el ministro del interior escribía al doctor Arce:

«...... De orden del señor presidente de la república y con el parecer afirmativo del consejo de ministros, intímo á su señoría para que salga del territorio de la república en el término de quince días, debiendo en todo caso, ponerse en viaje tres días después de haber recibido el presente mandato.»

En efecto, el 20 de Marzo salió el doctor Arce de Sucre con destino á Buenos Aires; pero antes de su partida y pocos días después de su llegada á esta última ciudad tuvo la mala ocurrencia de publicar, por medio de la prensa un manifiesto y dos artículos de periódico (1), en los que, rompiendo el misterio con que hasta entónces había envuelto sus procedimientos, puso en transparencia sus ideas y aspiraciones, á la vez que injuriaba horriblemente al general Campero, vertiendo en aquellos artículos toda la amargura que su alma rebosaba por el simple hecho de verlo ceñir la banda presidencial.

Las siguientes líneas pueden dar ligera idea de los artículos citados:

«...... Cuanto á la alianza (con el Perú), que ha sido para mí una preocupación muy dolorosa, declaro que nunca he cifrado con ella la menor esperanza.... Boliviano ante todo, he creído que debemos exigir la rectificación de nuestra frontera, sin lo que Bolivia no puede aspirar á llamarse na-

(1) «El Nacional» de Buenos Aires, números 10,422 y 10,423, correspondientes á los días 12 y 13 de Mayo de 1881.

ción independiente. La zona que necesita Bolivia y que comprende Tacna y Arica, no puede decirse que la quitamos al Perú, porque es cosa segura que Chile se apoderará de ella y no la restituirá al Perú.... Chile necesita conservar la existencia y autonomía de Bolivia, pero es menester no persistir en la guerra, á fin de que el odio y la cólera no le impidan conocer esta necesidad. Teniendo Bolivia el territorio de Tacna y Arica, y construída la vía férrea desde el mar hasta el interior del país, el progreso se difundirá, sus riquezas se desarrollarán.... No quiero la guerra con el Perú ni con ningún otro país. Quiero la paz, y para asegurarla definitivamente, ambiciono la anexión de Tacna y Arica á Bolivia.... Y mantengo que Chile, para asegurar por su parte la paz, necesita colocar á Bolivia entre él y el Perú.... »

Claramente se vé que las ideas que el doctor Arce publicaba como suyas y á cuya realización consagraba todo sus esfuerzos, eran las de las famosas propuesta hechas por Chile á Bolivia, de las que ya nos hemos ocupado con bastante extensión.

Pero esto no bastaba al primer vicepresidente boliviano; quería que el mundo aplaudiera sus innobles é ilusorias aspiraciones, y que todos reconocieran plenamente que el Perú era acreedor á la felonía de que, en su concepto, Bolivia debía hacerlo víctima.

Para conseguir este desleal propósito, escribía en artículos referidos:

Que el Perú no se hizo atrás cuando Bolivia necesitó su ayuda contra Chile, en 1879, y que, al

contrario, sin hacerse rogar mucho ni poco, « *acudió* « *solícito y expontáneamente á la defensa de aquel* « *país,* » cerca del gobierno chileno, « *al que negó* « *la declaración de neutralidad* » que reclamaba, es un hecho notorio y solemnemente probado, como tuvimos ocasión de manifestar en el lugar correspondiente de la primera parte de esta Historia.

Y que no fué el Perú el que buscó, en 1873, la alianza de Bolivia, para los fines supuestos en las frases transcriptas más arriba, sino esta última república la que solicitó, con ardientes instancias, desde 1872, la alianza del Perú, como medio de conservar su nacionalidad, es otro hecho que un político boliviano,—como pretendía ser el doctor Arce,—no podía ni debía ignorar.

En la primera parte, tantas veces citada, de nuestra Historia, hablando de las contínuas asechanzas y de las tramas urdidas por Chile, antes de la guerra, contra la seguridad interna y esterna del Perú y de Bolivia, djimos:

« Después... Chile nunca dejó ya de tomar una parte muy activa,— si bien indirecta,—en los asuntos del Perú y Bolivia, fomentando, siempre y de todas maneras, tanto aquella rivalidad entre los dos países, única herencia que dejó la proyectada confederación, como las discordias entre los partidos politicos, que no teniam otro complemento ó solución obligada que la guerra civil. »

« A partir de Gamarra, en Chile,—donde eran cariñosamente acogidos y siempre secundados con actividad é interés,—se refugiaron todos los descontentos y revolucionarios del Perú y de Bolivia.

« Para no hablar sino de los casos más notables, fué en Chile donde se organizó y de donde partió,

—con la connivencia y protección del general boliviano Quevedo (1872), que llevó á su patria, una vez más, el germen y los horrores de las revueltas intestinas.»

Ahora bien, justamente alarmado el gobierno de Bolivia con las frecuentes expediciones armadas que se organizaban en el extrangero,—como la del general Quevedo,—contra la estabilidad de las instituciones, escribía con fecha 12 de Setiembre de 1872, al ministro plenipotenciario que tenía acreditado cerca del gobierno del Perú, don Juan de la Cruz Benavente:

«Considerando sumamente necesario para Bolivia, en sus relaciones con el Perú y otras naciones vecinas, que fijen las reglas y los principio de neutralidad que, como parte del derecho positivo americano, deven observar, recíprocamente entre sí, en casos análogos á la expedición filibustera de don Quintin Quevedo; S. E. el presidente de la repúpública autoriza á su señoría para concluir, con el gobierno del Perú, á nombre del gobierno de Bolivia, una convención, en la cual se establezcan los principios y las reglas que deberán determinar la conducta de los respectivos gobiernos en casos semejantes, cuando el comercio, la seguridad personal y el orden público de cualquiera de las dos naciones se vean amenazados por facciones armadas sin bandera y sin calidad de biligerantes.»

Pocos días después de haber sido trasmitidas estas instrucciones, el gobierno boliviano recibía de su representante en Chile, una nota alarmante sobre la política chilena respecto de aquel país.

Entre otras cosas, decía dicho documento:

« En la expedición del Paquete de los Vilos », (la de Quevedo), se descubre evidentemente la acción de tres diversos movimientos; la ambición de un pretendiente vulgar; el afán de lucro de los negociantes, constituídos ya en sociedad anónima, y el ansia inmoderada y peligrosa del gobierno de Chile, el que obedeciendo á su antiguo propósito de apoderarse de Caracoles, (zona muy importante del desierto de Atacama), ha visto en la expedición de don Quintín Quevedo una ocasión propicia,—aunque eventual,—para alcanzar sus fines en un porvenir más ó menos cercano ».

Descubierto así el doble juego del gobierno de Chile el asunto se complicaba, siendo necesario atender á la nueva faz de la cuestión, más aún que á las expediciones filibusteras. El gobierno boliviano comprendió inmediatamente que ya carecían de oportunidad las instrucciones dadas á su ministro en el Perú, y, sin pérdida de tiempo adoptó otras providencias.

La convención nacional expidió una ley secreta, en la que autorizaba al gobierno á negociar con el Perú « un tratado de alianza defensiva contra cualquiera que atentase á la integridad territorial de ambos países, ya fuese nación o particular », y el 30 de Octubre de 1872 el ministro de relaciones exteriore de Bolivia escribía al plenipotenciario de esta república en el Perú:

« No obstante las excusas y las explicaciones de la cancillería chilena, es un hecho que la expedi-

ción fué preparada en Valparaíso, con la protección de capitales chilenos... y hoy mismo se anuncia el alistamiento de otra expedición filibustera. No sería extraño, pues, que Chile olvidase lo que debe al honor nacional y á la fé publica y el respeto que merecen los pactos internacionales. En tal eventualidad, talvez no muy lejana, «la aliada natural de Bolivia es la república del Perú, como cordial amiga suya y hermana, ligada con tantos vínculos de solidariedad». Por esto ha ordenado S. E. el presidente de la república, que su señoria se apresure á provocar conferencias confidenciales con el señor ministro de relaciones exteriores, y abra negociaciones que tengan por objeto la conclusión de UN PACTO DE LA ALIANZA DEFENSIVA entre el Perú y Bolivia, para asegurar la integridad territorial de las dos naciones; ó los acuerdos necesarios y definitivos para impedir toda agresión armada sobre nuestras costas y toda ocupación de potencia extranjera, ó do expediciones aventureras armadas en territorio extranjero... »

El Perú, tanto para dar á Bolivia una nueva prueba de su sinceridad y cordial amistad, cuanto porque convenía á sus propios intereses comerciales y políticos que la independencia y la integridad territorial de su vecina no corriesen peligro en ocasión alguna, acogió favoreblemente y sin vacilar un sólo instante las propuestas del plenipotenciario boliviano, y el tratado de alianza,—con tanto ardor y con tan fundadas razones deseado por Bolivia,—habría sido concluído y firmado antes de que terminase ed año citado, si un acontecimiento político, que ponía más en transparencia aún las des-

graciadas condiciones de dicho país, no lo hubiera impedido: el asesinato del presidente de Bolivia general Morales, perpetrado en el palacio de gobierno de La Paz, en la tarde del 27 de Noviembre de 1872.

Al general Morales sucedió en el poder, como llamado por la ley, el presidente del consejo de estado, doctor Frías, quien continuó durante su corto período de cinco meses, las gestiones para el pacto de alianza, y cuando don Adolfo Ballivián, sobrino y discípulo del doctor Frías, reemplazó á éste en el mando supremo de la república, concluyó aquel pacto, en 1873, antes determinar su breve administración, pues sus ministros,—los mismos de su antecesor,—le entregaron ya listo dicho tratado. (1)

Esta es la genuina y sencilla historia de los preliminares y de las razones que dieron origen al célebre tratado de alianza perú-boliviana, por el que se han hecho tantas recriminaciones y se han formulado tantas quejas injustas contra el Perú.

Esta historia prueba que fué Bolivia la que solicitó la alianza del Perú, el año de 1872, ó sea, mucho tiempo antes de que este país pensara en el monopolio de sus salitreras de Tarapacá, y precisamente en vista de los graves peligros que, para aquella nación ofrecían desde entónces, la inmoderada ambición y la incorrecta conducta de Chile.

Continuemos ahora nuestra narración.

Cuando el gobierno de Bolivia decretaba el destierro del doctor Arce, tenía en mira, al adoptar

(1) Fria y Ballivián partenecían al partido conservador, circunstancia que los lectores no deben olvidar.

esta medida extrema, más que infligirle un merecido castigo, desarraigar, con él, del país, la semilla de la discordia y del descontento, haciendo cesar, á la vez, la antipatriótica agitación producida en favor de la paz, á todo evento y los acuerdos ilícitos con Chile; pero no consiguió este propósito.

Ya uno de los grandes partidos tradicionales de Bolivia; el rojo ó conservador, del que el doctor Arce era un simple afiliado, había abrazado, secretamente y con mucho entusiasmo, la causa que aquel defendía, esperando, por este medio, llegar al poder con él; y la agitación interior del país, lejos de disminuir creció más, tanto en el extrañamiento del caudillo como con las publicaciones que éste hizo, descubriendo sus verdaderas ideas é intenciones.

En tal situación, el gobierno, á la vez que dedicaba todos sus esfuerzos á mejorar las condiciones generales de la república, á aumentar el ejército y á mantener el orden público siempre en peligro, sentía más que en ocasión alguna, la necesidad de reforzar su acción con el voto y con las providencias que adoptar pudiera la convención nacional, convocada con tal objeto á sesiones extraordinarias.

Por ello, al inaugurar sus labores la convención. en el mes de Junio, el presidente de la república la invitaba, en su mensaje, á que, de preferencia y ante todo, respondiese á estas preguntas:

« Primera:—¿Convendría que Bolivia se mantenga á la defensiva, como fuese resuelto por la convención nacional en sus sesiones del año pasado, hasta reducir al gobierno de Chile á pretensiones justas y razonables?

« Segunda:—¿En caso de decidirse por la cesa-

ción del estado de defensa, será preciso entablar negociaciones de paz conjuntamente con nuestro aliado el Perú, ó cada uno por separado? y

«Tercera:—¿En la hipótesis de que cada una de las dos repúblicas deba negociar la paz por su propia cuenta, cuáles seran las bases ó condiciones de la misma?»

De este modo quedaba planteado, ante la soberana é inapelable decisión de la convención nacional, el gran problema que agitaba á Bolivia, hacía muchos meses, por las gestiones del partido «rojo,» que se ocultaba bajo aquel nombre ocasional.

Pero al mismo tiempo el general Campero dejaba á los legítimos representantes de la nación en plena libertad para que resolviesen como mejor les pareciera aquel arduo problema que era de vital importancia, no descuidaba indicar que todo aconsejaba la continuación de la guerra con la constancia y energía de un pueblo digno que sabía respetarse y hacerse respetar.

Con estas notables palabras concluía el general Campero su ardoroso y patriótico mensaje á la convención nacional:

«...... Si ésto no obstante, resolvieseis que cese el estado actual de guerra defensiva, y que se proceda inmediatamente á negociaciones de paz, así se hará; pero en tal caso, yo y mis colaboradores, á pesar de ser los primeros en respetar vuestra voluntad soberana, procediendo en conciencia y dando por terminada nuestra misión, puesto que no podremos guiar la nave del estado en sentido contrario á nuestras convinciones, abandonaremos los puestos que actualmente ocupamos.»

Aquí es oportuno advertir que si bien en el mensaje presidencial sólo se hablaba de guerra defensiva, de conformidad con los que antes había dispuesto la misma convención, el propósito de mantener á Bolivia en tal estado de guerra,—puramente nominal,—á que la condenaron los antipatrióticos procedimientos del partido de la paz, no entraba, en manera alguna, en las miras del gobierno, el cual animado de los más nobles y elevados sentimientos, deseaba firmemente que el país volviera á ocupar, en el conflicto armado, el puesto que sus propios intereses y sus deberes de aliado le señalaban, si llegado el caso de que Chile, insistiendo en sus exhorbitantes pretensiones, se negase de un modo definitivo, á firmar un tratado, justo y racional, de paz con las repùblicas aliadas.

El ministro de la guerra no hacía un misterio de estos propósitos, y con bastante claridad lo dijo en la memoria que presentó á la convención nacional.

Hé aquí sus palabras:

« Suficientemente premunidos contra los peligros de una invación, hemos comenzado á acariciar la idea de reanudar las hostilidades, y hace un mes ya que se hizo la propuesta al presidente, el que la acogió favorablemente. »

La convención nacional, por su parte, compulsando bien la situación y los intereses del país, diō las siguientes respuestas á las preguntas del ejecutivos:

« Primera:—Manténgase en estado de guerra; y
« Segunda:—Dígase al poder ejecutivo que cuando

se presente el caso di iniciar nagociaciones de paz, haga uso de la facultad que le acuerda la constitución del estado, y que se atenga á las prescripciones del derecho internacional, teniendo presente el tratado de alianza con el Perú» (1).

Como se vé, la convención nacional aceptaba plenamente la política del gobierno; más aún, dejaba á éste en plena libertad para llevar adelante la guerra ó para tratar la paz cuando y como le pareciera más conveniente, preceptuando solo, para este último caso y como única condición, no descuidar los deberes que el derecho internacional y la alianza con el Perú imponían á Bolivia, condición que, elevando á mandato legislativo el honrado principio,—con tanta honradez como firmeza sostenido por el presidente de la república.—de fidelidad á la alianza con el Perú, era la condenación más terminante y completa de la polítíca antipatriótica y desleal que formaba el credo del partido Pacista, como vulgarmente y por abreviar el nombre se llamaba el partido de la paz á todo trance.

Para demostrar mejor aún la convención nacional en que alto grado reprobaba las aspiraciones y la conducta de este ambicioso partido,—siguiendo las prudentes aspiraciones del presidente de la república,—guardó el silencio más profundo respecto de la proscripción del primer vicepresidente, hecho que, por su gravedad y por haber motivado que el doctor Arce llamara sobre sí la atención pública, en cualquiera otra circunstancia habría merecido,

(1) Leyes de 11 de Julio de 1881.

siquiera, el honor de una acalorada discusión parlamentaria. (1)

No obstante, esta prudente conducta no fué suficiente para hacer variar los antipatrióticos proyectos de los adversarios del gobierno, y apenas fueron clausuradas las sesiones de la convención nacional, ya se hablaba otra vez, de nuevos desórdenes y de una proxima guerra civil.

La primera chispa,—según públicamente se decía y lo revelaban hechos evidentes,—debía partir del ejército; y ante esta amenaza los ciudadanos pacíficos vivían en una constante y terrible ansiedad, temerosos de que se repitieran los deplorables excesos á que, en ocasiones semejantes, se había entregado la soldadesca desenfranada.

A este poco lisongero estato de cosas agregá-

(1) En el mensaje antes aludido, el presidente de la república decía á la convención nacional:

« Quiero hablaros, honorables representantes de un acto del gobierno que ha causado gran sensación en toda la república, ó sea de la proscripción del señor Aniceto Arce.... Es este un asunto muy grave y talvez convendría, por decoro de Bolivia y del mismo doctor Arce, no tocarlo en las discusiones parlamentarias... Llamado el señor Arce á las esferas oficiales, y siendo sus ideas políticas diametralmente opuestas á las aspiraciones de la mayoría del país, era lógico que rapresentase un elemento contrario al gobierno y que embarazase, como lo ha hecho, el cumplimiento de los deberes de Bolivia y de vuestras aspiraciones. Esto debe manifestaros que tratándose de la constitución de los poderes públicos, es menester fijarse en hombres que profesen la misma política y que abrazen la misma causa, de otro modo, llevando el gobierno en su propio seno germen de la anarquía, el mando supremo de la república vendría á ser una triste ilusión. En verdad, honorables señores, habiendo sido proclamada la continuación de la guerra, con el voto unánime de los representantes del país, nunca he pensado que sea legítimo ni patriótico que un partido tenga la facultad de obrar en sentido contrario... Entre tanto, no puedo menos de lamentar una dolorosa circunstancia que ha venido á agravar nuestra penosa situación: la propaganda en favor de la paz, indiscretamente suscitada y con tanto afán fomentada, tanto en público como en privado, tanto verbalmente como por medio de la corrispondencia epistolar y de la prensa, nos ha causado inmenso daño dentro y fuera de la república... »

base que ese mismo ejército que tanto terror infundía a los ciudadanos y á las poblaciones, por la indisciplina y la propensión á la revuelta en él tradicionales, no se hallaba aún en condiciones de medirse en campo abierto con el ya aguerrido ejército de Chile, por su casi completa ignorancia del arte militar moderno.

En situación tán difícil y grave, el gobierno comprendió que era indispensable adoptar resoluciones de carácter exceptional: ante todo, alejar las tropas de los grandes centros de población, en los que, rodeadas á todo momento por los ambiciosos perturbadores del orden y de la conciencia públicas, eran incitadas continuamente á la rebelíon, bajo cualquier pretexto, insinuandose aquellos con las más insidiosas lisonjas y propuestas; pero como ésto no era bastante, se hacía preciso reunir todas las tropas en una sola localidad, poniéndolas al mando inmediato de un jefe que, al prestigio necesario para imponerse y hacerse obedecer sin dificultad aunase la competencia y la energía bastantes para atender con eficacía á su instrúcción y disciplina.

Pero, excepción hecha del mismo presidente de la república,—único que podía estar seguro de no despertar celos y rivalidades entre los comandantes de cuerpos de ejército, jefes de batallones, regimientos y escuadrones y la numerosa oficialidad de éstos,—no había en el momento, un militar tan caracterizado que reuniese las condiciones necesarias é indispensables para el delicado y muy arduo puesto de general ó comandante en jefe del ejèrcito; y el general Campero; que tenía la clara visión de la dificultad con que tropezaba, se decidió

á asumir dicho cargo, aúnque él, además de imponerle nuevas y grandes fatigas y obligaciones, le imponía en cumplimiento de un precepto constitucional, el deber,—no doloroso ni desagradable para él,—de despojarse provisionalmente, de la alta investidura de presidente de la república.

A facilitar esta laudable resolución del general Campero concurrió una favorabilísima circunstancia: el destierro del primer vicepresidente de la república. En ausencia de éste, el mando supremo recaía en el segundo vicepresidente, don Belisario Salinas, cuya lealtad y patriotismo,—probados en diferentes ocasiones,—no podían ser púestos en duda. Se podía, pues. por esta circunstancia, tener la seguridad de que Salinas procedería siempre de acuerdo con el general Campero, y que de la dirección politica del estado no sufriría nada con la levísima alternación producida por el cambio de dos personas animadas de las mismas ideas, todas dedicadas al bien de la patria.

Para la reconcentración del ejército, en la forma indicada y á las órdenes inmediatas del general Campero, habían otras dos poderosas razones: primera, la necesidad de probar, con hechos prácticos, tanto al enemigo como al aliado,—imponiendo respeto á aquel y alentando á éste,—que Bolivia estaba decidida á continuar activamente la guerra y que no carecía de elementos para ello, pues que en gran parte se alcanzaron (1); y segunda, el

(1) Fué entonces, Octubre y Noviembre de 1881, que visitamos los campos de batalla del Alto de la Alianza, Tarapacá y Dolores, y que pudimos apreciar, por nosotros mismos, la gran importancia que se daba, desde Tacna hasta Iquique, tanto por los peruanos como por los chilenos, al hecho de hallarse el general Campero al frente del ejército boliviano. La esperanza de los unos y los recelos de los otros tomaron en un momento, muy corto por desgracia, proporciones gigantescas, que serian increibles, si no fueron rigurosamente historicas. N. del A.

acuerdo celebrado por el general Campero con el jefe superior político y militar de los departamentos del sur del Perú, doctor Pedro A. del Solar, para hacer un movimiento ofensivo simultáneo sobre Tacna y Tarapacá, con las fuerzas del Perú y de Bolivia, movimiento que no pudo realizarse por causas sobrevenidas con posterioridad y respecto de las quales no podemos hablar extensamente por el momento. (1)

El ejército boliviano fué, pues, reconcentrado con rapidez suma en Oruro, posición eminentemente estratégica por su equidistancia de la más populosas ciudades de la república y de los lugares ocupados por Chile; es decir, que allí se hallaba el ejército en aptitud para conservar el orden público, acudiendo con presteza al punto que fuera necesario, y para atender á la defensa de la república, en caso de que se realizara la posible y siempre anunciada invasión enemiga.

El 29 de Setiembre, el general Campero,—después de haber entregado el mando al vicepresidente Salinas,—partía de La Paz, simplemente como capitan general, á hacerse cargo del ejército en Oruro, donde su presencia produjo grandes y muy profícuos resultados.

No obstante, en los primeros momentos y con

---

(1) Cuanto al convenio celebrado por el general Campero con el doctor Solar, el autor no ha recordado, probablemente, que éste fué depuesto el 7 de Octubre de 1881, por la voluntad del pueblo y del ejército de Arequipa, y que tal convenio fué celebrado con el nuevo jefe superior politico y militar del sur del Perú, coronel don José de La Tarre, quien, á su vez, no pudo llevarlo á cabo, por la resolución de 15 de Marzo de 1882, que llevó al mismo puesto al capitán de navio don Camillo N. Carrillo, ex-ministro del gobierno de la Magdalena presidio por don Francisco Garcia Calderón.—N. del T.

muy corto intervalo, se efectuaron dos tentativas de rebelión, en otros tantos batallones que habían sido seducidos de antemano; pero, sofocadas á tiémpo, castigados con severidad ejemplar los que resultaron culpables,—que no fueron por cierto los principales autores,—la paz interna quedó definitivamente afianzada y ya no se volvió á hablar de pronunciamientos ni menos á realizarlos.

Gracias á la inteligente actividad desplegada por el general Campero, el ejército reunido en Oruro,—que ya constaba de cerca de ocho mil hombres perfectamente armados y equipados,—alcanzó, en brevísimo tiempo, un grado satisfactorio de instrucción y disciplina, haciendo concebir esperanzas halagadoras para cuando llegara el instante de ser sometido á prueba.

Más la organización de este ejército,—destinado, quizás, lo mismo que el que se formaba también en el Perú, á modificar substancialmente la suerte de los aliados y el aspecto que la guerra había asumido,—era un verdadero sacrificio para el empobrecido erario boliviano, el que, además de no ser muy abundante ni en las épocas normales, se veía obligado á hacer fuertes egresos extraordinarios para la adquisición del armamento y del equipo y para el sostenimiento de las tropas, á la vez que sus ingresos disminuían sensiblemente, día á día, por la mala voluntad de una parte de los ciudadanos que, obedeciendo á la insidiosa propaganda de los pacistas, oponían todo género de obstáculos á la percepción regular de las mezquinas rentas fiscales.

Ya habían sido suspendidos todos los servicios [illegible]narios de la república que no eran extricta-

mente urgentes, y, como esto no bastase, fué necesario reducir á cerca de la tercera parte los sueldos de los empleados civiles; pero después de muy pocos meses, ni esta economía fué suficiente para atender con regularidad á las exigencias más indispensables.

Las angustias del erario llegaron á tal extremo en Diciembre de 1881, que faltaba dinero para el socorro diario y aún para el rancho de la tropa. En tal situación, fué preciso licenciar más de la mitad de los soldados. Esta operación sin embargo, se hizo en tal forma, que los licenciados podían ser llamados de nuevo á las armas, con toda celeridad, cuando así lo exigiese la defensa pública, y el ejército quedó reducido solo á tres mil hombres.



XI

RESUMEN.—El doctor Baptista es nombrado ministro plenipotenciario ante el congreso americano. — El general Campero le encarga que investigue, en su tránsito por Tacna y Lima, las ideas de los políticos peruanos y chilenos.—Sus conferencias en Tacna con el agente chileno Lillo. — Negocia indebidamente con él un pacto de tregua. — Nota informativa dirigida al general Campero y al gobierno. — Examen de aquel pacto conforme á las aspiraciones del partido « Rojo » y de Chile. — Antigua aspiración boliviana de poseer el departamento de Tacna. — Engañosas é ilusorias promesas de los agentes chilenos. — La población de Tacna no habría preferido Bolivia al Perú. — El general Campero y el gobierno desaprueban y rechazan el pacto de tregua. — El plenipotenciario del Perú provoca una declaración de parte de Bolivia, de fidelidad á la alianza. — Bolivia inicia gestiones diplomáticas para llegar á la vez que el Perú, á un trátado de tregua con Chile. — Ultimas tentativas de Baptista. — Firmeza y lealtad del general Campero.

APENAS conjurado el peligro de la revolución y cuando la situación económica de Bolivia era tan difícil que se hizo necesario y urgente la reducción del ejército, como queda dicho en el capítulo anterior, se presentaron, para reagravar el conflicto, otros sucesos, no menos graves é importantes y de carácter esencialmente político.

A fines de Noviembre de 1881, el doctor Mariano

Baptista, uno de los políticos Bolivianos más populares por la fecundidad de su palabra, fué nombrado ministro plenipotenciario «ad hoc» para representar á su patria en el congreso americano convocado por el gobierno de Colombia, que debía reunirse en Panamá; y antes de dirigirse al lugar de su destino, marchó á Oruro, con el objeto ostensible de despedirse del general Campero.

Nada obligaba al doctor Baptista á hacer esta visita, que le ponía en el caso de arrostrar las fatigas de un viaje tan penoso, desde que el general Campero había abandonado, temporalmente, el mando supremo de la república, resignándolo en el segundo vicepresidente, y en aquel momento solo ejercía las funciones de capitán general del ejército.

Tal visita tenía, pues, todas las apariencias de un acto de cortesía que, exteriormente considerado, había de reforzar los vínculos de amistad personal que desde antes existían entre los dos personajes. Creyendo así el general Campero, hablando con el doctor Baptista a cerca de la guerra,—tema obligado entonces de las conversaciones de todos los políticos, dijo á éste, en la expansión de sus francas y leales confidencias, que podía aprovechar de su paso ocasional por Tacna y Lima, para compulsar exactamente la situación, estudiar y conocer el verdadero estado de los ánimos y de las cosas, tanto en el Perú como en Chile, y descubrir todo aquello que tuviera relación con Bolivia.

El doctor Baptista, cuya visita tenía otro objeto que el mero cumplimiento de un deber de cortesía, como todo induce á creer, aprovechó hábilmente la ocasión, é insistiendo con destreza al rededor de

las palabras escapadas al general Campero, se dió trazas para que aquel pensamiento tomase formas más prácticas y ajustada á los propósitos que tenía en mira.

Se principió por opinar que él lograría con mayor facilidad el fin deseado si podía presentar á los políticos del Perú y Chile, con quienes debía encontrarse casualmente, un título especial que le autorizara de manera expresa para ponerse en relación con ellos; y se terminó por convenir en que su labor, en ocasión tan propicia, llegara á alcazar mayor utilidad y provecho para el país, si el general Campero le encargaba directamente, de una mision confidencial dirigida á cambiar ideas entre las tres repúblicas beligerantes, pero sin adoptar acuerdos ó contraer compromisos decisivos, tratándose solo de preparar el terreno para futuras y más serias negociaciones diplomáticas acerca de la paz.

Concluído este convenio particular, el doctor Baptista recibió del general Campero dos credenciales idénticas, una para Chile y otra para el Perú, cuyo tenor es este:

« Mariano Baptista, como amigo personal mío y hombre político de mi país, posée toda mi confianza y se encuentra en condiciones de interpretar exactamente el alcance y la sinceridad de mis sentimientos y de mis propósitos en la actual política exterior que ha desarrollado la guerra del Pacífico. Lo encargo dè una misión de confianza, por el momento privada, porque la creo más eficaz, para preparar, discutir y combinar algunos puntos generales de acuerdo y de conciliación « que faciliten

negociaciones posteriores de carácter oficial y decisivo.» Ruego á la autoridad y á los hombres públicos del Perú (ó Chile) á los que tenga necesidad de presentarse, le presten la merecida confianza, que les pido en los términos de esta carta credencial que firmo en Oruro, el 27 de Noviembre de 1881.

« NARCISO CAMPERO.»

El doctor Baptista, presidente de la última convención nacional, la que había prescrito solemnemente respetar los deberes que imponía la alianza con el Perú, ardoroso y ferviente patriota desde el principio de la guerra, no podía despertar sospecha alguna en el espíritu franco y leal del general Campero, quien le creía animado de sus mismos sentimientos; y puesto que aquella misión de confianza era obra exclusiva de Baptista, el capitán general no tuvo reparo, y más bien creyó conveniente, que el interesado se hiciera cargo de la delicada tarea de redactar las instrucciones secretas a que debía sugetarse en el desempeño de su cometido (1).

Dichas instrucciones decían textualmente:

« Primera:—Explorar, en misión confidencial, en lo que sea posible, los própositos finales de los gobernantes de Chile y el Perú;

« Segunda:—Inspirar confianza á los del Perú, sin olvidar, con tal fin, la declaración general de

(1) « Oruro, 6 de Marzo de 1882.—Al señor P. Zilveti (ministro de RR. EE.)—La Paz.—Su señoria debe haber tomado para si una copia de la foja de observaciones que dirijí al doctor Baptista, como complemento de sus instrucciones secretas, que fueron redactadas por él mismo, y cuyo original está todo escrito de su mano...... N. CAMPERO.»

que Bolivia, por efecto de la conquista, no tomará ninguna parte del territorio peruano;

« Tercera:—Dejar comprender al chileno que veremos sin disgusto la libre anexión, por voluntad de sus habitantes, del departamento de Tacna;

« Cuarta:—Prestarse á la indemnización, bajo la garantía efectiva del pago;

« Quinta:—Modificar la ocupación territorial de Chile, (la de Atacama), en un sentido legítimo, que consistiría en la cesión del territorio con estimación de su valor, cuyo precio respondería, en una porción determinada, á la indemnización, y en otra, á las obligaciones pecuniarias que podría reclamar contra nosotros el Perú, reservando el resto para fines de utilidad nacional. Franquicias fiscales y aduaneras, de naturaleza excepcional, debería buscarse en todo el territorio cedido; y

« Sexta:—En toda combinación tratar de conservar un territorio útil sobre el Pacífico, y de preferencia la bahía de Mejillones.

« Oruro, 27 de Noviembre de 1881.

« Narciso Campero. »

Como se comprende de cuanto dejamos expuesto y de los documentos copiados, el general Campero no pensó jamás autorizar al doctor Baptista para que negociara tratado alguno especial con Chile ó con el Perú; más aún, queriendo hacerlo, no habría podido autorizarlo, desde que no ejercía entonces las funciones de presidente de la república.

Solo se trataba, pues, de una misión accidental, secreta, confidencial, de examen, de estudio, de investigación, con la facultad de cambiar ideas generales, como medio de preparar el terreno para

futuras y más serias negociaciones de paz. Se trataba, en fin, de una misión « sui generis, » de carácter absolutamente privado y oficioso, que no debía ni podía establecer ningún compromiso definitivo en nombre de Bolivia.

Para evitar dudas ó interpretaciones poco ó nada conformes con el verdadero objeto de esta misión, ya que éste, tal vez, no estaba claramente expresado en las instrucciones secretas, el general Campero remitió al doctor Baptista dichas instrucciones y las credenciales referidas, con una carta que decía así:

« Al señor doctor Mariano Baptista.

« *Señor y amigo,*

« Remito á su señoría las cartas credenciales, en doble original, y un resumen de las instrucciones privadas: documentos confidenciales que no tienen más valor, fuera de la « autoridad moral » de donde provienen, y que, « aunque empleados, sólo servirían para preparar con eficacia y á facilitar prácticamente acuerdos diplomáticos posteriores. »

« El número 1 de las instrucciones colma un voto de nuestra labor diplomática: nos falta hasta este momento la exploración efectiva de las incertidumbres y de los propósitos de amigos y adversarios.

« El segundo comienza á tener en cuenta los resultados que podría dar á esta exploración....

« Pero nuestro fin se reduciría solamente á trazar un preliminar definido y moralmente aceptado.

« Me he esforzado en traducir en estos simples y *precisos* términos « las ideas y las previsiones

de su señoría, que han alentado, desarrollado y acentuado las pocas insinuaciones que yo me permití dirigirle.

« Oruro, 27 de Noviembre de 1881.

« Suyo...... « N. CAMPERO. »

Empero, los hechos se encargaron de desmostrar ampliamente despues, que el doctor Baptista,—hasta entonces afiliado secreto de aquel famoso partido que, con el pretexto de la paz á todo trance, anhelaba, a toda costa tambien, entenderse con Chile, con daño evidente del noble aliado de Bolivia,—estaba guiado por fines y propósitos muy distintos de los que el general Campero abrigaba; y todo induce á creer que, directamente ó nó, estaba en relaciones ocultas con la cancillería chilena, antes de dejar su patria.

Llegado á Tacna, ya no se cuidó de dirigirse al congreso americano de Panamá, verdadero y único objeto oficial de su viaje, que tal vez si retardó á propósito para lograr la realización del plan que se había propuesto, máxime cuando ya se sabía que aquel congreso no había podido reunirse, por falta de «quorum», el 1.° de Diciembre. En aquella ciudad fijó su residencia y, dado á la misión oficiosa y confidencial de que le había encargado el general Campero un carácter muy diverso del que en realidad tenía, entró de lleno, con don Eusebio Lillo.—uno de los más notables y sagaces políticos chilenos,—en positivas, inmediatas y gravísimas negociaciones diplomáticas.

Lillo ya había sido jefe político de Tacna, cargo que su gobierno le confió sin duda para que vigilara de cerca y aún llegara á tener ingerencia en la política interna y externa de Bolivia. Entónces

volvió á dicha ciudad con igual empleo, y apresuró su partida de Valparaíso, porque, «SABIENDO QUE EL DOCTOR BAPTISTA DEBIA PASAR POR TACNA, DESEABA ENTREVISTARSE CON ÉL»; (1) deseo que respondía á un objeto claramente definido, puesto que llevaba autorización confidencial del presidente de Chile, don Domingo Santa Maria, para celebrar un tratado «de la más alta importancia» entre esa república y la de Bolivia.

Conviene tener presente, para mayor claridad, que, como era notorio, el doctor Baptista se dirigía á Panamá, en donde debía permanecer algunos meses, todos los que duraran las sesiones del congreso americano, y que, sin el encargo oficioso y secreto que, casi por mera casualidad le había hecho el general Campero la víspera de su partida de Oruro, no habría podido tener aquél autorización suficiente para abrir negociaciones diplomáticas respecto de la guerra ó de cualquier otro asunto entre Chile y Bolivia.

Recordando estas circunstancias se deduce con facilidad que si el gobierno chileno no hubiera sido informado antelada y oportunamente del encargo ó misión secreta que hasta cierto punto autorizaba á Baptista para entrar en negociaciones diplomáticas, ni Lillo se había apresurado á dirigirse á Tacna con el objeto de entrevistarse con aquél, ni el presidente Santa María le habría premunido de poderes confidenciales para llevar adelante dichas negociaciones.

Queda, pues, por averiguar lo que el lector puede adivinar sin dificultad: como el gobierno de Chile

(1) Palabras del doctor Baptista, como pronto se verá.

logró saber con tanta celeridad que el doctor Baptista, además de la misión oficial, pública, notoria, ostensible que llevaba para el congreso americano, tenía otra, oficiosa y secreta, que, á última hora le había confiado el general Campero.

Y aún cuando es verdad que Chile buscaba ardientemente la manera de atraer á Bolivia, haciéndola caer en la red que le tendía, con promesas falaces y esperanzas ilusorias, ello no autoriza á suponer, y menos á creer, que se lanzara, á la aventura, al encuentro del primer político boliviano que tuviese á su alcance, para hablarle de sus deseos y exponerle sus proyectos, imprudencia que no sería disculpable al país más incipiente.

La diplomacia chilena, seria, sagaz, afortunada; cuyos actos eran fruto de maduras reflexiones, y que tenía raíces profundas en Bolivia, sabía bien cuáles eran los políticos bolivianos con que podía contar para la realización de sus proyectos; y si se apresuró tanto para enviar un comisionado al encuentro del doctor Baptista, fué porque sabía, á ciencia cierta, con quien tenía que tratar y cuanto podía esperar de él.

Así fué en efecto y el doctor Baptista y el agente chileno Lillo concluyeron, con toda solicitud, un pacto,—llamado de tregua indefinida,—entre Chile y Bolivia, pacto ruinosísimo bajo todos aspectos, para esta última nación.

La importancia de este pacto, las aspiraciones del doctor Baptista y las lisonjas de que fué objeto de parte del negociador chileno serán mejor conocidas con la lectura del oficio que aquel dirigió, en original duplicado, al gobierno y al general Campero; documento muy extenso, del que dispensa-

ríamos al lector si no fuera indispensable reproducir sus partes más esenciales.

Hélas aquí;

«Tacna, Enero 12 de 1882

Al señor vicepresidente don Belisario Salina.
La Paz.

Señor presidente:

«.... Chile piensa llegar á la solución sin consideración alguna para nuestro aliado. Parece que en este momento le conviene, é insiste en ello resueltamente, «de no poner tiempo de por medio entre su presión armada y el restablecimiento definitivo de la paz con nuestro aliado...

Conocidos por mí estos precedentes, han tenido lugar mis dos conferencias con el señor Lillo, el cual, «sabiendo que yo debía pasar por Tacna, apresuró su partida de Chile y me hizo saber su deseo de conferenciar conmigo».

Amigo íntimo del presidente Santa María y plenamente informado de sus propósitos, habla por ahora, confidencialmente autorizado...

Nuestras condiciones generales de paz están determinadas; pero la opinión de nuestro país no responde todavía á la realidad de las cosas.

Me ha parecido, pues útil, antes del definitivo, un período preparatorio...

Consiguientemente, yo y el señor Lillo hemos fijado de común acuerdo, los siguientes puntos:

Primero:—Pacto de tregua indefinida, denunciable un año antes de reanudar las hostilidades.

Segundo:—«Statu quo», entre tanto, en las respectivas posiciones militares.

Tercero:—Relaciones comerciales restablecidas sin limitación.

Cuarto:—En las aduanas que actualmente occupa Chile, pagará Bolivia la mitad de los derechos que se aperciben actualmente; y

Quinto:—Serán libres de todo gravamen los productos chilenos que se importen.

Desea el agente chileno que esta convención se concluya aquí.

El señor Lillo pide los respectivos poderes á su gobierno, y me ha rogado que yo los solicite del mío.

Hay en todo esto un punto de desacuerdo, que he comenzado á combatir.

El gobierno de Chile no quiere conceder al Perú los mismos medios de conciliación.

A su modo de ver, solamente Bolivia existe como unidad y como institución. Mantiene su posición de beligerante serio (?), si no para el ataque, á causa de la falta de elementos suficientes, por su defensa interior á lo menos, y es lógico entenderse con ella.

El Perú CARECE DE REPRESENTACIÓN, y no existe ya como unidad nacional.

Prescinda, pues, Bolivia de su aliado, y piense un poco en sus pocos intereses, sin ligarse más largo tiempo á las diversas formas de disolución que reviste su vecino.

Por mi parte, siempre he creido que el Perú buscó con su diplomacia sus propios fines de predominio, porque el tratado de alianza fué en sus manos una arma de guerra, porque la legación La Torre fué encargada de lanzarnos únicamente contra Chile, porque....

«He juzgado, además, que la alianza se había roto de hecho en batalla decisiva». Terminó en

Tacna, no siendo Chorrillos y Miraflores más que la estéril y sangrienta confirmación del desenlace de aquel contrato...

No obstante esta opinión nacional definida, comprendo que es prudente tener en cuenta la noble preocupación de nuestro país y disminuir, en cuanto sea posible, la responsabilidad del gobierno.

A este propósito se refieren las consideraciones siguientes:

Hasta este momento hemos operado bajo la consigna peruana. Nuestra alianza ha tenido esto de obligado y de extraño, que nunca hemos indicado medida alguna, ni iniciado una opinión cualquiera: todavía recordamos con disgusto que quedaron sin respuesta las demandas de mutuas combinaciones hechas por nuestro presidente al dictador en Lima. (1)

Todas las órdenes las hemos recibido de allá, al contrario, no incluyendo las concernientes á operaciones de guerra (exceptuando sin embargo la famosa RETIRADA DE CAMARONES).

Ha llegado el momento en que Bolivia manifieste de una vez su opinión é inicie una acción deliberada y resuelta de su parte.

Diga al Perú que coviene el armisticio, «declarándole que está dispuesta á conluirlo», é invítele á que tome parte en él. Si el Perú rechaza la respuesta, queda asegurada nuestra libertad de acción.

---

(1) No fueron demandas de combinaciones mutuas para operaciones bélicas, como tal vez se podía creer, porque Bolivia no tenia entonces, inmediatamente después de la derrota de Tacna, ni armas ni soldados para poderse prestar á cualquiera combinación de guerra al contrario Bolivia pidió socorros pecuniarios y armamento, que el Perú no pudo proporcionar, amenazado como estaba de que su capital fuera invadida, como sucedió. (Véase el capítulo anterior).

Si, al contrario, contesta que la acepta, con autoridad efectiva, suficiente, es menester fijar como nos conduciremos para definir el pacto.

Chile no se prestará á hacerlo conjuntamente; « no puede prestarse » á conceder idénticas condiciones para el « modus vivendi » al uno y al otro. Esto depende de la naturaleza misma de las cosas i de las situaciones.

Chile se reservaria su libertad de acción para admitir ó nó al Perú en el armisticio.

Es posible obtener que se preste á esto; pero probablemente persistirá en quererlo concluir por separado.

Seria conveniente que nuestro gobierno se dirigiese pronto á la autoridad peruana, sugeriéndole la idea del armisticio, si no creyese más sagaz y diplomático enviar á su ministro para inducir al aliado en aquel sentido.

Si el gobierno mantiene, como pienso, que ha pasado el tiempo de las vacilaciones, y que le conviene al país tomar un término para concluir la paz, « mediante un armisticio que se impone con ciertas ventajas, » puede y debe concluir el negociado, « sin que lo impidan los pasos del leal proceder que deben darse en el Perú... »

Con toda claridad aparece de esta larga y estudiada comunicación del doctor Baptista, que era condición principal y esencialisma de las negociaciones efectuadas entre él y el agente chileno Lillo, que el Perú no fuera admitido ni tuviera participación alguna con el beneficio de la tregua pactada por ellos. El Perú, que en los cinco artículos del referido pacto no había sido mencionado si-

quiera, debía quedar abandonado á su propia suerte, ó mejor dicho, á merced y discreción de Chile...

Solo la idea de no chocar abiertamente con el sentimiento público de Bolivia,—llamado por Baptista noble preocupación,—que se mantenía fiel á la alianza, hizo comprender al negociador boliviano que la prudencia aconsejaba no relegar por completo al olvido al Perú, y que era necesario notificar á éste, en términos perentorios, que Bolivia había resuelto llegar á un acuerdo directo con Chile y lo invitaba á tomar parte en él.

Pero, sin el recurso vulgarísimo de la injuria, sin hacer muchas falsas acusaciones. Baptista gira con tesón en torno de su única idea dominante: acumular pretextos y razones para persuadir á su gobierno á que prosiga las negociaciones sin ocuparse para nada del aliado, idea que expresa y hace resaltar casi en cada línea de su extensa comunicación, en la cual principia por establecer que Chile insiste resueltamente en el pensamiento de no poner tiempo de por medio entre la presión armada que ejercía sobre el Perú y el restablecimiento de la paz con este país, circunstancia que hacía imposible llegar á un pacto de tregua ó de cualquier otro género con éste, para terminar aconsejaba que se aceptara y diera forma definitiva é immediata al pacto de tregua negociado por el, independientemente de los pasos de leal proceder que debían darse en la república aliada, para invitarla, después de consumados los hechos), á tratar, á su vez y como mejor pudiera, otro armisticio con Chile.

El primer fruto de la negociación Lillo-Baptista debía ser, pues, la rupture, de hecho, de la alianza perú-boliviana, acto que revestía, de parte de Bo-

livia, todos los caracteres de la mas odiosa traición, de la más artera felonía contra la generosa y desventurada república aliada que, casi sola, había luchado hasta la heroicidad por ella, durante tres años consecutivos, y que, en la hora suprema, destrozada y vertiendo á un sangre de sus recién abiertas heridas, sería cobardemente abandonada al odio y á la venganza del implacable enemigo común, con el que Bolivia, la causa de tanta desgracia, iba á entenderse.

No obstante, esto escandaloso pacto de tregua, que debía arrojar tanta ignominia, deshonra y verguenza sobre Bolivia, si hubiera llegado á ajustarse y ratificarse lejos de ser ventajoso y útil para ella habría empeorado su suerte, por muchas y muy poderosas razones.

Considerado simplemente el pacto como medio para lograr la suspensión de las hostilidades, era del todo inútil y hasta supérfluo, porque hacía ya veinte meses,—desde la derrota del Campo de la Alianza,—que Bolivia no tomaba parte alguna en la guerra, la que de hecho, había cesado para ella; sin que Chile hubiera jamais pensado ni pensara seriamente efectuar, en época más ó menos próxima acto alguno de hostilidad que la obligase, á su pesar, á tomar de nuevo las armas.

El único acto hostil que Bolivia pudo temer desde entonces, y que tal vez temía aún: la invasión del territorio no ocupado por Chile, era casi imposible que se realizara en el momento en que Baptista ajustaba el pacto de tregua.

Como en otro lugar expusimos, mientras que el ejército peruano se mantuviera firme en Arequipa, Chile no podía decidirse á llevar la guerra

al interior de Bolivia, ó sea, á buscar nuevos campos de batalla en las abruptas y lejanas regiones andinas, sin exponerse á peligros que tal vez comprometieran en un momento todas las ventajas que hasta entonces había obtenido sobre el Perú.

Esto no era un misterio para nadie, y menos para Bolivia, en Enero de 1882; de manera que virtualmente, existía la tregua entre Chile y ese país, quizás si con el beneplácito de éste, y estrechamente vinculada para aquel á la toma y ocupación de Arequipa, empresa no muy fácil, á la que no pudo resolverse sino después de transcurridos veintidós meses más, gracias á las circunstancias exceptionales de que á su tiempo hablaremos.

Bolivia tenía, pues, la garantía de una tregua de hecho, que Chile, por su propio interés, no rompería sino después de alcanzar una nueva y difícil victoria sobre el ejército peruano, reconstituído en Arequipa (1); y, por lo mismo, no se hallaba precisada á ajustar un pacto de la misma índole que, sin ofrecerle ventaja nueva alguna, le quitaba,—por las condiciones que en él se establecieron,—la libertad, que hasta entonces había gozado, de

(1) Con conocimiento exacto de los hechos, podemos asegurar que hasta el 7 de Octubre de 1881, el ejército de Arequipa se componía de unos 2200 hombres mal armados y disciplinados: que este ejército, á partir de aquella fecha, se elevó á 5000 hombres bien armados y cuya instrucción y disciplina mejoró tanto que podía competir con cualquiera otro igual en número ó poco superior; que desde el 15 de Marzo de 1882, fué reducido á 2500 hombres, perdiendo mucho de sus condiciones militares; y que desde Agosto ó Setiembre del mismo año hasta el 25 de Octubre de 1883, fecha de su dispersión, subió hasta 3000 soldados, con disciplina inmejorable, á pesar de estar mal pagados, como en la ocasión en que se redujo á 2200, quedando abundate parque de reserva.—N. del T.

proceder en el sentido que mejor le conviniera, ya permaneciendo inactiva, como lo había hecho, ya aprovechando cualquiera circunstancia favorable que se le presentara, para romper por su parte las hostilidades y equilibrar ventajosamente, si así lo quería o podía, las condiciones en que la guerra la había colocado, lo mismo que al Perú.

Por otra parte, tampoco eran mejores los resultados del pacto Lillo Baptista, considerado tal como en realidad era. un tratado preliminar de paz.

El articulo segundo establecía el mantenimiento del « statu quo » en las posiciones militares que, por el momento, tenían los dos países, y en tanto que Bolivia quedaba encerrada entre sus cadenas de montañas, defensas naturales á las que Chile nunca pensó ir á inquietarla, dejaba á éste la posesión íntegra y tranquila del desierto de Atacama, que había ocupado al principiar la guerra, es decir, de toda aquella extensa zona del territorio boliviano que el invasor quería hacer suya á titulo de conquista, so pretexto de indemnización de guerra. Más aùn : ni la claúsula más corta, ni una simple frase ó palabra estatuían ó dejaban vislumbrar, por lo menos, la esperanza de que Chile restituyera algún día todo ó parte de dicho territorio.

En los demás artículos, que trataban del restablecimiento de ilimitadas y amistosas relaciones comerciales, se fijaban, también los derechos aduaneros que las mercaderías destinadas á Bolivia debían pagar á Chile en su tránsito por la zona ocupada, que vitalmente pertenecía aún á aquella república, y decían todo lo contrario á lo pactado.

Estas disposiciones que, por su naturaleza, eran completamente extrañas á un simple pacto de

tregua, daban á la negociación el carácter de verdaderas y positivas preliminares de paz, y establecían un precedente que en cualquier tiempo podía ser invocado por Chile para exigir la cesión incondicional y perpétua del territorio de Atacama.

Todas las ventajas del pacto eran, pues, para Chile, tanto por las ya expuestas como por otras muchas, no menos poderosas, que sería cansado enumerar.

Lo que urgía á Chile, en lo que tenía mayor empeño era romper la alianza, para la consecución de los fines que ya conocemos y para presentar al mundo un acuerdo, de cualquiera naturaleza, con Bolivia, que dificultara ó hiciera ineficaz é imposible la mediación de los Estados Unidos de Norte América, que era todavía motivo de dudas y temores para el afortunado vencedor, que no sabía aún á que atenerse, dadas la vacilación y la poca seriedad con que fué seguida aquella negociación diplomática; y difícil habría sido para Chile escoger otro pacto que el Lillo-Baptista, mejor respondiese á sus miras, deseos, aspiraciones y necesidades.

Ante este pacto, la mediación norteamericana, que se proponía llevar á las tres repúblicas beligerantes á un acuerdo equitativo y justo, tendría que ser retirada en la parte que á Bolivia se refería, dando por terminadas sus gestiones respecto de este país; y talvez si asumiría otro carácter menos grave en la que con el Perú se relacionaba, pues no habiendo nada que temer de Bolivia, podría apresurarse la catástrofe final de su aliado, impidiendo así que la mediación llegase á agotar todos sus recursos.

Las gestiones de mediación terminaron poco después, aún sin la eventualidad en que Chile cifraba sus esperanzas, por ineptitud del negociador y por muchas otras causas de que á su tiempo nos ocuparemos; pero en la época en que se ajustaba el pacto Lillo-Baptista, subsistía aún, favoreciendo moralmente á las repúblicas aliadas, y era una de las dos condiciones que podían ayudar á Bolivia para que alcanzase la solución menos desfavorable posible en su conflicto con el país vencedor.

La otra condición que podía serle favorable para alcanzar este mismo fin, es bastante conocida; su estrecha unión y fidelidad al Perú. Luchando ambos aliados contra Chile, habiendo buena fé de parte de Bolivia y aportando ésta el contingente de todas sus fuerzas y recursos, desde que conocía que era al Perú, aún ensangrentado y abatido, al único país que el conquistador temía en realidad podía esperar Bolivia la recuperación de su litoral usurpado, ó, cuando menos, llegar á un equitativo y honroso tratado de paz.

Pero una vez que el Perú, traicionado y abandonado por su aliado, pusiese término á la guerra, ya por consecuencia del aislamiento en que se dejaba, ya derrotado en su último baluarte de defensa, ya cediendo á las exigencias de su poderoso enemigo, las condiciones de Bolivia tendrían que hacerse, irremediablemente, más graves y difíciles que nunca.

Sola frente á Chile, pais tan superior á ella en fuerza militar, en situación económica y en organización política, hasta el extremo de hacer imposible toda tentativa de lucha con él, fuera de la zona de defensa natural, limitada por los Andes,

Bolivia habría tenido forzosamente que ceder á todas las pretensiones del conquistador, pretensiones que, en el caso más favorable para ella, se limitarían á exigir que en el tratado de paz se confirmaran los convenios del pacto de tregua y, especialmente,—como «conditio si ne qua non,»—la cesión real, perpétua é incondicional de Atacama, como indemnización de guerra.

¿Podía Chile, al firmar un tratado definitivo de paz y cuando Bolivia quedara á discreción suya, sola en la imposibilidad moral y material de continuar la guerra, mostrándose más generoso con ella que cuando tenía necesidad de captarse sus simpatías, de hacerla tácitamente su aliada, para que desertara, abandonando el campo de honor y del deber, y sólo negociaba, para lograr su proditorio plan, un pacto de tregua, que era precario por su naturaleza, como que podía romperlo en el momento que lo creyera necesario ó conveniente?

¿Por qué suponer que cuando Chile llegara á la consecución de los fines que se proponía, pudiera ó debiera ser generoso con Bolivia?

¿Talvez á título ó como muestra de reconocimiento, ó en pago de la traición hecha al Perú?

¡Pero el doctor Baptista debía conocer bien qué escaso ó qué nulo valor podía tener aquel título en manos de un país que había pagado con la más negra y horrible traición la inmensa deuda de gratitud que tenía contraída á favor de su generoso aliado!

¡Y mal hubiera podido, el mismo doctor Baptista, pretender ó exigir, en beneficio de su patria, lealtad, cumplimiento de deber ú honradez internacional, cuando acababa de hacer comercio ilícito

y vergonzoso de estos mismos sentimientos en sus relaciones con el Perú!

Bien sabía todo esto el doctor Baptista; pero, como no tuvo inconveniente para declararlo en otra ocasión, tanto le importaba la desmembración del territorio de su patria, cediendo Atacama á Chile como los deberes contraídos por la alianza con el Perú. ¡Todo debía sacrificarse con gusto ante la secreta esperanza que era el ideal, el sueño dorado del partido «rojo»; la adquisición para Bolivia del departamento de Tacna, sueño con cuya realización esperaba llegar fácilmente al poder....!

No debemos pasar más adelante sin recordar que el pensamiento de cambiar el desierto de Atacama y su litoral, por el departamento de Tacna, haciendo para ello una combinación cabalística,—desdorosa pudiéramos decir,—con Chile, no era nuevo en Bolivia.

El año de 1847, el gobierno boliviano proponía al chileno una curiosa alianza contra el Perú cuyos resultados inmediatos debía ser:

«La conquista en favor de Bolivia, del antiguo departamento de Moquegua, que comprendía también al actual departamento de Tacna,—y

La cesión á Chile de toda la zona de Atacama, en pago de aquella felonía».

Esta extraña liga, á la que la cancillería boliviana dió el pomposo nombre de ALIANZA MARÍTIMA, quizás porque para llevarla á cabo hubiera sido necesario autorizar el corso ó la piratería, elevándose á la categoría de institución, ó para indicar talvez que la guerra debía ser exclusivamente por mar,—lucha en extremo conveniente para Bolivia, país que jamás poseyó la nave más pequeña,—no

fué aceptada por Chile, muriendo en su cuna o
cial, pero quedó viva en el programa del «parti
rojo», que fué el iniciador de la idea.....

Varias veces hemos tenido ocasión de decir q
los agentes chileno y el partido pacista hallar
en el general Campero un obstáculo insalvab
para la realización de sus antipatrióticos proyecto
tendentes todos á dañar al Perú por med
de acuerdos ilícitos con Chile; pero la inmor
propaganda de este partido, basada en las s
puestas ventajas que tales acuerdos darían á B
livia,—siendo la primera y principal satisfacer
tradicional aspiración de procurarse una sali
fácil y segura al Pacífico, apropiándose del dep
tamento de Tacna,—había hecho ya grandes p
gresos en todo el país.

Además, esta propaganda fué robustecida
parte,—inconvenientemente talvez,—por los ciu
danos que no pertenecían á aquel partido, en
los que llegó á predominar también la idea de q
Bolivia debía consagrar toda su atención á adqui
el departamento de Tacna,—de cualquier mane
—siempre que no se viese obligada à recibirlo
Chile, como fruto ó consecuencia de la conquis

De todos modos, la idea estaba latente, forma
el credo de una nacionalidad, y, en tales con
ciones, constituía un peligro muy serio para el p
dueño del territorio, que se había sacrificado c
hidalguía caballeresca.

El deseo de engrandecimiento, el amor pro
nacional y la ignorancia punible del verdade
estado de cosas habían hecho nacer y hasla tom
forma real, en todos los círculos políticos boliv
nos, tres suposiciones que no tenían fundame

alguno; pero que deben constar para que se vea como toda una nación puede formarse ilusiones aunque toque con la realidad de los hechos, y cuales son las consecuencias de la propaganda inclinada al mal, cuando no hay criterio para examinarla y jusgarla.

Estas suposiciones,—ilusiones, mas bien dicho, —eran:

Primera:—Que los habitantes de Tacna, por simpatías y por interés comercial deseaban, anhelaban su anexión y la del departamento todo á Bolivia.

Segunda:—Que Chile, interesado en la conquista y desmembración de dicho departamento, no pudiendo ó queriendo retenerlo en su poder, favorecería, de buen grado aquella anexión;—y

Tercera:—Que el Perú, para evitar el peligro de que Chile se apropiase de Tacna, á título de conquista, buscaría otro igual ó mayor, prestando voluntariamente su consentimiento á la anotada anexión, sobre todo si se le ofrecía una compensación equitativa,—que no podía existir,—del sacrificio que hiciera.

Bajo este falso supuesto, la mayoría del país, esa misma mayoría que deseaba que la nación se conservara fiel á la alianza con el Perú, opinaba que cuando llegara el momento de negociar la paz debía exigirse, como condición precisa, la anexión á Bolivia del departamento peruano de Tacna previa declaración de los habitantes de éste, en un plebiscito, de que así lo deseaban y querían; compensando si fuese necesario, al dueño de ese territorio, con una indemnización pecuniaria ó con otra zona igual de tierra boliviana en el departa-

mento de Caupolicán, situado más allá del lago Titicaca.

El partido rojo, que estaba en íntimas relaciones con la cancillería y con personajes políticos chilenos, pensaba de distinta manera: sabiendo que Chile exigía á Bolivia, para mostrarse generoso con ésta, la ruptura de la alianza, anhelaba, como ya queda expuesto, apoderarse de Tacna exclusivamente por el favor de aquel país, del que esperaba, además, la construcción del ferrocarril, otros elementos de progreso, adquirir ascendientes en su patria sin más méritos que la amistad y el favor chilenos, y llegar así al poder haciendo feudo suyo el suelo que vió nacer á los miembros de ese partido.

Dados estos antecedentes, no fué difícil al doctor Baptista, cuando arrancó de sorpresa al general Campero la misión confidencial que ya conocemos, hacer aceptar á éste la claúsula tercera de las instrucciones secretas que el mismo Baptista redactó y que se refería á «dejar comprender á Chile que Bolivia» VERÍA SIN DISGUSTO LA LIBRE ANEXIÓN DEL DEPARTAMENTO DE TACNA, «por la voluntad de sus habitantes».

De esta manera, el general Campero confiaba en hacer algo grato á Chile, y talvez al Perú, al mismo tiempo que secundaba una de las aspiraciones vehementes de Bolivia y quizás si suya, auque nunca la expresó. El doctor Baptista, al contrario, interpretando antojadizamente el pensamiento del general Campero, creyó haber atraído á éste,—si no del todo, en gran parte,—á sus miras y propósitos y á los de su partido; y se había forjado la ilusión de que la confianza que inspiraría la en-

gañosa inocencia de un simple pacto de tregua, su fidelidad aparente al gobierno, la perspectiva de los grandes beneficios que la negociación proporcionaría á Bolivia y el hecho mismo de hallarse el general Campero empeñado en gestiones secretas, misteriosas, iniciadas en su nombre y por encargo suyo, gestiones que compremeterían su honor y su amor propio, serían causas suficientes para destruír sus últimos escrúpulos, para que no pudiera retroceder aunque quisiera hacerlo.

Ya hemos visto cuánta astucia empleó el doctor Baptista en su extensa comunicación oficial de 12 de Enero, para probar la bondad y la conveniencia del pacto de tregua: pero en los acápites copiados de dicha comunicación no están anunciadas todas las ilusorias ventajas con que aquel diplomático pretendía deslumbrar, haciendo creer que nada había mejor ni más práctico para Bolivia.

La comunicación dirigida al general Campero, (ya sabemos que era duplicada: una para éste y otra para el ministro de relaciones exteriores), tenía, además, el siguiente «post scriptum»:

« En el fondo no he hallado resistencia en el negociador chileno. Durante el armisticio, desean ellos (los chilenos) que cambiemos insensiblemente la corriente boliviana hacía á este país. En la situación normal, dos tercios de la plebe pertenecen á Bolivia, y él comercio forma la clase elevada. Para la libre anexión sólo encontraremos una resistencia pequeña, aunque encarnizada. Prometen (también los chilenos) que durante la tregua emprenderían la construcción de un camino carretero, preparatorio de la de un ferrocarril. Hasta el tér-

mino definitivo de esta negociación, ó sea, hasta que se firme el tratado de paz, han resuelto no abandonar esta costa, sino seguir administrándola ».

En otras dos comunicaciones oficiales, fechadas el 19 y el 26 de Enero, el doctor Baptista decía también al general Campero :

19 de Enero.—« La animosidad peruana en contra mía se extiende hasta Arequipa y Lima. Hemos tratado de poner remedio, y han producido su efecto las seguridades dadas al señor San Román. Amigos nuestros, compartícipes de nuestros proyectos, nos ayudan en la misma justa propaganda: « no aceptamos conquista : ni el más pequeño pedazo de terreno peruano, por efecto de ésta. Rechazaremos todas las sugestiones de Chile á este respecto, como lo hemos hecho otra vez... »

26 de Enero.—« Aquí los peruanos discuten con cierto calor la posible anexión de Tacna á Bolivia, en la que les han hecho consentir los falsos rumores sobre nuestro TRATADO DE PAZ con Chile. No es temerario afirmar que en la situación actual los dos tercios de la plebe pertenecen á nuestro país, constituyendo el alto comercio la clase decente. Ambos grupos y el comercio extranjero simpatizan generalmente con la anexión.... Anuncian al señor Lillo, por telégrafo, que le vienen las credenciales en el vapor « Chile, » que zarpó de Valparaíso el 21 y ha llegado á Arica en este momento. En cuanto al aplazamento que he solicitado para nuestras negociaciones, el señor Lillo manifestó cierto disgusto, porque teme que esta demora

sea dañosa á las ventajas que ofrece esta favorable oportunidad. Persisten (los chilenos) en declarar y asegurarne: 1.°, «que conservarán la posesión de estos territorios, hasta Ilo; y 2.°, que después rectificarán la frontera en sentido favorable para nosotros».... Me aseguran, tambien, que por ahora construirán la carretera hasta Corocoro, y desean que nosotros la prolonguemos hasta La Paz.»

El cumplimiento, la parte secreta del pacto Lillo-Baptista estaba, pues, en esta doble promesa de Chile: construir la carretera precursora del ferrocarril que debía dar salida á Bolivia hacia el Océano Pacífico, y, más tarde, cuando la guerra terminara, rectificar sus fronteras en sentido favorable para Bolivia; es decir, anexionar á Bolivia el departamento de Tacna.

Es en esta forma que volvemos á hallar la célebre propuesta hecha por Chile á Bolivia el año anterior, propuesta ó promesa que se ha visto reflejada en las aspiraciones del vicepresidente Arce, y que el doctor Baptista, pretendiendo calmar la agitación que habían producido en el Perú los rumores de su negociación aislada y directa con el enemigo común, afirmaba y hacía afirmar con sus amigos, «que Bolivia rechazaría en esta ocasión como la rechazó antes», lo que no era cierto.

Acerca de esta verdadera ó supuesta promesa de Chile hemos discurrido extensamente ya, y, por lo mismo, no hay que agregar una palabra más para que se sepa lo vana é ilusoria que era. Para darle crédito se necesita toda la ceguera culpable, toda la ambición partidarista de las gentes naci-

das y educadas en medio de las mesquinas intrigas de la guerra civil, gentes para las que nada es imposible ni reprobable moral y materialmente.

El doctor Baptista no ignoraba ni podía ignorar —aunque lo fingiese,—que los habitantes de Tacna, llamado á manifestar libremente, en un plebiscito, su voluntad, jamás habrían optado por la anexión á Bolivia; que el elemento boliviano, representado en la plebe por una séptima ú octava parte de ella en Tacna, era factor completamente nulo en Arica y en el resto del departamento; y que el alto y bajo comercio, compuesto casi en su totalidad de elementos europeos, habrían considerado aquella anexión como un peligro inminente para sus intereses, á parte de sus nunca desmentidas simpatías hacia el Perú.

Cierto es que, anexada á Bolivia, Tacna se habría convertido en un gran emporio comercial, el principal de dicha repùblica, ventaja de que siempre gozó por otra parte, por su posición geográfica, y que bajo este punto de vista, el alto comercio hubiera sido favorecido por la anexión, pero ello solo no bastaban para acrecentar y cautelar sus intereses en un país en que estos no tenían seguridad ni garantía alguna.

Con excepción del breve periodo constituído por la iniciacion del gobierno republicano del mariscal Sucre y de otros más breves y raros momentos en que el país disfrutó de paz, durante los cinquenta y cinco años transcurridos desde la independencia hasta la elevación del general Campero al mando supremo, Bolivia jamás ofreció garantías y seguridades ni á los ciudadanos ni á los intereses. Unos y otros estuvieron siempre á merced de los dicta-

dores que asaltaban el poder, destrozando su propio país; y así los capitales y los intereses de todo orden de los particulares como los de los comerciantes, y este especialmente los de éstos se hallaron siempre expuestos al saqueo y á los préstamos forzosos que nunca ó sólo por circunstancia indipendientes de la votuntad de los mandatarios se restituyeron.

Es verdad que hacía ya cerca de dos años que en Bolivia,—por primera vez,—se gozaba del beneficio que proporcionara á los asociados ed imperio de las leyes: pero era muy corto en realidad, este espacio del tiempo para que inspirase confianza el nuevo orden de cosas. Los comerciantes de Tacna, por lo mismo, no dejaban sentir aversion y de experimentar temor á la sola idea de la anexión a Bolivia, pensando siempre,—y no sin razón,—en que el país retornara á sus antiguos hábitos, no extirpados del todo aún.

El doctor Baptista sabía, pues á punto fijo, á que atenerse sobre el particular, procedía con doblez al asegurar ó dejar comprender que la anexión de Tacna á Bolivia podía ser hecha tal como la entendía el general Campero; es decir voluntariamente: no ignoraba que tal anexión era dificilísima, si no imposible, aún admitiendo la necia hipótesis de que Chile y el Perú consintieran en ella.

Chile no podía quererla ni consentirla, como ya se ha visto, por no convenirle á sus intereses ni á sus propósitos de predominio terrestre y marítimo máxime cuando el territorio del departamento de Tacna era la llave de seguridad para su ambición suprema: Tarapacá; y, rota la alianza, Bolivia no hubiera podido ocurrir al Perú, en demanda

del beneplácito necesario é indispensable de éste para la anexión.

Más á Baptista convenía conservar las ilusiones al general Campero hasta que llegara el momento de decirle la verdad, pero poco á poco y de tal manera que la revelación fuera favorable para los planes que aquel mal boliviano tenía en mira. (1)

Los manejos reprochables de Baptista se estrellaron, no obstante, contra la voluntad inconmovible y el patriotismo no desmentido del general Campero y del vicepresidente Salinas encargado del poder ejecutivo.

Bastó al general Campero la lectura de la primera comunicación de Baptista para comprender que éste había sorprendido su buena fe, y, profundamente disgustado del sesgo dado al asunto, contrario en todo al objeto verdadero de la misión confidencial dada á aquel diplomático, le contestó, con fecha 23 de Enero, que si bien dejaba al gobierno en plena libertad para que aceptara ó nó el proyectado pacto de tregua, él, por su parte, se limitaba á manifestarle que no lo hallaba conveniente ni decoroso para Bolivia, y que de ninguna manera este país podía llegar á acuerdo alguno con Chile, si no lo negociaba con el concurso y la voluntad del Perú y á la vez que él.

Mayores fueron aún la sorpresa y la indignación que la comunicación oficial de 12 de Enero produjo en el vicepresidente Salinas y sus ministros. Estos no ignoraban que la misión confiada á Bap-

(1) Si la ambición suprema de Chile era Tarapacá, la de Baptista era la presidencia de Bolivia, como más tarde se pudo comprobar.—N. del T.

tista no le autorizaba para negociar pacto de cualquier clase; pero mientras pidieron nuevos y más amplios informes al general Campero y se pusieron de acuerdo con él, la situación adquirió un carácter sumamente grave.

Hasta La Paz llegaron los ecos de los rumores esparcidos en torno del negociado Lillo-Baptista, como habían llegado al Perú, y á la vez que la alarma cundía en aquella ciudad llegó á ella el nuevo enviado extraordinario y ministro plenipotenciario del Perú, doctor Manuel María del Valle, acreditado por el gobierno de esta nación, que también estaba alarmada con el pacto chileno-boliviano, como no podía dejar de suceder; creándose así la situación tan grave é inesperada á que antes hemos hecho referencia.

La diplomacia chilena, con el afán de recoger sin pérdida de tiempo los frutos del pacto Lillo-Baptista, que debía hacer la desconfianza y la enemistad entre las repúblicas aliadas, y tal vez si con ánimo de alcanzar así la inmediata conclusión y rectificación del tratado, hizo circular, con toda solicitud, por medio de telegramas y de confidencias aparentemente indiscretas, la noticia de que entre Bolivia y Chile se había firmado, en Tacna, un tratado de la mayor importancia, que rompía para siempre la alianza perú-boliviana, tratado que unos llamaban de tregua, otros de preliminares de paz y no pocos de paz definitiva.

A su vez, la prensa del Perú y Chile discutía acaloradamente el asunto, comentándolo y haciendo arriesgadísimas y extrañas suposiciones acerca de él, y la negociación Lillo-Baptista alcanzó en breve tiempo *una notoriedad* increíble, como que llegó á

ser el tema obligado de todas las conversaciones y de todos los escritos.

El primer cuidado del plenipotenciario peruano, —apenas se llenaron las formalidades de su recepción oficial,—fue pedir amplias explicaciones al gobierno de Bolivia, respecto del pacto Lillo-Baptista, y el gobierno no tuvo inconveniente alguno para declarar la verdad, y asegurar que rechazaba sin discusión dicho pacto y que el doctor Baptista sería llamado por el primer correo que partiese para Tacna.

Hábil diplomático como era el doctor Valle, comprendió inmediatamente que no bastaba que el gobierno de Bolivia rechazara con desdén el indigno pacto negociado en Tacna: en su concepto era indispensable que se destruyera, con un público y solemne mentís, la mala impresión producida en todas partes por los rumores propalados por la diplomacia chilena, y que se disiparan las dudas creadas por los trabajos clandestinos del partido pacista, declarando el mismo gobierno, una vez por todas y en términos que no admitieran torcidas ó antojadizas interpretaciones, que estaba decidido á conservarse fiel á la alianza con el Perú.

Para la realización de estos fines, el doctor Valle propuso y obtuvo que el ministro de relaciones exteriores de Bolivia dirigiera el oficio que sigue al plenipotenciario de Estados Unidos de Norte América, á la vez que se publicara en el BOLETÍN OFICIAL:

«La Paz, 2 de Febrero de 1882.

A V. E. el señor general C. Adam, enviado extra-

ordinario y ministro plenipotenciario de los Estados Unidos de Norte América en Bolivia.

Señor:

Los diarios chilenos venidos por el último correo traen telegramas y artículos en los cuales se dice haberse concluído en Tacna, por los señores Lillo y Baptista, en nombre de Chile y Bolivia, un pacto de tregua indefinida.

Esto no es verdad: Bolivia se encuentra ligada al Perú por un tratado solemne de alianza que ha observado y observa lealmente, no podía, pues, faltando á sus compromisos, estipular nada, en lo relativo á la guerra, sin el concurso del aliado.

La misión confiada al doctor Baptista tiene otro fin. Habiendo partido directamente á Panamá, como ministro plenipotenciario al congreso americano convocado allí, llegado á Tacna supo que el congreso no se había reunido el 1° de Diciembre y que tal vez ya no se efectuaría; y se vió obligado á detenerse en Tacna, esperando respuesta al aviso dado de su viaje al gobierno de Colombia.

En cumplimiento de los deberes de patriotismo de todo boliviano, no sería extraño que el señor Baptista se hubiera ocupado, en su transito, de recoger privadamente datos, explorar opiniones ó procurar, en cuanto le fuese posible, todo lo que pudiese servir á los intereses de su país.

Esto, sin duda, ha dado origen á las referidas versiones de la prensa, cuya inexactitud me apresuro á asegurar á V. E., en salvaguardia del honor de mi gobierno.

Mi gobierno agradecería á VE. si se dignase poner estas explicaciones en conocimiento de la

legacion especial de los Estados Unidos en Chile.
Con los sentimientos, etc.

P. J. ZILVETTI.»

Queda probado, pues, que Baptista, en sus negociaciones con Lillo, había procedido sin autorización del gobierno de Bolivia, el que no tomó en cuenta sus gestiones, considerándolas como simples hechos privados. No obstante, habiendo brotado, de buena ó mala manera, la idea de tregua, arma que esgrimió el partido rojo contra el gobierno, acusándolo de no aprovechar tal ocasión, única que ofrecía la posibilidad de llegar á la paz sin derramamiento de más sangre y sin imponer al país nuevos sacrificios; el poder ejecutivo boliviano decidió, después de transcurridos algunos días, iniciar gestiones correctas para un pacto simple de tregua entre las tres repúblicas beligerantes.

Más el gobierno del Perú se mostraba poco dispuesto á este género de négociaciones, y comprendiéndolo así el de Bolivia, acreditó cerca de aquel al doctor Crisóstomo Carrillo, con la misión especial de invitarle formalmente para pactar la tregua con Chile, estipulando, de antemano y de común acuerdo, las bases que para ello podían ser aceptadas por las dos repúblicas aliadas.

Este procedimiento correcto no bastó para que el doctor Baptista desistiera de sus propósitos. Viendo que nada podía obtener, en su beneficio, de la lealtad y resuelta actitud del vicepresidente Salinas, concretó todos sus esfuerzos á obtener el beneplácito del general Campero al que creía haber atraído hasta el extremo que aceptara de plano sus ideas.

Muchas veces insistió en su pretensión de probar la conveniencia para Bolivia del pacto que él había ajustado con Lillo, y, como no obtuvo el fruto que anhelaba, aseguró al general Campero que Chile, en vista de la política seguida por el gobierno provisorio boliviano, no estaba dispuesto á entrar en negociación alguna con dicho gobierno que creía hostil; pero no convenciendo tampoco este argumento al general Campero, le instó tenazmente para que reasumiera las funciones de presidente de la república, facilitando así la conclusión del pacto de tregua, con el concurso de un nuevo ministerio.

Refiriéndose á la actitud del gobierno provisorio y procurando alucinar al general Campero, el doctor Baptista le escribía con fecha 9 de Marzo.

« Vos estáis libre: no habéis tomado parte en el arreglo de este « pastel. » Si quisiérais decidiros todavía por la tregua, esta sería posible sin otro trabajo que reasumir el mando de la república, proponiéndoos llevarla á cabo sin demora y con el crédito de otro ministerio......

« ¿Vuestras convicciones os impiden firmar la paz en el sentido que indican los acontecimientos? Pues bien: no firmaréis la paz. Vuestro período presidencial se cerraría con la tregua, en la cual no se define ningún derecho, como su nombre lo dice. »

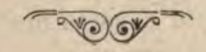
Por toda respuesta á estas malévolas insinuaciones, el general Campero escribió al doctor Baptista el 20 del mes citado:

« Tengo *poderosos* motivos para no reasumir por

ahora, el mando de la república. Por esto si el gobierno de Chile no quisiera negociar la tregua con el actual gobierno sería lo mismo que declararla imposible.»

Fué así como se puso término definitivo á este desgraciadísimo y deshonroso negociado, que dejó tras sí consecuencias muy funestas, haciendo más difícil aún para Bolivia el cumplimiento de los deberes que le imponía el estado de guerra en que se hallaba.

Los partidarios de la paz á todo trance, lo amigos y partidarios,—conscientes é inconscientes,—de Chile, vieron aumentarse rápidamente sus filas, aumentaron también su audacia: ya no creyeron necesario mantener en reserva sus deseos y aspiraciones; y el gobierno, obligado á disminuir el ejército activo por falta de recursos para sostenerlo en mayor número, en el momento mismo en que nadie ignoraba que la salida de un solo batallón á las fronteras, para apoyar la causa de la alianza; hubiera sido señal para que estallara la guerra; el gobierno boliviano, repetimos, colocado en tal situación, se vió en la imposibilidad de tomar parte activa en la guerra nacional y de robustecer con su concurso los designios la acción del Perú.



XII

RESUMEN.—El Perú no acepta la invitación de Bolivia para negociar un pacto de tregua. — El gobierno boliviano presenta al Congreso un programa de política internacional. — Cuatro corrientes distintas dividen la opinión pública. — El Congreso no adopta resolución alguna. — Causas de este procedimiento. — El gobierno reanuda las gestiones con el Perú para llegar á la tregua. — Suspensión de estas gestiónes por la actitud del congreso. — El voto del senado. — Deliberaciones de la cámara de diputados. — Convención perú-boliviana para la tregua con Chile. — Mediación privada del ministro del Brasil. — Laudables resultados de esta mediación. — Las intrigas del partido «rojo» hacen ineficaces eso resultados. — Chile quiere tratar solo con Bolivia. — Negociaciones por escrito entre los ministros de relaciones exteriores de Chile y Bolivia. — Chile insiste en separar á Bolivia del Perú. — Firmeza del ministro boliviano. — Antigua intromisión de Chile en la política boliviana. — Ultimatum de Chile á Bolivia. — Relación antipatriótica del doctor Baptista al congreso. — Estudio de esta relación. — Es desaprobada. — El gobierno traza la línea de conducta que debe seguir conforme á los dictados de la justicia. — El partido rojo arranca al congreso una resolución conforme á sus ideas.

La misión confiada al plenipotenciario Carrillo resultó infructuosa por completo.

El ministro boliviano conferenció primero en Lima con el doctor Ramón Ribeyro, plenipotenciario « ad hoc » nombrado por el gobierno del

Perú, y luego con el ministro de relacion
riores, doctor Mariano Albarez, que se ha
Huaraz; pero, á pesar de la grande activ
desplegó para el lleno de su misión, no
tener que el Perú aceptase la invitación d
para negociar, unidas ambas repúblicas,
de tregua con Chile.

El gobierno boliviano se vió precisado,
abandonar este pensamiento: pero no del t
nudando más tarde las interrumpidas negoc
apremiado por exigencias de política intern
el congreso principió á funcionar.

Rota la reserva que antes guardaban, l
darios de la paz á todo trance se prepara
ardor para una lucha parlamentaria, que
zaba ser muy borrascosa, con el propósito
triunfar sus ideas y aspiraciones en los
de la representación nacional referente á l
y línea de conducta que el gobierno debí
con relación á ésta.

Para conjurar á tiempo los peligros q
zaban al país, el gobierno juzgó pruden
tarse á sus enemigos, empeñando prim
talla, y al efecto presentó al congres
aprobación, un « programa de política int
Este importante documento,—haciendo
de los serios y poderosos argumentos en
—puede ser reasumido en los siguie

« Visto: que el estado actual de
pretensiones de Chile hacen imp
este país un tratado de paz s
de parte de Bolivia;—y

Visto: que el poco patr
la población boliviana no

continuar activamente la guerra hasta obligar al enemigo á moderar sus injustas pretensiones.

El gobierno opina:

« Primero:—Que Bolivia debe limitarse, por ahora, á negociar una tregua con Chile, bajo determinadas condiciones, de pleno acuerdo con el Perú;

Segundo:— Que Bolivia no puede negociar por sí sola dicha tregua, sino en el caso único de que el Perú se obstine en negar su concurso para el negociado, sin aducir razones justas y atendibles que impongan á la dos repúblicas aliadas el deber de abstenerse de todo procedimiento que tienda á tal fin; y

Tercero:—Qué, aún en el único caso señalado, Bolivia no intentará dañar al Perú en sus intereses para favorecer los propios, observando, á todo evento, los principios de la moral universal.

Y por cuanto el gobierno jamás consentiría, ni en firmar un tratado de paz con cesión de territorio,—como quiere Chile,—ni en negociar un pacto de tregua en condiciones distintas de las expresadas quedan;

Declara desde este momento:

Que si el congreso se decidiera por cualquiera de estas dos extremos, inmediatamente presentará su renuncia irrevocable. (1)

De la lucha entablada entre el gobierno y los

(1) Mensaje especial y reservado del presidente de la república al congreso nacional, fechado en La Paz, el 6 de Setiembre de 1882, y firmado por el vicepresidente de la república encargado del podér ejecutivo, don Belisario Salinas, y por los ministros de estado don Pedro J. Zilvetti, don A. Quijarro, don P. J. Vargas y don J. M. Rendón.

oposicionistas nació una división mayor en la opinión pública, formándose los que podríamos llamar cuatro corrientes, perfectamente definidas, de esa misma opinión.

Las principales, la que mayor número de prosélitos arrastraban, eran las dos que ya conocemos: la de los partidarios,—no muy abundantes,—de la política leal y patriótica del gobierno, cuya aspiración era cumplir fielmente los deberes que imponía la alianza con el Perú y continuar la guerra con actividad, á costa de cuialquier sacrificio, hasta equilibrar las ventajas ó desventajas, ó fatigar al enemigo obligándolo á suscribir un pacto en armonia con los principios de equidad y justicia; y la de los partidarios de paz á todo trance,—los miembros del partido rojo—que impedidos por la ambición de mando y por el temor de que se comprometieran ó arruinaran sus intereses, querían que Bolivia aceptase, á todo evento la imposición de Chile, ó sea la cesión de Atacama á este país y la ruptura de la alianza con el Perú, en cambio de las deshonroras promesas é ilusorias esperanzas que Baptista y otros hombres públicos les habían hecho concebir y aún creer como realidad salvadora.

Entre estas dos corrientes extremas de la opinión pública, fluctuaban las otras dos de que hemos hablado.

La tercera era la de los afiliados al antiguo partido popular: estos ciudadanos ni querían una paz deshonrosa con Chile, ni que el ejército boliviano marchase de nuevo á la frontera, á ocupar el puesto que le correspondía en los campos de batalla del Perú.

Ellos decían que la república aliada había caído ya muy abajo para que pudiera levantarse de nuevo con ó sin la ayuda de Bolivia, y que, por lo mismo, había llegado el momento en que sin romper de hecho la alianza, cada uno de los aliados podía y debía proceder como mejor le plugiera dentro de su propio territorio.

Confiando demasiado en las defensas naturales del país, creían ó aparentaban creer que Bolivia era aún bastante fuerte, para rechazar con ventaja toda tentativa de invasión de parte de Chile; y querían que su patria, conservándose moralmente fiel á la alianza, se limitara á mantenerse á la defensiva, sin avanzar á la frontera, hasta que el enemigo se convenciera que no le era posible subyugarla ni corromperla, e, interesado en poner término á la guerra, concluyese por moderar sus pretensiones y ajustar un tratado de paz en condiciones más favorables que las hasta entónces propuestas.

El egoismo y el error es la apreciación de la verdadera situacion de su país, obligaba á este partido á aconsejar que Bolivia permaneciese, en 1882, en el mismo estado de guerra defensiva impuesto por la necesidad y decretado por la convención nacional en 1880, á raíz de la derrota del « Alto de la Alianza; pero tal actitud, entónces, no era conveniente ni correcta.

A mediados de 1880, cuando Bolivia, después de aquel desastre, carecía de soldados y de armamentos y no podía oponer á los cañones y á las balloneias de Chile sino los desnudos pechos de los ciudadanos, fué verdaderamente noble y patriótico para aquel país declarar que no daba por terminada la guerra y que la continuaría manteniéndose por el *momento á la* defensiva ó sea dentro de sus

propios límites, con el intento de esperar y resistir la invasión temida y que se creía inevitable.

Pero dos años después, cuando Bolivia estaba regularmente armada; cuando había organizado muchos batallones de guardia nacional movilizable; cuando contaba con un ejército, bien instruído y disciplinado, de ocho á nueve mil hombres, y cuando era sabido que Chile no pensaría en la anunciada invasión mientras no pudiera apoderarse de Arequipa; continuar el estado de guerra defensiva era antipatriótico é inconveniente.

. Sólo en el caso de que Bolivia se envileciera y humillara hasta la abyección más censurable, el ejército chileno hubiera invadido su territorio antes de ocupar la altiva y soberbia ciudad del « Misti »; pero si era fácil que sucediera, sin pérdida de tiempo en este último caso. (1)

Ya hemos indicado la gravedad que hubiera revestido para Bolivia una invasión por la fácil ruta de Mollendo, Arequipa y Puno al importante departamento de La Paz, en el que, faltando las defensas naturales que la cordillera forma en otros lugares de la extensa frontera,—defensas en que tanto confiaba el partido popular,—la situación del ejército boliviano habría sido mil veces peor que la del chileno.

Y el peligro hubiera revestido mayor gravedad aún, porque, rendida ó tomada Arequipa, Chile no teniendo nada que temer en el sur del Perú, habría podido destinar todo ó la mayor parte de su ejército, no

(1) No obstante cuando el ejército chileno ocupó Arequipa, no invadió Bolivia,—á pesar de las circunstancias que favorecían la invasión y de haber avanzado parte de él hasta Puno,—por las razones que más adelante se verán.—N. del T.

solo á la invasión sino á la ocupación de las ciudades más importantes y estratégicas de Bolivia, sin que ésta pudiera oponer grande ni eficaz resistencia, debiendo considerarse perdida desde el momento en que se iniciara la expedición chilena.

Hay que tener en cuenta, al respecto, que el estado de guerra defensiva en que Bolivia decía mantenerse desde 1881, era meramente nominal: no fue otra cosa jamás que un estado censurable de inercia: de abandono injustificabble de todos los deberes; situación que se traducía en una jactanciosa actitud bélica, cuyo único resultado fué esperar, con la pasividad fatalista de los musulmanes, la anunciada y temida invasión chilena, como el comerciante poco inteligente que ve el mal estado de sus negocios, espera el vencimiento y la protesta ineludible de una letra que no puede pagar.

A nadie se oculta que lo que más convenía á Bolivia,—mirada con conveniencia bajo cualquier punto de vista,—era concurrir con todas sus fuerzas, á la defensa de Arequipa, para evitar que esta ciudad cayera en poder del enemigo. Así lo imponían sus propios intereses; sus deberes de aliada con el país que sufría, solo, las consecuencias de una guerra que no había provocado, pero que aceptó con hidalguía medioeval, sin estar preparado para ella, y al instinto de propia salvación y conservación.

Así pensaba, también, el general Campero, el vice presidente Salinas y todo los hombres eminente y patriotas que con ellos se hallaban en el poder. Todos estos habían procedido, indudablemente, en armonía con aquellas conveniencias, sino hubiesen hallado un obstáculo insuperable, para la realización

de sus nobles propósitos, en la lucha interna iniciada ya entre los partidos políticos, por la propaganda hecha en toda la república por los elementos que les eran antagónicos.

La cuarta y última corriente de opinión era formada por numerosos ciudadanos que, sin pertenecer á bando político alguno, tampoco tenían ideas fijas respecto á la gravedad de la situación, ni mucho menos, respecto á la actitud que debía asumir, tratándose de la salvación de la patria.

En estos ciudadanos se reflejaba más que en los otros, la indecisión que llega á dominar en las masas cuando las naciones sufren grandes reveses: impresionados tan pronto por las esperanzas que les hacía concebir la actitud del Perú, como los temores que les inspiraba la ambición de Chile, ya opinaban por la continuación de la guerra, ya porque se llegara á la paz; ya por la fidelidad á la alianza, ya por la ruptura de ésta como medio de aproximación al enemigo; ya por la paz á todo evento, á costa de cualquier sacrificio, por grande que fuera, ya en fin por obtener aquel sacrificio sin cesión de territorio.

Precisamente cuando el congreso iba á reanudar sus labores, los indecisos estaban dominados por la idea de la paz sin reparar en sacrificios; decían que era preciso poner término al estado de guerra nominal que ninguna ventaja reportaba á Bolivia y que, antes bien, podía ser causa del recrudecimiento de las iras de Chile, país que podía realizar la invasión que tanto había anunciado.

Como ya hemos dicho, el partido popular, sin hallarse en el buen camino, tenía ideas y aspiraciones muy distintas de las que formaban el credo

político del partido rojo, cuanto al estado de guerra; pero no era ésta la única causa de su división: los dos antiguos partidos estaban separados por viejos odios y rencores y por su anhelo de suceder en el gobierno á la fracción ciudadana que obedecía á las aspiraciones patrióticas del general Campero; y hasta en esta común aspiración había una diferencia digna de notarse; el partido popular quería llegar al poder inmediatamente y por cualquier medio, en tanto que el partido rojo, sin dejarse arrebatar por la pasión ni por una premura extraordinaria, esperaba tranquilo que se convocara á elecciones generales, para recoger legalmente la herencia del general Campero, una vez que éste terminara su período constitucional.

Es indudable, pues, que el partido popular nunca se hubiera adherido á las ideas que el rojo tenía respecto á la manera de poner término á la guerra, así como jamàs habría cooperado al triunfo de este último, aún cuando para evitarlo se hubiera visto precisado á aceptar y apoyar en todo ó en parte, la política franca y leal del gobierno para la continuación real y efectiva de la lucha armada con Chile.

Pero el apoyo directo ó indirecto del partido popular contra su adversario popular, el rojo no bastaba al gobierno para asegurar el triunfo de la buena causa en el congreso, en el que, merced á las intrigas previsoras de unos y al descuido de otros, estaban reflejados todos los matices de la opinión pública, en hídrica confusión y sin que pudiera conocerse cual era la idea dominante.

Los indecisos ó vacilantes eran los que mayor representación tenían en las cámaras legislativas,

y, para ganarse los votos de éstos fué que el gobierno se decidió á provocar la batalla, sometiendo al congreso el programa de política internacional de 6 de Setiembre, programa que, sin modificar la situación creada y sostenido por él, le dejaba en plena libertad para reabrir, cuando quisiera ó juzgara conveniente, la campaña efectiva contra el enemigo común.

Dando á los indecisos la esperanza de evitar ó alejar indefinidamente todo acto de hostilidad por medio de un posible pacto de tregua, el gobierno adquiría la seguridad, casi plena de impedir que aquellos se unieran á los rojos ó partidarios de la paz á todo trance, política que habrían tenido que aceptar al fin,—como una dolorosa necesidad,—si no se presentaba otro medio más decoroso de suspender ó poner término á la guerra.

Más los rojos no se descuidaban y fué tan grande y tan seria la agitación que promovieron en el congreso, que hubo un momento en que el gobierno temió ser derrotado.

Pocos eran los representantes que sostenían decididamente la política del gobierno; talvez si llegaban á formar la tercera parte del número total; y á su lado se agitaban otros dos bandos, bastantes fuertes, los que aunque no estaban de acuerdo respecto del plan de conducta que debían observar, dirigían todos sus esfuerzos á un mismo fin: que Bolivia, consultando sus intereses firmara un tratado de paz ó un pacto de tregua con Chile, pero independiente del Perú, sin tener para nada en cuenta la actitud ó las conveniencias de éste.

Uno de aquellos grupos opinaba que Bolivia debía iniciar y concluir las negociaciones con Chile,

sin de acuerdo con el Perú, dando por terminada la alianza de una manera definitiva. El otro grupo juzgaba que debía emplearse cortesía con el aliado, invitándolo á que se asociara á las gestiones de Bolivia para la tregua ó para la paz definitiva, entendiéndose que ni la aceptación ni el rechazo del Perú coartarían la libertad de acción de Bolivia, la que sería juez y árbitro exclusivo de las negociaciones que á ella se refiriesen.

No estando de acuerdo dos de estos grupos, ninguno de los tres formaba mayoría, y no podían, por lo mismo, llegar á la solución del asunto, adoptando una medida radical.

De aquí nació una situación exceptionalísima, se discutía y se intrigaba, y tanto los temores como las esperanzas tomaban en el ánimo y en los labios de los representantes las formas más exageradas y extravagantes: quienes hablaban de la próxima polonización de Bolivia, país que, según ellos, sería dividido entre Chile, Brasil y la República Argentina; quienes á su vez, se deleitaban y deleitaban á los demás con la visión de una república rica, poderosa, fuerte, cruzada en toda su extensión por ferrocarriles que llegarían hasta el mar, «¡hasta el puerto boliviano de Arica!», en cuya bahia ondearía soberbia orgullosa la bandera de la patria, al tope de los mástiles de su poderosa esquadra... la primera esquadra que Bolivia iba á tener!...

Este extrano delirio de gentes ilusas y sin criterio que, desviándose del camino recto, se dejaban vencer por pueriles y absurdos temores ó corrían anhelantes en pos de engañosas quimeras, mantenían el espíritu *público* en viva y constante agi- *tación*.

En tal estado de cosas, solo quedaba al gobierno una esperanza de salvación para el programa que había sometido á la deliberación del congreso: obligar á este á aprobarlo principiando por ponerlo en ejecución antes de recibir la respuesta del cuerpo legislativo, respuesta que necesariamente tenía que llegarle tarde. Asi lo hizo, en efecto, reanudando solícitamente las interrumpidas negociaciones preliminares con el Perú, para lograr que éste aceptara la invitación que Bolivia le había hecho por conducto del ministro Carrillo, con el objeto de ponerse de acuerdo sobre las condiciones de la tregua que debía pactarse con Chile.

Una de las razones principales que alegaban los senadores y diputados que querían que con el Perú solo se hiciera un acto de mera cortesía oficial, con la firme y decidida intención de que Bolivia rompiera de hecho la alianza, era el temor que abrigaban de que aquel país hiciera imposibles las negociaciones para la tregua, ó de que, por lo menos, las obstruyese, ya demorando mucho su respuesta, ya negándose á intervenir en dichas negociaciónes, ya imponiendo condiciones inaceptables; en cambio, el gobierno confiaba en que aquellos representantes variarían de opinión, adhiriéndose á su política, tan pronto como se convencieran de lo infundado de sus temores, aceptando el Perú la invitación que por segunda vez le hacía para llegar al término de la guerra ó á la suspensión de hostilidades.

Para la realización de este propósito, el gobierno boliviano fuè secundado eficazmente por el plenipotenciario del Perú, doctor del Valle, quien, comprendendo toda la importancia del proyecto supo

hacerla conocer á su gobierno, significándole las ventajas que al Perú reportaría, aceptando sin demora la invitación de Bolivia y contribuyendo al restablecimiento del estado de paz.

La contestación del gobierno peruano, entonces residente en Arequipa, no se hizo esperar, y el doctor del Valle fué investido de plenos poderes por aquél.

Con toda solicitud se iniciaron en La Paz las labores preliminares destinadas á señalar las bases sobre las que Bolivia y el Perú debía gestionar la tregua ó la paz definitiva con Chile; pero en la cuarta conferencia de los plenipotenciarios boliviano y peruano, efectuada el 14 de Octubre, y cuando estaban ya para terminar las discusiones que debían ser protocolizadas, el primero declaró,—no sin sorpresa del segundo,—y de cuantos tuvieron razones para conocer el asunto,—« que su gobierno había acordado suspender las negociaciones hasta que el congreso expresara su voluntad acerca del » PROGRAMA DE POLÍTICA INTERNACIONAL « sometido á su aprovación.

¿Cual fué la causa de este repentino cambio de ideas en el gobierno de Bolivia?

Helo aquí:

Apenas tuvieron conocimiento los partidarios de la paz á todo trance de que se había emprendido aquellas negociaciones, hicieron circular la noticia y comprender á todos que el gobierno trataba de imponer su voluntad al congreso, llevando á cabo el « programa » referido, antes de saber si la representación nacional lo aprobaba ó no, y cuando todo hacía creer que fuera rechazado.

Para hacer más fuerza en la opinión de los representantes, los partidarios de la paz apelaron á la historia patria, recordando que tal procedimiento del gobierno no era nuevo, pues así, á la sombra y con el beneplacito de congresos cobardes y serviles, habían nacido y se habían impuesto muchas de las tantas dictaduras que labraron el descrédito y la ruina del país.

La excitación de los ánimos creció de punto con esta propaganda antipatriótica, y ya el 13 de Octubre se hablaba en el senado,—en el que el partido rojo era poderoso,—de hacer una extraña y odiosa acusación al gobierno.

Asustado éste ante la situación que tal acusación crearía, suspendió las negociaciones con el plenipotenciario peruano, en la forma que ya hemos indicado.

Pero no fué completo el triunfo de los partidarios de la paz á todo trance: ya era de pública notoriedad que el Perú estaba llano para negociar el pacto de tregua, y tal noticia bastó para la mayor parte de los representantes indecisos se pusieran del lado del gobierno y apoyara la política de este.

No obstante, la mala propaganda continuó en su proditorio empeño, y el 31 de Octubre el senado daba la caprichosa respuesta que sigue, al mensaje presidencial de 6 de Septiembre:

« Confiando que el gobierno negociará la tregua con Chile, previo acuerdo con el Perú para obrar conjunta ó separadamente, « y sin perder entre tanto la favorable oportunidad para negociar la paz » pasa el orden del día ».

Mientras por una parte el senado autorizaba al gobierno « para negociar la tregua con Chile, previo acuerdo con el Perú », autorización un tanto equívoca si se tiene en cuenta la frase: « para obrar conjunta ó separadamente »; por otra le imponía, á la vez, el deber de aprovechar « la favorable oportunidad para negociar la paz », sin sujetarla, ni para ésta ni para aquella, á un prévio acuerdo con el aliado, como fácilmente se comprende.

Casi superfluo es recordar aquí la favorable oportunidad á que el senado aludía, no era otra cosa que la disposición que había manifestado Chile para negociar la paz con Bolivia, « á condición que esta república rompiese », implícita ó explícitamente, su alianza con el Perú ».

A nadie se ocultó el doble sentido del acuerdo del senado que no tardó en ser destruído por otro de la cámara de diputados, la que el 7 de Noviembre declaró que:

«En conformidad con el mensaje presidencial de 6 de Setiembre, estimaba conveniente el mantenimiento de la política trazada por la convención nacional de 1881, mientras se negociara un tratado de paz ó de tregua, «cumpliendo los pactos internacionales que ligaban» á Bolivia con el Perú».

Ya con esta franca y patriótica declaración, se reanudaron las interumpidas negociaciones entre los plenipotenciarios del Perú y Bolivia, los que el 22 del mismo mes firmaron la siguiente convención:

«Pedro J. *Zilveti*, ministro de relaciones exte-

riores de Bolivia y plenipotenciario nombrado «ad hoc», y MANUEL MARÍA DEL VALLE, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario del Perú en misión especial, entre ambos debidamente autorizados por sus respectivos gobiernos; terminadas las conferencias que resultan de los protocolos respectivos, han convenido en lo siguiente:

Primero:—Los gobiernos del Perú y Bolivia, en observancia del tratado de alianza del 1873 y cumpliendo los deberes que unen á las dos repúblicas, resuelven negociar con Chile un pacto de tregua, bajo las siguientes indeclinables condiciones.

Segundo:—La ocupación militar de Chile durante la tregua tendrá por límite norte el valle de Camarones.

Tercero:—Se establecerá una zona neutral, que podrá ser comprendida entre el paralelo del valle de Camarones al sur y el morro de Sama al norte.

Cuarto:—Se establecerá el libre tránsito, á favor del comercio de Bolivia, por la zona neutral y en los puertos peruanos y bolivianos ocupados por las armas de Chile.

Quinto:—Si no fuera posible estipular una tregua con Chile sobre estas bases, los gobiernos de las repúblicas aliadas se pondrán nuevamente de acuerdo, por medio de sus plenipotenciarios, respecto á las exgigencias del enemigo común».

No basta, empero, que el Perú y Bolivia se pusieran de acuerdo para negociar la tregua con Chile: era indispensable, ante todo, saber si este último país consentiría en llegar á este género de negociaciones, ya que las efectuadas anteriormente, entre Lillo y Baptista, no podían servir de garantia

al respecto. Por otra parte, aún dado el caso de que Chile aceptara entre tales negociaciones, se hacía preciso, también, preparar con tiempo el terreno, para evitar toda dificultad, llegado el momento de iniciarlas.

Teniendo en cuenta estas circunstancias, el plenipotenciario peruano doctor del Valle, atendió á ellas con toda previsión, desde que inició sus gestiones con el ministro boliviano, valiéndose, al efecto, de los buenos oficios, amigables y privados, del ministro brasilero acreditado cerca del gobierno de Bolivia, don Juan D'Aponte Ribeyro, diplomático de valía, personalmente conocido y en justicia estimado en Chile, país en el que también había representado honradamente á su patria.

El ministro del Brasil, deseoso de que su labor fuese igualmente útil á las tres repúblicas beligerantes allanando todas las dificultades que se opusieran á un honroso y equitativo arreglo entre ellas, sostuvo cerca de dos meses,—según nuestros informes,—activa y rápida comunicacion, epistolar y telegráfica, con los políticos más notables é influyentes de Chile.

Merced á la eficaz mediación del señor D'Aponte Ribeyro, el gobierno de Chile, que al principio se mostró contrario á la idea de negociar una tregua, concluyó por aceptarla, á condición de que principiaría por considerar á los plenipotenciarios peruano y boliviano como simples agentes confidenciales, para concluir reconociéndoles su elevado carácter oficial tan pronto como llegaran á ponerse plenamente de acuerdo con el agente chileno, pues solo de esta manera las conferencias preliminares tendrían libertad *para* la discusión, y valor diplo-

mático el tratado que se pactase y llegara á ser firmado.

Se convino, al efecto, que las conferencias de los agentes de las tres repúblicas beligerantes se efectuasen en Tacna, y todas las órdenes se dieron por telégrafo, consultando la mayor celeridad.

Todo parecía, pues, hallarse listo y converger al buen éxito de las negociaciones; pero la empeñosa y loable labor del ministro del Brasil fué destruida por los bolivianos partidarios de la paz á todo trance.

En tanto que aquel diplomático se esforzaba por allanar todas las dificultades, logrando alcanzar el consentimiento del gobierno de Chile para negociar la tregua, los pacistas sostenían no interrumpida correspondencia con un conocido diplomático chileno, preparando el terreno para un tratado definitivo de paz, exclusivamente entre Chile y Bolivia y con detrimento, daño y ruina del Perú....

Este doble juego antipatriótico y desleal solo fué conocido en La Paz á última hora, en el momento mismo en que el agente boliviano, don Belisario Salinas, se aprestaba para salir de dicha ciudad, con dirección á Arequipa, donde debía reunirse con el agente peruano, y juntos marchar á Tacna á llenar su cometido.

Fué entonces que se supo que el agente chileno Lillo,—el mismo de las famosas y abortadas negociaciones con el doctor Baptista,—próximo también á partir de Santiago para Tacna, tenía el encargo de su gobierno de negociar un tratado de paz ó de tregua «sólo con el agente boliviano.»

Tal conducta de parte de Chile,—que ya había empeñado su fé diplomática con el representante

de un gobierno amigo,—y de los malos bolivianos, —que no desconocían el daño que hacían á su patria,—parecía inverosimil; ¡pero nada era más cierto!....

Conociéndose ya estos hechos se suspendió la partida del agente boliviano Salinas, y se hizo un despacho telegráfico á Santiago, manifestando al gobierno de Chile que aquel agente no se dirigiría á Tacna sino en compañía del peruano y cuando ambos tuviesen la seguridad de que el diplomático chileno iría á dicha ciudad con poderes suficientes para negociar un pacto de tregua con las dos repúblicas aliadas.

La respuesta no se hizo esperar mucho, pero fué desfavorable; y el 17 de Diciembre el general Campero,—que hacía más de un mes que se hallaba de nuevo al frente del poder ejecutivo,—escribía en carta amistosa y confidencial, al contra almirante don Lizardo Montero, vicepresidente del Perú, encargado de la presidencia de la república.

«Mi gobierno acaba de saber, en este momento que el señor Lillo ha suspendido su partida de Santiago para Tacna, porque su gobierno lo había autorizado para negociar la tregua únicamente con el agente boliviano y no con agentes de entre ambas repúblicas aliadas; lo que quiere decir que todo quedará en nada y que continuaremos en «statu quo».

A pesar de las victorias alcanzadas, Chile sentía ya la necesidad de deponer las armas: estaba cansado de una guerra que la desesperada y patriótica tenacidad del Perú amenazaba prolongar in-

definidamente; guerra que, sostenida más del tiempo que pudo creerse, había alterado y continuaba alterando el organismo político y social chileno. A la sombra de este estado bélico se habían levantado inmoderadas ambiciones personales, y la temporal dominación en un país extrangero había operado un cambio radical en los hábitos de todas las clases sociales, cuyos efectos perniciosos ya se dejaban sentir y eran una amenaza para el futuro.

No obstante la idea de poner término á la guerra por medio de un simple pacto de tregua, que no le aseguraría el reposo estable que anhelaba, era poco ó nada halagadora para Chile, y solo con mala voluntad y por no hallar otro medio mejor ó más inmediato había accedido á tales gestiones. Por eso cuando entrevió la posibilidad de realizar la esperanza que tanto tiempo acariciaba de separar á Bolivia del Perú, con el objeto de obligar á éste á que aceptara, de grado ó por fuerza, la ley que quisiera imponerle, se volvió atrás, sin escrúpulo alguno, y declaró que no deseaba oir siquiera hablar de un pacto de tregua negociado conjuntamente con las dos repúblicas aliadas.

Todas las responsabilidades de heste hecho de la mucha sangre derramada durante un año más en el Perú y de los inmensos daños morales y materiales que dicho país y Bolivia sufrieron más tarde por no haberse llevado á término las negociaciones para la tregua, recaen, pues, directamente, sobre los partidarios de la paz á todo trance, ó sea sobre el conocido partido rojo,—alma y vida de toda la intriga;—partido que entonces, como siempre, á partir de los primeros meses del año de 1881, *impelidos* por la ambición de gobernar, por el pen-

samiento de captarse las simpatías y el favor del enemigo en las siniestras contingencias de la guerra, y por la avidez de un ensanche territorial tan ilusorio como ilícito, no omitió medio alguno para fomentar y sostener en los políticos chilenos, á la vez que la esperanza de un rompimiento definitivo entre Bolivia y el Perú, la firme resolución de no llegar á ningún arreglo con su patria mientras que ésta no faltara á todos sus deberes internacionales con el país aliado que había salido á su defensa.

Tres meses después de los acontecimientos surgía nuevamte en Bolivia la idea de pactar una tregua: esta vez, como antes, el gobierno procedía con lealtad.

El 14 de Marzo de 1883, el ministro de relaciones exteriores de Bolivia, don Antonio Quijarro, dirigía al ministro de igual ramo de Chile, una carta esencialmente confidencial é impregnada de dignidad y decoro, en la que le proponía la reunion en Tacna de plenipotenciarios de las tres repúblicas beligerantes, con el objeto de negociar un pacto de tregua que declaraba considerar como un paso preliminar indispensable para que pudiera llegarse á la estipulación de un tratado de paz definitivo y satisfactorio para todos.

El ministro de relaciones exteriores de Chile, don Luis Aldunate, aparentando aceptar de buen grado la iniciativa de su colega de Bolivia, le contestó el 6 de Abril, también en carta confidencial y muy cortés, que acogía con sincera satisfacción el pensamiento expresado por él; pero que, dadas las circunstancias excepcionales por las que el Perú atravesaba, « careciendo de un gobierno que pudiera pretender, con justo título, encarnar el senti-

miento y la voluntad de la mayoría de sus ciudadanos,» se veía en la necesidad de modificar su laudable propuesta en el sentido de que, haciéndose prescindencia completa del Perú, las negociaciones se refiriesen únicamente á Chile y á Bolivia.

Terminaba su carta el ministro Aldunate manifestando que «de común acuerdo, se podía fijar un día próximo para la reunión, en Tacna, de un agente chileno y otro boliviano provistos de poderes suficientes para discutir, convenir y TAMBIÉN FIRMAR el anhelado pacto de tregua.»

El ministro boliviano comprendió sin demora que la razon alegada por el chileno para excluír al Perú de las negociaciones era un fútil pretexto, decía Aldunate que:

«Como homenage de cortesía á la opinión emitida por él, consentía en que los pactos preparatorios se efectuaran sólo entre los agentes chileno y boliviano, como medio de tratar con independencia la parte referente á la situación política del Perú, y de hallar una combinación que la modificase y permitiera á dicha república aliada y tener representación genuina en las conferencias diplomáticas.»

Y para evitar dudas ó torcida interpretación de las intenciones que abrigaba, el ministro Quijarro, terminaba su larga epístola con estas palabras:

«Bolivia aspira, tiene la decidida voluntad de evitar que surjan incidentes que puedan echar sombras sobre su honor y su lealtad como nación aliada. Quiere que amigos y enemigos sepan,—y lo probará con hechos prácticos,—que se puede

confiar en su palabra y prestar asentimiento á la buena fé con que cumple sus compromisos...... Bolivia no se resignaría á firmar la paz ó la tregua dejando abandonado al Perú á sú propia suerte, que no puede ser peor ni más rigurosa. Si el enviado boliviano no lograra obtener la aceptación de un representante del Perú en las negociaciones, consideraremos este resultado como una desgracia muy deplorable, porque nos crearía dificultades insuperables. »

El ministro boliviano no podía emplear lenguaje más claro y terminante.

No obstante el ministro chileno en otra carta á Quijarro, que lleva fecha de 11 de Mayo, después de tomar nota de todas las declaraciones contenidas en la anterior y hasta de aceptarlas expresamente, terminaba « creyéndose autorizado » para suponer que el deseo manifestado de que en las conferencias preliminares se buscase la manera como el Perú fuera representado de manera genuina en ellas no respondía á anhelo verdadero de que así sucediera, sino que era un medio para salvar el decoro nacional, presentado sin ánimo de insistir en él ni de exigir que se llevara á efecto al principiar las negociaciones. Bajo esta impresión é insistiendo en la negativa de admitir á un agente peruano en las proyectadas conferencias, fijo el día 15 de Junio para la reunión, en Tacna, de los negociadores de Chile y de Bolivia.

Pero el ministro Quijarro replicó con fecha 27 de Mayo, insistiendo, también, en que, si aceptaba, por condescendencia, que las negociaciones se iniciaran únicamente entre los agentes de Chile y de

Bolivia, era con la condición expresa de que ambos buscasen, como cuestión previa, la manera de permitir en ellas la admisión de un representante del Perú, para que removida así la única dificultad que el gobierno chileno oponía, procediesen los tres agentes á la discusión de las estipulaciones del pacto de tregua.

El ministro boliviano concluía exponiendo que si ésta no era la intención del gobierno de Chile, ó que si dicho gobierno se obstinaba en excluir del todo el Perú en las negociaciones « era inútil iniciarlas sólo entre los agentes de Chile y de Bolivia », porque esta república no se prestaría jamás á pactar la tregua ó la paz sin el concurso de la república aliada.

Quijarro cerraba su carta con estos notables conceptos:

« De otro modo, se daría lugar á un estado inconcepible de cosas, en virtud del cual entre Chile y Bolivia reinaría la paz, al mismo tiempo que entre Chile y el Perú continuaría, con todas sus violencias, el estado de guerra, mucho más grave aún para este último país ».

A su vez, el ministro Aldunate ponía término á estas negociaciones epistolares dando respuesta á las nobles declaraciones de Quijarro en una extensa carta que lleva la fecha de 15 de junio, documento del que puede formarse una idea con los siguientes párrafos:

« No sé, ní me corresponde afirmar si adoptando tal resolución sea su señoría fiel intérprete de los sentimientos y de los verdaderos intereses de su

país. Me competería mucho ménos discernir si su conducta, en esta circunstancia, se ajusta á la formula definida y casi imperativa que el congreso reunido el año pasado en la ciudad de La Paz trazó á la política de su gobierno en la misma emergencia que ahora nos ocupa». (1)

Más sin entrar en este orden de reflexiones, que importarían una intrusión de mi parte, «y que en la opinión pública de su país encontrarán jueces competentes para apreciarlas», me incumbe sólo hacerle presente que tanto hoy como en Diciembre del año pasado, no han sido las exigiencias de los elevados intereses de Bolivia las que han hecho fracasar nuestras reiteradas tentativas de paz.

En cierta ocasión su señoría me ha honrado haciéndome juez de la perplejidad de su ispíritu respecto de la dura situación en que se encontraría Bolívia, procediendo por si sola á estipular la paz ó la tregua con Chile, en tanto que su aliado permaneceria soportando las dolorosas consecuencias de la guerra.

Le confieso que me faltarían los elementos para resolver este problemá, aún haciendo abstracción de su faz íntimamente sentimental.

No sé, por ejemplo, hasta donde lleguen los deberes y los vínculos que creó entre ambos países el pacto secreto que los llevó á la guerra en 1879; y no sabría, tampoco, en que medida y hasta que término las condiciones de aquel pacto podrían sobreponerse indefinidamente á los antagonismos naturales, históricos y presentes que los separan.

(1) El caprioso acuerdo adoptado por la cámara de senadores el 31 de Octubre de 1882 de que ya hemos hablado.

Pero si debiese juzgar de la situación, á la luz de hechos y de actos que vengo anotando en la ya larga historia de nuestras gestiones diplomáticas ocasionadas por la guerra, no sentiría gran dificultad para desembarazarme de los escrúpolos que entorpecen su acción en la grandiosa obra de dar la paz y la prosperidad á su pais...

La corriente de los intereses perfectamente conciliables y hasta armónicos que unen á Chile con Bolivia, vencerá en breve todos los obstáculos que se oponen á su paso: « es difícil, si no imposible, que los pueblos se resignen al sacrificio de su bienestar, de su progreso, de sus mismas condiciones de vitalidad, sobre el altar de intereses que no son los propios y por el cumplimiento de deberes de la más dudosa legitimidad »....

He debido justificar (con les antedichas declaraciones) la conducta de mi país y de mi gobierno en el incidente diplomático que promovió su acción con su carta de 14 de Mayo, al cual ha puesto término con su última, del 27 del mismo mes ».

Los acápites transcriptos de la carta del ministro de relaciones exteriores de Chile contienen conceptos tan claros, tan explícitos, que no necesitan comentarios:—son la confirmación más elocuente de cuanto hemos dicho en el curso de este libro respecto del constante tenaz propósito que Chile tenía de romper la alianza perú-boliviana, para hallarse en aptitud de imponer su voluntad á las dos repúblicas, sin obstáculo alguno, y hacerse árbitro exclusivo de su suerte,—así fuera por corto tiempo,—á favor de la rivalidad que los malos bolivianos hicieron nacer en su país contra el Perú, rivalidad

que fatalmente obligaría á los aliados á mantenerse armados uno contra otro; hasta que nuevos y extraordinarios acontecimientos pusieran terminó á esta difícil y tirante situación.

Para lograr la realización de sus propósitos. Chile aparentaba y hacía creer a los ilusos que se hallaba animado de las mejores y más amigables intenciones respecto de Bolivia, que era el país ó lado vulnerable de la alianza; más apenas esta República manifestaba que estaba resuelto á no proceder á arreglo alguno sin el acuerdo y concurso del Perú, Chile retrocedía, asumia actitud distinta y hasta mostraba que estaba dispuesto á hostilizar de nuevo á su protegida.

Chile sabía que no estaba solo en la prodictoria lucha empeñada en este sentido: no ignoraba que en Bolivia misma tenía aliados poderosos y en gran número; y confiando sempre,—y no sin razón,— en el eficaz auxilio de éstos, se negaba á transigir cediedo en parte siquiera de sus ambiciosas pretensiones.

Y esta política no era nueva en Chile: la intromisión de este país,—en provecho propio,— en las interminables luchas intestinas de Bolivia databa de antigua época. (1)

El primer ensayo que Chile hizo de esta política, más de cuarenta años antes de la época que nos ocupa,—fué feliz, y lo alentó para continuarla con más empeño aún.

Nos referimos á la época en que fomentó en Bo-

(1) Lo mismo hizo siempre Chile en el Perú, siguiendo los preceptos de su diplomacia histórica, que siempre obedeció á este principio. «La ruina de los vecinos para la propia preponderancia en el *Pacífico*».—*N. del T.*

livia, con destreza suma, la discordia civil que debía asegurarle la victoria de « Yungay », y con ésta la disolución de la confederación Perú-boliviana. (1).

Desde entonces nunca se olvidó la hábil intriga urdida, y Chile continuó mezclándose en la política interna de Bolivia, como ya se ha visto al tratar de la expedición armada del general Quevedo y del origen del tratado de alianza entre el Perú y Bolivia.

Las injustas é inconvenientes frases que el ministro chileno dirigió en su última carta al ministro de relaciones exteriores y al gobierno todo de Bolivia, frases que, sin exageración, pueden ser calificadas como insultantes, y sobre las que el que las dirigía «apelaba al juicio de la opinión pública boliviana», eran destinadas á enriquecer el arsenal de los oposicionistas al gobierno; y constituían una arma de partido muy formidable, para promover otra de aquellas frecuentes revoluciones con que

---

(1) A la vez que Chile enviaba su ejército contra Santa Cruz, al Perú, para combatir la confederación Perú-boliviana, fundada por aquel general, mandaba hábiles agentes secretos á Bolivia, agentes que no tenían otra misión que sembrar la discordia en dicha república y predisponer los ánimos contra Santa Cruz y la temida confederación, que debía asegurar entre otras muchas ventajas, á los dos países que la formaban, la supremacía, incontrastable é indiscutible, sobre todas las demás repúblicas que baña el pacífico; y cuando llegó el instante de la prueba, el momento decisivo en que las armas debían decidir la suerte de la confederación, en los campos de « Yungay », el ejército de Bolivia,—en cuyas filas hizo muchos prosélitos la propaganda chilena,—no cumplió su deber. Así, mientras Santa Cruz era derrotado, sin gran esfuerzo, en aquello acción de armas, dos generales se sublévaban en Bolivia, con las tropas que tenían á sus órdenes, proclamando la cesación de la confederación Perú-boliviana. Triunfante la revolución el sucesor de Santa Cruz en la presidencia de la república, coronó esta obra nefanda, congratulando oficialmente á Chile por la victoria que el ejército de este país había alcanzado en «Yungay» sobre el Perú y sobre la patria de dicho mandatario....

estaba avezada á manifestarse lo que por autonomía se llamaba opinión pública en Bolivia.

Pero Chile iba más lejos aún en esta ocasión: temeroso de que los bolivianos hubiesen olvidado ya el antiguo camino de las revueltas armadas contra los poderes constituídos, les trazaba el sendero que debían seguir con las últimas palabras de la carta confidencial de su canciller, documento que tampoco se limitaba á indicar dicho sendero, sino que contenía una amenaza también:

«...... Es difícil, si no imposible, que los pueblos se resignen al sacrificio de su bienestar, de su progreso, de cuanto pueda contribuir á su vitalidad, sobre el altar de interesen quien no son los propios y por el cumplimiento de deberes de la más dudosa intimidad.»

Cuanto á «los intereses perfectamente conciliables y hasta armónicos que ligaban á Chile y Bolivia», como decía el ministro chileno en la citada comunicación, no pasaban de la categoría de simples y aún, si se quiere, bellas palabras, como en simples bellas palabras se resolvían, también todas las esperanzas con que el gobierno chileno alimentaba la apasionada credulidad del partido rojo boliviano.

Este aserto está comprobado con un hecho práctico y evidente; la única vez que hasta entonces se llegó á negociar un tratado exclusivamente entre Chile y Bolivia,—el pacto de tregua Lillo-Baptista,—aspiración suprema de Chile, todas las ventajas fueron para este país; á pesar de que interesado como estaba en separar á Bolivia del Perú, debió

deslumbrar á aquel, no con meras promesas, todas irrealizables, sino con alguna ventaja positiva,—una sola siquiera,—que le hiciera comprender que eran sinceros los buenos sentimientos, tantas veces manifestados, en virtud de los cuales quería romper la alianza que tanto le mortificaba.

Estos buenos sentimientos, nacidos de las simpatías que, según Chile le inspiraba Bolivia, y que debieron traducirse, así como las ventajas ofrecidas, en algún documento público que obligara la fé internacional, jamás fueron otra cosa que ilusorias promesas que vagaban sin punto de apoyo, como los átomos en el éter, sin esperanza alguna de que se realizaran y sin que Bolivia tuviera medio alguno para exigir su cumplimiento.

Empero, el ejército boliviano, levantisco y propenso á pronunciamientos frecuentes en otro tiempo, ya no estaba dispuesto á prestarse á juegos y farsas que habían de ser peligrosos para su patria. Disciplinado ejemplarmente por el general Campero, durante el tiempo,—más de un año,— que estuvo á su frente en Oruro imbuído de principios morales, hasta entonces desconocidos, y seleccionados con tino los jefes y oficiales, habiendo sido separados todos los malos elementos, aquellos que fueron educados en la escuela de la insubordinación y de la revuelta; era ya el verdadero y más firme sostén del orden público y de las instituciones.

Y aunque el gobierno dejó gozar ampliamente á los ciudadanos y á los partidos de todas las libertades y garantías que la carta fundamental del estado les acordaba,—lo que jamás había sucedido en Bolivia,—los enemigos de aquel no hallaron eco,

y la revolución no fué posible: había pasado para ese país el reinado de la fuerza bruta; y todos sabian que un motín,—cualquiera que hubiera sido el pretesto que para él se invocara,—habría encontrado un dique insuperable en el ejército.

Los revoltosos viéronse obligados á permanecer quietos, y el orden público se consolidó.

No pudiendo contar con el ejército, los partidos que hacían oposición al gobierno no tuvieron otro campo de acción para asegurar el triunfo de sus aspiraciones, que el congreso, ese cuerpo multiforme entonces y que en la historia patria era después del ejército, la torpe fragua creadora y destructora de gobiernos, el gran condensador de todas las pasiones políticas, de todas las ambiciones, de todas las guerras civiles y de todas las dictaduras.

De aquí, que apénas reanudó sus sesiones el congreso, en el mes de Agosto, volviera á surgir la debatida cuestión de política internacional, ó sea la conducta que debía observarse respecto al estado de guerra, ya para continuarla, ya para ponerle término; y que surgiera acompañada de una serie de circunstancias que debían aumentar su interés.

A la vez, preocupaba, también la opinión pública, otro asunto importante de orden interior: la próxima elección de presidente de la república, en reemplazo del general Campero.

Los partidos políticos habían arrojado el disfraz con que velaban sus aspiraciones, preparando sus elementos, recontando sus filas, proclamando candidatos, alistado todo, en fin, para la gran batalla electoral que iba á pelearse; y la lucha, entablada ya, con relación al árduo problema internacional,

se complicaba con la electoral, más grave, mas seria, más ardorosa ésta que aquélla, por cuanto con la última se relacionaban directamente los intereses partidaristas que, para los ambiciosos, para los malos patriotas, revisten mayor gravedad y preponderancia que el bien de la patria.

Esta situación gravísima se había complicado más aún con otra circunstancia de que no hemos hecho mención todavía: ya había regresado del destierro el primer vicepresidente de la república, doctor Aniceto Arce, quien, hecho cargo de su puesto de presidente del senado llevó al congreso el contingente de su declarada hostilidad al gobierno.

Cuando el congreso reanudó sus sesiones, por mandato de la ley (en el mes de Agosto, como ya hemos dicho), quiso evitarse el desorden introducido en la legislatura del año anterior, que dió origen á dos acuerdos distintos: el de la cámara de senadores, capciosa en demasía, y el de la cámára de diputados, que destruyó aquel. Con tal fin, se decidió que la cuestión internacional se tratara en congreso pleno, oyendo previamente á una comisión mixta, de asuntos diplomáticos, formada por miembros de ambas cámaras.

Todo un mes fué empleado en las intrigas preparatorias para la discusión y resolución del asunto internacional.

Cuando esta discusión principió, la aspiración de que se firmara un tratado de paz con Chile había ido en aumento; no porque se temiera el resultado de una guerra que solo nominalmente existia hacía más de tres años para Bolivia, sino por el pánico que infundia la idea de que recomenzara con la *invasión* del territorio; invasión siempre anunciada

por Chile y siempre pavorosa para Bolivia, pavor aumentado con las infructuosas tentativas hechas el año anterior para la conclusión de un pacto de tregua; sin que por ello desaparecieran las divergentes opiniones que los ciudadanos y los partidos se habían formado al respecto.

Para que estas opiniones y los anhelos de los pacistas tomaran mayor incremento, adquirieran nueva fuerza, á principios del mes de Octubre concurrieron dos nuevas circunstancias que por si solas bastaban para destruír todos los planes, ya expresados, del gobierno boliviano; Arequipa,—el último baluarte de la defensa peruana, la mejor y verdadera garantía de Bolivia contra la invasión y las pretensiones de Chile, la fuerza determinante que obligaba á este último país á solicitar del otro lo que se había empecinado en llamar « acuerdo amigable, »—parecía, si no estaba próxima en realidad, á caer en poder del ejército chileno (1); y había circulado la noticia, confirmada por la prensa de La Paz, de que el ministro de relaciones exteriores de Chile,—de paso « casualmente » por Tacna, pero en realidad con el objeto de impedir que el ejército boliviano auxiliara á Arequipa,—había enviado un « ultimatum » concebido más ó ménos en estos términos: « Chile ha abierto á Bolivia todas las puertas para un acuerdo, y Bolivia no ha aceptado ninguna propuesta. No obstante, Chile le repite por última vez, que está dispuesto á negociar con ella; « pero que lo haga pronto, sin pérdida de tiempo. »

(1) El ejército de Chile se había apoderado ya de Moquegua y amenazaba Arequipa.—N. del T.

El partito rojo, que había visto engrosar considerablemente sus filas, por esos días, en el congreso, y que llegó á ensoberbecerse creyendo asegurado su triunfo por el oportúno concurso de las dos circunstancias anotadas, juzgó llegado el momento de librar la batalla decisiva, y como un general que cifra sus esperanzas en el resultado de un ataque sorpresivo ordenó que se hiciera fuego en toda la línea.

Reunidas las cámaras en congreso pleno, el 5 de Octubre, el doctor Mariano Baptista,—el desgraciado negociador del primitivo pacto de tregua,—único miembro de la comisión diplomática del senado, dió lectura á un extraño documento, fechado el 27 de Setiembre, que tenía todos los caracteres de una odiosa acusación contra Bolivia y contra el Perú.

Partiendo de consideraciones erróneas y antojadizas á todas luces, Baptista hacía recaer sobre Bolivia la responsabilidad moral de la guerra en que estaba envuelta, haciéndola aparecer como única é injusta provocadora del conflicto internacional y de la ira chilena, manifestada ésta, primero con la ocupación de Antofagasta, y después, con los horrores y los excesos de la soldadesca en los lugares ocupados y en los campos de batalla á raiz de cada desastre de las armas de los aliados (1).

(1) Entre otros muchos cargos Baptista hacía éste: « La rescisión del pacto de transacción de Noviembre de 1873, decretada por el gobierno boliviano el 1.° de Febrero de 1879, determinó al gobierno de Chile á ocupar Antofagasta ». Y después de pretender probar,—siempre á su manera,—que el gobierno boliviano no tuvo razón ni derecho para expedir aquel decreto que hería intereses chilenos, en protección de los cuales había una reclamación diplomática pendiente, agrega: « Sin atender, como era indispensable, al *fondo* de la cuestión prometida, y desconociendo con espíritu

Y procediendo siempre con el mismo erróneo y arbitrario criterio, hacía entrever que el Perú había acudido á los campos de batalla, no porque le impulsaran sus sentimientos, en toda ocasión probados de confraternidad y libertad americana, ni por cumplir con la lealtad que acostumbraba en todos sus actos internacionales, los deberes que le imponía el tratado de alianza con Bolivia, sino por móviles egoistas, exclusivamente suyos.

Se esforzaba, también, en demostrar que, después de la batalla de Tacna, la alianza, además de que «ya no estaba vigente, según los dictados de la ciencia,—es decir, de la ciencia exclusivamente suya, —« de hecho habia sido rota y maleada por el Perú, » —¡por ese Perú que Bolivia había dejado tres años sosteniendo solo todo el peso de la guerra!

Vituperaba, además, al gobierno, que se hubiera conservado tanto tiempo uncido indecorosamente al carro que llevaba la suerte del Perú, sin haber salido ó querido separarse de él, desperdiciando la ocasión más propicia que para hacer ésto, se le había presentado.

Luego, como corolario de quanto despropósito dejaba sentado, presentaba al congreso la siguiente conclusión:

« Se debe negociar directamente la paz con Chile, provocando el inmediato concurso del gobierno aliado, « sin que esta invitación coacte la libertad de las deliberaciones de Bolivia » ni demore ó postergue las negociaciones que puedan iniciarse, y

---

ligero la forma natural que se nos imponía para tratarla nuestra cancillería siguió una política que parecía preparada ad hoc para conducirnos á una ruptura diplomática.»

¡Chile no hubiera osado jamás decir tanto!...

con la condición, imprescindible para Bolivia, de que « se le asegure una propiedad territorial suficiente en el litoral del Pacífico. »

Y, como si no fueran bastantes los términos explícitos de esta conclusión,—especialmente de su última parte, ó sea, respecto de la propiedad territorial que debía asegurarse á Bolivia, en la costa —Baptista terminaba su dictamen con estos conceptos:

« Una palabra más para justificar la « conditio sine qua non » que propongo: si la victoria no da derechos, los producen los tratados que á ella siguen (?); y al hablar de derechos es menester declarar que « Bolivia, privada de su litoral, » NECESITA UNA COMPENSACIÓN, sin la qual no podría progresar ni tener existencia como nación. El derecho á la vida y á la expansión subordina todos los derechos, ó, por mejor decir, ningún derecho existe ni se desarrolla sin este derecho generador (!) Debemos hacer constar que lo hasta aquí expuesto es nuestro anhelo, y que toda negociación que no tenga esta base se estrellará ante el « humilde pero incontrastable » NON POSSUMUS de los representantes del país. »

Prescindiendo de la inútil aglomeración de palabras, ideas y principios,—verdaderos ó falsos, que no tenemos para que examinar,—« la propiedad territorial » que el doctor Baptista quería asegurarse para Bolivia en las orillas del Pacífico, no era, por cierto, todo ó parte del litoral de Atacama, ocupado por Chile y que el informante consideraba

íntegramente perdido desde que debía ser cedido «ad perpetuam» en el tratado de paz cuya negociación se procuraba, cesión por la que se buscaba una compensación posible: el doctor Baptista, fiel al credo político de su partido y á sus propias convicciones, quería que la compensación se hiciera en otro lugar de la vastísima costa del Gran Océano; pero no de la que pertenecía á Chile, que era locura esperar y que quedaba muy distante de Bolivia, sino del litoral peruano, ó sea el tanto tiempo ambicionado departamento de Tacna, que daba próximo y fácil salida á su patria.

Que Baptista, al hablar de compensación, aludía á Tacna, estaba en la conciencia de todos; y, si así no hubiera sucedido, bastaba, para disipar todas las dudad, recordar cuales eran las aspiraciones del partido rojo, y que el mismo senador era gestionador del escandoloso y clandestino negociado de Enero de 1882, de ese deshonroso pacto de tregua que en el mundo diplomático se conoció con el nombre de Lillo-Baptista, del que nos hemos ocupado con mucha detención.

En resumen: el informe aludido principiaba con una vergonzosa acusación contra Bolivia, y terminaba proponiendo que esta implorase humildemente de su ofendido y generoso enemigo (!) el tratado de paz que mejor le plugiese imponerle, para que en compensación del daño que le infiriera arrebatándole el territorio de Atacama, se dignase obsequiarle el departamento peruano de Tacna en que tantas esperanzas cifraba; ó sea, ¡contribuir á la expoliación, al desmembramiento del Perú, implorando el regalo de una zona de su territorio, ya que estaba vencido y desangrado ese mismo Perú

que osó empuñar lar armas contra el generoso (!!) Chile, en defensa y como aliado de la ya arrepentida y contristada Bolivia!...

Para saber hasta que punto era inexacto que la perdida de Atacama colocaba á Bolivia en la imposibilidad de progresar y hasta de vivir como nación independiente, haciéndole precisa, indispensable, urgente la compensación de aquella zona con otra sobre el litoral, basta recordar, también, cuanto á propósito de dicho territorio dijimos en la primera parte de esta historia: ó sea, que desde el primer momento en que sacudió el yugo español, Bolivia jamás hizo uso de dicho territorio ni para la satisfacción de sus necesidades comerciales, ni para atraer á él,—con sabias y prudentes medidas,—elemento alguno de vida ó de progreso nacional.

Y no es difícil probar ahora este hacierto, aunque en otra ocasión lo hicimos.

La falta absoluta de vías de comunicación entre los puertos de Atacama y la parte más habitada de Bolivia, trajo como consecuencia obligada, el hecho raro de que dichos puertos,—salvo pocos excepcionales casos,—sólo sirvieran para las necesidades locales del casi deshabitado litoral, conocido generalmente con el nombre de Arenal ó desierto de Atacama.

Las abundantes riquezas, minerales de este desierto quedaron abandonadas ó desconocidas muchos años, hasta poco antes de la declaratoria de guerra, y cuando se trató de su explotación, esta sólo fué hecha por extranjeros, jamás por bolivianos.

El comercio de los departamentos más cercanos al Pacífico nunca se sirvió de otros puertos que

los de Arica y Mollendo, peruanos ambos; y estos dos puertos fueron también escogidos por todos los bolivianos, inclusive las autoridades y los ministros y agentes diplomáticos ó consulares, para dirigirse á las míseras aldeguales del desierto de Atacama ó al exterior.

Atacama, pues, único litoral boliviano desde la emancipación del tutelaje de España, en ningúna ocasión sirvió á Bolivia como medio de salida hacia el Pacífico, y menos como elemento de progreso ó de vida.

Pero aún hay algo mas.

Que la posesión del departamento peruano de Tacna conviniera á Bolivia, poseyendo ó no ésta Atacama es inegable; más que tal necesidad se dejara sentir sólo como consecuencia de la pérdida de aquel desierto, de ese territorio jamás tomado en consideración en la marcha económica del país, es algo que nadie se atreverá á sostener ni aún cerrando los ojos á la luz de la verdad ó desoyendo los dictados de la razón.

Y, quanto á la idea de que Bolivia aprovechara de las tristes condiciones á que el Perú se vió reducido por una guerra de orígen é intereses inclusivamente bolivianos, para satisfacer una ficticia necesidad con daño del generoso aliado, no precisa que nosotros le demos el calificativo que merece: el lector puede hacerlo con sano criterio y sin apasionamiento alguno.

Pero volvamos al congreso.

Por grande que fuera el temor que la guerra aspirase, y por más que este temor hubiese hecho nacer en todos los ánimos el deseo de llegar á la paz, el triste espectáculo que ofrecía un boliviano,

un representante de la nación, uno de los jefes más eminentes de un partido político, que desde lo alto de la tribuna parlamentaria se atrevía á lanzar contra su país la atroz injuria de haber provocado la guerra y ser merecedor del tremendo castigo que el enemigo le infligía, injuria á la que se agregaba otra mas sangrienta aún: impulsarlo, arrastrarlo à que se humillase, arrepentido á los pies del orgulloso enemigo, implorando un ignominioso tratado de paz; provocó una reacción saludable, despertando súbitamente el sentimiento de la dignidad nacional ofendida de la manera más torpe y denigrante.

El grito de:—¡TRAICIÓN!—resonó unánime, airado, vibrante, amenazador dentro y fuera del recinto del congreso (1); y el tumulto hubiera podido degenerar en motín y producido talvez, escenas deplorables, si el ministro Quijarro y el senador don Julio Mendez no hubiesen conjurado la tormenta pidiendo al pueblo, con nobles é inspiradas palabras, confianza y calma, después de haber restablecido por completo la verdad de los hechos, tanto respecto de la justicia que asistía á Bolivia, desde el más remoto origen de la guerra, como de la abnegada lealtad con que siempre procedió el Perú para con su aliada.

Baptista, bajo el peso de la indignación pública, fué obligado á retirar la antipatriótica conclusión

(1) El pueblo, agolpado en las tribunas del congreso y en la plaza principal de La Paz, desde la cual se veía abierta la puerta del salón de sesiones, daba señales inequívocas de la violenta agitación de que estaba poseído; agitación que estalló tempestuosa cuando desde su asiento, un diputado exclamó:—«¡Este dictamen, visto á través de la verdad y del patriotismo es una traición á la patria y á la alianza!»....

de su dictamen, y el congreso puso término, el 6 de Octubre, á un debate principiado bajo tan malos auspicios, aceptando y haciendo suya la siguiente declaración del ministro de relaciones exteriores.

« El poder ejecutivo declara que está dispuesto á negociar y concluír un tratado de paz en términos compatibles con el honor y con los intereses del país, á cuyo efecto adoptará en breve las medidas más convenientes. »

Pero ni aún así quedó resuelto definitivamente este árduo problema.

Dos días despuès, reanimado el partido rojo, cuyo abatimiento fué sólo momentáneo, durando lo que la indignación popular que lo produjo, volvió á la brecha con más brío aún, y expuso en el congreso, por medio de sus oradores, que « no siendo suficientemente explicita la declaración del gobierno, por quanto NO SEÑALABA LA CONDUCTA QUE HABÍA DE OBSERVAR RESPECTO DEL PERÚ, era necesario que la completase con una adición.

Esta insinuosa petición dió origen á una largo debate, al que el ministro Quijarro quiso poner digno remate presentando esta adición: « MANTENIENDO, ENTRE TANTO, EL ESTADO DE GUERRA Y LA ALIANZA CON EL PERÚ. »

Más el congreso rechazó la adición del ministro, por « treintitrés votos contra treintidós, » y aprobó la siguiente, que capriciosamente propuso el doctor Baptista. »

« EL EJECUTIVO EJERCERÀ Y CUMPLIRÀ SUS DERECHOS DE ALIADO. »

Como bien se comprende, para el partido rojo la alianza perú boliviana era un pacto que concedía á Bolivia muchísimos derechos,—cuyo alcance co-

nocemos ya,—« sin imponerle deberes ni obligaciones de ninguna especie. »

Inoficioso sería entrar en largas disertaciones acerca de los derechos á que se refería la adición de Baptista aprobada por el congreso: el verdadero sentido, el alcance práctico están claramente expresados en ambas adiciones: la del gobierno decía que, mientras se negociaba el tratado de paz, « debía mantenerse el estado de guerra con Chile y la alianza con el Perú » DEBER Y OBLIGACIÓN que imponía á Bolivia su condición de aliado, en tanto que la de Baptista, la aceptada por el congreso, siguiendo las inspiraciones del partido aludido, era la negación de aquel deber y de aquella obligación, refiriéndose solo al ejercicio de DERECHOS, ó sea á continuar ó romper la alianza, aspiración ésta última de los pacistas á todo trance.

Bolivia, pues, según éstos, tenía « derechos » que ejercitar pero no « deberes » que llenar ni « obligaciones » que cumplir.

Y ésto se resolvía por el congreso boliviano, precisamente en los momentos en que Arequipa,—el último baluarte de la resistencia peruana, la mejor y más segura garantía de Bolivia, como ya hemos dicho,—se hallaba á riesgo de caer en poder del ejército de Chile; no por cierto sin grave culpa de la misma Bolivia que, encerrada entre sus abruptas montañas, en las que incautamente se juzgaba segura, oía impasible el lejano fragor de los combates; hacía nacer, con su inercia culpable, dudas acerca de su lealtad, entre amigos, y se convirtió en oyente para estorbar la acción del Perú, y para alentar cada vez con mayor fuerza, la excesiva é insaciable ambición de Chile....

XIII

RESUMEN.—Arequipa cae en poder del ejército chileno. — El Perú solicitó varias veces el concurso del ejército boliviano. — Muchas veces se formaron planes de campaña que debieron ser seguidos por los ejércitos de las dos repúblicas aliadas. — Conferencias de Oruro. — Viaje del contra-almirante Montero á La Paz. — El ejército de Bolivia no socorrió á Arequipa ni se presentó jamás en los campos de batalla. — Bolivia quedó condenada á la inercia más deplorable. — Causas de esta inercia. — Ambición de mando de los partidos Rojo y Popular. — Nuevos nombres que adoptan estos partidos: Constitucional y Democrático. — Amenaza constante de guerra civil. — La presencia del ejército impidió que la guerra civil estallara. — Ecos de la caída de Arequipa en Bolivia. — Rápidos preparativos para la invasión de Bolivia por Chile. — Curioso juego de los partidos Constitucional y Democrático. — Concuerdan con el pensamiento de evitar,—á toda costa,—la invasión chilena. — Exijen el pronto envío á Chile de una misión que negocie el tratado de paz. — El gobierno accede á esta exijencia como medio de conservar el orden público. — El congreso recomienda al gobierno el nombramiento del doctor Baptista como miembro de la embajada que negocie la paz. — El general Campero renuncia la presidencia de la república. — El congreso no acepta esta renuncia. — Motivos por la que no fué aceptada. — Chile suspende los preparativos que hacía para invadir el territorio boliviano. — Tratado de tregua entre Chile y Bolivia. — Conclusión.

Los acontecimientos se precipitaban en el territorio del Perú, más aún que las intrigas y los simples deseos en Bolivia.

Pocos días después de producidos los hechos relatados en el capítulo anterior y antes de que

terminara el mes de Octubre (1), Arequipa caía en poder del ejército de Chile; no sin seria responsabilidad para Bolivia,—como ya hemos manifestado.

Bolivia nada hizo por socorrer, de manera activa y eficaz á la histórica ciudad del «Misti,» como pudo y debió hacerlo, ni, mucho menos, por alentar siquiera con las presencia de sus tropas y de sus bandera, el espíritu de una población que sufría, hacía tres años, la ruda prueba de fatigas excesivas y de sacrificios más cruentos aún.

No habrá pasado desapercibido para el lector un hecho por demás resaltante: escribiendo la historia de una guerra, hemos llegado al término de los tres años ó más, que abraza la parte principal de este volumen, sin que hayamos tenido oportunidad, en este largo período de tiempo, de hacer referencia ni á una acción seria de armas, ni á una simple escaramuza, ni á acto alguno que hiciera comprender el estado de lucha armada en que se hallaba Bolivia.

Después del simple intentado,—pues no llegó á efectuarse,—movimiento de Enero de 1881 el ejército boliviano no dió paso alguno en defensa de la república aliada ni de su propio territorio; no hostilizó, de manera alguna al enemigo, ni efectuó un solo acto de mera presentación, allí donde el deber le llamaba.

Por ahora no nos es dado disertar extensamente respecto de lo que el ejército boliviano debió hacer

(1) En la madrugada del 23 se produjo el desastre de «Jamata y Huasacache», motivando la retirada del ejército peruano sobre Arequipa. En la madrugada del 25 desocupó esta ciudad el gobierno que presidía el contra-almirante Montero. En la tarde de ese día se dispersó el ejército; y el 29 ocuparon los chilenos Arequipa, sin resistencia alguna.

y no hizo para secundar la acción del ejército aliado. Para ello sería preciso que nos engolfáramos en una exposición anticipada, expontánea de las operaciones efectuadas por el ejército peruano, que hubieran sido coronadas por el éxito más satisfactorio si hubiera contado con el concurso efectivo de aquél.

El gobierno del Perú, vigorosamente reconstituído por el vicepresidente encargado del poder ejecutivo, contra-almirante don Lizardo Montero, al finalizar el año de 1881, cuando el ejército chileno haciendo escandaloso abuso de fuerza, capturaba en Lima y remitía á Angol, como prisionero al presidente de la república, doctor Francisco García Calderon; en tanto que por una parte se fortificaba en Arequipa, por otra mantenía siempre viva la lucha con el enemigo, en las provincias cercanas á la capital de la república, circunstancia que le obligaba à tener dividido su pequeño ejército.

Colocado en tal situación, el gobierno peruano tuvo especialísimo cuidada de solicitar empeñosa y frecuentemente, el concurso del ejército de la república aliada á la vez que para atender á la defensa de Arequipa, para llamar por este lado la atención del enemigo, obligándolo así á concentrar en Tacna y Tarapacá una parte de las tropas que ocupaban Lima y expedicionaban en los departamentos del centro y norte de la república.

Si Bolivia hubiera atendido, como debía, las gestiones del gobierno peruano, entre otras muchas ventajas se hubiera obtenido la de facilitar los movimientos, y la acción del intrépido general don Andrés Avelino Cáceres, quién, con sus ardorosos, aunque mal armados y á menudo peor alimentados

batallones, operaba activamente en aquellas zonas peruanas.

Muchas, muy reiteradas gestiones se hicieron por el gobierno del Perú, cerca del de Bolivia, para lograr este fin, ya por medio del plenipotenciario doctor del Valle, ya directamente por el contra-almirante Montero, quien no sólo mantuvo íntima cordial y constante correspondencia epistolar con el general Campero, sino que para asegurar el buen éxito de las negociaciones, se dirigió á La Paz, en donde conferenció con el presidente boliviano.

Muchas veces, también; se llegó á adoptar serios y positivos acuerdos al respecto, y sin detenernos en explicaciones de otra índole, podemos asegurar que en dos ocasiones se discutieron y aprobaron verdaderos planes de campaña que debían ser seguidos y ejecutados simultáneamente por los ejércitos aliados en caso de que el de Chile se dirigiese sobre Arequipa.

El primero de estos planes de campaña fué acordado en Mayo de 1882, entre el general Campero, el plenipotenciario doctor del Valle, y el jefe del estado mayor general del ejército peruano, coronel don Manuel Velarde, como se desprende del «memorandum» que al efecto se firmó en Oruro.

El segundo se acordó entre el general Campero y el contra-almirante Montero, cuando este último; —prescindiendo de todo otro asunto,—se dirigió personalmente á La Paz, con el objeto de demandar de la inquieta aliada,—aún á cambio de nuevas promesas y de mayores sacrificios de parte del Perú,—el cumplimiento de los ineludibles deberes que aquella tenía olvidados.

No obstante, repetimos, cuando llegó la hora de

prueba; cuando el ejército chileno operando simultáneamente, se dirigió de diversos puntos sobre Arequipa, para encerrar á esta ciudad en estrecho y compacto círculo de hierro, ni un solo batallón, ni un solo soldado de Bolivia se constituyó en la ciudad asediada, para testificar con su presencia que aún existía la alianza perú-boliviana.

Después de la derrota del Alto de la Alianza, Bolivia fué condenada fatalmente á la más deplorable é injustificada inacción, pero al insistir en este punto conviene repetir, también, que de esta actitud censurable no puede culparse al general Campero ni á los ilustres ciudadanos que con él compartieron el gobierno de la república, quienes siempre estuvieron animados de los mejores y más laudables sentimientos de patriotismo y de justicia.

Lo mismo podemos decir del ejercito, acantonado todo en Oruro, el que, á pesar de su ya escaso número,—por la reducción que en él se hizo, como ya hemos tenido ocasión de manifestar,—ansiaba volver por la no olvidada ruta que conducía á los campos de batalla; máxime cuando al dejar su mando inmediato el general Campero para asumir de nuevo las funciones de presidente de la república, había sido puesto á órdenes del valeroso general don Eliodoro Camacho, quien había regresado ya del ostracismo á que fué condenado por los chilenos, que le recogieron moribundo, á consecuencia de las gravísimas heridas que recibió en el Alto de la Alianza.

Bolivia fué condenada á esta larga inacción,—que nada justificaba después de haber adquirido armamento y organizado un ejército de ochos mil hombres, más ó menos, á cuyo sostenimiento habría

sabido subvenir cualquier país unido y patriota,—por causas que ya hemos expuesto y que no necesitamos repetir, siendo la principal, como claramente se desprende, las aspiraciones bastardas de determinados partidos políticos, y de manera especial del que miras más antipáticas abrigaba: EL PARTIDO ROJO.

Un estudio especial de los dos grandes partidos bolivianos: el ROJO y el POPULAR; partidos que se habían rehecho y que habían visto acrecentar sus filas, teniendo como pedestal de su engrandecimiento las desgraciadas circunstancias que el país atravesaba; nos demuestra que no tenían otra aspiración,—antepuesta á todo,—que llegar al poder: el gobierno de la república era, para ellos, primero que la salvación y el honor de la patria.

En tanto que uno de estos partidos, siempre listo para la revuelta, estaba al acecho de un pretexto para sublevar á las masas inconscientes,—á esa gran masa de población indígena obediente á quienes se encargan de la tarea de sacarla de su indolencia ingénita;— el otro, el actor principal de los hechos que dejamos relatados, estaba siempre preparado, dispuesto para arrojarse en contra de aquel y disputarle la victoria; es decir, su encumbramiento al poder tan luego como hubiese entrado en acción (1).

Y aquí llega el momento de decir, en honor de la verdad, que si aquellos dos partidos se hubieran

(1) Como si el cambio de nombre tuviera la virtud de variar el sentido y la escena de las cosas ó el carácter del los hombres, mudaron los nombres con que antes se distinguían apenas se inició la campaña electoral para la presidencia de la república. El partido ROJO se llamó CONSTITUCIONAL, y el POPULAR tomó el nombre de DEMOCRÁTICO.

unido para disputar el mando de la república después de haber derribado al gobierno que presidía el general Campero, fatalmente se hubiera visto impulsado otro partido á interponerse para desbaratar los planes del rojo y del popular. Este nuevo partido hubiera sido el LIBERAL,—que en realidad podía llamarse «Partido de la lealtad y del patriotismo,»—del que formaban parte todos los elementos de orden que en el grave problema internacional habían ayudado al gobierno constituído en la realización de las ideas y aspiraciones de éste, y que como él querían que Bolivia continuara enérgicamente la guerra, á la vez que el Perú, hasta el momento que fuese posible firmar un equitativo y honroso tratado de paz entre las tres repúblicas beligerantes. El partido LIBERAL proclamaba como candidato á la presidencia de la república, para suceder al general Campero, al general don Eleodoro Camacho, y el nombre de éste era todo un programa de honradez, lealtad y patriotismo.

En estas condiciones, un motín cualquiera, por insignificante que fuese, y que no hubiera llegado á ser debelado en el momento, habría sido la tea incendiaria que, recorriendo rápidamente todo el país, no hubiese sido apagada con la caída del general Campero: al contrario, avivando más el fuego este hecho, habría lanzado al país en una horrorosa guerra cívil, más feroz y desgraciada que todas las realizadas desde la época de la independencia.

Ya hemos visto como se impidió que la guerra civil estallara antes de esta ocasión; concentrando el ejército en Oruro, poniéndose al frente de él el general Campero, quien halló un digno sucesor

para su obra de disciplina y reorganización en el general Camacho, y colocando al ejército en condiciones tales que, convencido cada uno de las obligaciones que el deber le imponía, hubiera corrido presuroso á sofocar el primer motin en cualquiera parte del territorio nacional que se presentara.

Alejar, pues, en tales circunstancias al ejército, no solo de Oruro sino de la república, para enviarlo á los campos de batalla, ya hacía Arequipa, ya hacía otro lugar que las necesidades de la guerra exigieran habría sido una imprudencia que hubiera provocado el estallido inmediato de la revolución.

Y no menos imprudente hubiera sido dividir en dos partes el ejército: una para que marchara al teatro de la guerra y otra para que conservara el orden interior. Como ya sabemos, también, la escasez de recursos del erario nacional había obligado al gobierno á reducir el ejército activo á la limitada cifra de tres mil hombres. Dividido este reducido ejército no abría podido atender con eficacia á las operaciones que demandaba la aproximación de las tropas chilenas á Arequipa, ni, mucho menos, mantener la paz pública en el interior; y en realidad, esta última necesidad era más urgente, por el momento en Bolivia, que cualesquiera otra.

El gobierno de esta república intentó muchas veces aproximar el ejército al teatro de la guerra, y socorrer al aliado, en la medida de sus escasos recursos, con armas, con vestuario ó con otros objetos necesarios; pero siempre halló un obstáculo insuperable para la realización de sus miras, en la hidra revolucionaria, que pugnaba por erguirse tan pronto como veía alejarse de Oruro á una simple

fracción del ejército, único elemento que entonces poseía la virtud de tenerla segura entre sus férreos brazos.

El 5 de Enero de 1883, el general Campero contestaba en los términos que siguen una carta del contra-almirante Montero, quien le pedía, con el carácter de urgente, un préstamo de mil rifles.

« En la opinión pública se han manifestado ya inquietudes y hasta alarmas, á consecuencia de la aproximación de algunos batallones nuestros al departamento de Puno, y si en estas circunstancias hiciéramos el envio de los mil rifles, podría estallar un conflicto. »

Y entonces, como siempre, es decir tanto antes como después de Enero de 1883, para calmar « las inquietudes de la opinión pública », ó lo que es lo mismo, PARA IMPEDIR QUE LA REVOLUCIÓN ESTALLARA, fué preciso hacer regresar à Oruro ó á La Paz á los batallones bolivianos qúe se dirigían hacia el teatro de la guerra....

No insisteremos aquí en relatar la manera cómo Arequipa cayó en poder del ejército chileno, porque es un hecho íntimamente ligado á una larga y complicada serie de acontecimientos que se desarrollaron en el Perú después de la rendición de Lima acontecimientos que serán el objeto del tercero y último volumen de nuestra historia; peró sí diremos que el eco de la caída de aquella ciudad repercutió siniestra y pavorosamente en Bolivia, como la señal dada para la siempre temida invasión enemiga, en que se había concluido por no creer, embargados como estaban los ánimos solo por las intrigas de partido, que trajeron como consecuencia natural la negligencia de todos en cuanto

se relacionaba con la defensa del territorio y el honor de la bandera.

Y aquellos mismos hombres y partidos que habían mirado siempre con la mayor y la más culpable indiferencia la suerte que pudiera caber á Arequipa; esos mismos hombres y partidos que en toda ocasión opusieron tan grande y tan porfiada resistencia al desarrollo y realización de la política leal y patriótica del gobierno; y que no dejaron medio alguno por emplear para impedir que Bolivia cumpliera sus deberes de nación libre y de aliada, fueron los primeros que cayeron en cuenta,—cuando ya era demasiado tarde,—de que la ocupación de la ciudad del Misti por el ejército enemigo, dejaba á su propio país á discreción de Chile. Pero entonces tampoco procuraron enmendar su error, sino que fueron también los primeros en esparcir el espanto y el terror en toda la república, en esa ilusa población que, durante tres largos años habían mantenido en la más censurable inercia, esperando, con los brazos cruzados, la aproximación, de un peligro que pudo y debió ser impedido à tiempo, y que su cobardía y sus bastardas aspiraciones hicieron inminente.

Chile, que conocía bien las condiciones internas de Bolivia, no se descuidó, por su parte. Tan pronto como quedó dueño de Arequipa y, por consiguiente, del ferrocarril que, pasando por dicha ciudad, se extiende desde Mollendo hasta Puno, se contrajo sin pérdida de tiempo, ó, por lo menos, aparentó contraerse, con actividad suma, á los preparativos para la empresa final y más fácil, hacedera y segura que cualquiera otra; la invasión de Bolivia, para imponerle, con la punta de sus bayonetas,—ya de otro

modo no pudo conseguirlo antes,—un tratado de paz que legitimase la larga y pacífica posesión en que se hallaba del desierto de Atacama.

Con esto objeto, Chile mandó solícitamente á Puno gran parte de su ejército, á la vez que por ferrocarril enviaba, desde Mollendo y con el mismo destino, las lanchas cañoneras que debían hacer sus pruebas en el gran lago Titicaca, auxiliando con eficacia á aquel.

Estos rápidos é imponentes preparativos, sobre cuyo destino verdadero no había lugar á duda, no eran por cierto los más á propósitos para calmar los temores que en Bolivia se abrigaban, y menos aún los de los directores de los dos grandes partidos que condenaron al país á ser mero espectador de los acontecimientos cuando el mal era todavía reparable y cuando luchar era un deber patriótico imprescindible. (1)

Los directores de los partidos citados tenían do·

(1) El partido POPULAR ó DEMOCRATICO,—como ya hemos dicho en otro lugar,—siempre procuró halagar el sentimiento general del país, proclamando la continuación de la guerra; pero de esa guerra nominal que se llama defensiva, y que no era otra cosa que la inacción, en la que Bolivia quedó desde mediados del año de 1880, sin permitir que el ejercito pasara las fronteras para volver á los campos de batalla del Perú, en los que no solo se defendía la causa de este país sino también la de Bolivia. Y precisamente era el puesto quel el deber la honra y los intereses nacionales le señalaban. De tal estado de guerra,—parodia ridícula de la guerra verdadera,—hizo aquel una arma de partido, aparentando sostener un principio diametralmente opuesto al que patrocinaba el partido ROJO, su contendor, que anhelaba la paz á toda costa. En la engañosa creencia de que la invasión chilena, detenida por las dificultades topográficas de Bolivia no se realizaría jamás, el partido POPULAR vivía tranquilo, descuidado y hasta seguro de que no había de llegar el momento de la prueba, ó sea aquel en que, iniciada la invasión, fuera necesario empuñar las armas para contenerla y rechazarla, en cumplimiento de los sagrados deberes que la preconizada guerra defensiva imponía á los ciudadanos todos y en especial á los partidarios de tal estado de cosas.

ble motivo para que sus temores se acrecentaran; la invasión chilena, además de llevar á Bolivia una guerra horrorosa de exterminio,—peor aún si cabe que la hecha en el Perú,—efectuándose en vísperas casi de la reunión de los comicios para la elección del nuevo presidente de la república, era la débacle de todas sus aspiraciones, trabajos y proyectos para posesionarse del mando supremo, objeto principal,—único tal vez, de la encarnizada lucha que por espacio de tres años habían sostenido también en el campo de la política interna como invadiendo el terreno de la política exterior de su propio país. Bien sabían esos hombres que efectuada la invasión, ya no había que pensar en elecciones, porque la nación entera se vería obligada á acudir con todas sus fuerzas á necesidades más graves y de orden superior á las aspiraciones de unos cuantos caudillos que si tenían algunos partidarios, quizás si eran odiados por la mayoría de los ciudadanos.

Curiosísimo en verdad fué el juego á que se entregaron estos dos partidos en tan difíciles circunstancias, haciendo precisamente lo contrario de lo que hubiera sido indispensable para realizar su aspiración del momento de tener en los confines de la república la temida invasión extranjera, que venía á perturbar sus maniobras electorales, y ganarse el favor público en las urnas, haciéndose creer animados de los más nobles sentimientos, del más heróico ardor en defensa de la patria amenazada. En tanto que los caudillos, aquellos que buscaban la preponderancia en el sufragio popular para la primera magistratura hacian gala, ostensible, de hacer cuantiosos donativos ó empréstitos

para la defensa nacional; el congreso,—en el que uno de los candidatos tenía un puesto prominente, y los dos numerosos partidarios,—ejercía verdadera presión sobre el gobierno, para que éste, en cumplimiento de las declaraciones que hizo y de los acuerdos parlamentarios respecto de la grave cuestión internacional, en las memorables sesiones celebradas en los primeros días de Octubre, se apresuraba á enviar á Chile la misión diplomática que debía, pedir, implorar la paz al enemigo.

El gobierno, por su parte, que no hacía política y que hállándose libre de toda preocupación ó influencia extraña al respecto, era el mejor juez de la situación, como que conocía á ciencia cierta lo que más convenía á los verdaderos intereses del país, comprendió pronto que Chile cansado de una guerra tan larga y no excenta de peligros, pérdidas y dificultades, no tendría mucha ni muy buena voluntad para emprender definitivamente esa nueva campaña sobre Bolivia, si hubiera llegado á convencerse de que esta república, lejos de intimidarse, mostraba resuelta y firme intención de defender á todo trance el territorio. Deseando no obstante, con toda sinceridad llegar á la paz, ya que entonces no había otra solución posible, estaba decidido, por lo mismo, á no comprarla demasiado cara, ó, en último caso, á oponer á la invasión enemiga la más práctica y tenaz resistencia, adoptando, si era necesario el mismo plan de campaña,—desesperado hasta el extremo,—á que determinó apelar en 1880.

Pero esta vez, también, la libertad de acción del gobierno fué entrabada por la actitud de los dos funestos partidos tantas veces citados, los que como ya se ha visto, á la vez que por medio de sus cau-

dillos y de sus órganos de publicidad manifestaban el más ardiente y abnegado patriotismo, exigían también al poder ejecutivo el inmediato envío de una «formal y solemne embajada» á Chile, para negociar la paz, antes que el ejército de esta república, solícita y activamente reconcentrado en Puno, transmontase la frontera.

El envío de esta embajada en el momento en que el enemigo se presentaba altivo y amenazador á las puertas de Bolivia para llevar á cabo la invasión tantos años anunciada, significaba, más que inclinarse al pensamiento de negociar un tratado de paz honroso y justo, arrojarse á los pies del vencedor implorando una palabra de gracia, un benévolo y complaciente perdón; y el gobierno, que quería hacer hasta el último esfuerzo para evitar al país tanta verguenza y humillación, que solo la ceguedad y las pasiones de partido podían aconsejar, vió que no le era posible mantenerse firme en su honrado propósito sin poner en gravísimo peligro la paz interna, ó sea, la misma seguridad de la república, gravemente comprometida con la presencia del enemigo á tan corta distancia, y careciendo de medios para contenerlo antes de que invadiera el territorio.

No debe olvidarse, en efecto, que aquellos dos partidos; puestos de acuerdo momentáneamente para llevar á la práctica su aspiración comun: el pronto envío de la embajada de paz á Chile, así aislados podían ser vencidos con facilidad, juntos como se hallaban constituían una gran mayoría, tanto en el país como en el congreso, y que en tales condiciones, tendiendo á un mismo fin podían atreverse á todo, en el seno de las cámaras *y quizás* si fuera de ellas.

Por tales razones, el gobierno se vió, pues, precisado á acceder al envio de la misión diplomática á Chile.

Firme, no obstante, en su resolución de no aceptar, por ningún motivo, la paz en condiciones onerosas, ó, lo que es lo mismo, cediendo Atacama á Chile, á la vez que nombraba el personal que debia componer la embajada pacificadora y dictaba las bien meditadas instrucciones á que esta debía sujetarse en el lleno de su misión, atendia con la mayor solicitud á las graves necesitades de la defensa nacional, distribuyendo convenientemente el ejército, en previsión de un ataque repentino, y activando con energía la organización de nuevos batallones. En esta labor el gobierno fué secundado con eficacia, tanto por el ejército mismo como por el patriótico partido LIBERAL.

No se ocultaba al gobierno que las negociaciones de paz tenían necesariamente que fracasar, pues todos los esfuerzos para llevarlas á término se estrellarían contra la ambición desmedida y las pretenciones absurdas de Chile, que estaban en pugna abierta con las instrucciones dadas á los plenipotenciarios bolivianos; y, para evitar que el mal éxito previsto, pudiera, ser atribuido solo á él y provocara descontento, resistencias y tal vez si rebeliones, procedió con toda habilidad, nombrando, para formar la embajada, un representante de cada uno de los tres partidos escogidos entre los miembros más notables y prestigiosos de estos; invistiendo á todos con la categoría de ministros plenipotenciarios, y dando á los tres iguales facultades, para evitar la presión de unos sobre otros.

De esta manera, el gobierno salvaba las mayores

dificultades, dejando en manos de los tres partidos la solución del arduo problema de la paz con Chile, librándose él de responsabilidades, y evitando, hasta cierto punto, el peligro de que fueran menoscabados los intereses y el decoro de la nación. De los tres plenipotenciarios, uno representaba al partido LIBERAL, otro al DEMOCRÁTICO y el tercero al CONSTITUCIONAL. Los dos primeros partidos habían sostenido en toda ocasión que no debía hacerle cesión alguna territorial, y sus representantes no podían acceder á esta exigencia de Chile, sin desmentir solemnemente, en la hora suprema, la profesión de fé, el credo que había servido de base para la formación de dichas agrupaciones políticas.

Cuanto al plenipotenciario que representaba al partido CONSTITUCIONAL ó ROJO,—el que quería la paz á todo evento,—quedaba necesariamente en minoría.

Conocidas las opiniones de los tres plenipotenciarios, ó se firmaba el tratado de paz sin cesión de territorio, ó las negociaciones fracasarían, siendo probable esto último por cuanto Chile exigía, como «conditio si ne qua non», la cesión real y perpétua de Atacama.

Más los partidos CONSTITUCIONAL y DEMOCRÁTICO, rivales y desacordes en todo, no lo estaban entonces en el temor de la invasión enemiga y en el pensamiento de evitarla por cualquier medio; y al mismo tiempo que los órgano de estos dos partidos en la prensa, especialmente los del DEMOCRÁTICO, llenaban sus columnas con vanas y pomposas declamaciones sobre la necesidad de prepararse enérgicamente á la defensa del suelo patrio, próximo á ser hollado por el enemigo, buscaron y

encontraron un medio eficaz para salvar la dificultad de que los había colocado el gobierno.

A la vez que el senador Oblitas, candidato del partido DEMOCRÀTICO á la vicepresidencia de la república, renunciaba el alto cargo que se le había dado de representar á dicho partido en la embajada de paz, con el carácter de plenipotenciario, el congreso recomendaba al gobierno que substituyera á Oblitas con el senador doctor Mariano Baptista (1).

El senador Baptista, como se recordará, era un personaje notable del partido ROJO, y el autor del famoso dictamen sobre la cuestión internacional, leído en la sesión del congreso celebrado el 27 de Setiembre, dictamen que profundo desagrado y discusión tan tempestuosa produjo en la sesión de 6 de Octubre, hasta el extremo de ser declarado como una traición á la patria.

Subrogado Oblitas por Baptista, tenía necesariamente que suceder todo lo contrario de cuanto el gobierno había previsto.

Además de la significación moral que á consecuencia de los propósitos y de los procedimientos, demasiado conocidos ya, de Baptista, hubiera tenido su presencia en la embajada de paz, ésta habría quedado formada por plenipotenciarios pertenecientes al partido CONSTITUCIONAL, sostenedores

(1) La cámara de diputados aprobaba, el 7 de Noviembre, por gran mayoria de votos, la siguiente moción:

«La cámara de diputados, reconociendo las eminentes dotes de los señores Belisario Salinas y Belisario Boeto, miembros de la embajada diplomática destinada á negociar la paz con el enemigo, estimaría muy conveniente que el ejecutivo integrase dicha embajada con el senador Mariano Baptista y los honorables señores arriba nombrados.»

La cámara de senadores, á su vez aprobaba, el 8 de Noviembre, otra *moción concebida* en términos casi iguales.

de la paz á todo trance, inclusive la cesión de territorio, y uno del partido LIBERAL, contrario á dicha cesión.

Esta sola circunstancia bastaba para considerar como un hecho realizado la cesión de Atacama á Chile, aún desde antes que los plenipotenciarios partiesen de La Paz; y los constitucionales y los demócratas vieron desde el primer momento, con alegría inmensa que se llegaba al término de la guerra, desapareciendo, por lo mismo, todo peligro de invasión, fin que se habían propuesto.

Este pensamiento de la mayoría del congreso, que habría recomendado, ó mejor dicho, impuesto el nombramiento de Baptista, en virtud de un acuerdo secreto de los dos partidos interesados en la paz (1), era tan evidente, que EL DIARIO de La Paz, decía con mucha justicia:

« La recomendación parlamentaria para que se incluya al señor Baptista en la embajada diplomática destinada á negociar la paz con Chile, importa una « verdadera censura » contra el gobierno en la política internacional, y, por consiguiente, un voto

(1) A causa de la lucha eleccionaria, ya no existía en el Congreso de 1883 el antes numeroso grupo de vacilantes ó abstencionistas, es decir, de diputados y senadores que no afiliadós á ningún partido, formaba mayoría en las deliberaciones del año anterior, inclinándose en cualquier sentido. El año de 1883, organizados ya definitivamente los tres partidos, que disputaban la presidencia de la república, se presentaban compactos en ambas cámaras, sin que ninguno tuviera mayoría. Esta solo podría resultar de un acuerdo público ó secreto, de dos partidos, como pudo verse claramente por el resultado de la votación del 8 de Octubre. La mayoría de un voto que aprobó la adición del doctor Baptista se obtuvo, siendo un triunfo para el partido ROJO, con el concurso de otros votos «escapados» de otro partido, que facilmente se adivina cual es.

de confianza á la comisión unipersonal de relaciones exteriores del senado.»

Esta comisión unipersonal, como sabemos, era formada por Baptista, el hombre que, en su dictamen de 27 de Setiembre, después de lanzar acusaciones tan graves como injustas contra Bolivia, su patria, proponía que ésta, arrepentida y humillada, implorase de Chile, á cualquier precio, un tratado de paz y el regalo de una faja de territorio en la costa del Pacífico.

En presencia de hechos tan elocuentes, el general Campero comprendió que ya no le era posible regir los destinos de Bolivia, y presentó sin demora, su renuncia de la primera magistratura del estado (1).

Más el congreso vió que con el retiro del general Campero la disputada presidencia de la república pasaba á manos del primer vicepresidente, doctor Aniceto Arce, que á la vez era el caudillo del partido Rojo ó Constitucional, resultado que, de ninguna manera podía complacer al Democratico;

(1) «Presidencia de la Republica.—La Paz, 10 de Diciembre de 1883.—Señor presidente del senado.—Cumplo el grave deber de dar respuesta á su oficio del 7, en el que me comunica la moción aprobada por el senado nacional, sugiriendo la conveniencia de incluir al honorable señor Baptista en la embajada diplomática que debe negociar la paz con Chile.—Con todo el respeto que me inspiran los actos de tan alta corporación, me permito declarar que la antedicha deliberación ha producido en mi ánimo la más penosa impresión, considerando que ha sido adoptada después de sucesos parlamentarios tan notables como fueron los de las sesiones de los días 5, 6 y 8 de Octubre, y de las posteriores, á consecuencia del dictamen de 27 de Setiembre último, presentada por el honorable señor Baptista; documento que causó profunda sensación en toda la república.—Una moción igual ha aprobado también la cámara de diputados . . . . Movido . . . . renuncio el alto cargo de presidente de *la república* . . . . Narciso Campero.»

y después de una acalorada discusión, que duró varias horas, acordó no aceptar aquella renuncia.

Seis días después, ó sea, al 16 de Noviembre, La Prensa, órgano principal del partido Democrático, dejaba ver claramente las intenciones de éste, escribiendo:

« En la sesión parlamentaria del día 10 se puso en discusión el oficio en que el presidente de la república renunciaba de su alto cargo....

« Después de cuatro horas de discusión se supo que el congreso no había aceptado la renuncia del presidente.

« Esta noticia tranquilizó á los diversos círculos políticos, los que temían, con razón, que la aceptación de la renuncia del general Campero no hubiera importado otra cosa que decretar la guerra civil y la resistencia que la gran mayoría nacional habría opuesto al sucesor del general Campero. »

Llegamos al término de nuestra historia.

Inútil sería ya extendernos en la descripción de los últimos sucesos ocurridos en Bolivia.

Apénas salió de La Paz para Santiago la embajada boliviana, Chile suspendió los aprestos que hacía para envadir Bolivia.

En vista de que aquella embajada no consentía en negociación alguna basada explícitamente en cesión de territorio, el gobierno de Chile, que por el momento no deseaba continuar la guerra, aunque tuviera la seguridad de la victoria y de las grandes ventajas que ésta le daría, se contentó con confirmar,—el 4 de Abril de 1884,—un « pacto de tregua indefinida, que le dejaba provisionalmente, es decir, hasta la renovación de las hostilidades, *en plena*, pacífica y consentida posesión de todo

el territorio de Atacama, ocupado por su ejército desde 1879.

Convencido de que Bolivia, conocedora de su gran inferioridad y constantemente desgarrada por discordias intestinas que le impedirían en toda ocasión cumplir sus patrióticos deberes, jamás sería la primera en romper la tregua y renobar las hostilidades,—salvo que hallase un nuevo aliado, lo que era materialmente imposible después de la conducta que observó con el Perú,—Chile realizaba sus aspiraciones con aquel pacto, casi lo mismo que si hubiera llegado á firmar un verdadero y definitivo tratado de paz.

La única diferencia que en realidad existía entre el pacto de tregua y el de paz definitiva, anhelado por Chile para legitimar ante el mundo, su conquista del territorio de Atacama, no consistía sino en el nombre que se le había dado.

Por otra parte; á esta sencilla,—más bien dicho pueril,—diferencia de nombre, se resignaba fácilmente Chile por el momento, con la seguridad de que no le sería posible,—ni difícil siquiera,—hacerla desaparecer apenas descendiera el general Campero de la presidencia de la república, aprovechando de cualquiera de los muchos y repentinos cambios de dirección, de necesidades y de simpatías de la política boliviana.

De la república de Bolivia volveremos á acuparnos, cuando sea preciso, en la tercera y última parte de nuestra historia.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

INDICE

Hernandez y Fernandez. — Los amores de Quevedo

A. De San Martin. — Las bendiciones de Quevedo

E. Zola. — Nana

La magía negra

La magía blanca

Oráculo novísimo

Los grandes paladines y Reye de Francia

E. Sue. — Hernok el pirata

A. Dumas. — Los Hermanos corsos

» — Los caballeros de la Sierra Morena

» — Blanca de Beaulieu

» — Los Bandidos de la Calabria

V. Hugo — Ùltimo dia de un condenado a mùerte

» — Lucrecia Borgia

A. De Lamartine. — Juana de Arco

B. de S. Pierre. — Pablo y Virginia

C. Schmid. — Genoveva de Brabante

Josè Zorilla. — Don Juan Tenorio

M. Mariani. — Las Busconas de Buenos Aires
» — Mis Caricias
» — Mis amores
» — Mis besos



Flor de un día
Espina de una flor
Secretario de los amantes
Estilo general de cartas
Carlos Magno
Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno
Compendio del Conde de Monte Cristo



Noche de Bodas
Historia natural del hombre y la mujer

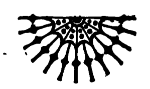


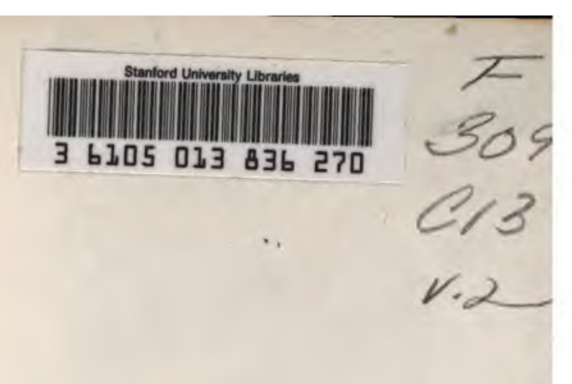
El lector Americano I
» » II
» » III

G. Ezeiza. — Canción inédita
» — Cantor Argentino
» — Colección de Cantares



Ancora de Salvación grande
» » chica
El pequeño diamante
Ejercicio cotidiano




Stanford University Libraries
3 6105 013 836 270
F
309
C13
v.2


RSI
LOUIS

